

NI EN SUEÑOS

Brenda Simmons



[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

PRÓLOGO

Descendió del autobús muerta de frío, septiembre estaba siendo especialmente desagradable. No quería reconocerlo pero no era el mes sino su ropa, llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes sin más protección que una ligera camisa de manga larga. Las bambas blancas de tacón tampoco ayudaban. Todos los años le pasaba lo mismo, no tenía prendas de entretiempo. Aunque, bien pensado, para un solo mes al año no merecía la pena invertir mucho dinero.

Mientras caminaba observó a las personas que la rodeaban. Dos mujeres (sin duda, dedicadas al oficio más antiguo de la humanidad), varios ancianos y una señora de edad madura que llevaba de la mano a un niño de unos cuatro o cinco años. El pequeño miraba a su alrededor maravillado. Comprendió enseguida que esa criatura sería carne de cañón en cuanto tuviera la edad suficiente para ello... La atracción del lado oscuro, esa contra la que había luchado durante toda su miserable existencia.

Delante de ella se habían situado varios muchachos, los siguió hasta la ventana del Peculio. Ahora debía esperar a que llegara su turno, lo que se hacía extremadamente difícil en ese pasillo lleno de corrientes de aire. Podía quitarse la camisa y atarla a sus piernas pero los tirantes de su fina camiseta le recordaron que no era buena idea.

El tipo de la ventanilla preguntó a los chicos cuánto iban a ingresar y casi se atragantó con su propia saliva. Esos imberbes, que parecían matones de tres al cuarto, depositaron quinientos euros. Miró sus dos billetes arrugados y suspiró. El camino del bien era bien jodido, sonrió ante la antítesis.

—El siguiente.

La voz impersonal del funcionario la hizo reaccionar.

—Número de cuenta y cantidad.

La misma retahíla de siempre. No había saludo ni sonrisa. Por qué

esperaba un gesto amable de aquel tipo era algo que no conseguía explicarse. Acompañó los billetes de un pósito amarillo con los datos que le solicitaba y esperó a que la mirara. No lo hizo.

—Cuarenta euros —murmuró. Le hubiera gustado explicarle los esfuerzos que había hecho para conseguirlos pero a ese individuo le interesaban muy poco sus miserias.

Las mujeres de vida alegre estaban detrás de ella y el perfume que las envolvía le resultaba reconfortante. Su madre había sido prostituta la mayor parte de su vida. Desgraciadamente, había crecido oyendo la misma cantinela día sí, día también: *Nena, ojalá y fueras más guapa, porque entonces tendrías la vida resuelta.*

Quizá, si su querida progenitora no se hubiera drogado durante el embarazo ella sería normal y en ese momento luciría como cualquiera de esas dos muchachas, que hablaban y sonreían contoneándose como cintas al viento.

Se alejó de las damas del amor y continuó con las humillaciones. En ese momento debía afrontar los rayos X que les revelarían que ni siquiera llevaba sujetador. Todos los meses se decía lo mismo, que ya quedaba menos, pero sentía que iba a estallar de vergüenza. No se permitía ni tener amigos de verdad, qué les diría, ¿qué nació en una prisión porque su madre era prostituta y drogadicta y que se había criado en orfanatos porque una cárcel no se considera un lugar apropiado para el desarrollo de un niño? ¿Qué con doce años la mandaba a comprar droga? ¿Qué había pisado más centros penitenciarios que dedos tiene una mano porque su querida Lily no tenía fuerza de voluntad para cambiar de vida?

Intentó protegerse de toda la mierda que la rodeaba diciéndose que era distinta a ella. Trabajaba en una Corporación británica afianzada en España que se dedicaba a las energías renovables. Por ahora, sus labores se reducían al comedor de la Compañía, pero aspiraba a que la admitieran en plantilla para trabajar como una de sus ejecutivas. Total, soñar era gratis.

Esperó en el cuarto destinado al vis a vis y se sentó en el filo de la cama. Era lo único que había en la maldita habitación. Todas eran iguales y las odiaba.

—Mi pequeña Elisabeth...

El cariño que vislumbraba en la cara de su madre valía el esfuerzo que hacía cada dos semanas. Era la única persona que la llamaba por su nombre completo. Lo decidió después de ver *Orgullo y Prejuicio*. Daba gracias por ello, Sherezade y Julieta también rondaron por su alocada cabeza. El personaje de Jane Austen, Elisabeth Bennet, la encandiló, incluso memorizó lo que decía de ella la Wikipedia: “*Es la más fea de las hermanas pero también la que tiene más personalidad y además, no está loca por encontrar marido...*” Y, por si no fuera bastante, incluso los apellidos se parecen. Debería haber llorado cuando le explicó tales razonamientos pero le supieron a gloria. Con una madre como la suya, cualquier cosa hubiera sido posible. Un nombre sencillo suponía una auténtica bendición.

—Hola mamá —sólo le permitía llamarla así en la cárcel. En la calle la abofetearía. Su nombre de guerra era Lily; el de verdad, Leonora Benedict.

Su madre la abrazó con fuerza y ella le correspondió de la misma manera. Podía ser una vulgar prostituta pero nunca había dudado de su cariño.

—Válgame Dios, ¿has visto la pinta que llevas? —Sus ojos ya se lo dejaron bastante claro —. Estás tan delgada, ¿es que no comes?

La miró intentando sonreír. Pagar el alquiler, el autobús, sus gafas nuevas -que suponían restar de la cuenta de prisión (la del pósito) un pellizco todos los meses-, comprar algún libro, fotocopias... Sus ingresos no permitían gran cosa, iba subsistiendo porque la mayoría de los días comía gratis.

—Estoy tan ocupada que gasto todo lo que como —sonaba bien —. ¿Cómo te va por aquí?

La conocía lo suficiente como para saber que ya no volvería a pensar en otra persona que no fuera ella misma. Su querida madre era bella y egoísta a partes iguales. En realidad, su hermosura era legendaria, la había llevado a participar en todos los certámenes de belleza del Reino Unido y a ganar la mayoría de ellos. Lástima que a los dieciocho años se quedara embarazada de un sinvergüenza y después no quisiera saber nada de ella. Sus abuelos la echaron de casa, conoció a un proxeneta y lo demás vino rodado. Prostitución y drogas. Una historia como tantas otras, el problema es que era la suya.

—Bien. Uno de los funcionarios me hace la corte, pero me lo estoy pensando —dijo sin elevar la voz.

Su gesto cansado la sorprendió. No reflexionaba demasiado cuando se trataba de hombres. Probablemente no mintiera. A sus cuarenta años continuaba siendo una beldad. Los cuatro de prisión le habían hecho mucho bien. Por una sola vez, el tratamiento de metadona pareció surtir efecto y, después de los primeros meses de desintoxicación, su piel había rejuvenecido como por arte de magia. Le encantaba mirarla, siempre la dejaba sin respiración. Su melena rubia, sus ojos azules, sus bellos labios, sus dientes perfectos. Hasta su cuerpo, ese que le había traído tantos problemas, se mantenía perfecto.

El tiempo pasó volando. Abandonó el módulo de mujeres y salió fuera. Respiró de nuevo, siempre le sucedía lo mismo. Aquellos sitios le creaban una sensación de claustrofobia que tardaba en desaparecer de su cabeza.

Esperó la llegada del autobús y cuando subió, fingió no escuchar las risitas que recibió a su paso. Creyó oír la palabra *enana* pero no hizo caso. Se situó al final del vehículo y se encerró en su caparazón. En ese lugar mágico donde nadie podía hacerle daño.

1

Era tardísimo.

Cuando diluviaba, el autobús se retrasaba una barbaridad, por lo que no le quedó más remedio que correr. Abrió el paraguas y se enfrentó a la lluvia y al frío con decisión. Philip Brown, su jefe, no era un tipo comprensivo. Había visto cómo echaba a la calle a más de un empleado por llegar tarde varias veces. Sin embargo, también sabía que no era mala persona. En una ocasión, le prestó cuatrocientos euros para que pudiera pagar el alquiler, ni siquiera le preguntó qué había hecho con su paga, se los dejó sobre su taquilla y le tocó el hombro como si quisiera darle ánimos. Eso sin conocer nada sobre su vida.

Entró en las cocinas hiperventilando, miró el reloj de la pared y sonrió satisfecha. Sólo pasaban diez minutos de las ocho. Prácticamente, lo había conseguido.

—Arréglate la falda —le siseó Mónica al oído—. La llevas muy torcida.

Beth se echó una rápida ojeada y sonrió con apuro.

—Llegaba tarde —explicó colocándose correctamente—. Algún día podré comprarme una bicicleta y dejar de padecer los horarios de los autobuses urbanos.

Su compañera la miró comprensiva.

—Si no vivieras prácticamente en La Alhambra, podrías venir conmigo —le contestó mientras empujaba las puertas abatibles con su proporcionado trasero y desaparecía con los brazos llenos de platos.

Se quedó pensando en sus palabras. Vivía en una de las zonas más bellas de Granada y también de las más baratas, a los pies de esa maravilla del mundo. En el Campo del Príncipe había encontrado un pequeño apartamento en la tercera planta de un edificio sin ascensor. Parecía un mundo aparte, alejado del ruido de la ciudad, incluso el aire parecía más limpio y el cielo más azul.

Cuando la embajada española le comunicó que su madre había cometido un delito de tráfico de estupefacientes y falsificación de moneda en España y que había sido sentenciada a cuatro años y cinco meses, se le cayó el mundo encima. Ni siquiera sabía que Leonora estuviera fuera de Manchester. La habían detenido, junto a un individuo que no conocía, circulando por Marbella con un BMW cargado de cocaína y tarjetas de crédito falsas. Su madre iba tan colocada que su letrado pudo conseguirle una atenuante sin muchos problemas.

No dudó de lo que tenía que hacer. Esperó a cumplir los dieciocho, pidió el traslado de su matrícula universitaria y, mientras tanto, ahorró cuanto pudo. Para cuando se mudó a España, su madre había sido confinada en una cárcel cercana a Granada. Después de conocer la ciudad, supo que el paraíso existía y, desde entonces, lo venía comprobando todos los días.

—Despierta pequeña, tenemos el comedor atestado de ejecutivos que quieren desayunar —gruñó Philip. Acto seguido, dejó en sus pequeños brazos cuatro platos con mucho cuidado.

—Lo siento jefe —reconoció apurada -. Enseguida me espabilo.

El hombre la miró con simpatía y movió la cabeza. Era tan pequeña... que no se atrevía a regañarle como se merecía. Su hijo de doce años abultaba el doble que ella.

—Lleva los platos a la mesa uno, esperan desde hace un buen rato —le explicó más calmado —. ¿Has visto a Mónica?

—Marchando estas exquisiteces. —Le sonrió. —. Acaba de salir al salón.

—Dile que tiene que subir a la novena y que no tarde —explicó Philip impaciente.

Beth asintió con energía. Mónica se tomaba su tiempo charlando con los comensales y tener que subir a la novena significaba que el jefe supremo quería desayunar. A esas alturas, había dejado de importarle que no acudieran a ella para tales menesteres. Sabía que no cumplía los cánones, no había más que verla.

Sirvió varias mesas y limpió su parte de cocina. Empezó a abstraerse de

lo que hacía, unos meses y su madre recuperaría la libertad, era tan fantástico que no acababa de creérselo.

En ese momento, Mónica se acercó a ella como si tuviera algo urgente que contarle.

—Madre mía, Beth —susurró en un español nítido—. Han cambiado al viejo. En su lugar han puesto al tío más macizo que he visto en toda mi vida.

La miró sorprendida. Impresionar a su única amiga era difícil, había tenido más novios que ella pelos en la cabeza. A veces, le recordaba a su madre, demasiada belleza y demasiados hombres en su vida.

—¿Tenemos nuevo Consejero Delegado? —preguntó desconcertada.

El señor Kerr no era tan mayor como para sustituirlo y, según todos los indicios, lo estaba haciendo de miedo. La empresa en España funcionaba a la perfección. Ella contaba con que sacaran nuevas plazas ese año. El nerviosismo que empezó a sentir la paralizó por completo. Si el nuevo jefe cambiaba la estrategia del anterior... todos sus esfuerzos caerían en un saco roto.

¡Dios del cielo, por qué no podían pasarle cosas buenas! Confiaba en esas plazas, habían sido el motor de su vida durante los últimos años.

Consiguió ocultar sus temores bajo una capa de sutil indiferencia y se comportó como si en realidad no estuviera pensando en salir corriendo.

—Como buena andaluza, creo que estás exagerando. —Sonrió a su pesar.

—No lo entiendes —resopló la camarera—. Hasta tú querías hacerle un favor a un tío como ese, y, para colmo de males, ni me ha mirado.

Beth intentó hacer un esfuerzo. A pesar de que ella no hablaba nunca de sí misma, hacía mucho tiempo que había descubierto que su físico poco agraciado ayudaba a que otras personas le confiaran sus intimidades. Algo así como ir de tiendas y que la dependienta esté más gordita que tú. Una alegría, vamos.

—Venga ya—dijo tratando de digerir ese “hasta tú”—, siempre te miran y

lo sabes.

Mónica se echó un vistazo en el pequeño espejo de la pared de su derecha y se arregló el pelo con la mano.

—La próxima vez se va a enterar el *americano*. —Beth comprendió que hablaba consigo misma. Después, la observó colocarse los pechos para terminar con una sonrisa espléndida.

Uno de los cocineros acababa de sacar varios platos y las miró indignado.

—¿Se puede saber qué os pasa hoy?

Beth contempló a Raymon y salió disparada con la comida. No llevaba bien que le regañaran, quizá porque nunca había tenido a nadie que lo hiciera.

El resto del día transcurrió a toda velocidad. Sólo pedía un hueco para subir a la cuarta y hablar con Recursos Humanos. Necesitaba saber desesperadamente si aún podía tener la esperanza de que su vida fuera a cambiar. Mónica había mencionado la palabra *americano* para hablar del nuevo jefe y eso la había sorprendido y atemorizado. En esa empresa no había más que ingleses y algún que otro español. De hecho, en las cocinas sólo su amiga era de nacionalidad española. Los ejecutivos americanos tenían fama de introducir grandes cambios...

Vale, hasta que no lo supiera con certeza tenía que dejar de darle vueltas a la idea de que todo saliera mal. Sabía que era pesimista por naturaleza y no necesitaba más nervios martirizándola sin control. La posibilidad de sufrir una úlcera sangrante no era descabellada, a veces, el dolor de estómago era tan intenso que la hacía doblarse por la mitad.

Terminó su turno, a las cuatro de la tarde era absurdo acercarse a Personal, por lo que regresó a casa. Al día siguiente llegaría antes al trabajo y lo intentaría de nuevo. Hasta ese momento iba a dejar la mente en blanco, no podía con más cargas. Su mochila pesaba ya demasiado.

Las seis cincuenta. Hacía siglos que el autobús no llegaba tan puntual y precisamente el único día que no le hubiera importado alargar la espera... No podía venirse abajo, si continuaba por ese camino se iba a desmayar de puro

pánico.

Se adentró en el vehículo intentando pensar en otra cosa pero le resultó imposible, sabía que la hora de la verdad había llegado. Cuatro años de estudio intensivo, de arañar tiempo al tiempo y de sacrificios sin premio alguno. Cuatro años diciéndose que podría ascender dentro de una empresa líder en su sector, de estudio concienzudo sobre Eolo... ¿De qué le servirían ahora todas esas horas dedicadas a conocer la energía en todas sus formas?

La respuesta daba miedo. De nada, no le servirían de nada. Madre mía, si hasta había dejado la carrera de Administración y Dirección de Empresas para aumentar sus conocimientos sobre las energías renovables... Desde que a los doce años leyó que la ciudad de Manchester era considerada el mejor lugar de todo Reino Unido para establecer un negocio, supo lo que quería ser de mayor. Otros niños pensaban en términos más altruistas: médicos, bomberos, policías... Ella no, era demasiado práctica. Sería empresaria, ganaría mucho dinero y retiraría a su madre de las calles. Incluso, había renunciado a ese sueño por un puesto en aquella empresa multinacional.

El bus urbano frenó en seco y contempló angustiada su parada. Se bajó sin mucho entusiasmo y caminó los metros que la separaban de su destino con la sensación de que algunos habían nacido para perder. Una chica alta, esbelta y delgada pasó a su lado sin verla y se dijo que si fuera como ella todo sería mucho más fácil.

Vislumbró la torre de pisos y la placa de la puerta, *World Wind, S.A. British Technology*. No pedía gran cosa, sólo una oportunidad.

Se paró ante la mole de acero y cristal. Esa mañana no entró por la puerta trasera que comunicaba directamente con las cocinas, sino que armada de malos augurios atravesó el descomunal vestíbulo y llegó hasta los ascensores con la respiración entrecortada y el corazón a mil por hora.

Conocía a la psicóloga encargada de Recursos Humanos, la señora Deborah Watson, eficiente hasta la saciedad y brusca como pocas. Pese a todo, la mujer siempre la había alentado. En una ocasión incluso bromeó con ella diciéndole que le tendría reservado un trabajo por lo bien que la trataba en el comedor.

Ahora, que sólo la separaban unos minutos de conocer la respuesta, no podía más. El ascensor no bajaba y consideró la posibilidad de subir a pie. Total, sólo eran cuatro pisos, podía descalzarse, pensó mientras miraba sus zapatos de tacón más alto de lo normal. Estaba decidido, las escaleras habían ganado. La espera le resultaba insoportable.

Apenas se apartó unos pasos cuando oyó el timbre. Entró a toda prisa, se situó cerca de la salida y apretó el botón de la cuarta planta. Ese era el momento más indicado para rezar todo lo que sabía, el problema es que no recordaba gran cosa. La intención también debía contar, se dijo mientras resoplaba preocupada.

Cuando habían pasado la segunda planta el olor a quemado en el interior del cubículo invadió todos sus sentidos. Después, se oyó un chirrido estridente y la caja entera se detuvo con tal ímpetu que la lanzó contra la persona situada frente a ella.

—Lo siento —dijo en inglés, consciente del cabezazo que acababa de asestarle al hombre en el pecho.

Al levantar la cara se encontró con el rostro más espectacular que había contemplado jamás. Vale, no sólo era el rostro, el cuerpo que lo acompañaba la dejó atontada y no por el golpe. Madre mía, hombres así sólo existían en las películas, en las revistas y en algún afortunado sueño, pero, desde luego, no en la vida real.

Ni se inmutó. Esos seres extraordinarios y superiores no entraban en su radio de acción. Estuvo a punto de echarse a reír, bueno, ni esos ni ningunos...

—No tiene importancia. —El inglés del adonis era educado y culto, aunque no acabó de reconocer el acento—. Espero que no se haya hecho daño.

—Estoy bien, gracias —contestó mirando por primera vez a su alrededor. Había estado tan embebida en sus problemas que no se había fijado en sus compañeros de viaje.

Tres mujeres estaban tendidas en el suelo y una cuarta se tocaba el hombro como si le doliera. Un señor maduro y elegante ayudaba a levantarse a las féminas que parecían secretarías y casi tan mayores como el caballero. No

había nadie más, salvo el guaperas y ella.

—¿Me permite que le eche un vistazo? —preguntó el ser celestial a la señora que se frotaba el brazo.

Beth lo contempló intrigada. No estaba acostumbrada a que los favorecidos (como los llamaba en su fuero interno) se preocuparan por sus semejantes. Su madre se lo había enseñado bien. Imaginó que se debería a lo angustioso de la situación.

Lo vio torcer el gesto y poner cara de póker.

—Tiene el hombro dislocado —dictaminó con seguridad—. Procure no moverlo.

—Gracias, es muy amable —contestó la mujer con resignación. Beth reconoció el acento español en su dicción. Era curioso que dentro de aquel edificio nadie hablara en español, ni siquiera los propios españoles.

El favorecido los miró uno por uno y no dejó traslucir sus emociones. Buen jugador, se dijo Beth.

—¿Se encuentran bien los demás? —preguntó como si no estuvieran *atrapados sin salida*, y lo más curioso, como si se sintiera responsable de ello.

Los susurros angustiosos de las mujeres no se hicieron esperar. Beth no perdió la calma, aquello no era para tanto. Deberían verse con treinta euros en el bolsillo el día veinte de cada mes, eso sí que daba miedo.

—Por favor, no pierdan la calma —manifestó el héroe con una bella sonrisa—. En cuestión de minutos saldremos de aquí.

En ese momento, una luz roja del cuadro de botones comenzó a parpadear y el hombre pulsó el interruptor que estaba debajo ella.

—¿Algún herido? —preguntó una voz apenas audible—. ¿Cuántas personas son?

—Estamos bien —contestó el favorecido alto y claro—. Somos siete personas.

—Hemos llamado al servicio técnico. —Se oía tan lejano que Beth comprendió que las cosas no iban a ser tan fáciles como don guapo había descrito —.... enseguida...

La comunicación se interrumpió y las lágrimas de las señoras no se hicieron esperar. El caos hizo su aparición y, pequeños gritos primero y grandes gritos después, consiguieron preocupar a Beth. No iban a salir de allí con semejante comportamiento y a ella le urgía hablar con la señora Watson.

—Por favor, deben calmarse —gritó a pleno pulmón, tanto que consiguió toda la atención de las mujeres—. Nos han dicho que en quince minutos saldremos de aquí. Confiemos en la tecnología, si es posible pisar la Luna no podemos dudar de que nos sacarán de este cacharro.

Sonrió como si creyera que aquello iba a ser tan sencillo. Por otra parte, ninguna de las secretarias se había dado cuenta de su pequeña mentira y, si además, medía medio metro menos que todos los allí presentes... Pues, que era ridículo que gritaran precisamente los que tenían que ayudarla a ella, que parecía una niña en pleno desarrollo.

El favorecido la observó con admiración. Le guiñó un ojo y dejó patente que él también había oído lo de los quince minutos. El señor maduro los secundó y en unos minutos la pequeña revuelta quedó sofocada.

—Jack ¿por qué no intentas utilizar el móvil? —preguntó el ejecutivo canoso.

El guaperas lo miró con cara de circunstancias.

—Sabes que no funcionan en todo el edificio —puntualizó un pelín incómodo por lo obvio de la explicación. Ciertamente, toda la corporación estaba plagada de carteles que así lo indicaban.

Beth los observó maravillada. Vaya par de gilipollas.

—Si me permiten un teléfono, puedo intentar ponerme en contacto con el exterior —musitó toda contrita, como si no lo hubiera hecho un millar de veces cuando conseguía tener uno. El último dijo adiós hacía ya varios meses. Detrás de la catedral los vendían por veinte euros, sin duda, robados. Y no es que tuviera problemas de conciencia, sabía que la receptación era un delito.

La verdad pura y simple es que no disponía de uno porque no conseguía que le sobrara dinero a final de mes y ni bajo tortura iba a tocar sus ahorros.

El tal Jack la miró con expresión escéptica. No obstante, decidió confiar en una enana desconocida porque le tendió su móvil sin dudar.

Beth tomó asiento en el suelo con la esperanza de que les resultara más difícil avistar lo que tenía que hacer. Cuando contempló el modelo de teléfono tragó saliva ruidosamente, tenía firma y todo. Era negro y dorado con la pantalla simulando la esfera de un reloj de lujo. En fin, a ese tipo no debía de irle nada mal si se podía permitir aquella maravilla. Había gente con suerte, guapo y con dinero...

Tecleó a gran velocidad y desactivó la seguridad del edificio. Todos los empleados conocían la clave. Aquellos dos debían de ser nuevos por esos lares o estar de visita, razonó mientras simulaba encontrarse ante alguna dificultad.

—¡Oh, Dios mío! creo que lo he conseguido —gritó como si en verdad la suerte le hubiera sonreído.

Jack la estudió con interés. Era la primera vez que una mujer permanecía indiferente a su lado y que además lo consideraba imbécil o algo por el estilo. Por si fuera poco, era endemoniadamente fea y canija. Lo único que se salvaba era su sonrisa, resultaba tan... natural y refrescante que te hacía olvidar todo lo demás.

—Ya veo —dijo cogiendo su teléfono sin disimular el enfado. Marcó y al reconocer el sonido, ladeó la cabeza y miró al hombre que permanecía a su lado con una ceja enarcada —. Toma nota Samuel, después de todo, la señorita nos ha demostrado que se puede utilizar el móvil en el interior del edificio.

Efectivamente, segundos más tarde mantuvo una conversación esperanzadora con el Departamento de Seguridad del complejo. Uno de los cables de acero había perdido grasa y se había obturado con una simple cuerda que nadie sabía de dónde había salido. Necesitaban algo de tiempo para solventar el problema.

Las mujeres respiraron aliviadas y decidieron acomodarse junto a Beth en

el suelo del maltrecho elevador. Los dos hombres se retiraron a una de las esquinas y parecían sostener una cháchara interesante porque la cara del favorecido se tensaba por segundos.

—Soy Daisy Miller, la del hombro es Sandra Muñoz, la más joven Alice Walter y por último, la que tiene más miedo es mi hermana Sue.

Beth estrechó sus manos y les sonrió intentando insuflarles ánimos.

—Encantada chicas, yo soy Elisabeth Benedict. Seguro que nos hemos visto, trabajo en el comedor.

—Nos sonaba tu cara —reconoció Sue—. Aunque la valiente de mi hermana no te situaba, a pesar del uniforme.

Se miraron las cinco y se echaron a reír. La minifalda negra y la camisa blanca que se apreciaba bajo su fina rebeca hablaban por sí solas.

Continuaron conversando como si se conocieran de toda la vida hasta que el sonido del móvil las situó de nuevo en el interior de un ascensor averiado.

Jack no habló casi nada, atendía sin demostrar ninguna emoción. Cuando finalmente colgó, seis pares de ojos estudiaban hasta el más nimio de sus gestos.

—Necesitan ayuda extra por nuestra parte —reconoció sin darle mayor importancia.

Como no perdía de vista a Beth, esta se vio obligada a preguntar.

—Y se puede saber qué necesitan que hagamos desde aquí que no puedan hacer ellos... —preguntó algo molesta. Su mirada la estaba evaluando sin mucho tacto y eso le recordaba que medía un metro cuarenta y dos centímetros (aunque siempre añadía ocho más), que era fea y que no tenía ni un céntimo.

Jack la recorrió con la mirada una vez más y sonrió ante el resultado final.

—Quieren que corramos la trampilla del techo —explicó con seriedad—. Al parecer, el cable que van a enviar se acopla a unos recovecos que podemos encontrar en esta parte de la caja.

Beth, lo entendió al instante. La *enana* sería fácil de utilizar para tales menesteres. Si no fuera por lo que era, es decir, porque estaban encerrados sin muchas posibilidades de salir por sus propios medios, los habría mandado a todos a la mierda. Qué vergüenza y qué humillación.

—Yo la sostendré por las piernas y usted hará el resto —informó solícito—. No creo que resulte muy difícil para una mujer que domina la tecnología como usted lo hace. De hecho, si salimos de aquí será gracias a su buena mano con los teléfonos móviles. El intercomunicador no funciona. —Acabó con una sonrisa socarrona.

De estar en otro contexto, aquella risita de listillo le habría valido un buen pisotón; única defensa cuando sobresaes una cuarta del suelo. Después, lo analizó con la misma desfachatez que él lo había hecho con ella. El problema es que lo encontró absolutamente devastador. Los pantalones parecían formar parte de un traje y la camisa también. Sin embargo, no lucía como un ejecutivo, ni siquiera se acompañaba de un maletín. Pelo negro y algo revuelto, ojos verdes rodeados de tupidas pestañas, mentón cuadrado y masculino, piel morena, cuerpo escultural y lo peor de todo, era un gigante a su lado, rondaría el metro noventa. Se quedó sin aliento.

¡Qué mal distribuida estaba la belleza!

—El techo no es muy alto —puntualizó enfadada consigo misma y con el mundo entero—. Si se lo propone, estoy segura de que puede enganchar el cable usted solo.

Jack sonrió con ganas, se lo estaba pasando en grande con la canija. Tenía más carácter en ese cuerpecito reconcentrado que todas las mujeres con las que había tratado en los últimos meses.

Se puso de puntillas y le demostró empíricamente que no llegaba al techo con la suficiente altura como para descorrer la pequeña ventana.

Beth resopló indignada, los allí presentes estaban más que de acuerdo en que ella era la pieza perfecta para realizar el trabajo, lo vio en sus caras. Maldita sea.

—Ánimo querida, lo hará muy bien —aseveró Daisy Miller. Las otras

tres mujeres asintieron expresivas.

A punto estuvo de meter la pata. ¿Cómo explicarles que no quería estar en los brazos de ese hombre? Sólo de pensarlo el corazón comenzó a latirle con fuerza. Miró a los presentes buscando una excusa y la cara ansiosa de las señoras le recordó que en esa lotería ella era la única que tenía todas las papeletas. Hubiera querido desaparecer, pero dado que no era posible, respiró hondo, se escondió dentro de su concha y salió reforzada, como siempre.

—De acuerdo —masculló sin elevar la voz—. A fin de cuentas, por primera vez en mi vida soy del tamaño adecuado.

Jack la miró con simpatía. Sus ojos reflejaron algo que Beth no quiso descifrar, dolía demasiado.

—¿Preparada? —preguntó dispuesto—. Ya se oyen ruidos ahí arriba.

Señaló la parte superior con la vista.

—No, pero... —Sin darle tiempo a decir nada más la cogió por las piernas y la elevó por los aires. Beth sintió la cara del hombre entre sus pechos y estuvo a punto de gritar como una posesa. Después la aupó un poco más hasta poner los brazos debajo de su trasero. Madre mía, qué repaso le estaba dando. Se apresuró a descorrer la ventanita pero estaba atascada y no encontraba la estabilidad suficiente para disponer de más fuerza.

—¿Cómo van las cosas por ahí arriba?—inquirió tranquilo.

Su calma la irritó hasta querer pegarle una patada en sus partes nobles. Quizá así borraría esa sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—No puedo descorrerla —explicó imitando su tono—. Necesito apoyarme en el techo para darme un buen impulso.

Jack entendió lo que quería decir. La bajó rozándose con ella todo lo que quiso y más y la observó con interés genuino.

Probablemente, si la mirara a la cara en lugar de a las tetas, podrían mantener una conversación medianamente inteligente, se dijo Beth con las mejillas al borde de las llamas.

—Póngase en pie sobre mis hombros —señaló convencido—. Así conseguirá la altura que necesita.

—Sí, pero entonces nos pasaremos por exceso. —No le gustaba hablar de altura y punto.

—No se preocupe por eso. —El favorecido le sonrió mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos que la dejaron sin respiración—. La sostendré sin problemas.

Elisabeth agradeció mentalmente que no la comparara con una niña o con un pajarillo como normalmente solía pasarle.

Las cuatro mujeres contemplaban la escena con expectación. No hablaban por miedo a perderse un solo detalle, pensó compungida. Menos mal que no volvería a ver a ese tipo.

¡Oh, Dios mío! ¿Qué bragas llevaba?

Demasiado tarde. Tetas de nuevo, culo después y por último, trató de ponerse en pie con dificultad. Se dio cuenta pasmada de que Jack se acuclillaba para darle el espacio que necesitaba y la vergüenza de saber que le estaban viendo hasta sus más íntimos pensamientos... le proporcionó la fuerza necesaria para deslizar la ventana y asir un cable enorme que habían dejado reposar sobre el techo. Lo extrajo y enganchó los extremos en lo que consideró que debían ser los agujeros apropiados. Jack se tambaleó y lo siguiente que supo es que se iba a dar de bruces contra el suelo. Gracias a Dios, el hombre maduro la recibió en sus brazos sin mucho esfuerzo. Claro, que ella era peso pluma, se recordó aliviada.

En tan solo varias horas se había alegrado de su tamaño en dos ocasiones. Increíble.

Sintió el suspiro de un público más que entregado y los aplausos después. Saludó a la concurrencia con desenvoltura y procedió a ponerse los zapatos, se sentía desnuda sin ellos.

Al mirar de nuevo a Jack lo descubrió examinándola con los ojos entornados. Le hizo un guiño y el hombre le dedicó una sonrisa que le supo a gloria.

—Encantado de conocerte, soy Jack Noyce. —Le tendió la mano y estrechó la de ella con fuerza —. El que nos ha salvado a ambos, es mi buen amigo Samuel Mathews.

—Mucho gusto, soy Elisabeth Benedict. —Sonrió a los hombres y entonces cayó en la cuenta —. Oye, me ha salvado a mí, tú no estabas en peligro.

Jack dejó de sonreír.

—Si te hubieras lesionado no me lo hubiera perdonado jamás, así que, créeme, nos ha salvado a ambos.

No supo por qué, pero no dudó de sus palabras. Ese hombre era sincero, bastaba con mirarlo.

—Buena respuesta Noyce, buena respuesta —susurró completamente abducida.

El sonido del móvil interrumpió su estado de locura transitoria. No era capaz de apartar la vista de ese ser de otro planeta.

Jack se mantuvo a la escucha unos segundos y colgó, después se dirigió a sus compañeros de fatigas.

—Van a mover el ascensor —dijo sonriente —. Así que, agárrense que esto se acaba.

Todos se sujetaron a la barra situada a media altura. Beth sentía la presencia de Jack a su lado y por unos tontos segundos comprendió que hubiera dado lo que fuera porque la experiencia se hubiera prolongado. Por una vez en su vida había sido el centro de atención de un hombre fascinante y perturbador, y por raro que pudiera parecer, se sintió atractiva y deseada. Había sido real, no lo había soñado. Porque lo que uno siente es real ¿verdad?

No estaba muy segura de la respuesta pero, de cualquier manera, no lo iba a olvidar jamás.

Lo que sí había olvidado era el tema pendiente de Recursos Humanos. Después de despedirse de las chicas y dedicar un gesto a los hombres, corrió

hacia las escaleras. Se quitó los zapatos y voló sobre los escalones. No tenía tiempo que perder.

Cuando entró en la oficina jadeaba como si hubiera corrido la maratón de Londres. Después de lo sucedido acababa de volver a la realidad y los nervios se estaban cebando en ella. Si no salía de dudas le iba a dar un ataque.

Llamó a la puerta y una secretaria preciosa y altísima, favorecida sin duda, la acompañó hasta un despacho. La hizo esperar unos segundos mientras hablaba con su jefa y después le dedicó una sonrisa de película. Debía de estar acostumbrada a mostrarse encantadora porque la gente no solía esforzarse demasiado con ella.

—Gracias —musitó nerviosa. Esperaba que lo sucedido en el ascensor no fuera una especie de presagio.

La señora Watson la miró por encima de la montura de sus gafas y le indicó con un gesto que tomara asiento. Tenía el teléfono al oído y de vez en cuando dejaba escapar algunos murmullos, más que nada para indicar a su interlocutor que continuaba en línea. *Ajá* y *ummm*, parecían ganar de entre un pequeño repertorio de sonidos onomatopéyicos.

La conversación no parecía tener fin. Para evitar que los latidos de su corazón se hicieran audibles se entretuvo mirando la decoración del despacho. Los muebles blancos de esa habitación siempre conseguían impresionarla, no encajaban con la inexpresiva cincuentona que tenía delante. La mesa de cristal y acero le gustaba mucho y la alfombra que tenía bajo sus pies, en tono blanco con pequeños motivos geométricos, más aún. Miró por encima de la cabeza de la psicóloga y estudió el cuadro que ocupaba casi toda la pared. Se trataba de una versión urbana y muy moderna de la columna de Nelson, en Trafalgar Square. No podía olvidarse de las macetas. Contó ocho, de tiesto pequeño tres y otras cinco distribuidas por toda la habitación. Eso sí encajaba con la figura gordita y algo envarada de la mujer. Por cierto, también era bajita...

En el momento en que empezaba a contar los libros de las estanterías, aquella trascendental conversación finalizó.

—Las noticias vuelan. —Sonrió Deborah mostrando, por primera vez en años, sus dientes al hacerlo—. Sé por qué estás aquí. —Levantó una mano

para impedir que hablara—. Sin embargo, en este momento no te puedo ayudar. La semana que viene tenemos una reunión con el Consejero Delegado y en ella nos explicará la política de nuevas contrataciones que llevaremos a cabo. Lo siento Beth, sé lo importante que es para ti...—La miró a los ojos con intensidad—. Te aseguro que tendrás una oportunidad. Tú sigue estudiando y confía en el destino. Los esfuerzos siempre tienen su recompensa.

Elisabeth tembló de miedo, como tuviera que confiar en el destino lo tenía crudo. Menudos ánimos, su vida dependía ahora de los hados...de esos mismos que le habían fastidiado toda su existencia.

No quiso hacerle perder más tiempo, se notaba que tenía prisa y, a fin de cuentas, pasaría lo que tuviera que pasar, como siempre.

—Gracias, señora Watson. —Trató de sonreír pero le salió una mueca más bien amarga—. Llevo preparándome mucho tiempo, le estaría muy agradecida si me concedieran esa oportunidad.

La psicóloga volvió a sorprenderse ante su evidente resignación. Esa chiquilla la visitaba varias veces al año para preguntarle por las nuevas plazas. La había visto estudiar en la cocina del comedor tantas veces que siempre que pensaba en ella la visualizaba con un libro de energías renovables en las manos. Claro que le conseguiría una prueba.

La siguió con la mirada mientras abandonaba la habitación y se preguntó si se alimentaría correctamente. Cada vez que la veía la encontraba más delgada. Decidió echar un vistazo a su expediente, esas ganas de comerse el mundo (y solo el mundo) no aparecían de la nada.

Tres días, sólo habían pasado tres días desde que hablara con la señora Watson y no sabía cómo iba a soportar cuatro más dándole vueltas a la cabeza.

—¿Has encontrado compañera de piso?

La voz de Mónica la devolvió a la realidad. Había decidido buscar a alguien con quien compartir gastos. Le resultaba muy difícil mantenerse con su sueldo y se había rendido. Estaba dispuesta a intercambiar tranquilidad espiritual por tranquilidad económica. Esperaba no equivocarse.

—Sólo contestan hombres. —Suspiró cansada—. Para que luego digan que hay más mujeres. Desde luego, no será en esta ciudad.

—Mejor que mejor. —Sonrió Mónica con picardía—. En ese caso, pon un hombre en tu vida, sería la solución ideal.

Su gesto se lo dejó claro. Miró a su alrededor y después asintió siguiéndole la corriente

—Y, sólo por curiosidad, ¿por qué debería poner un hombre en mi vida, además de para aumentar mis problemas, claro está?

—Pues para echar un buen polvo de vez en cuando —dijo su amiga utilizando un español castizo. — Y, por supuesto, ayudarte con el alquiler. Te cambiaría la vida, te lo digo yo.

Acababa de recordarle a su madre y sus famosas ideas. Apartó el pensamiento y se dejó llevar. Necesitaba olvidarse de todo y con Mónica lo conseguía, al menos, la mayoría de las veces.

—No me cabe la menor duda. —cuchicheó bajito—. Sobre todo, si es un cachas tipo vigoréxico. La inteligencia es lo de menos.

Comenzaron a reírse a carcajadas. En ese momento, Philip llamó a su compañera y ella continuó con sus lujuriosos pensamientos. La imagen del macizo del ascensor se paseó libremente por su cabeza. Recordó la forma en que se había rozado con ella y revivió el suceso por millonésima vez. Cuando se dio cuenta de lo que hacía estuvo a punto de echarse a llorar. Después, se dijo que no debía ser tan dura consigo misma. Total, las feas también podían soñar despiertas.

El resto de la mañana transcurrió muy deprisa. A las tres de la tarde estaba terminando de comer cuando descubrió a su amiga mirándose en el espejo de la cocina. Últimamente lo hacía a menudo y le resultó extraño.

—¿No puedes resistirte a contemplar tu imagen?—sonrió guiñándole un ojo a Roger, uno de los ayudantes de cocina, que también observaba a Mónica con similar atención.

El chico movió la cabeza dándole la razón y esperó tan interesado como

ella la respuesta de la camarera.

—¿Creéis que soy atractiva? —les preguntó con apenas un hilo de voz.

Si no se tratara de Mónica juraría que su voz sonó temerosa. Decir que logró sorprenderla era quedarse corta. Morena de brillante pelo largo, ojos verdes rasgados y llamativos, nariz pequeña y elegante. Sus labios, siempre pintados de rojo, mostraban unos dientes blancos y perfectos. Un metro setenta, llena de curvas donde debía haberlas y delgada como dictaba la moda. Realmente era hermosa, quizá... no fuera muy refinada, pero nadie le había preguntado por ese aspecto.

—Por supuesto que eres atractiva—contestó sincera—. ¿A santo de qué vienen esas dudas?

Beth miró a Roger y de nuevo a la camarera. Ambos la contemplaban atónitos, Mónica dudando de sus atributos, ver para creer.

—Para ese tío no existo y os puedo asegurar que lo he intentado todo.

—Y, sólo para situarme, hablamos de...—repuso Beth con sarcasmo.

—¿De quién va a ser? Del nuevo Consejero —la oyó suspirar al borde de las lágrimas. Casi sentía curiosidad por el sujeto—. No hay manera, da igual lo que haga...

No quería ni pensar en lo que habría maquinado para llamar la atención del pobre desgraciado. Normalmente, sin proponérselo, ya era bastante explosiva; desde los escotes hasta la minifalda entubada de licra. Iba a ser verdad que siempre había una primera vez para todo.

—Está claro que es homosexual —manifestó Roger tan categórico que ambas lo creyeron sin mucho esfuerzo—. No existe hombre que se te resista, te lo digo yo.

Y con esas palabras se adentró en la cocina silbando como si hubiera resuelto un enigma de lo más obvio. Desde luego, el repaso que le había dedicado al cuerpo de la camarera acabó por convencerlas.

—Vaya, en eso no había pensado. —Suspiró Mónica claramente

reanimada—. Lo de siempre Beth, los mejores o están casados o son de la acera de enfrente. Aunque, en honor a la verdad, este no lo parecía. Claro, que si me concediera diez minutos lo reintegraba rápidamente a las filas de la heterosexualidad...

Su bella sonrisa apareció de nuevo y las arrugas que se habían formado en su frente desaparecieron por arte de magia. La cara le volvía a brillar. La seguridad en uno mismo, se dijo Beth, qué cosa tan importante. Su amiga había vuelto a transformarse en ella misma.

Diez minutos más tarde, la Mónica de siempre había resurgido con fuerzas renovadas.

—Tengo que hacer una llamada, cúbreme cinco minutos —le pidió acelerada.

Estaba enganchada al móvil y en aquel trabajo no lo tenía fácil.

Beth le hizo un gesto comprensivo y salió al salón. Había que limpiar tantas mesas que pensó en su pobre digestión. Así no iba a engordar en la vida.

Apenas había comenzado cuando su compañera la secundó con brío.

—¿No estabas indispuesta? —preguntó con sorna.

—No te lo vas a creer —bufó indignada—. Han restaurado el sistema. No hay señal. Como encuentre al chivato me lo cargo.

Por un instante sintió que no las tenía todas consigo. Recordó su actuación en el ascensor y concluyó que lo había hecho tan bien que no se había delatado, ella no tenía nada que ver con aquello. Seguro.

—En dos días lo habrán resuelto. —Suspiró nostálgica. Necesitaba un móvil.

Intentó alejarse pero su amiga se colgó de su brazo.

—Quería quedar esta noche con mi prima —gritó en su oído—. Oye, no estaría mal que te vinieras con nosotras, te la presento y si congeniáis me la quitas de encima.

La expresión de su cara le dio miedo. La prima debía de ser una plasta de mucho cuidado.

—Tengo que estudiar, las pruebas son en diciembre. —Cruzó los dedos tras la espalda. Ojalá y no se equivocara.

—No seas tonta, por una noche no vas a suspender —siguió hablando tan alto que Beth se preguntó por qué se había acercado a ella como si le fuera a confiar un secreto—. Vive en Santa Fe, pero no quiere coger el coche todos los días, así que lleva en mi casa dos semanas y me está cortando el punto una barbaridad, es una mojigata de pueblo, os llevaréis bien. En el *Madison* a las nueve.

No sabía cómo lo hacía pero siempre acababa recordándole a Lily. Sintió lástima de la muchacha. Le daría una oportunidad, tampoco es que hubiera muchos interesados en ver su apartamento. No disponer de teléfono le estaba dificultando el asunto. Tendría que hacer una visita a la catedral.

—De acuerdo. —La miró a los ojos—. Pero no voy a permitir que me la endoses. Si mencionas que busco compañera de piso, aunque sea por casualidad, me largo.

Mónica sonrió ladinamente.

—¿Sabes? Te pasas de lista, si fueras más *simpática* serías terrible.

Beth comprendió el eufemismo. Quién sabe cómo podría ser de resultar más *atractiva*.

Leyó el letrero que parpadeaba en el interior del local, *Madison*. El sitio le gustaba, la hacía sentirse en casa. Era lo más parecido a un pub inglés que podías encontrar en toda la ciudad. Una gran barra de madera brillante y pulida, salpicada de frecuentes grifos de cerveza y conectada con una cocina sorprendentemente espaciosa. Frente a ella, pequeñas mesas rodeadas de taburetes y, al fondo, un pequeño escenario con una acústica preparada para que los grupos más desafortunados sonaran bien.

Las encontró sin dificultad, Mónica llamaba la atención con sus risas no

compartidas por su compañera de mesa.

—Beth —chilló alegre moviendo la mano con grandes aspavientos—. Te presento a mi prima, Magdalena Armenteros.

Se paró en seco, las nueve de la noche y su amiga ya daba muestras de estar bebida o de algo peor. En quince minutos se largaba de allí.

—Encantada —le salió una especie de gruñido, pero no se le podía pedir gran cosa, odiaba el alcohol y las drogas.

—Igualmente. Por favor, llámame Mada.

Una chica joven, quizá de su edad, le estampó dos besos. Beth la contempló con lástima. Aguantar al personaje que tenía al lado merecía todo su respeto. De nuevo, la imagen de su madre hizo su aparición.

—¿Es verdad que estás buscando compañera de piso? —preguntó la muchacha de forma alegre y desenfadada.

Intentó centrarse, aunque el eco de sus propias palabras se lo estaba poniendo difícil. Echó un vistazo a Mónica y la fulminó con la mirada. La afectada apenas reparó en su traición, continuaba riendo como si no hubiera un mañana.

—Oye, ¿de verdad quieres que te llame Mada? —La vio enarcar las cejas y se sintió obligada a explicarse—. No sé, suena raro. Eres la primera Magdalena que conozco.

Mada sonrió abiertamente.

—El nombre me hace sentir mucho más gorda de lo que estoy, así que nada de bollería—. Hinchó las mejillas como un globo y le guiñó un ojo.

Beth se rindió en ese momento. La chica le caía bien, no como la prima que era una vil rata de alcantarilla.

—Vale, Mada entonces. —Le ofreció la mano en señal de reconocimiento, no le gustaba besar a personas que no conocía.

Mónica desapareció sin decir ni pío y las dejó solas y perplejas.

La muchacha le contó que tenía veinticinco años y que acababan de contratarla en una de las peluquerías más famosas de la ciudad. Ganaba un buen sueldo, tenía coche y gozaba de espléndida salud, no había más que verla. Entonces ¿por qué diantres permanecía con su prima y no se buscaba un apartamento para ella sola?

Lo comprendió cuando un camarero se acercó para preguntarles si deseaban recargar el combustible. Les guiñó un ojo y aquella criatura no fue capaz de articular palabra. Se quedó embobada contemplando al chico mientras su piel adquiría un tinte sospechoso. Pues quién lo hubiera dicho, la ropa en este caso no hacía al monje.

Cuando el hombre salió de su radio de acción volvió a mostrarse espontánea y natural. Hacía tiempo que no se encontraba con nadie que quisiera agrandar tanto como aquella muchacha. La observó mejor, mediría uno sesenta y cinco como mucho, morena y tremendamente corpulenta. Vale, no iba a utilizar eufemismos, no le gustaban para ella, no le gustaban para los demás. Esa chica estaba gorda, ni rellenita ni corpulenta. La palabra exacta era gorda. Sin embargo, su rostro era muy bello. Claro que llevaba tanta pintura que cualquiera sabía lo que se encontraría al escarbar, aunque podría jurar que era muy guapa, esa piel no se conseguía ni con todo el maquillaje del mundo. Morena de grandes ojos marrones y sonrisa permanente. Vestía un conjunto azul marino que mostraba las costuras a punto de reventar, se diría que iba luciendo palmito. Los pechos se destacaban con demasiado descaro y la cintura y las caderas también. Dejó de prestar atención a la silueta de su nueva compañera, no sería ella quien la criticara. Volvió a su bello rostro, descubrir que no la miraba con suficiencia, pena o malicia la dejó estupefacta. No era lo habitual.

—Si buscas piso, podemos probar—le dijo convencida—. Mañana haré una copia de las llaves y se la dejaré a tu prima. Eso si aparece.

Sonrieron al unísono y miraron a su alrededor. Ni rastro de la susodicha.

—¡Gracias! —susurró con su sempiterna sonrisa—. Estaba deseando vivir por mi cuenta, pero no quería hacerlo sola.

Beth la contempló de nuevo y se maravilló de las diferencias que las

separaban. Esa mujer le sacaba tres años y parecía que era ella la que le doblaba la edad. Qué cosas.

Como Mónica seguía missing, cerca de las doce acompañó a una apocada Mada hasta su coche, un Ford Focus de un color rojo fuego que volvió a sorprenderla, y se despidieron con un beso.

Estaba cerca de la catedral, a cinco minutos de la parada del bus, así que decidió gastarse esos veinte euros. No podía permanecer más tiempo desconectada del resto del mundo.

Se adentró en una callejuela y salió detrás de uno de los restaurantes más exclusivos de Granada. Al doblar la esquina chocó con una persona que se encontraba apoyada en la pared.

—Perdón.

—Eres un pequeño peligro. —Rió una voz conocida—. Elisabeth Benedict, es tarde y esta zona no parece muy segura. ¿Qué demonios crees que haces por aquí tú sola?

Si no hubiera estado tan sorprendida le hubiera atizado una buena patada en la espinilla. *¿Pequeño peligro?*

—Jack Noyce, tú por el contrario eres un gran peligro—dijo utilizando el mismo tono afectado del hombre.

Era difícil mantenerse enfadada con alguien que sonreía de esa manera. Madre mía, sus recuerdos no le habían hecho justicia. Ese tío era impresionante en toda la extensión de la palabra.

—Te he hecho una pregunta —inquirió algo más serio.

—Voy a comprar un móvil. —Entonces cayó en la cuenta. Con esa pinta no era tan descabellado—. Oye, no serás un poli o algo por el estilo ¿verdad?

Llevaba un traje oscuro de corte impecable, la corbata le colgaba del bolsillo de la chaqueta y la camisa blanca destacaba sobre su piel morena. Podía pasar por el próximo James Bond con facilidad.

Jack frunció el ceño. Esa canija tramaba algo y no muy legal por lo que

observaba.

Una puerta se abrió y un haz de luz los iluminó durante unos segundos.

—Jack, nos vamos —la voz masculina carraspeó como si se sorprendiera de que estuviera acompañado.

Beth escuchó voces femeninas preguntando por el súper espía y se lamentó de su pobre aspecto. Se irguió lo máximo que le concedían sus vértebras y con toda la dignidad que pudo reunir se dispuso a despedirse del adonis. Respiró tranquila, nadie podía hacerle daño porque nadie le importaba, se repitió mientras empezaba a alejarse.

—De acuerdo. Nos vemos mañana —escuchó gritar a Jack mientras se situaba a su lado.

Empezaba a alucinar cuando el sonido de unos tacones la puso de nuevo en su sitio. La favorecida de turno, se dijo resignada.

—¿Jack? Creía que nos ibas a acompañar.

El tono aterciopelado de la voz estaba en consonancia con su aspecto. Era preciosa y explosiva, tanto que Beth continuó andando. Era ridículo...pero por un momento había llegado a creer que ese hombre prefería estar con ella.

Sintió que la cogían del brazo y se detuvo desconcertada.

—Sarah, nos vemos mañana —volvió a repetir, aunque esta vez algo molesto. Agitó la mano en señal de despedida y dejó a la muchacha a dos velas. —Te acompaño a dónde quiera que vayas.

Beth estaba a punto del desmayo. Se dio la vuelta y observó a la chica que aún los miraba confundida y después a Jack, que la seguía tan tranquilo.

—Esa mujer pretendía calentar tu cama —le explicó entre susurros—. Algo que sabes perfectamente, y la abandonas para acompañarme y convertirte en mi cómplice en un delito de receptación. Tío, alguien debe decirte que tienes un grave problema.

Jack le pasó el brazo por los hombros y sonrió con ganas. La chica era una ricura. ¿Delito? ¿Receptación? De eso nada.

—Conozco el tipo penal. —Siguió sonriendo como si la receptación no estuviera castigada con una pena de seis meses a dos años—. Te invito a un helado.

Beth comprendió que no la había creído. Desde luego, no era mala cosa no tener aspecto de criminal, pero seguía necesitando un teléfono. Lo compraría al día siguiente.

Por ahora, sus sentidos la mantenían alerta con respecto a la mano que colgaba de su hombro derecho. Como le tocara la teta iba a saber lo que era un delito. Sin embargo, no sabía si para su alivio o no, el hombre no intentó rozarla siquiera. Lo descubrió todo sonriente y satisfecho buscando una heladería y se dijo que era raro. Había renunciado a echar un polvo por tomar un helado con ella. Un helado... no una copa. Muy raro.

Recordó al nuevo Consejero Delegado y pensó que quizá tuvieran la misma inclinación. Por eso no se había molestado en contestarle cuando le hizo ver lo que esperaba la chica del restaurante. Le echó un vistazo de nuevo y lamentó esa gran pérdida para el género femenino.

Se sobresaltó cuando la cogió de la mano y la hizo entrar en la elegante y suntuosa cafetería de uno de los hoteles más caros de toda Granada, situado en la Gran Vía. Tragó saliva y se armó de valor. El sitio era espeluznante. Suelos de mármol, alfombras persas, cuadros de estilo victoriano, aparadores de nogal y personal estirado.

¿Cómo había terminado en aquel sitio?

La minifalda del trabajo, el suéter beige y los botines de tacón no daban la talla. Se sintió peor que Gregor Samsa cuando descubrió que era poco menos que una cucaracha. El problema era que ella no iba a tener tanto éxito como Kafka con su novelita.

Tomaron asiento en el mejor sitio de todo el local y comprendió que el camarero o lo que fuera, conocía a Jack. Tomó nota de su helado de crocanti extra grande y del café de su favorecido acompañante y los dejó solos.

Beth advirtió, una vez más, que ese hombre tenía una educación exquisita (a pesar de ser un favorecido) y de que no hablaba en español bajo

ninguna circunstancia, lo que le resultaba extraño. Todos sus conocidos ingleses, que eran pocos ciertamente, hacían el esfuerzo cuando se relacionaban con españoles. Ella misma había pedido su helado en español.

—Hace calor, perdona que me quite la chaqueta.

Intentó por todos los medios apartar su mirada del pecho grande y musculado de su amigo, pero fue inútil. Sus ojos tenían vida propia. Lo que ocultaba su camisa negra debía ser magnífico porque su contorno lo era. Admiró atontada el cinturón de piel de color negro y su pantalón gris oscuro. Los mocasines oscuros eran tremendamente sofisticados. Y el olor que desprendía que no la dejaba tranquilizarse...

¿De dónde salía ese tío? Se había equivocado, no parecía un poli sino un modelo de éxito y algo aburrido.

Jack se pasó la mano por el pelo con gesto cansado y cuando la pilló en pleno estudio de su persona le guiñó un ojo claramente divertido.

—¿Me permites que te ayude con la tuya? —le preguntó aún con la sonrisa en los labios.

Ni muerta iba a permitir que la tocara de nuevo. Claro, que volvía a levantarse y esperaba galantemente. Mierda.

—Es verdad, parece que esté puesta la calefacción —dijo ella dejándose ayudar con la parka que llevaba y quedando enfundada en el único jersey visible y decente que tenía.

Notó la mirada seria y crispada de Jack en sus senos y maldijo en todos los idiomas que conocía. No llevaba sujetador. Era una costumbre perversa y cara, así que prefería camiseta interior, pero no había duda de que esa noche no estaba dando la talla. Ojalá y el hombre elevara la vista porque no estaba acostumbrada a encorvarse, eso la hacía parecer más pequeña.

Un momento, ¿ese tío no era homosexual? Volvió a respirar y trató de centrarse en el helado. Iba a ser su cena, no dejaría que unas tetas, aunque fueran las suyas, la estropearan.

—¿Por qué no hablas español? —preguntó interesada mientras chupaba

la cucharilla con verdadera lujuria. Hacía siglos que no comía un helado como ese. ¿Siglos? Nunca había probado nada igual.

Jack carraspeó antes de poder contestar. Esa canija era el ser más atrayente y voluptuoso con el que se había topado a lo largo de sus treinta años. Comenzó a sentirse molesto consigo mismo. ¿Desde cuándo le gustaban las crías enanas y con serias posibilidades de acabar en prisión?

—Porque apenas lo domino —reconoció contrariado—. ¿Qué edad tienes?

Beth admiró la redondez de su crocanti y rió por lo bajo. ¿Primero le miraba las tetas y después le preguntaba los años? No hacía falta ser una lumbrera para saber lo que estaba pensando, aunque no concordaba con su hipótesis de partida...

Jack no le quitaba los ojos de encima y ella decidió dejarse de teorías extrañas y disfrutar del momento.

—Te propongo un juego. —Le encantaba acaparar la atención de ese hombre. Homosexual o no, daba gusto mirarlo, y además, hacía que se sintiera bien consigo misma. Si hasta había creído que lo atraía... Terminó de lamerse los labios y se enfrentó a su intensa mirada con valentía—. Sólo contestaré cuando me hables en español, mientras tanto, te escucharé pacientemente. Cada vez que te rindas será mi turno y estarás obligado a responder cualquier pregunta.

Jack bebió un sorbo de café y se tomó su tiempo para sopesar la oferta. Demonio de cría, era realmente un peligro andante, a saber lo que quería conocer de su vida. Pero fue el brillo de sus ojos el que lo convenció, fulguraban iluminados por las luces cálidas del salón. El ambiente íntimo se prestaba al jueguito. Lástima que no fuera una conquista, habría disfrutado de la situación.

—Aunque no lo creas, te estoy haciendo un favor —explicó ella tratando de ser persuasiva—. Tienes que aprender el idioma, y un asistente de conversación es difícil de encontrar y cuesta una pasta.

Ante el mohín burlón de Jack, recordó su móvil y comprendió la

desfachatez del argumento. Había que rectificar cuanto antes.

—Vale, te lo puedes permitir, pero no te lo pasarás tan bien como aprendiendo conmigo. —Esperaba que fuera cierto.

—No hace falta que sigas exprimiendo esa cabecita tuya, me habías convencido con la primera propuesta. Te concedo diez minutos.

Pasó por alto el término *cabecita*, creyó vislumbrar un amago de sonrisa en sus labios y eso la desconcertó. Así, que era verdad que se lo pasaba bien con ella. Un placer inesperado e inaudito la recorrió por dentro y terminó su helado a toda prisa. Era mucho más atrayente ese hombre.

—Ok, ¿Cuántos años? —inquirió Jack sin esfuerzo alguno.

—Primera oportunidad. Seguro que puedes hacerlo mejor y preguntar con verbo y todo —repuso con cara de sabelotodo—. Me toca a mí. ¿Qué haces en España? Desde luego, no estás aquí para aprender el idioma

Jack movió la cabeza, pues sí que empezaba bien, creía que estaban usando un lenguaje informal.

—Estoy en España por motivos de trabajo. —No pensaba añadir nada más. ¿Cuántos años tienes Elisabeth?

Español correctísimo, vaya desilusión.

—Veintidós, mayor de edad—informó remisa. Sólo era pequeña de estatura, estuvo a punto de añadir.

Jack captó su reticencia y decidió dejar el tema. Trabajaba en *World Wind*, no había duda de que estaba ante una persona adulta. No quería que su desparpajo le llevara a cometer un error. En honor a la verdad, no sabía lo que hacía con aquella renacuaja. Lo único que tenía claro era que le gustaba su compañía y que le recordaba a...alguien. La miró una vez más y estuvo a punto de echarse a reír. No podía creer que se estuviera planteando tantas dudas por unas tetas preciosas... por mucho que hubiera pensado en ellas desde lo sucedido en el ascensor. Esa cría debería ponerse un sujetador de vez en cuando.

—Y, prefiero que me llamen Beth —aclaró con timidez. Los ojos de aquel hombre estaban consiguiendo que se sintiera incómoda.

—Me gusta más Elisabeth —respondió Jack en un español conciso y claro—. ¿Dónde vives Elisabeth?

El tono profundamente sensual de su voz se acentuaba al utilizar la lengua de Cervantes. Beth parpadeó atontada, estar cerca de ese tipo no le hacía ningún bien. Retiró su mirada del hombre y entonces advirtió que no era la única bajo su influjo. Todas las mujeres del salón lo miraban abiertamente. Se echó un vistazo a sí misma con disimulo y estuvo a punto de gritar; no había justicia en el mundo. Aprovechó que Jack escribía algo en una servilleta para reconstruirse de nuevo, como siempre.

—Aquí al lado —musitó en voz baja. Descubierta la expectación generada por el ser celestial que la acompañaba, le causaba vergüenza hasta respirar—. Me marchó, ya es bastante tarde y mañana hay que trabajar.

Se olvidó de los idiomas y se levantó con la parka en la mano. Deseaba abandonar ese lugar cuanto antes y, a ser posible, no volver ver a ese hombre en lo que le quedaba de vida. Le gustaba demasiado, maldita sea.

—Te acompaño —le dijo Jack mientras la cogía del codo.

Beth sintió que las rodillas se le aflojaban y que los colores se agolpaban en su cara, principalmente el rojo. Qué maravilla.

—Has olvidado pagar —dijo aliviada. En cuanto lo hiciera aprovecharía para desaparecer sin hacer ruido.

—Vivo aquí, lo incluirán en mi cuenta. —al hablar le mostró la nota que había firmado. Era la cuenta.

¡Por todos los Santos! Vivía en un hotel de cinco estrellas. Vale, podía soportar pasar más tiempo a su lado.

Aunque... no mucho más.

2

Era miércoles y las calles estaban desiertas. Caminaban uno al lado del otro sin hablar, inmersos en sus propios pensamientos. Ascendieron por una ligera cuesta y continuaron por ella hasta llegar al Campo del Príncipe. La pequeña plaza rodeada de tablaos flamencos, la cruz central, los árboles, las calles adoquinadas. Todo rezumaba magia y leyenda.

—Me gusta este sitio —susurró Jack—. Es perfecto para ti.

Beth no dijo nada. No sabía qué responder. Había sonado a halago y nunca le habían dedicado ninguno.

Llegaron hasta su portal. Un remodelado edificio los recibió con la puerta abierta y la luz encendida. Por algún extraño milagro no tendría que buscar la llave. Se volvió hacia el hombre y le sonrió con sinceridad, a fin de cuentas era una despedida.

—Gracias por todo Jack, ha sido agradable conocerte —reconoció con vehemencia—. Espero que aprendas el idioma y que te vaya bien en España.

Jack estuvo a punto de partirse de risa cuando vio la manita de la chica extendida hacia él. ¿Se estaba despidiendo?

—Hasta pronto Elisabeth —dijo en un español correcto y bien modulado.

Estrechó su mano y la atrajo hacia él. Le estampó un beso en la frente y se alejó calle abajo sin volverse ni una sola vez.

Mientras subía las escaleras hasta su piso se dijo que al hombre le quedaba mucho Castellano por aprender. Como en la novela, le había dicho *hasta pronto*, cuando en realidad tendría que haber utilizado un *adiós*, dado que no se iban a volver a ver. Suspiró apenada.

Una hora más tarde, el sonido del timbre de la puerta la asustó. Estaba a

punto de dormirse y se sentía atontada. Se acercó con prudencia a la entrada y pensó en la única posibilidad, ¿Mada que decidía no esperar y abandonaba a su prima tras un sensato arrebató de confianza? Pero ¿no tenía una copia de la llave?

Echó un vistazo por la mirilla y leyó la ficha que le mostraron: Mensajería Directa, leyó desconcertada.

Si no hubiera estado medio dormida no habría abierto.

—¿La señorita Elisabeth Benedict? —le preguntó un hombre, con una placa identificativa en el suéter. No parecía un psicópata.

—Sí, soy yo —repuso intranquila mientras se cruzaba los brazos en el pecho.

—Esto es para usted. —Le entregó un paquete y después de hacerle firmar el albarán de entrega se marchó por donde había venido.

En su vida se había sentido más nerviosa. Esperaba que su madre no estuviera involucrada en lo que fuera aquello. Revisó el paquete veinte veces y, finalmente, lo abrió.

Un móvil, no cualquier móvil, sino un iPhone 6. La cabeza empezó a darle vueltas y buscó desesperada una explicación. La servilleta del hotel en el que habían estado se lo aclaró.

A mi pequeña profesora,

Espero que te sea de utilidad y lo aceptes sin rechistar. Es el pago por tu clase de Español. Nada de delitos.

Jack Noyce

¿Pequeña profesora? ¿Se había atrevido a utilizar el término pequeña? ¿Y no podía haber usado papel como todo el mundo?

Si algún día volvía a verlo ya le enseñaría ella lo que era capaz de hacer una *pequeña profesora*, pensó mientras se dejaba caer en la pared y las lágrimas se empeñaban en anegar sus ojos.

—La señora Watson desea verla —le comunicó un chico joven con seriedad.

Estaba limpiando una mesa en el comedor. Aún faltaba un día y sabía que no se había celebrado ninguna reunión. Aquello pintaba mal.

—Gra..cias —consiguió articular.

Se tomó unos minutos, las manos le temblaban y el corazón se le iba a salir del pecho. Intentó calmarse, pasara lo que pasara saldría adelante, era una luchadora. Aunque, si debían sucederle cosas buenas, esperaba que no se demoraran demasiado. Junto con el regalo del teléfono, sería todo un detalle - por parte de los que manejaban los hilos- no hacerla esperar más.

Pidió a Roger que la sustituyera y corrió hacia los ascensores. Curiosamente, en esa ocasión no tuvo que esperar. Las puertas de uno de los elevadores se abrieron a su paso. Lo que lejos de tranquilizarla contribuyó a ponerla más nerviosa. Si se averiaba de nuevo cometería una locura.

Llegó al despacho de la psicóloga con la cara desencajada. La secretaria la hizo pasar directamente. En esta ocasión no hubo sonrisas. Tembló por dentro y por fuera.

Deborah Watson estaba de pie ante el ventanal mirando el horizonte saturado de edificios. Por la caída de sus hombros supo la respuesta. Sin que le diera permiso tomó asiento y dejó escapar un largo y profundo suspiro. Todo estaba perdido. Si hubiera aprovechado la oportunidad el año pasado... Pero, le había resultado tan difícil sacar tiempo que se presentó sin repasar. Ese fue el motivo de que dejara su Grado de ADE. *Quien mucho abarca poco aprieta*, le dijo su madre cuando se lo contó.

Dejó de pensar y se centró en la mujer que la miraba con cara de circunstancias y, lo que le resultó más doloroso, con pena; ese sentimiento que odiaba inspirar.

—Beth, tengo noticias —la inflexión que utilizó al hablar acabó con todas sus esperanzas. Dejó de temblar, ya sabía lo que era perder, sólo que esa vez esperaba algo distinto. Por Dios, ¿cuándo iba a cambiar su suerte?

Deborah esperó a que la chica la enfocara. Comprendió que ya sabía la respuesta y volvió a sombrarse de su capacidad de renuncia. Salvo por el rictus de su boca nadie diría que llevaba años preparándose concienzudamente para trabajar en aquella empresa. Incluso logró sonreír. La admiró una vez más y se preparó para soltar la bomba.

—El nuevo Consejero considera necesario estar en posesión de un título universitario para poder acceder a un puesto de trabajo dentro de la Corporación —informó sin respirar apenas, las malas noticias mejor de una vez y a toda prisa, era su lema—. Lo siento.

Beth se mantuvo muy quieta, la respiración no quería volver a la normalidad, por lo que tomó aire con ciertos apuros y se aseguró de poner las lágrimas a buen recaudo. No iba a llorar, al menos delante de Deborah. Por muy mal que le fueran las cosas nunca lloraba en público, su orgullo se lo impedía.

—Gracias —carraspeó nerviosa—. Sé que lo ha intentado y le quedo muy agradecida por ello. Ahora si me disculpa, debo volver al trabajo.

La última frase casi no se había escuchado. Necesitaba salir de allí y desahogarse. Su vida acababa de irse a la mierda y saberlo lo empeoraba enormemente.

—Sólo te diré una cosa —dijo la psicóloga con un rictus amargo y la frente surcada de arrugas—. En tres meses se celebrarán las pruebas, no dejes de estudiar porque yo aún no me he rendido.

Pues yo sí, pensó cansada. Tenía que mantener algo de decoro. No pudo evitar una pequeña lágrima cuando miró a la señora Watson. No estaba en condiciones de hablar, esperaba que la mujer lo entendiera.

Abandonó el despacho y aguantó entera hasta llegar a las escaleras de emergencia, solo entonces se permitió dar rienda suelta a su dolor.

A las diez de la noche su carácter estaba en consonancia con el tiempo, sombrío y a punto de estallar. No paraba de preguntarse qué iba a hacer ahora. Sabía que su inteligencia estaba por encima de la media. Milagrosamente, las

drogas solo le arrebataron su estatura física, la intelectual la dejaron a salvo.

Sin embargo, era imposible terminar sus estudios universitarios dentro del plazo. Le quedaban dos asignaturas, y cómo no, eran las más difíciles de toda la carrera. Podía examinarse en febrero porque lo haría en segunda convocatoria, pero las pruebas de acceso a la *W&W* se celebraban en diciembre.

Se sentía vacía, como si le hubieran arrebatado aquello que le hacía seguir adelante. No sabía qué hacer ahora con su vida. Hasta ese momento había estado tan claro el camino...

Miró sorprendida el portal de su edificio, el paseo había terminado. Debía de estar peor de lo que pensaba porque no se había percatado de que llegaba a casa. Entró con todo el peso de sus reflexiones a cuestas y se propuso olvidar que ese día había existido.

Su apartamento la recibió con su acogedora fragancia. Adoraba aquella casa. El anterior inquilino era un muchacho de Bellas Artes que se entretuvo en desnudar las paredes del salón y dejar a la vista una piedra de color grisáceo que ponía de manifiesto la antigüedad del edificio. También había renunciado a un mural con La Alhambra como telón de fondo. La mancha que cubría parte de la obra era la causa del insólito abandono. Juraría que era de whisky. A ella le encantaba y agradecía el lamparón. Una imperfección que la hacía perfecta para ella.

Apartó algunas de las cajas de Mada y, después de pensarlo, las llevó hasta la habitación que la muchacha iba a utilizar como dormitorio. Se mudaría ese fin de semana.

Se duchó con una parsimonia inusual. Al acabar, eludió mirarse en el espejo, se puso una vieja camiseta y comenzó a lavarse los dientes. Sin embargo, algo masoca y olvidado se removió en su interior, se enjuagó a toda prisa y volvió a desnudarse.

La imagen que reflejaba el cristal la desconcertó. Le había crecido el pecho más de lo que pensaba, ahora se explicaba la molestia de los pocos sujetadores que tenía, y ella pensando que esos chinos no sabían coser. Lo único que le faltaba era convertirse en una enana tetona para terminar de

llamar la atención. Si ya tenía tanto pecho estando en los huesos... Suspiró aterrada, su madre también disfrutaba de una buena delantera. Descubrir una cintura de avispa la sorprendió, sería el efecto del busto prominente. Caderas estrechas y redondeadas y piernas de alambre... Un momento, los alambres habían desaparecido, ahora se veían fibrosas y delgadas, no escuálidas. Giró ansiosa y se miró el culo, redondo y pequeño como una pelota perfecta y curvilínea. Se había esperado algo desastroso. Respiró mejor.

Madre mía, no estaba tan mal. ¿Cuándo había cambiado tanto?

Se rascó la cabeza nerviosa. No recordaba la última vez que se había mirado en un espejo y su ropa holgada no servía de gran ayuda. Bueno, al menos era una enana fea pero con buen cuerpo.

Se metió en la cama pensando que no se había echado ni un vistazo a la cara. *Eso sí que no cambia*, murmuró en voz alta mientras se le cerraban los ojos.

Ese viernes llegó puntual al trabajo. Llovía, hacía frío y estaba nublado, pero a las ocho ya estaba sirviendo los primeros desayunos de la mañana. En algo más de veinticuatro horas vería a su madre. Con tanto problema se le había pasado el tiempo volando y el malestar que la atenazaba durante los días previos a las visitas había comenzado esa mañana. Odiaba entrar en una prisión, le daba igual la nacionalidad del recinto.

—Necesito que subas a la novena, a la Sala de Juntas. —Oyó decir a Philip—. Mónica ha pillado la gripe y los demás están ocupados.

Un momento... se refería a ella.

—Por supuesto, ahora mismo —exclamó entusiasmada.

No se lo podía creer, subir el desayuno al jefe supremo. Su cara debió expresar algo de lo que pensaba porque le pareció que el hombre se mostraba algo avergonzado. Lo vio alejarse a toda prisa dejándola con un carrito cargado de platos. Tardaría un siglo en servir todo lo que llevaba pero lo haría encantada.

Salió del ascensor con cierto malestar. Desde el vil ataque, aquellos cubículos habían dejado de parecerle inofensivos. Avanzó por el pasillo cruzándose con secretarias que contemplaban su imagen en espejitos redondos. Mal día para la peluquería, reflexionó con sarcasmo.

Se adentró en la sala y, en apenas unos minutos, la descomunal mesa oval quedó pertrechada para soportar el ataque de una legión de ejecutivos hambrientos. Dulce, salado, café, té, zumo...Lo que desearan aquellos afortunados seres de la estratosfera.

Después, esperó pacientemente a alguna víctima propiciatoria, es decir, una secretaria sin posibilidades de ascenso. La causa principal del cambio de funciones era evitar la revelación de secretos. El contrato del personal de cocina no contenía ninguna cláusula al respecto, eso doblaría sus salarios. A ella le hubiera gustado quedarse, poder disfrutar de ese mundo al que no iba a pertenecer pero que conocía como la palma de su mano.

La habitación comenzó a llenarse. Hombres y mujeres elegantemente vestidos portaban maletines y portafolios en las manos. Los más decididos habían empezado con los croissants y buscaban a su alrededor alguien que les sirviera café. Abandonó su puesto en la pared y se acercó a un favorecido, rubio de porte atlético, que se zampaba una media luna sin muchos remilgos.

—¿Alguna bebida señor? —no pudo evitar sonreír, daba gusto verlo comer con esa ansia.

—Sí, por favor. Intervengo en primer lugar —estaba claro que no quería perderse el desayuno—. Café con leche. —Le guiñó un ojo y siguió devorando el dulce.

Beth no dejó de sonreír, le sirvió la bebida y lo observó quemarse hasta la campanilla. Solícita, le acercó un vaso de agua y el hombre lo engulló de un trago. Al mirarlo de nuevo, se dijo que era tremendamente atractivo. Un pelín alto para su gusto, pero el pelo claro, los ojos grisáceos y la sonrisa fácil eran imponentes. Claro, que el traje cosido a mano también ayudaba, se dijo con objetividad.

—Gracias, te debo una —le dijo el hombre una vez recuperado su color natural.

Sabía que era una forma de hablar. Le sonrió y volvió a su sitio. Miró el reloj de la pared, pasaban quince minutos de las ocho. Philip creería que se estaba vengando, menudo estreno.

De inmediato, supo que su excelencia, el jefe destroza Mónicas, se acercaba porque los murmullos cesaron, los hombres se giraron hacia la entrada y las mujeres se pasaron las manos por sus peinados. Si conocieran la teoría de Roger no se preocuparían tanto.

Debería de haber estado preparada. Ella, que prácticamente lo había visto todo, en ese instante y en ese lugar, soltó un pequeño alarido. Ni siquiera le importó que un montón de caras desconocidas la miraran como si hubiera perdido el juicio. Jack Noyce, su Jack Noyce, acababa de entrar seguido del caballero de pelo cano del ascensor. Y lo supo. En aquel maldito instante, supo que ese hombre era el nuevo Consejero Delegado de *World Wind*.

Se recobró enseguida. Se diría que toda su vida había sido una preparación para aquel momento. Elevó la cara, lo contempló con ironía y sonrió. Como si no estuviera hirviendo por dentro. Ese era el hijo de mala madre por el que todo su esfuerzo se había ido al garete.

—Señorita Benedict, qué gusto saludarla de nuevo —Samuel Mathews le estrechó la mano con verdadera alegría.

Haber salido ilesos de la misma guerra debía de unir a las personas porque ella le devolvió el saludo con idéntico entusiasmo. En cuanto al macizo que lo acompañaba... utilizando español antiguo, eso era harina de otro costal.

—Elisabeth, nos vemos de nuevo —le susurró Jack con regocijo. Sin duda, recordando la despedida.

Tenía muchas opciones, tirarle la cafetera a la cabeza, pegarle una patada en los huevos, traspasarle un pie con el tacón... pero no hizo nada de eso. Los comensales habían empezado a hablar entre susurros y una secretaria casi tan alta como ella la sustituyó sirviendo cafés como una posesa. Lo tuvo claro.

—Me quedo el móvil como indemnización, me has jodido bien la vida

—le cuchicheó al oído utilizando el mismo tono empleado por él.

Se había quedado tan a gusto que no esperó a que se produjeran reacciones. Por ella podía irse al cuerno.

Abandonó la habitación sin mirar atrás. Su vida continuaba como siempre aunque algún día cambiaría, vaya si iba a cambiar.

—Te noto triste —murmuró su madre a través del cristal —¿Qué te sucede cariño?

Beth la miró sorprendida, era la primera vez que su querida Lily le hacía una pregunta como esa. Siempre había creído que le resultaba más cómodo olvidar que su hija tenía sentimientos.

—Vuelvo a matricularme, esta vez para terminar y no me apetece demasiado —habló casi para sí misma. Dudaba que su madre la hubiera escuchado. Los agujeros del cristal no eran tan amplios.

—*“Las grandes mentes tienen objetivos, las demás deseos”*, Washington Irving. —Pues, la había oído—. Leí esta frase hace unos años y pensé en ti. Siempre has tenido un objetivo en la vida, no dejes que una madre descerebrada te aparte de tu camino. Eres muy joven y muy inteligente, siempre lo has sido. Nena, puedes conseguir todo lo que te propongas. Hasta ahora no lo has hecho nada mal.

Elisabeth no sabía quién era esa señora extraordinariamente atractiva que le hablaba como si supiera lo que decía. Algo le había sucedido y no alcanzaba a entender qué. Veía sus ojos cuajados de lágrimas -después de haber hablado bien de ella- y quería gritar a los cuatro vientos que, finalmente, tenía madre. Tragó la bola que se le había formado en la garganta y trató de sonreír.

—Vaya mamá, esta retirada te está sentando bien, nunca te había visto reflexionar con tanta profundidad. —A decir verdad, ni con esa ni con ninguna.

—El tiempo cariño, el tiempo y la soledad me han hecho más sabia.

—Sonrió con esa expresión suya que te hacía sentirte afortunado de poder contemplar tanta belleza—. Claro, que no podían hacerme más tonta.

Ambas estallaron en carcajadas y cuando se limpiaba las lágrimas, Beth se preguntó si ese sería el principio del fin.

Aquel día abandonó la prisión con una sonrisa en la cara. Lily había desaparecido y una Leonora impresionante había ocupado su lugar. Se sentía bien, rara pero bien.

Sentada en el autobús de vuelta, reconoció que en algo debía de darle la razón a su madre. Había olvidado sus objetivos, era más fácil que luchar contra corriente. Sin embargo, había vuelto a la senda y esta vez lo haría mucho mejor.

Cuando llegó a casa, Mada ya estaba allí. La chica luchaba con una maleta que no podía abrir. De tener un cuchillo de carnicero, lo habría utilizado, no le quedaba la menor duda.

La invitó a tomarse un refresco y, más calmada, consiguió recordar los números del candado. Tenía cierta tendencia a perder el norte cuando se ponía nerviosa, ya lo observó en el Madison.

Lo que no esperaba era que con la cola se zampara dos bolsas gigantescas de patatas fritas y otra similar de palomitas. Del bolsillo de su chándal asomaba una cajita de caramelos masticables. Esa mujer comía por ansiedad, lástima que no le hubiera dado por beber agua, mucho más sano y más barato.

Su filosofía de vida siempre había sido vive y deja vivir. No la iba a cambiar ahora. Lamentó que su compañera no tuviera los mecanismos de defensa necesarios para hacer frente a sus inseguridades, pero cada uno lidia con sus problemas como buenamente puede.

A las diez de la noche habían terminado y ambas se encontraban duchadas y dispuestas a comer algo.

—Estoy muerta de hambre, voy a hacerme una tortilla francesa ¿te

apetece una?

Mada suspiró.

—No, hoy ya me he pasado —contestó sin rubor alguno.

Beth encajó bien la frase. Su amiga prefería las chucherías a la comida de verdad. Haría un esfuerzo, por mucho que le costara, no interferiría en la alimentación de aquella mujer.

El lunes la despertó un móvil que había olvidado que tenía. Al pasar el dedo por la pantalla recordó la procedencia del aparato y pegó un bote en la cama. Le importaba una mierda ese hombre.

Debía centrarse.

Había intercambiado la mañana por la tarde con Freddie Monroe, un amigo de Roger que salía con ellos de vez en cuando, y tenía que darse prisa para solucionar todo el papeleo universitario. Aún disponía de unos días para formalizar la matrícula. Al menos, en ese caso no llegaba tarde. Lo que le preocupaba era tener que echar mano de sus ahorros. Esperaba que Washington Irving admirara su vuelta al redil porque no llevaba demasiado bien lo de saquear su cuenta.

A las dos y media llegó a casa reventada aunque satisfecha. Había hablado con un grupo de compañeros del año anterior y eso la reforzó en su decisión. Estaba haciendo lo correcto y lo único sensato. También seguiría preparándose para formar parte de la *W&W*. Ningún Jack Noyce le iba a impedir cumplir sus sueños.

Entró en la cocina y se sobresaltó al encontrarse a Mada encaramada a uno de los taburetes del pequeño office viendo la televisión. Ella prefería el banco rojo de la mesa que estaba encajada bajo la ventana. Tenía que recordar que ya no vivía sola. Su compañera se estaba comiendo una chuleta rodeada de patatas chips. Al menos, ingería proteínas de vez en cuando.

—¿Has conseguido matricularte? —le preguntó interesada—. Si te apetece lo mismo, he comprado carne para un regimiento.

Beth no salía de su asombro. La estaba invitando a comer, a ella. Si no hubiera sentido una terrible vergüenza habría aceptado, esa carne tenía una pinta estupenda...

—Oficialmente es un hecho, vuelvo a ser universitaria. —Rió bajito—. Estoy algo nerviosa, esto de volver al cole es más duro de lo que pensaba. —Miró el filete y suspiró—. No tengo mucho tiempo, me preparé unos sándwiches. Te agradezco el ofrecimiento, eres muy amable.

—Como quieras —dijo Mada con un leve gesto—. Mi comida es tu comida, no lo olvides.

Beth sintió que pisaba terreno desconocido. ¿Qué se contesta ante semejante despliegue de generosidad?

—Gracias. —Decidió ser sincera y decir lo que pensaba. Mejor empezar con buen pie—. En esto de la comida vas a salir perdiendo, apenas si compro alguna cosa porque normalmente almuerzo en la Corporación y la mayor parte de los días me traigo la cena a casa. Raymon, el cocinero, me la guarda en un tupperware. Es un tío magnífico. Así ahorro todo lo que puedo.

Mada la miró de arriba abajo y abrió la boca para decir algo. Finalmente, decidió mantenerse callada. Beth supo que se estaba cuestionando su delgadez pero lo dejó pasar. Cada cual con sus historias.

—Cuéntame, y a ti ¿cómo te ha ido el día?

La peluquera le dio una respuesta crujiente que la hizo sonreír.

—Le he cortado el pelo a una anciana a juego con el de su caniche ¿qué te puedo decir?

Desde luego, su alimentación no interfería en su carácter. Esa chica era realmente simpática. Continuó escuchando anécdotas hasta que la música del telediario le recordó la hora. Tenía que ducharse y salir corriendo si quería llegar a tiempo al trabajo.

Las tardes eran mucho más tranquilas que las mañanas pero también pagaban menos. Saludó a Cindy Evans, la cocinera principal. La mujer

siempre hablaba de los mismos temas: hombres, sexo y comida. A Beth le caía bien, conseguía que tardes aburridas se transformaran en tardes animadas.

—Me han dicho que el jefazo está de muerte —le soltó después de plantarle dos besos.

Beth la contempló con aire divertido. Cindy tenía cincuenta y cinco años y era bajita y delgada como el palo de una escoba. Llevaba el pelo recogido en una coleta y se pintaba como si fuera un sioux. Su marido, Stuart, era un buen hombre que rozaba los ciento cincuenta kilos, de tez sonrosada y sonrisa perpetua. Tenían dos hijos. Formaban la pareja perfecta.

—Es cierto, doy fe de ello —confesó jocosa. También era un cretino que le iba a hacer perder un año de su vida.

—No te creo —repuso la cocinera con perspicacia—. Es la primera vez que admites que un hombre está como un queso.

Sus reticencias la hicieron reír. Ahora que lo pensaba, tenía razón. Siempre encontraba fallos a los tíos de los que le hablaba.

—Pues, en este caso el queso se queda corto —aclaró risueña—. Añádele crocanti del bueno y puede que se le acerque.

La mujer se quedó en suspenso durante unos segundos, después se rió con ella. No sabía si creerla o no. A Beth le hizo gracia, para una vez que le daba la razón.

—Vale, no sigas —reflexionó Cindy—. O estás enamorada o estás mintiendo. Deberías llevar cuidado, esos hombres no son para mujeres como nosotras.

La carcajada de Elisabeth no se hizo esperar.

— ¡Oh, por favor! mírame, ¿de verdad te parezco el tipo de chica que se podría enredar con todo un Consejero Delegado que además está de rechupete? —ni siquiera se levantó de su asiento. Sentada o de pie seguía siendo una puñetera enana. Además de fea, claro.

La cocinera la miró fijamente y después esbozó una sonrisa sibilina.

—La primera vez que vi a Stuart me pareció un camionero con tetas — confesó sin sonrojarse—. Me dio grima... y ahora mírame, daría la vida por ese hombre.

Guau, esa mujer decía las cosas con una sinceridad que daba miedo.

—Vale, me has convencido. —La risa le había proporcionado un hipo fuerte y persistente que le estaba dejando el diafragma hecho polvo —. Llevaré cuidado.

La idea era tan absurda que estaba sufriendo un ataque en toda regla. Tenía que parar, las lágrimas inundaban sus ojos y los hipidos le estaban destrozando el pecho.

—No le encuentro tanta gracia —gruñó la cocinera molesta—. El amor no siempre tiene el aspecto que esperamos.

Beth dejó de sonreír. Pensó en la frasecita y después volvió a estallar en carcajadas.

— ¡Dios mío, Cindy! no te consideraba tan romántica...Jack Noyce y Elisabeth Benedict. —Siguió hipando —. Nada de romanticismo, necesitaríamos un milagro.

La mujer levantó las manos y bajó la vista a la harina, parecía algo abrumada por sus propias palabras.

—Ve al baño y acaba con ese hipo. —La apuntó con el rodillo —. Si comentas con alguien lo que te he dicho, te despido.

No le extrañaba, tanto quejarse del amor y de su marido y ahora le salía con esas.

Abandonó la cocina aún sonriendo y en el pasillo consiguió tranquilizarse. No recordaba haberse reído tanto en años.

Se dirigió al servicio de empleados, como el de mujeres estaba ocupado probó en el de hombres. Cuando iba a cerrar la puerta, un pie se lo impidió y un cuerpo alto y musculoso se adentró en el interior de la habitación.

—Te estaba buscando, necesito tu ayuda.

El timbre absolutamente sensual de la voz del hombre la golpeó justo en el plexo torácico y el hipo desapareció en el acto. El mismísimo Jack Noyce estaba frente a ella.

¿La buscaba? ¿A ella?

Beth lo contempló con la misma naturalidad que si se hubiera topado con un extraterrestre. Sin embargo, reaccionó a tiempo, ella era Beth Benedict, enana, fea y solitaria. A salvo de tipos favorecidos como aquel adonis que tenía delante, que además era el súper jefe y la había dejado tirada y sin esperanzas.

¿Nerviosa? No, no se permitiría semejante bochorno.

—Tú dirás, yo iba a orinar. —Bonita frase para empezar, se dijo con objetividad.

—Lo siento, perdona —dijo Jack cortado—. Pero estoy desesperado, tengo algo dentro del ojo y no sale. Me han soplado, o mejor escupido, lo he lavado con litros de agua...lo único que me queda es sacármelo. Tengo que estar en mi despacho en unos minutos. Esto es de locos, me escuece y me llora, es el derecho. Parezco un puto cocodrilo. Si me pongo las gafas de sol van a creer que voy pasado de... bueno, de todo. Y lo único que he hecho ha sido tomar un simple refresco mientras estudiaba unos informes.

Que estaba agobiado era evidente, en un segundo había soltado ocho frases. Por otra parte, su inglés era tan americano que le costó seguirlo. Cómo no se había dado cuenta antes: el acento, guapísimo, bien vestido, en el ascensor del edificio...

—Puedo mirártelo —contestó serena. Aunque como no se subiera en la taza de algún sanitario lo tenía difícil —. El problema son mis dos metros...

Comparó su estatura con aquel gigante y su cara se iluminó con una mueca burlona. Contra eso no podía hacer nada, hubiera necesitado que fuera ciego no medio tuerto.

Jack la miró y, por primera vez, sonrió.

—Ya me conoces, tus dos metros no son problema. —Sin previo aviso

la tomó en brazos y la sentó en la encimera del lavabo.

Menos mal que podía dar fe de que las limpiadoras usaban la lejía con alegría, porque sentir el frescor del mármol en el trasero no ayudaba demasiado a su tranquilidad espiritual.

—¡Oh, Dios mío! lo que siempre había soñado —susurró para sí misma.

El hombre acentuó la expresión risueña, sin duda la había oído. Se colocó entre sus piernas, apoyó los brazos a ambos lados de su pequeño cuerpo y se inclinó hacia ella. Su cara quedó a unos milímetros de la suya.

Tantas confianzas daban asco.

Beth dejó de respirar. ¿Qué pensaría Jack si se mareaba de la impresión? Su corazón latía a tal ritmo que le resonaba en la cabeza. Lo contempló avergonzada, no era capaz ni de echarle el aliento. Darse cuenta de que él estaba tan tranquilo la trajo de vuelta a la realidad. Enana, fea y solitaria... Era tan ridículo pensar en ese hombre que se sacudió de encima toda la excitación y se centró en su ojo. Comenzó a exhalar de nuevo, aunque sin fuerza.

—Ciertamente, la situación es apurada —murmuró abriéndole el párpado con cuidado. La esclerótica estaba tan roja que cualquiera pensaría que se había sacado el ojo de verdad. Allí no se veían más que montones de venitas dilatadas. Lo imaginó restregándose el puño y pensó preocupada que esa noche acabaría en Urgencias.

—¿Ves algo? —Su aliento la sobresaltó, era agradable y cálido. Hablaba junto a su boca y darse cuenta de que era lo más cercano a recibir un beso la hizo temblar como una tonta.

Consiguió mantener el tipo, prácticamente estaba en sus brazos... ¡Ahhh! Pero ella no era una favorecida, no había miedo de que intentara propasarse. Maldita existencia.

—Nada digno de mención, si obviamos el hecho de que pareces un vampiro —comentó con naturalidad. Cualquiera le decía lo que veía. Sus ojos eran más verdes que marrones, con motitas doradas y rodeados de enormes pestañas rizadas. Pelo negro y mojado, como si esos litros de agua se los

hubieran tirado por encima. Nariz refinada, pómulos marcados, barbilla con una pequeña cicatriz... ¡Dios mío! acababa de sonreír ante sus palabras y unos hoyuelos perfectos aparecieron para deleitar sus tardes sombrías. Los dientes atrajeron su mirada, eran blancos y tan perfectos que parecían dibujados.

Por un momento, los brazos del adonis, musculosos y fuertes, se tensaron a ambos lados de su cuerpo y se sintió desfallecer. En ese preciso instante, fue más que consciente de su fealdad. Se removió inquieta, y entonces sucedió, Jack intentó enfocarla mejor y Beth pudo ver con total claridad dos pestañas largas y negras vagando libremente por su globo ocular. Parecían dos estacas, no le extrañaba que hubiera acabado con el ojo como un tomate.

—Buenas noticias —informó entusiasmada—. Objetos volantes identificados, ni parpadees.

Jack debía de estar tan desesperado como aparentaba porque permaneció inmóvil. Beth comprendió que habría soportado cualquier tortura con tal de poder volver a su despacho, la reunión debía ser importante. No titubeó, aunque le hubiera gustado prolongar el momento, introdujo su pequeño meñique dentro del ojo y extrajo las dos pestañas sin muchos quebrantos para la visión de su jefe supremo.

Estaba tan satisfecha de los resultados que olvidó su enfado y compartió con él una sonrisa sincera y abierta mientras le mostraba las pestañas ya requisadas y a buen recaudo.

—Aquí las tienes. Aunque no lo parezca, eres afortunado, puedes pedir dos deseos. —Su sonrisa se ensanchó y los ojos le brillaron de pura satisfacción. Alzó el dedo hacia él y lo miró orgullosa.

Jack se sorprendió del cambio que acababa de experimentar la cara de la muchacha. Por unos segundos le pareció extraordinariamente atractiva.

—Tienes una bella sonrisa —susurró muy cerca de su boca. Sacudió la cabeza y, sin acabar de creérselo, se dejó llevar.

Beth contempló con estupor cómo acercaba su cara y posaba ligeramente sus labios sobre los suyos. No tenía palabras para describir la impresión que acababa de recibir.

El hombre no parecía ser consciente de la situación, se retiró unos centímetros y le dedicó una cándida sonrisa que la volvió a dejar sumida en la más absoluta de las inconsciencias.

—Gracias, me has salvado la vida. —La voz le sonó algo grave, pero no era para menos. Se veía tan feliz y tan aliviado, y ella estaba tan -pero que tan- atónita, que le faltaron fuerzas para decir algo irónico. Es más, ni siquiera pudo pensar en nada. Al menos, en nada apropiado.

—Va...le —balbuceó a falta de otra idea mejor.

—Me basta con un solo deseo —replicó Jack con bastante seriedad—. El otro es todo tuyo, aprovéchalo porque no estoy dispuesto a que se repita la experiencia. —El gesto de su cara era tan tierno que por un segundo se sintió perdida.

Aquel ser perfecto, cuya sexualidad cuestionaba, tomó una de las pestañas de su dedo y sopló con suavidad, después la contempló fijamente con un gesto enigmático y desapareció a toda prisa.

Acababa de dejarla colgada en el lavabo, y no precisamente en sentido figurado. Ni siquiera se molestó, estaba atontada y la costumbre de que nadie reparara en ella vino en su ayuda, ese hombre no iba a ser distinto. Cuando volvió a la realidad miró a su alrededor estudiando la situación. A ver cómo se bajaba de allí sin romperse la crisma.

El sonido de la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Perdona, soy un maleducado. —Sonrió Jack desplegando todo su encanto mientras la depositaba en el suelo con cuidado —. Quiero hablar contigo. Mañana a primera hora en mi despacho.

Seguidamente, volvió a desaparecer.

Beth miró la segunda pestaña que continuaba en su meñique y se agarró con fuerza al lavabo, eso sí que no se lo esperaba. Y sin pedir ningún deseo todavía...

Transcurrió una eternidad. Cuando, por fin, recuperó la movilidad miró al frente. Mala idea, la imagen que le devolvió el espejo la golpeó con fuerza.

Su cara flaca y pequeña; su pelo, que parecía una masa albina y estropajosa recogida en una coleta tirante; su boca grande y sus dientes blancos aunque algo separados...

Por el amor de Dios, con simulacro de besito o sin él, ese hombre jamás formaría parte de su vida. Después de verlo de cerca, hasta los sueños se le figuraban absurdos y ridículos.

Se irguió lo máximo que le concedía su columna y con toda la entereza que fue capaz de reunir se dirigió a la cocina. Respiró tranquila, nadie podía hacerle daño porque nadie le importaba, se repitió mientras era engullida por grupos de ejecutivos que se dirigían a tomar un refrigerio.

Al cabo de unos minutos sintió que se recuperaba, como siempre.

A las ocho y media de la mañana servía cafés detrás de la barra con una intensidad digna de la mejor competición.

No había subido a hablar con Jack. Se negaba a que tratara de minimizar el asunto. Podía verlo con su traje de corte impecable y su acento americano: *Señorita Benedict no es para tanto, aún es joven y puede presentarse a las pruebas cuando acabe sus estudios y bla, bla, bla...* No podría soportar semejante discurso. Solo ella conocía el daño que la nueva medida le ocasionaba.

—Un café bien cargado, por favor —el tono irritado de la voz le hizo darse la vuelta.

Jack la contemplaba con cara de poco amigos.

Con toda la parsimonia del mundo relleno el porta filtros hasta el borde y lo encajó con maestría. Un café bien cargado para un hombre cargante, se dijo con sarcasmo.

—Aquí tiene señor, espero que sea de su agrado. —Dejó la taza a su lado y le facilitó cuatro azucarillos. Los iba a necesitar.

Saltaba a la vista que el café podía sostenerse sin necesidad de ningún recipiente. Jack empezaba a cuestionarse si no se estaría equivocando.

Demasiado interés por una chiquilla testaruda y orgullosa que no se merecía otra cosa que una buena tunda.

—No tenía ni idea de que quisieras presentarte a las pruebas —gruñó extrañamente calmado—. Ayer hablé con la señora Watson y me puso al corriente. El teléfono era un regalo; no me gustó escuchar lo de la indemnización.

Por más que le pesara, sabía que era sincero. ¿Cómo podía imaginar ese ser superior que la enana del comedor aspiraba a convertirse en parte del emporio?

Un momento... ¿la última frase la había dicho en voz alta? La cara de Jack daba miedo. No podía creer la traición que le había jugado su propio subconsciente.

La reacción del Consejero Delegado no se hizo esperar. De un salto se plantó detrás de la barra y la acorraló contra la esquina que ella misma había buscado en un vano intento de escaparse.

—¿Enana del comedor? —bufó completamente controlado—. La única persona que se ve a sí misma como a una enana eres tú. Deberías tener cuidado al endilgar tus propios complejos a los demás. —Incluso enfadado daba gusto mirarlo. Había acercado tanto su cara a la de ella que compartía su aliento fresco y mentolado. La había pifiado, comprendió Beth demasiado tarde. —Venía a proponerte un trabajo, pero a no ser que busques el modo apropiado de disculparte ante este *ser superior*, te quedarás en tu magnífico comedor. Al menos, mientras sea yo el que mande en este sitio.

Utilizó un tono bajo y profundo que le puso la piel de gallina. Hubiera dado lo que fuera por dar marcha atrás, incluso le habría preparado un café de los de antología. Pero había metido la pata hasta el fondo, la cuestión era si sabría deshacer el entuerto.

—Lo siento —confesó mirándolo a los ojos. No podía decir nada más, estaba en shock. Jamás había desnudado su alma y acababa de hacerlo en medio de un comedor lleno de gente y ante un hombre que la confundía.

—No me basta—contestó Jack, con una expresión apenada en la cara.

Beth se sintió fatal.

Lo vio alejarse a cámara lenta. Cuando la puerta se cerró sintió claramente cómo se cortaba el pequeño hilo que hasta ese momento los había unido. Probablemente imaginara cosas, pero era lo que sus entrañas le gritaban y no solían equivocarse.

El resto de la mañana no podía transcurrir peor. La gente cuchicheaba a su alrededor y, entre el despiste y la preocupación, terminó rebanándose medio dedo al cortar jamón serrano.

Por si eso fuera poco, Philip la interrogó concienzudamente. Le habían contado con todo lujo de detalles que el nuevo Consejero se había colado tras la barra y no alcanzaba a explicarse los motivos.

Lo único que se le ocurrió era que el hombre había supuesto que necesitaba ayuda al ver la sangre de su mano. No creía que investigara la veracidad de los hechos, bastaba con explicar el saltito de la barra. Haberse cortado de verdad había simplificado las cosas.

Agradecía enormemente que ni Jack ni ella hubieran elevado el tono. Ninguno de los testigos se había enterado de nada y tenían que conformarse con sus explicaciones. Tampoco creía que le preguntaran al interfecto. Y, lo mejor de todo, Mónica seguía de baja. Como dice el refrán, *Dios aprieta pero no ahoga*.

Aunque, en honor a la verdad, su dedo pulgar había quedado hecho un asco. Menos mal que era el de la mano izquierda. Cuando su jefe contempló la herida, que no paraba de sangrar, pidió un taxi de la empresa y la mandó a urgencias para que se lo cosieran antes de que fuera demasiado tarde.

Todos los presentes estaban exagerando una barbaridad. La obligaron a esperar tumbada con los pies elevados y una servilleta húmeda en la frente. Roger incluso la abanicaba con un menú... Se dejó hacer, no tenía fuerzas para negarse.

Y, debía ser más grave de que lo que pensaba porque en el hospital no la hicieron esperar. Entró directamente a un pequeño quirófano donde le

limpiaron la herida y la suturaron con puntos estéticos.

En todo aquel tiempo, ella apenas había abierto la boca. Se sentía tan mal por lo sucedido con Jack que, en comparación, el corte le parecía una estupidez. Comprendió tarde que tanto mutismo le acarreó quedarse varada en boxes toda la tarde y un parte de baja de una semana.

—Debe ser una persona afortunada, ha estado a punto de perder la movilidad del dedo —le comunicó la cirujana con una sonrisa cansada—. Necesitará rehabilitación.

En ese momento comprendió la suerte que había tenido. Enana, fea, solitaria y medio manca. Hubiera sido demasiado.

Oía unos ruidos tras la puerta de su dormitorio pero estaba tan drogada que no sabía si eran reales o imaginarios.

La luz del pasillo le dio de lleno en la cara y trató de cubrirse con la sábana.

—Beth, aquí hay un hombre que quiere verte. —Le pareció que Mada suspiraba—. Se llama Jack y dice que no se irá hasta que hable contigo. Le he dicho que estás bien y que espere hasta mañana pero no hay manera de que lo entienda, mi inglés es muy malo.

Luchó contra el sopor que la tenía atontada y haciendo un esfuerzo importante consiguió abrir los ojos.

—¿Elisabeth? —preguntó Jack desesperado—. Necesito hablar contigo. Explica a tu compañera que no soy un depravado y que nos deje solos, por favor.

Beth miró por encima del hombro de la muchacha y pudo ver la silueta grande y esbelta de Jack tratando de acercarse.

—Quédese en el pasillo, por favor —gritó su compañera como si lo hubiera pillado intentando colarse sin permiso.

Eso era una mujer enfadada. Bendita Mada, a pesar de su timidez se

estaba enfrentando a ese ser perfecto al que sólo le faltaban las alas para parecer un ángel.

—Es mi ángel de la guarda —dijo como pudo—. Déjalo pasar, es inofensivo.

¿Había dicho eso en voz alta? Debía estar muy drogada para pensar algo así. Después de aquello necesitaría tratamiento para volver a mirarlo a la cara.

—¿Estás segura? Puedo echarlo y que vuelva mañana.

En ese momento, ni todas las drogas del mundo conseguirían anular la sensación de que por fin tenía una amiga de las de verdad. La había ayudado con la ducha, preparado la cena y, ahora, la defendía de un posible asaltador de camas.

Oyó el bufido de Jack y trató de incorporarse. Imposible, no podía hacerlo, así que permaneció tumbada mirando el techo. Ella lo único que deseaba era dormir. Pero también quería disculparse de nuevo ante ese ángel sin alas. A ver si había más suerte con el dedo colgando...

—No te preocupes Mada, es un buen amigo. —No sabía que pensara semejante disparate. Un ángel, un buen amigo... el Consejero Delegado de la W&W, un ángel y un buen amigo. ¡Ja! Esas drogas parecían el suero de la verdad.

El suspiro de satisfacción de Jack tuvo que ser imaginado.

—Vale, estoy en el salón —informó su compañera no muy conforme—. Llámame si necesitas algo. —Salió a regañadientes y dejó la puerta abierta.

Jack la cerró con cuidado y se arrodilló a los pies de su cama.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ansioso—. Me han contado que casi pierdes una mano.

Trató de cogérsela y el respingo de Beth le dio la respuesta. Maldita sea, esa cría era un peligro.

—Estoy bien, algo mareada por la medicación, pero bien—susurró Beth

—. Al menos, ya no duele.

Jack la contempló preocupado. Allí tumbada, le pareció tan pequeña y tan indefensa que por un segundo pensó en meterse en la cama y abrazarla con fuerza. Se contentó con agarrarle la mano indemne y mirarla muy de cerca.

—Creo que deberías perdonarme —dijo ella toda compungida—. He estado a punto de perder un dedo como Van Gogh.

—Estás fatal. —Rió Jack—. Fue la oreja.

Al decirlo le tocó el lóbulo con cuidado. Después continuó hasta las mejillas. La caricia era tan agradable que Elisabeth cerró los ojos y ronroneó como un gato. Jack estaba concentrado en su itinerario. Se deslizó por su garganta y contempló el escote que el pijama dejaba al descubierto. La confusión se adueñó de él. Los pezones resaltaban bajo la ligera camiseta de algodón, y no podía dejar de pensar en lo que sentiría al tocarlos. Se moría por hacerlo. Contempló el dibujo del pecho que la sisa del pijama le facilitaba y una erección inesperada irrumpió con fuerza en su entrepierna.

—Por el amor de Dios, ¿cómo se puede cortar jamón sin guantes? —Empezó a elevar la voz—. Eres una insensata ¿lo sabes, no?

Elisabeth abrió los ojos desconcertada. Creía que iban por buen camino y ahora estaba a punto de gritar como un energúmeno. Hombres.

—Vale, lo que tú digas —admitió derrotada—. Pero ¿me has perdonado?

Su vocecilla preocupada lo traspasó, se pasó la mano por el pelo y resopló malhumorado. No sabía lo que le pasaba con aquella chiquilla, se le había metido dentro.

—Te espero el lunes en la oficina —habló con una dureza insólita en él—. No puedo permitir que trabajes más en la cocina, me das miedo. Voy a permanecer en España unos nueve meses, durante ese tiempo considérate mi asistente personal —observó su cara trastornada y trató de explicarse mejor—. No puedo contratarte como otra cosa, salvo como mi auxiliar. Por el sueldo no te preocupes, ganarás el doble que en el comedor.

Beth no podía pensar con claridad y en ese momento sólo le interesaba una cosa.

—Pero, ¿me has perdonado o aún continúas enfadado conmigo? —inquirió nerviosa, si eso era posible.

Jack se incorporó con dificultad y su mirada se dulcificó.

—Pequeña testaruda, claro que te he perdonado —musitó sobre su sien—. Cuídate.

Sintió un besito de nada y después la puerta. Se había ido.

La había llamado pequeña, sonrió mientras cerraba los ojos y un letargo profundo se adueñaba de su voluntad.

3

Los días siguientes fueron extraños. En toda su vida había estado sin trabajar, ni siquiera cuando era menor de edad. Había cuidado niños, limpiado coches, vendido trabajos académicos, limpiado pubs...

Ahora gozaba de las primeras vacaciones pagadas de su vida. Tumbada en su pequeño y destartado sofá, se destrozó los ojos -y los riñones- de ver tanta televisión. Basura o no, era increíble poder hacerlo. Paseó, leyó y preparó su mochila para volver a la universidad, lo que era innecesario porque no necesitaba asistir a clase, pero le daba igual.

Si hubiera sabido que estar de baja iba a ser así, se habría cortado mucho antes. La Beth responsable sabía que no hablaba en serio, por lo que dejaba a la informal divagar a gusto y ella, mientras tanto, disfrutaba de la vida como nunca.

El sexto día le dijeron que la herida se recuperaba bien y que apenas le quedaría una ligera señal. Como si le importara.

Quedó con Mada en que le haría una visita y allí estaba, con la cabeza embadurnada de un producto rico en no sé qué frutas. Según su amiga, su pelo era la razón de que inventaran el término *encrespamiento*.

Cerró los ojos. Se encontraba en la gloria con la cabeza apoyada en uno de los lavaderos. Repasó, una vez más, lo que recordaba de la conversación mantenida con Jack y se estremeció mientras lo hacía. Qué hombre tan increíble, se había pasado un poco con él y le correspondía ofreciéndole un trabajo y el doble de sueldo. No podía creerse su buena suerte.

—Despierta, tenemos que pulirte si vas a trabajar para un hombre así.
—El suspiro de su amiga dejó bien patente lo que opinaba de su nuevo jefe.

Cuando comenzaron a cortarle el pelo y a hacer comentarios del tipo: *parece que le ha mordido una vaca...* Empezó a considerar seriamente la posibilidad de abandonar el local, pero aguantó como las buenas. Hacía

muchísimo tiempo que no pisaba una peluquería, para terminar haciéndose una coleta con su estropajoso cabello se bastaba ella sola.

Después de una reunión más seria que las se celebraban en la Corporación, Cuatro de las seis peluqueras decidieron ponerle unas mechas de un tono más oscuro para evitar que su pelo se viera tan blanco y se aplaudieron ellas solas de haber tenido una idea tan estupenda. Alucinaba.

Mientras una mascarilla facial producía sus mágicos efectos, Mario Muñoz en persona, el dueño de la afamada peluquería, le cortó el cabello en lo que todos le aseguraron sería un estiloso corte. Dejó trabajar al hombre; cuando le pedía que se levantara lo hacía y cuando le pedía que se sentara, también. Si no se equivocaba, al final acabaría con su coleta de siempre, pero después de todos los esfuerzos no lo iba a decir en voz alta.

Cuatro horas más tarde la dejaron contemplarse en un espejo.

No tenía palabras.

—Eres una chica preciosa —declaró el peluquero satisfecho consigo mismo—. Deberías cuidar esa maravilla de pelo que tienes.

Le hablaba a su imagen del espejo. Ella seguía en Babia.

—Dios mío, Beth. Estás increíble —aulló Mada junto al resto de sus compañeras.

Elisabeth volvió a mirarse, esta vez con más detenimiento, y comenzó a sollozar en silencio. Se parecía a su madre, a su madre...Ella...

Su pelo, antes tieso y electrizado, formaba unas ondas bien definidas. El brillo de su nuevo rubio a mechas era tan intenso que dolía pensar en cómo lucía antes. Lamentó haberse abandonado tanto, ese pelo había sufrido intensamente. Miró su cara, rodeada de una melena alborotada y moderna que le llegaba a la altura de los hombros, y sonrió. La habían hecho llorar mientras le depilaban las cejas, pero había merecido la pena. Sus ojos se veían ahora grandes y rasgados y su cara había perdido esa sensación de ser extremadamente pequeña y delgada. Ahora se veía distinta, atractiva era la palabra que le vino a la cabeza.

Válgame Dios, ella atractiva...

—No creo que deba acompañarte, estoy de baja—recordó a su compañera.

—Es sábado, tú estás increíble y yo tengo ganas de salir. —Sonrió Mada guiñándole un ojo—. No te puedes negar, ya hemos quedado. Además, has cambiado de trabajo y te esperan el lunes, date un respiro. No creo que el tipo que se moría por entrar en tu habitación te vaya a denunciar.

Beth arqueó una ceja y la miró sabiendo lo que venía a continuación. Efectivamente, cinco días con la misma cantinela habían logrado que identificara el momento justo en que iba a empezar a hablar de su nuevo jefe.

—En mi vida había visto a un tío como ese —murmuró su amiga—. ¿Cómo consigues que no te afecte? Yo perdí la voz al echarle la vista encima.

Lo que no era muy difícil, se dijo Elisabeth con ironía. Cuando la chica detectaba a un tío bueno, se desorientaba y perdía el norte.

—Vale, voy contigo, pero deja de hablar de Jack. —Sonrió Beth—. Vas a conseguir que me acabe afectando a mí también.

—Contigo no hay miedo, no pareces humana —repuso Mada convencida.

Mientras la escuchaba se rió de sí misma, si su amiga supiera...

No volvería a repetir ese aspecto de recién salida de la peluquería durante mucho tiempo por lo que deseaba verse espléndida. El problema era que por más ganas que tuviera, tan solo disponía de cuatro trapos y todos ellos eran una porquería. Optó por la minifalda negra del trabajo y una camisa transparente del mismo color con un top debajo. Demasiado negro, pero no tenía nada mejor. Sus tacones de aguja (con plataforma encubierta para que no destacaran lo evidente), la devolvieron a la tierra. Ella era Beth Benedict, podía cambiar su cabello, pero lo demás seguía igual.

Titubeó unos segundos. Tenía que pintarse, pero eso requería de un estudio concienzudo de su cara y no deseaba desanimarse tan pronto. Recordó que había cambiado de aspecto y respiró más tranquila. Hacía siglos que no se maquillaba, aunque ser hija de su madre no era cualquier cosa. A los seis años recibió su primer maletín de pintura. Después vinieron muchos más, Lily creía que iba a necesitar ayuda extra. Volvió a sentir la misma presión angustiada frente al espejo del baño y eso la hizo vacilar. Era una cobarde, lo sabía y lo tenía asumido, por lo que no se atrevió a ver el resultado final. Cogió su único y posible abrigo de paño azul marino y esperó a Mada en el salón.

Una hora más tarde, mientras trataba de despertarse, volaba por las escaleras rumbo al *Madison* acompañada de una mujer desconocida. El resultado de la espera es que daba gusto mirar a su amiga. En esta ocasión, llevaba un conjunto marrón oscuro que le sentaba muy bien, sobre todo porque era de su talla. La falda disimulaba los kilos y la camisola también. Envidió su abrigo negro, se veía moderno, ligero y práctico. Esa chica sabía lo que le favorecía.

Sábado noche, se habían olvidado de las actuaciones y la puerta del local era un hervidero de gente guapa.

Al pisar el interior del garito comprendieron la inutilidad de buscar a sus amigos, aquello estaba a reventar de público. Tocaba un grupo universitario y media Facultad de Medicina lo seguía haciéndole los coros. Ser tan baja era una mierda. Una pandilla de colegialas le impedían las vistas. Miró sus tacones resignada, eran los más altos que tenía pero, por desgracia, no lo suficiente. En eso estaba cuando Mada le señaló algo con el dedo.

No pudieron evitar sonreír.

¿Cómo podía haber pensado que Mónica iba a permitir pasar desapercibida?

De rodillas, sobre una de las mesas elevadas que estaban cerca del escenario, su amiga se movía al ritmo de la música. Se acercaron entre codazos y pisotones y, por fin, consiguieron plantarse ante ella. Mónica estaba sola, los demás botaban en la pista.

—¡Dios mío, Beth! —chilló a pleno pulmón—. Joder, no pareces tú. Me

lo debes a mí, si no te hubiera convencido para que te llevaras a mi prima, seguirías igual que siempre. —Señaló su mano y le acarició el brazo—. Tenías que cortarte cuando yo no estaba...Te echo de menos, Roger no es lo mismo.

Beth se dejó abrazar, su compañera parecía afectada de verdad. Le devolvió el abrazo con fuerza y la besó en la mejilla. Quería a esa loca pero no podía verbalizarlo. Le daba pánico cuando se trataba de expresar sus sentimientos. Asintió con la cabeza y le sonrió.

—Estoy bien —dijo finalmente.

—Llegáis muy tarde, esto empezaba a ser aburrido. Me voy a mover el esqueleto con los chicos. —Pareció pensarlo mejor porque se dio la vuelta y le siseó al oído— Siempre he dicho que serías un peligro si te arreglaras. Chica, estás fantástica, me alegro de que por fin te hayas dado cuenta de que a los hombres lo que menos les interesa es la altura de una mujer.

Después de soltar una reflexión como esa, filosófica y profunda, la vio dirigirse a la pista contoneando las caderas. Desde luego, estaba capacitada para opinar al respecto. Después de su madre no conocía a otra como ella.

Miró a Mada que permanecía a su lado sin decir nada y comprendió la razón. El camarero se acercaba marcando músculo, todo sonriente y demoledor.

Su compañera perdió los papeles. La vio apurar un vaso que permanecía abandonado en la mesa y le dio un codazo para que dejara de hacer el tonto y empezara a comportarse como la persona sensata que era.

Miró el refresco que Dani dejó frente a ella. El chico se puso a su lado y le guiñó un ojo. Era la primera vez que lo hacía y se quedó algo afectada. Esa criatura estaba en la misma liga que Jack, la de los macizos, fuertes y musculosos que dejaban al género femenino babeando.

—Gra...cias —balbuceó cortada. Le había puesto una bebida que no había pedido.

—Es lo que tomas ¿verdad? Nos vemos más tarde —le dijo el chico antes de irse con la bandeja llena de vasos abandonados y cargados de vaya usted a saber qué.

Beth parpadeó conmovida y miró a su amiga.

—Ve con cuidado —le dijo Mada al oído. —Todas las noches cae alguna y creo que eres la de hoy; mañana no existirás para él. Te aseguro que ese tío funciona así.

Beth sabía que a su compañera le gustaba el chico y no había duda de que había estudiado su *modus operandi*. Desde luego, no creyó que hubiera pensado en ella como su siguiente víctima, pero a su autoestima le hizo mucho bien escucharlo.

—Es reconfortante saber que alguien cree que debo tener cuidado —reconoció tranquila, también en su oído—. Pero no olvides que soy una máquina, estos tíos no me afectan.

A pesar de que le dio rienda suelta a su risa, Mada no la secundó.

—El problema es que no lo creas tú —musitó su compañera mirándola con ternura.

Apretó su hombro en señal de confianza y se dirigió a la pista sin pedir nada de beber. A saber lo que se había metido sin darse cuenta.

Después del consejo, no sabía si reír o llorar. La siguió y decidió disfrutar de la noche como llevaba haciendo de la semana.

Necesitaba darle un descanso a sus pobres pies, estaba acostumbrada a los tacones pero aquellos eran de vértigo. Cogió su vaso y se apoyó en la única parte de la barra retirada de toda aquella vorágine.

Ojalá y tuviera que andarse con cuidado, lo que ella daría por gustarle a alguien como Jack. Estaba tan embebida en sus reflexiones que no se dio cuenta de que un hombre trataba de llamar su atención.

—¿Otra copa, pero esta vez de verdad? —Dani la contemplaba como si la viera por primera vez. Inexplicablemente le dedicaba la segunda de sus sonrisas explosivas y esperaba con la diversión dibujada en la cara.

Lo miró como si no comprendiera lo que estaba sucediendo. ¿De verdad

quería ligar con ella? Venga ya, Mada tenía que estar equivocada.

Dejó el vaso vacío en la barra y le sonrió con desparpajo. En ese momento estaba más allá del bien y del mal; la planta de los pies le ardía, la espalda la estaba torturando y le tiraban los puntos de la mano.

—Cristal del bueno —explicó sin afectación—. Es de verdad.

El chico había sacado medio cuerpo de la barra para oír lo que decía y se había acercado más de la cuenta. Los ojos le brillaban sospechosamente y su sonrisa prometía sexo salvaje. Beth no acababa de creerse lo que estaba viendo, el camarero no parecía borracho, ni siquiera algo bebido y estaba coqueteando con ella.

¡CON ELLA! Con esa misma a la que no le había dirigido la palabra en cuatro años. Sintió su mirada recorriéndola de arriba abajo y se encogió en el taburete. Maldito cabrón. Sí, era enana y fea, ¿es que no se había dado cuenta antes?

—Muy ingeniosa, has estado bien. —Le mostró una hilera de dientes blancos y una sonrisa perfecta—. Yo invito.

Lo vio alejarse y se quedó sin habla. La había examinado a fondo y no la había descartado. No sabía qué pensar, estaba hecha un lío.

En ese momento, se topó con el objeto de sus reflexiones iniciales.

Jack se movía cerca de ella buscando a alguien. La recorrió con la mirada y la dejó con el saludo en la mano y la sonrisa congelada. La obvió, clara y limpiamente fue desterrada del horizonte del hombre. Creía que la había perdonado...Y ella que esperaba con ansia trabajar a su lado. Quizá debería quedarse en el comedor, prefería ganar menos a... No era cierto, necesitaba el dinero.

Nada en ella se alteró, su cuerpo mantuvo la misma postura y su cara la misma quietud. Bajó el brazo y con las dos manos sujetó el vaso vacío con naturalidad. Solo el temblor de sus dedos revelaba el daño que le habían infligido. Bajó sus ojos hasta ellos y dejaron de sacudirse en el acto. Nadie podía hacerle daño porque nadie le importaba, se repitió como un mantra.

Al cabo de unos minutos se había recuperado, no había pasado nada. Y, de hecho, no había pasado nada nuevo. Creía que era visible para ese súper hombre pero se había equivocado. Se refugió en su caparazón y no perdió la sonrisa. Se negaba a parecerse a las legiones de universitarias que trataban de llamar la atención del ejecutivo.

Miró al frente y comprobó sorprendida que Jack aún estaba muy cerca. Lo vio dudar, después elevó los ojos hasta encontrar los suyos y vio cómo los del hombre se abrían sorprendidos. Una sonrisa provocativa curvó su boca.

—Eres tú ¿verdad? —susurró pegado a ella—. No estaba seguro.

La estaba devorando viva, jamás se había enfrentado a una mirada como esa. Sintió sus manos revolviendo su pelo y acariciando su cara. Su aliento le inundó los sentidos. Oía ligeramente a alcohol y a una fragancia fuerte y especiada. Notó su pulgar jugando con sus labios y supo que ese hombre la deseaba. Esa verdad la inquietó. Le respondió chupándole el dedo sin pretenderlo siquiera y el brillo malicioso de los ojos de Jack la sacudió por dentro.

En ese momento solo existían ellos dos. Las luces se volvieron más oscuras y el ruido de fondo desapareció. Jack la cogió por la nuca y aplastó su boca con la suya en un beso ardiente y sofocante que le hizo pensar si no se estaría equivocando en sus apreciaciones.

El taburete la mantenía a la altura que el hombre deseaba. La colocó mejor entre sus piernas y siguió besándola con urgencia. La atrajo hacia su cuerpo y sintió la dureza de su pene en su pierna. Aquello no podía estar pasando. Le acarició la espalda con fuerza y después pasó a sus pechos. Los amasó con un ardor que la dejó acobardada. Cuando sintió sus manos bajo su top supo que aquello no podía continuar. Era su madre la que se liaba con cualquier tío, no ella. Además, allí ya no había sentimiento de ningún tipo, aquello era sexo, y se volvía más intenso por segundos. Incluso creyó sentir que se desabrochaba la bragueta, fue lo que necesitaba para acabar de reaccionar. ¿Putas de discoteca? Antes muerta.

El pensamiento la dejó helada y en cuestión de segundos se rehízo por completo.

—Vale, Jack —le gritó al oído—. Esto es demasiado, tenemos que parar.

Su jefe la miró como si no supiera dónde estaba y siguió chupando su cuello. Beth no flaqueó, a saber con quién creía estar. Podía estar más borracho de lo que parecía. Conocía bien el tema.

Se escabulló de su abrazo y consiguió bajarse del taburete sin apoyar la mano vendada.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Dani con evidentes ganas de machacar a Jack.

Beth trató de sonreír. Que le saliera un salvador en aquel momento, cuando normalmente nadie reparaba en ella, no dejaba de tener su gracia.

—Te lo agradezco, pero no es necesario —miró a Jack que estaba apoyado en la pared con los ojos cerrados —. Mi chico se ha pasado bebiendo.

El camarero cambió de expresión. De matón pasó a filósofo en una fracción de segundo.

—Hay que saber beber —gruñó serio.

Nada que objetar a eso, pensó Beth.

Jack abrió los ojos y sonrió ante sus palabras. No sabía cómo enfrentarse a lo sucedido, estaba avergonzado de su comportamiento. No lo había podido evitar, sabía lo que quería y lo había tomado. La cuestión era por qué con aquella canija enana y cabezota. Nunca había necesitado sentir que alguien le pertenecía como en aquel momento. Apenas si podía reconocerlo ante sí mismo. Estaba aterrado.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó ella con la voz quebrada.

Lo que se encontraba era dolorido y excitado, a punto de cogerla en brazos y desaparecer una semana. Pero también se sentía confundido y, sobre todo, no estaba preparado para nada que no fuera un buen revolcón y no creía que aquella criatura se mereciera algo así. Tampoco podía olvidar la cuestión

—bastante espinosa- de que a partir del lunes sería su jefe. Claro que eso sería el lunes, se dijo sucumbiendo a las primeras de cambio.

—¿Jack? —Escucharon la voz preciosa y delicada de una mujer y ambos respiraron sintiéndose salvados—. Tardabas demasiado con las copas, estábamos preocupados.

Beth aguantó la mirada intensa del hombre y sonrió con despreocupación. Tampoco había sido para tanto, prácticamente le había echado un polvo en aquel taburete, pero por lo demás, bien. Mejor no pensaba que el lunes sería su jefe.

—Hasta pronto —le dijo ella en español. Recordó el día de autos y terminó con entereza. Al menos, había conseguido que no se la viera afectada. Y lo estaba y mucho.

Su jefe no sonrió, forzó una mueca y cogiendo de la cintura a la rubia esbelta y preciosa de siempre -Sarah, si no se equivocaba-, desapareció entre la gente.

— ¿No era tu chico? —inquirió Dani sagaz.

—Sí, pero tenemos una relación abierta —contestó sin inmutarse.

—Es bueno saberlo —repuso el chico satisfecho.

Después de tomarse un vaso de agua, buscó a Mada y continuó disfrutando de la fiesta como si lo sucedido fuera algo que le pasara todos los días. Por dentro se sentía triste y muy trastornada, pero nadie que la observara podría decirlo. Era toda una especialista en huir de sus propios sentimientos.

Jack no le quitaba los ojos de encima, estuvo a punto de acercarse y decirle un montón de cosas pero al verla envuelta en el desenfreno del baile, riendo y saltando como una posea, no creía que fuera necesario. El único afectado había sido él y trataría de corregirlo.

Al día siguiente le costaba asimilar cómo podía ser tan tonta. No había dormido y se le cerraban los ojos sin pretenderlo. Había malgastado la noche entera visualizando su escandaloso affaire y dándole vueltas a lo que podía

significar. Se sentía confundida, un hombre que se comporta de esa manera no podía ser homosexual, ¿bisexual, quizá?

No sabía qué pensar. Cabía la posibilidad de que solo fuera un hombre que no se liaba con cualquiera... ¿Un hombre que prefería estar con ella y rechazaba las atenciones de una mujer como Sarah?

Pero qué le sucedía, se creía más lista... Los hombres varoniles y masculinos no dejaban escapar a una mujer como Sarah para estar con alguien como ella. ¿Es que no había aprendido nada de su madre?

El sonido del timbre del ascensor la estremeció. Ese tío había conseguido que se olvidara hasta de la avería, aquello no podía ser bueno.

Mientras se cruzaba con personas recién salidas de una revista de moda, pensó en enviar un mensaje a Mada. Con darle las gracias no tendría suficiente. Aquel pasillo parecía una pasarela. Con su falda negra y su ramplona camisa beige no habría podido levantar la cabeza del suelo.

La noche anterior, su amiga se había escapado a la casa de sus padres y le había conseguido un traje pantalón azul marino con camisa rosa palo de su hermana pequeña. Y, no contenta con ello, esa mañana la había obligado a maquillarse después de repararle el despeinado más peinado de todos los tiempos.

Realmente, se sentía bien. Algunos hombres la miraron con interés y se preguntó qué pensaría Jack de su transformación. La noche anterior no le había quedado claro, ¿o sí?

Se paró ante una puerta cuya placa mostraba el nombre de su jefe y titubeó.

—¿Eres nueva? —inquirió una favorecida rubia natural de metro ochenta y sonrisa indeleble—. Soy Vera Thompson.

—Encantada de conocerte Vera. Soy Elisabeth Benedict —contestó apurada—. El señor Noyce me espera, empiezo hoy.

La favorecida le sonrió con naturalidad.

—Buena suerte. Esta mañana no está para bromas pero no se lo tengas en cuenta, normalmente es muy agradable —repuso la mujer en plan confidencia. —Pasa sin llamar. Ya nos veremos.

Se despidió con un gesto y la dejó preocupada. Esperaba que el mal carácter de Jack no tuviera nada que ver con ella.

Entró en la habitación con miedo y rápidamente comprendió la inutilidad de su precaución. Las dos mesas que se encontraban en aquel lugar estaban vacías y un silencio inquietante logró intimidarla. ¿Qué hacía ella allí?

En ese momento, la puerta se abrió y se volvió como si la hubieran pillado haciendo algo indebido.

Su jefe en persona se encontraba delante de ella con un gesto insondable.

—Buenos días —dijo a punto de salir corriendo. Era preferible huir a que viera el rojo intenso y violento que estaban adquiriendo sus mejillas. Su mente buscaba sin parar, ¿qué se le dice a una persona cuya última cosa que ha hecho contigo es saquear tu boca y sobar tu cuerpo?

Jack frunció el ceño y observó el tono encarnado que adoptaba su cara. Así que no era tan indiferente como aparentaba, estaba bien saberlo.

—Buenos días, Elisabeth —expresó en un tono frío y calmado—. Creo que anoche no estuve muy acertado, espero que me disculpes y podamos trabajar juntos sin ningún problema.

Madre mía, no esperaba que fuera tan directo.

Se sintió atrapada, exactamente igual que si se encontrara en el maldito ascensor. No podía hablar. Aunque, tal y como lo recordaba, estaba segura de que contribuyó enormemente en el desacierto. Optó por lo único sensato.

—No te preocupes Jack, estabas bebido y yo también. —Rió como si lo contrario no fuera posible—. Mejor hacemos como que lo de anoche no existió.

Se estudiaron mutuamente intentando encontrar algún fallo en la

argumentación. No lo había.

—Sí, yo también pienso que será lo mejor —contestó Jack más serio y circunspecto que cuando empezó—. Acompáñame.

Lo siguió hasta su despacho y permaneció callada. Los sitios tan elegantes y ostentosos le hacían sentir incómoda. Se topó con los planos de un parque eólico distribuidos en multitud de pantallas situadas en la pared del fondo y los miró extasiada. Estaba allí para trabajar y aquel hombre no le importaba en absoluto.

—Deseaba que empezaras con buen pie —dijo Jack con cautela.

Beth no salía de su asombro. Su jefe le puso en las manos dos bolsas abultadas y muy grandes.

No tuvo más remedio que cogerlas, era eso o dejarlas caer al suelo.

Lo observó fijamente y su sonrisa la tranquilizó. Ese era el Jack que conocía.

Miró en el interior de los paquetes y se sintió al borde de las lágrimas. Ropa, le había comprado ropa para que no hiciera el ridículo en su primer día de trabajo. Se hacía evidente que no tenía un buen fondo de armario, pensó avergonzada.

Si Mada, Mónica o él mismo supieran lo mal que lo pasó al llegar a España, comprenderían por qué era más importante que tuviera ahorros que cuatro trapos que ponerse. Siempre iba limpia y aseada, no necesitaba más.

—Gracias, me viene fenomenal. —Trató de disimular lo abrumada que se sentía tras una cortina de sinceridad—. Este traje me lo han prestado.

A Jack le afectaron sus palabras. Había esperado que no quisiera la ropa e incluso que se pelearan por ello. Pero, desde luego, no estaba preparado para aquella aceptación digna y honesta. Admitir que se necesita ayuda para una persona como ella no debía ser fácil.

Sin saber lo que estaba haciendo, se encontró acariciando su mejilla y sonriéndole como un imbécil. Se inclinó hasta sus labios y los rozó

ligeramente. Después se apartó con brusquedad. No saber controlarse empezaba a ser un problema. ¿Desde cuándo daba él besitos a una empleada y en su despacho?

—Gracias a ti por aceptar mi regalo. Tenía preparado todo un discurso, incluso había pensado decirte que era parte del sueldo, pero creo que te has dado cuenta tú sola de que aquí debemos guardar las formas. —Suspiró con fuerza—. Ahora, tenemos trabajo. En la mesa de la izquierda he dejado un dossier con un montón de palabras subrayadas, debes traducirlas al español. Como te dije, soy pésimo con el idioma.

No supo hacer otra cosa que asentir con la cabeza.

Tomó asiento en la mesa libre y se lanzó de lleno a desenmarañar el significado del informe. Se trataba del estudio de viabilidad de un parque eólico en una zona ventosa de Almería.

Según el informe, el volumen de negocio derivado de la venta de energía eólica tuvo un crecimiento del 8,8 % en 2014, hasta los 5.000 millones de euros aproximadamente. Los diez primeros grupos de empresas reunían el 60% del parque renovable en España, lo que suponía repartirse unos más que apetecibles dividendos. World Wind, era la cuarta empresa en un sector difícil y competitivo.

A las diez en punto, su jefe abandonó la oficina y no volvió a verlo en toda la mañana. A las tres recogió sus cosas y se marchó. Su compañera de mesa no había aparecido y no se atrevió ni a desayunar. Le dolían los ojos y estaba cansada. Al día siguiente lo haría mejor.

A pesar de sus pretensiones, esa mañana no estaba siendo mejor que la anterior. Continuaba traduciendo aquel extenso cartapacio y allí no había aparecido nadie. Tenía hambre y necesitaba olvidarse de tanta palabra.

Dejó transcurrir una hora más y, después de meditarlo, salió de aquel agujero y bajó a la cuarta.

La secretaria de Deborah la hizo pasar con la sonrisa de siempre y, también como siempre, esperó a que la psicóloga terminara de hablar por

teléfono. En esta ocasión no estudió la habitación, esperó y se dejó llevar por los recuerdos. Era fácil hacerlo contemplando aquel cuadro, había paseado por Trafalgar Square millones de veces. No estaría mal viajar a Londres y dar una vuelta por los alrededores.

—¿En qué puedo ayudarte? —inquirió la mujer con una sonrisa—. Por lo que veo te sienta bien tu nuevo trabajo. Tu aspecto es inmejorable.

Elisabeth la miró fijamente y trató de sonreír, le gustaba aquella señora. Claro, que con un vestido como el que llevaba hasta el palo de una escoba luciría atractivo.

—Nadie me ha explicado en qué consiste mi trabajo —suspiró incómoda—. Ni siquiera sé a qué hora desayunar y no puedo preguntar a un jefe desaparecido.

La mujer parpadeó nerviosa, el repiqueteo de su dedo en la mesa era nuevo. Mala señal, advirtió Beth. No solía mostrarse afectada muy a menudo.

Fiel a sus principios, la señora Watson se dispuso a contestar a toda prisa. Sin embargo, en esta ocasión no los siguió a rajatabla. Había advertido a Jack, debía ser él quien informara a la chica.

—El señor Noyce está en Almería —informó Deborah con aplomo—. Y tú puedes desayunar cuando lo estimes conveniente. Confiamos en ti, sabemos que harás tu trabajo.

—Me alegra que me consideren una persona responsable. —Lo que se encontraba era desconcertada—. El problema es que me gustaría saber exactamente lo que se espera de mí. El contrato que firmé no dice nada al respecto, habla de necesidades de la producción y cosas por el estilo.

Deborah resopló con indignación. Siempre le tocaba a ella.

—Eres asistente personal del Consejero —a saber lo que era eso, pensó la psicóloga—. Cada Consejero Delegado tiene derecho a dos asistentes, tú eres la primera y la única. Tus funciones no están definidas, eres como la mano derecha del jefe en todo lo que no tiene que ver exactamente con el trabajo.

Beth abrió los ojos confundida. Si ya disponía de quien le llevara la agenda...

—¿Una especie de criada en la oficina? ¿Proporcionarle entradas para el teatro o algo así?

—Algo así.

La triste sonrisa de la mujer le dejó claro lo que pensaba de esa mierda de trabajo. Y ella que se las prometía felices.

—¿Y voy a ganar dos mil euros por *algo así*? —preguntó perdida. Ni siquiera se atrevía a llamarlo trabajo.

Deborah sonrió abiertamente. Eso podía contestarlo sin problemas.

—Sí, el horario de este tipo de responsabilidades es bastante peculiar —afirmó sin dudar—. Por eso está tan bien pagado.

—Pero en mi contrato sólo aparecen cuarenta horas semanales —dijo ella con recelo.

Deborah movió la cabeza, la sutileza no era lo suyo.

—Creo que deberías esperar y hablar con el señor Noyce —sugirió la psicóloga intranquila—. Vuelve el viernes de su viaje. Hasta ese momento, haz lo que puedas y, por supuesto, desayuna y aprovecha que tu jefe no está, como hace el resto del mundo.

Le guiñó un ojo y dio por terminada la conversación.

Beth salió más perdida de lo que entró. ¿Su asistente personal y no la había informado del viaje?

Se acercó a las cocinas y saludó a los chicos. Echaba de menos su trabajo, allí sabía lo que se esperaba de ella. En la novena tenía la sensación de que jugaba a que trabajaba.

Nada más verla, Philip la abrazó y revisó su mano.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ansioso—. Espero que tu dedo quede bien, fue un corte feo —gruñó por lo bajo—. Si necesitas cualquier cosa dímelo.

—Gracias Philip, me quitan los puntos el lunes. —Le sonrió sin darle mucha importancia—. Seguro que queda bien y si no... es tan pequeñito que no se notará.

El hombre se rascó la cabeza y le devolvió la sonrisa, con aquella chiquilla no se podía.

—Pues yo no bromearía, tener un dedo con forma de salchicha no encajaría demasiado con tu nuevo look.

A Beth le cambió el gesto, sus ojos se iluminaron y una bella sonrisa se plasmó en sus labios. Era la primera vez que su jefe le dedicaba un chiste y lo recibió encantada.

—Chiquilla, realmente pareces otra —exclamó Philip estudiándola con detenimiento.

Raymon dejó los fogones y corrió a saludarla.

—Disfruta ahí arriba, el jefe me ha dicho que es temporal —sonrió entre dientes señalando al bromista—. Roger no lleva muy bien el ascenso y esto está muy liado sin ti. Por cierto, estás increíble.

Se alejó a toda prisa y no quiso molestarlo con preguntas tontas del tipo: ¿a qué te refieres con temporal? Tampoco quiso preguntar a Philip que, en ese momento, salía al salón. No parecería muy madura si no sabía lo que había firmado, ella que siempre se andaba con pies de plomo. Se referiría a los pocos meses que Jack iba a estar en España. Se quedó más tranquila, tenía que tratarse de eso.

El abrazo de Mónica le impidió seguir con su pobre análisis.

—¿Es homosexual o no?

Beth pensó un segundo y movió la cabeza con gracia.

—No tengo ni idea—contestó sincera. Le daba miedo la respuesta, esa

era la verdad. Saberlo homosexual simplificaba las cosas.

—Pues entérate, aunque sólo sea por curiosidad malsana. Sería el primero que se me escapa —le susurró al oído.

Después de encomendarle la dichosa investigación, depositó una bandeja con tostadas, zumo y café delante de ella y volvió a la barra.

Beth abrió el papelito que su amiga había dejado a modo de servilleta y sonrió. Esta vez había llevado más tiempo, pero ya podían usar los móviles. Como estaba en una zona apartada, introdujo la clave y al cabo de unos segundos su teléfono tenía cobertura. Dos mensajes nuevos parpadearon en la pantalla. Sintió curiosidad por su contenido. Había perdido la costumbre de tener teléfono y no le había echado ni un vistazo en casa. Además, quién querría ponerse en contacto con ella, probablemente sería publicidad.

Primer mensaje: *Salgo para Almería, se trata de una reunión de última hora. Pórtate bien y mantente a salvo hasta que vuelva.*

Segundo mensaje: *Te echo de menos, esto es bastante aburrido sin ti.*

Terminó su desayuno sin haberlo saboreado. Acababa de descubrir que prefería no conocer las inclinaciones sexuales de su nuevo jefe.

El viernes se arregló con esmero. Un vestido negro con franja vertical en azul marino de corte sencillo y zapatos negros. Medias en tono caramelo y cabello rizado y despeinado, salvo una especie de mechón que Mada había moldeado como si fuera un flequillo rebelde. El color del vestido destacaba sus delicadas facciones y le iba que ni pintado a su cabello, que había dejado de verse blanco mortecino para convertirse en una maravilla moderna y desenfadada. El vestido era regalado, pero la chaqueta que lo acompañaba la había pagado ella; ciento cincuenta euros de suave piel negra que le llegaba a la cintura y le hacía sentirse atractiva.

—¿Dónde está mi hombre? —le preguntó un tipo en mangas de camisa.

Beth levantó la cabeza como si la hubieran pinchado. Tenía delante al ejecutivo que se escaldó la boca el día que subió los desayunos. El hombre le

sonreía de forma amistosa y tuvo que reconocer que para ser rubio platino no estaba nada mal. Vale, estaba muy bien. Advirtió que su piel estaba bronceada, inaudito para alguien con aquel cabello. ¿Tomaba rayos uva?

Un ligero presentimiento la mantuvo alerta.

—¿Se refiere al señor Noyce? —matizó a punto de enfadarse y sin saber muy bien por qué.

El hombre enarcó una ceja y sonrió más fuerte.

—Creo que no hemos empezado con buen pie —dijo con seriedad aunque sonaba a burla—. Mi nombre es Sam Mathews y soy el colaborador más estrecho que tiene Jack. Y si no me han informado mal, tú eres Elisabeth. El jefe me ha hablado de ti.

Le sonaba el nombre. En otras circunstancias, aquel tipo le habría caído bien. En aquel momento, le habría hincado el mega tacón de uno de sus zapatos en mitad de sus bronceados pies.

¿Mi hombre? ¿Colaborador más estrecho?

—El señor Noyce no ha llegado todavía y no sé cuándo lo hará —le contestó sin importarle parecer borde.

Sam la contempló divertido.

—¿He dicho algo que te haya molestado? Aún no he olvidado tu sonrisa cuando me ayudaste con el café, si no fuera por eso creería que eres una de esas brujas engreídas y remilgadas que tanto abundan en las oficinas.

Beth estuvo a punto de sonreír. Ese hombre era un sinvergüenza de la peor calaña; era encantador y lo sabía.

—¿Detecto cierta misoginia? —indagó interesada.

Sam la observó fruncir el ceño.

—Un momento, ¿qué está pensando esa cabecita tuya?

Beth lo traspasó con la mirada. Los diminutivos le afectaban más que cualquier otra cosa.

—¿Considerar a las mujeres unas brujas engreídas y remilgadas? No soy yo quien va alardeando de sus inclinaciones sexuales —se le escapó. Ni ella supo cómo pudo decir aquello.

Estaba preparada para cualquier cosa, desde que la obligara a retractarse hasta que la despidiera, pero no aquella carcajada que le destrozó los tímpanos al rebotar en las paredes como una bola de pinboll.

—Lo siento, no me extraña que Jack no pueda dejar de hablar de ti —siguió riendo—. Cuando llegue, dile que necesito hablar con él, es importante.

Lo escuchó mascullar algo al salir y continuar con las risitas.

Pues no tenía ninguna gracia.

A las diez y cuarto, una mujer envuelta en una fina capa en tono crudo a juego con sus pantalones entró en el despacho y dejó su bolso en la mesa contigua a la suya. Se trataba de la rubia que siempre acompañaba a Jack, Sarah. La vio colgar la prenda y quedarse enfundada en un traje pantalón elegante y clásico que gritaba alto y claro que costaba el ojo de una cara. Después de frotarse las manos, la muchacha la contempló con una mezcla de superioridad y malicia que casi la hicieron vomitar. A esta no la pisaría, demasiado suave para una arpía de su clase, a ella le pondría la zancadilla en un salón abarrotado de gente.

—Si no me equivoco, vamos a ser compañeras. Soy Sarah Parker —la informó condescendiente—. Jack me ha pedido que te ayude en todo lo que necesites. Por favor, no dudes en acudir a mí. No es necesario que molestemos al jefe con nimiedades.

Así que la criatura que lo seguía como un cordero degollado era su secretaria. Y además, parecía celosa. Las cosas no encajaban como sería de esperar, algo se le escapaba.

Contempló a la chica poner en marcha su ordenador y abrir una carpeta de piel marrón repleta de documentos. Estaba claro que en aquella habitación había una persona que tenía trabajo.

—Gracias, eres muy amable. Yo soy Elisabeth Benedict —le contestó en el mismo tono aflautado utilizado por la secretaria. Era una especialista en

imitar emociones ajenas.

La señorita Parker no estrechó su mano ni hizo ademán alguno. El gesto de superioridad con el que la recorrió de arriba abajo la dejó indiferente. Esa mujer nunca podría hacerle daño.

Empezaba a comprender las palabras del rubio tostado. Si aquellas beldades abundaban por allí, no le extrañaba que las describiera como brujas engreídas y remilgadas.

A las once bajó a desayunar. Su compañera se quedó ganando puntos a la espera de que el jefe supremo apareciera. Compadecía a la chica, alguien debería explicarle que los sentimientos eran demasiado importantes para exponerlos en público con tanta ligereza.

—Salimos esta noche —le soltó Roger en cuanto la vio.

—Me parece bien, el lunes empiezo a estudiar de nuevo —recordó con algo de aprensión.

—Tu jefe está comiendo en la sala VIP acompañado de un montón de ejecutivos —cuchicheó bajito—. Ha preguntado por ti, Philip le ha contado lo de los puntos y le ha dado las gracias por ayudarte. Parece un tío majo.

Beth asintió y permaneció callada. Esperaba que no hubieran mantenido una conversación demasiado extensa, el asalto de la barra podía ser conflictivo.

En el transcurso de las siguientes horas rectificó su opinión. Su querido jefe no subió al despacho, se quedó como una tonta esperándolo con los nervios a flor de piel. Con todo lo que tenía que preguntarle y él se tomaba con calma lo de hablar con su asistente. Nada de majo, era un gilipollas.

Esa noche decidió quedarse en casa. Los puntos le tiraban, estaba cansada y... había visto cómo Jack esperaba a Sarah y ambos desaparecían en su coche de lujo. No supo qué era peor, que la muchacha le cayera tan mal o que él le cayera tan bien.

Si no fuera por esos tontos mensajes, pensaría que su jefe se había

olvidado de ella. Y luego estaba el asunto del guapetón en mangas de camisa que afirmaba ser su colaborador más estrecho...

En toda su vida le había costado tanto trabajo mantener sus sentimientos a raya. Estaba enfadada con el mundo entero. A las cuatro de la tarde entró en la cocina como si tuviera una misión que cumplir: una fuente de ensaladilla rusa, otra de albóndigas, pechugas en salsa, natillas, flanes y un bizcocho de yogur la ayudaron a sobrellevar la situación. Cuando contempló su obra comenzó a sentirse mejor. Ese fin de semana no tendrían que volver a cocinar.

Mada se quejó de que la tentara con aquellas viandas, al parecer, estaba a dieta. Las probó como si aún quemaran y la oyó gemir de gusto. Salvo las chucherías embolsadas, todo lo demás le daba grima. Pensó en acompañarla porque la pinta de los platos no podía ser mejor, pero apestaba a mantequilla y no soportaba su propio tufillo.

Su amiga se despidió de ella a gritos y recuperó su pequeño apartamento. Era agradable sentirse sola de nuevo.

Después de un baño cargado de sales perfumadas, relajantes, hidratantes, nutritivas y regeneradoras -según el botecito de cristal- que su compañera tomaba prestadas de la peluquería, ya estaba preparada para engordar unos kilos viendo la televisión. Tomó asiento bajo la ventana de la cocina, encendió el aparato y comenzó a disfrutar de una velada consigo misma.

El olor a flores que destilaba su cuerpo la mantenía en el limbo de los seres limpios y ultra cuidados. Qué sensación tan deliciosa.

El timbre de la entrada la sobresaltó. No esperaba a nadie y había visto a su compañera coger las llaves. Echó un vistazo por la mirilla que ella misma había instalado en la puerta y bufó enfadada, no estaba para tipos insensibles que no saludaban a sus asistentes personales.

No obstante, abrió con una sonrisa. Antes morir que demostrarle que estaba afectada por su desdén.

—¿Cómo no? —dijo más para ella misma que para él—. Tenías que ser tú.

Jack la recorrió con la mirada y suspiró sin darse cuenta. La renacuaja tenía un cuerpo de locura. Llevaba una malla a la rodilla y una camiseta de manga larga con tanto escote que mostraba otra indecente de tirantes debajo. Esa chiquilla tenía algo en contra de los sujetadores porque no conseguía sorprenderla llevando uno. Los pezones destacaban sobre la redondez de sus pechos, que por cierto le parecían más grandes que la última vez que los sostuvo entre sus manos...No acababa de explicarse qué bien podía hacerle ese pensamiento porque una nueva e irritante erección lo incomodó como casi siempre que se encontraba con aquella chiquilla.

Olvidó lo que tenía que decirle.

—¿El olor que sale por la puerta es de comida? —preguntó intentando pasar desapercibido.

Beth lo examinó a fondo. Traje de chaqueta gris, camisa rosácea y corbata en tonos lilas. Si no tuviera ese mentón cuadrado ni los hombros tan anchos, hubiera ofrecido una pinta sospechosa. Apartó el pensamiento y lo dejó pasar.

—Me gusta tu casa —dijo Jack dando vueltas por el saloncito y parándose frente al mural de su desconocido amigo de Bellas Artes.

Elisabeth elevó los hombros y se preguntó qué hacía su jefe en medio de su salón. Ofrecía todo el aspecto de una persona que estaba de marcha. Olía a alcohol, tenía el cabello revuelto y parecía estar muerto de hambre. ¿Es que no había dispuesto de toda una mañana para hablar con ella?

Lo vio quitarse la chaqueta y colocarla con cuidado en el respaldo de una silla. Siguió con el chaleco y por último, con la corbata. Entonces la pilló comiéndoselo con los ojos. La sonrisa del hombre se hizo grande y expresiva.

Era reconfortante estar empatados, pensó Jack tras recibir esa cálida bienvenida.

—Gracias, iba a comer —susurró Beth sin elevar la voz y sin saber por qué hablaba como si le costara trabajo.

La cocina estaba anexa al salón, por lo que no pudo evitar que el hombre se acercara al office y contemplara los platos.

—¿Son obra tuya? —preguntó mientras cogía una albóndiga y la mordía con auténtico placer.

—Sí, me sentía inspirada —respondió inquieta. El deleite del hombre al saborear la bolita de carne era excesivo—. Quédate, me da la impresión de que si no comparto contigo estas delicias, vas a fastidiarme la cena.

Jack sonrió sin dejar de examinar las fuentes.

—Después de una invitación como esa no puedo negarme —contestó satisfecho. Se lamió los labios y la miró como si ella formara parte del menú.

—Anda, vamos, la comida está de muerte y no quiero que se enfríe demasiado —vencida y derrotada, se entregaba al enemigo.

Jack no apartaba los ojos de su cuerpo y estaba consiguiendo que se viera acelerada.

—Después de esto tendrás que casarte conmigo —bromeó mientras la observaba poner otro mantel y otro cubierto.

—Y yo que pensaba que no era más que un viejo tópico —repuso intentando mantener la calma—. ¿Un poco de todo?

Jack afirmó con la cabeza, tomó asiento y la contempló fascinado. Imaginó lo que sentiría si aquella pequeña cosita fuera suya y un calorcillo intenso lo recorrió por completo. Agitó la cabeza, no había comido desde esa mañana y se sentía aturdido. Debía ser eso.

Beth le sirvió unas raciones más que generosas y lo empujó para sentarse a su lado. Estaba viendo la televisión y era lo que iba a seguir haciendo. Dio voz a la pantalla y continuó viendo el programa con naturalidad.

Jack no creía lo que le estaba pasando. Compartía una comida casera —exquisita, por cierto— con una cría que olía al mismísimo paraíso, mientras veía la televisión con ella y se sonreían mutuamente.

Repitió pechuga y pasó a los postres. Beth había terminado hacía un buen rato y miraba la pantalla con interés. La política parecía fascinarle y el codazo que sintió en las costillas lo atestiguó.

—Algunos no tienen vergüenza —masculló indignada—. A los simples ciudadanos se nos pide una carrera universitaria mientras que a la élite no se le exige nada de nada. Deberían examinar también a los políticos, a fin de cuentas se supone que solo los mejores deben acceder al gobierno del pueblo.

Su mirada penetrante lo atravesó sin problemas. La indirecta estaba clara.

—No dependía de mí, lo acordó el Consejo de Administración —aclaró con una cucharada de flan en el aire. No creía que tuviera que contestar al alegato inicial. Estaba de acuerdo con ella.

—¿Por cierto, qué se supone que debe hacer un asistente personal? —le soltó de pronto.

La cara de Elisabeth brillaba encendida, su mirada fulguraba y su boca se había contraído mientras esperaba concentrada la respuesta. Jack no había contemplado en su vida nada más bonito que aquella chiquilla, su cabello se había rizado en bucles perfectos y de vez en cuando los apartaba consiguiendo despejar su frente durante unos segundos.

Trató de concentrarse dirigiendo la mirada a la pantalla del televisor. Había hablado con Deborah y no tenía ni idea de lo que podía decir. Que lo colgaran si sabía lo que hacía un asistente personal. Nunca había tenido ninguno.

—Pues, hacerle la vida más fácil a la persona asistida, no cabe duda. — Parecía lo lógico.

—¿Cómo llevar tus trajes a que los limpien y reservar entradas para el teatro o pretendes tenerme supliendo tus limitaciones con el idioma? Lo siento, pero es muy aburrido —aclaró avergonzada—. También puedo volver al comedor, no eres responsable de mis torpezas, me corté yo solita.

Jack comprendió que su plan no podía haber salido peor. Claro, que de plan sólo tenía el nombre porque él no había planificado nada, no le fue posible con el viaje inesperado a Almería.

Hacía mucho tiempo que no había sentido tanto miedo como cuando le comunicaron que aquella muchacha se había cortado de gravedad. No iba a

consentir que le sucediera nada malo, no mientras él estuviera en España.

—El lunes a primera hora te entregaré una lista de tareas —aclaró indeciso.

Beth soltó todo el aire que había estado reteniendo. Con ese dinero ahorraría lo suficiente para cubrirse las espaldas una buena temporada.

—Estupendo, mientras no pretendas convertirme en tu geisha todo irá bien —sonrió guiñándole un ojo. Prefería morirse de aburrimiento que trabajar como una mula para ganar la mitad.

Jack frunció el ceño, hablar de geishas le había recordado el motivo real de su visita. Se acercó más a ella y le susurró al oído.

—He hablado con Sam —la miró de forma intensa, Beth comenzó a temblar—. Después de nuestro momento *especial* —hizo tanto hincapié en lo de *especial* que dejó de respirar para prestarle toda su atención —, no creí que te quedara ninguna duda sobre mis inclinaciones sexuales... Ya me dirás en qué te basas porque te juro que estoy perdido.

Elisabeth bajó los ojos al suelo. El rubio era un traidor de tomo y lomo. No había esperado ni a que su jefe se aclimatara al frío para soltarle aquello.

—Ese hombre hablaba de ti con una libertad que me hizo sospechar lo peor —refunfuñó por lo bajo—. Luego está Sarah y sus babas y, si no me equivoco, tú pasas de ella, de una mujer como ella quiero decir, hasta tu camisa rosa... ¿He metido mucho la pata esta vez? —preguntó angustiada.

Cuando cogiera a Roger no le quedarían ganas de hacer comentarios de ningún tipo. Lo peor es que había sabido todo el tiempo que ese hombre era tan homosexual como su madre monja. Por el amor de Dios, si en el ascensor le dio tal repaso que sabría con exactitud dónde tenía lunares y en el Madison... Vale, en el pub se pasaron los dos.

La expresión de Jack cambió ligeramente ante el azoramiento de ella.

—No soy homosexual. No tengo nada en contra, pero no lo soy —explicó con calma—. Creía que te lo había demostrado.

Su mirada de enfado la agobió.

—Vale, no necesitas recordármelo más. No eres homosexual, lo pillo.

Sus ojos se encontraron y Jack no la dejó apartar la mirada. Cogió su barbilla y le habló muy cerca.

—Mis padres fallecieron en un accidente de tráfico el día que cumplí doce años, mi hermana y yo no teníamos a nadie más. Samuel Mathews nos llevó a su casa y se hizo cargo de nosotros. Era el abogado de mi familia y el albacea del testamento. Lo quiero y respeto como a un padre. A su hijo lo quiero igual y lo respeto menos—. Terminó con una sonrisa—. Somos prácticamente de la misma edad. Yo soy ingeniero aeronáutico y él abogado, por lo demás, es mi hermano, no mi amante. Y tú, una malpensada.

Beth no esperaba que le revelara tantos detalles sobre su vida. Ella no estaba preparada para hacerlo con la suya.

—Lo siento. Sobre todo, por lo de tus padres —repuso con seriedad—. Sé lo duro que es crecer solo. Tu hermana y tú fuisteis afortunados al contar con una familia.

Jack entrecerró los ojos y se dejó caer en el respaldo del asiento.

—Sí... —susurró con un leve suspiro—. Y ahora, mi *querida* Sarah —sonó a cierto sarcasmo—. La primera vez que estuve en España fue hace tres años. En un viaje a Tenerife me acosté con ella, ambos habíamos bebido y supongo que nos dejamos llevar. Fue una sola vez y, por supuesto, no se ha vuelto a repetir. No suelo tener rollos con mis secretarias. En cuanto al empalago, no puedo controlar babas ajenas.

Beth soltó una carcajada demasiado fuerte y después se arrepintió.

—Lo siento, no pretendía reírme así —dijo cortada—. Y lamento de verdad haber dudado de tu... —No acabó la frase, en su lugar le dedicó una sonrisa enorme que la hizo parecer un angelito.

Jack la analizó fríamente, no tenía vergüenza pero a él le encantaba. Era verdad que Sarah babeaba tras él y también lo era que estaba un poco harto. Pero no la despediría ni haría que la cambiaran de Departamento por haber

cedido a una mala idea tres años atrás. Era una excelente secretaria, y él sobrellevaba de la mejor manera su enamoramiento o lo que fuera aquello.

—¿A ti no te han explicado que debes respetar a tus mayores, sobre todo, si dependes económicamente de ellos? — repuso él con una pícaro sonrisa.

—Venga ya, te he invitado a cenar y es sábado —aclaró ella con la misma picardía—. En este momento no eres mi jefe.

Jack la miró completamente extasiado. Tomó su cara entre sus manos, hundió los codos en sus pechos y la besó como un loco. Elisabeth sintió que todo le daba vueltas. Los suspiros que se le escapaban la tenían avergonzada, no lograba permanecer en silencio. Jack, sin embargo, no sentía reparo alguno en lo que le hacía. En ese momento le quitaba la camiseta de manga larga y la dejaba bajo el escrutinio de sus ojos con solo la de tirantes.

—Demasiadas camisetas —gruñó sobre sus senos.

En ese momento, Beth supo que quería lo mismo que su jefe. Permitted que la sentara a horcajadas sobre sus piernas, se retiró los tirantes y llevó la camiseta hasta su cintura. Los ojos de Jack la devoraron antes de lanzarse a amasar sus pechos con fuerza.

—Eres preciosa y yo llevo siglos sin estar con una mujer —confesó sobre su boca—. No creo que pueda aguantar mucho.

Beth no comprendió muy bien el significado de sus palabras, pero le daba igual. Le desabrochó la camisa con facilidad y acarició su pecho musculoso y trabajado. Se sentía atractiva y seductora, nunca había experimentado nada igual. Ese ser superior estaba a su merced, le mordía el pezón derecho con desesperación mientras apesaba el izquierdo y gemía en el proceso. Tiró de su pelo con fuerza para verle la cara y quiso gritar de placer, Jack la deseaba con locura. Sus ojos eran dos ascuas negras que brillaban incandescentes, por un momento la intensidad de su fuego le dio miedo. Ella no tenía más experiencia que la de saber que tenía que abrirse de piernas. Al menos, fue lo que hizo en su primera y única vez.

—¡Oh, mierda! —La voz de Mada los dejó paralizados—. Cuánto siento

la interrupción.

La muchacha salió a toda prisa de la cocina. Después se escuchó el sonido de la puerta de su habitación al cerrarse.

Jack la sostuvo contra su pecho y acarició su pelo mientras trataba de acompasar su respiración.

—¿Podemos continuar en tu dormitorio, por favor? —le susurró al oído.

El ansia que percibió en su voz la hizo dudar. Sin embargo, recordó sus palabras al hablar de Sarah y sobre todo, pensó en su madre. Así se habría sentido en todas esas ocasiones en las que había compartido su cama...

Pues no deseaba ser la una ni la otra. No soportaría convertirse en la amante del jefe. Después de tantos años criticando el estilo de vida de Lily, ahora no podía hacer el amor con Jack y olvidarlo sin más. Mierda, ese tío le gustaba demasiado y lo único que iba a sacar de todo aquello era un corazón destrozado. Además, ¿qué hacía ella retozando con un hombre como ese? No debía olvidar quién era. Ella era una enana, fea y solitaria mujer que lo único que iba a obtener de ese hombre era un revolcón y que después la soportara estoicamente. Bastaba con observar a Sarah para saberlo.

Volvió a su caparazón y empezó a sentirse más segura.

—No creo que sea buena idea, mejor seguimos con tu política anti secretarias—murmuró tratando de huir de su regazo.

Jack frunció el ceño. La abrazó más fuerte y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Tú no eres mi secretaria —ronroneó en su cuello—. Contigo no tengo que respetar ninguna política de empresa. Eres mía, pequeñaja.

Sintió cierto desasosiego, ese hombre parecía hablar en serio. Le aterró exponer ante él sus miserias, prefería que la siguiera viendo como una *pequeñaja* graciosa y divertida. ¿Cómo contarle la historia de su vida a un hombre como él?

Estaba a punto de llorar. Ese tío quería echar un polvo, no proponerle

matrimonio. Si sería tonta... Era increíble, pero cuando estaba a su lado se olvidaba de sí misma; ella era Elisabeth Benedict, una desfavorecida muchacha cuya madre, drogadicta y prostituta, residía actualmente en un centro penitenciario.

—Creo que la que no está preparada para liarse con su jefe soy yo — explicó igual de seria —. Lo siento, pero no voy a cambiar de idea.

Jack la contempló en silencio. Su pecho subía y bajaba con rapidez y decidió cubrirse con la camiseta que tenía enrollada en la cintura. Era perfecta, pensó sorprendido.

Con ese pensamiento impactante le dio un beso en la frente y la ayudó a ponerse en pie. Después, salió de la casa sin más.

4

—¿Puedo pasar?

La cabeza de Mada asomaba por la puerta del dormitorio.

—Prefiero que hablemos mañana —le contestó Beth desde la cama.

Se había hecho un ovillo y lloraba de forma convulsiva.

—No estoy de acuerdo. —Ya estaba a su lado—. Te he sorprendido en las piernas de tu jefe y con las tetas al aire. Necesitas hablar con alguien.

Beth dejó de llorar para hacerlo con más fuerza un segundo después. La imagen que se había formado en su cabeza había sido demoledora.

—No puedo hablar demasiado —dijo entre hipos y mocos—. Me gusta. ¡Joder, un tío me gusta por primera vez en toda mi vida y es... es... demasiado para mí!

Mada le sonrió con cariño y tomó asiento en la cama con naturalidad.

—He visto poco, pero con ese cuerpazo no me extraña que hayas sucumbido —manifestó con sorna—. El problemilla es de quién estamos hablando. Un ejecutivo americano, Consejero Delegado de tu empresa, de treinta años, macizo y atractivo que es tu jefe y que va a permanecer en España unos meses. ¿Me he dejado algo?

Elisabeth se sentó a su lado y se reclinó contra el cabecero de la cama. Como era de hierro forjado colocó un cojín y le dio otro a su amiga.

—Básicamente, lo has descrito bien. —Se limpió las lágrimas y se sonó la nariz.

—Bueno, no hay que analizar mucho. —La seguridad de Mada era apabullante—. Primera posibilidad, este hombre tenía un buen par de tetas delante, esperaba echar un polvo y punto. Vale, quizá uno de vez en cuando,

pero sin mayores complicaciones. —Beth abrió los ojos y la miró expectante. Parecía saber lo que decía—. Segunda posibilidad, está loco por ti y no le importa complicarse la vida acostándose con su asistente con quien desea mantener una relación mientras esté por estas latitudes. —Sonrió quitando importancia al asunto—. La tercera sólo existe en las novelas y en las películas. Es el cuento de Cenicienta, en el que no creo.

El silencio se adueñó de la habitación. Tan sólo los hipidos de Elisabeth interrumpían a intervalos regulares la paz del momento.

—Gracias, me siento mejor —reconoció sorprendida.

Mada se inclinó hacia ella y tomó su mano.

—Sé que vas a prisión los sábados —musitó con cautela—. Mi padre es abogado y conozco los pases. No pretendo forzarte a que me cuentes nada, pero la chaqueta que he visto en el salón pertenece a una persona con mucho dinero. El dinero es clase social, estatus, o como quieras llamarlo —le recordó incómoda—. Beth, apenas nos conocemos, pero creo, sinceramente, que ese hombre no es para ti. De una relación como esa sólo saldrás herida.

Elisabeth respiró con nerviosismo. La costumbre de vivir sola había hecho que se volviera descuidada con los pases y hasta con los billetes de autobús. Esa negligencia con una chica como aquella -que parecía Sherlock Holmes- era imperdonable. Ahora, la trataría como todos los que conocían sus orígenes y odiaba esa sensación. Por un instante renegó de sí misma. Tenía que haber seguido sola, era preferible no comer a enfrentarse a aquello. Aquella muchacha tenía que desaparecer de su vida. Dios mío, Mónica era su prima...

Un sudor helado la cubrió entera y sintió ganas de vomitar. No podía pasarle algo así, no ahora que su vida empezaba a gustarle.

Mada comprendió el malestar de su compañera. Estaba harta de oír los comentarios de su padre respecto a la deshonra que experimentaban los familiares de los internos en prisiones.

—Lo sé desde el primer día que pisé esta casa —aclaró para que no se preocupara—. Y, sinceramente, ni me importa a mí, ni le importa a nadie. Quiero ayudarte, no fastidiarte la existencia. Estar en prisión significa que has

cometido un error, nada más. No se trata de una enfermedad contagiosa. En tu caso, aunque lo fuera, con lo bien que cocinas, me daría igual.

Beth salió del sopor y la miró confundida. Aquella chica era un extraño espécimen de ser humano. Hasta ahora sólo había conocido a los que hacían daño de forma gratuita. No sabía qué pensar de su compañera.

La miró a los ojos y decidió arriesgarse. En aquellas pupilas no encontró más que respeto y comprensión.

—Mi madre está en el Centro Penitenciario de Albolote...

A grandes rasgos, le contó la historia de su vida. Se ahorró los malos rollos y los recuerdos traumáticos, pero con voz fría y calmada fue capaz de compartir con su compañera la suciedad que ocultaba bajo la alfombra.

Mada la escuchó con atención, cuando finalizó la abrazó con fuerza.

—Detrás de una gran persona siempre hay una gran historia —susurró con dulzura—. En tu caso, te ha hecho comprensiva y tolerante con las flaquezas ajenas. Deberías sentirte orgullosa de haber vivido en ese mundo sin que te salpicara siquiera. Eres una tía sana y no muy desequilibrada —sonrió ante su último comentario—. Un pelín obsesionada con los tacones, pero por lo demás, lo sobrellevas bastante bien. Te envidio, eres una luchadora. Yo me habría rendido, no tengo fuerza de voluntad...

Beth visualizó los laxantes escondidos en el baño y las bolsas de snacks que guardaba en su habitación. Aquella muchacha sufría en silencio pero no se atrevió a irrumpir en su intimidad. Quizá algún día.

—Gracias Mada, eres especial.

—Lo sé, gorda pero con personalidad —rió bajito.

No pudo decir nada, se abrazó a su amiga y dejó que las lágrimas aparecieran de nuevo. Fue duro descubrir que su amiga también lloraba. La vida no era fácil para nadie.

El domingo por la mañana lo dedicaron a limpiar el apartamento.

Terminaron exhaustas y alegres; la conversación de la noche anterior había creado algunos lazos difíciles de explicar.

Mientras Mada se duchaba, ella preparó una salsa para las albóndigas y calentó las pechugas. Tenía que haber cocinado alguna verdura pero no había caído hasta ese momento. Ayudaría a aquella extraordinaria mujer aunque se negara. Abrió una lata de alcachofas y le añadió algo de jamón.

Congeló las albóndigas y repartió unas porciones livianas de alcachofas con pechugas en los platos. Quitó los postres de la vista y decidió que se los llevaría al trabajo. Su amiga tenía que perder peso para ser feliz y no dificultaría sus esfuerzos.

Si Mada se dio cuenta de su objetivo, no dijo nada. Comió con apetito y terminó con un café solo como postre.

Después de limpiar la cocina, decidieron salir a pasear. El Mirador de San Nicolás estaba cerca, tomaron algunas fotos de las soberbias vistas de La Alhambra y otras menos espléndidas de ellas mismas y continuaron su recorrido.

—Teníamos que haber cogido el coche —rezongó Mada por millonésima vez.

Beth la miró ceñuda y siguió como si no la hubiera oído. Sin embargo, quince minutos más tarde su compañera se negó en redondo a seguir avanzando.

—Voy a llamar a un taxi —jadeó sin importarle demostrar su deplorable forma física—. Si continúo andando voy a desmayarme.

Beth comprendió que su amiga no exageraba. Tenía la cara roja como un tomate y sudaba profusamente, a pesar de que no hacía calor. Temió haberse pasado de lista. Roma no se construyó en un día, se recordó enfadada.

Fue imposible encontrar un taxi libre por lo que no les quedó más remedio que andar hasta la parada de autobús más cercana.

No tuvieron mucha suerte, tardó veinte minutos en llegar y venía atestado de turistas. De pie y apretadas contra una de las ventanas, vieron

cómo dejaban atrás la calle Recogidas. A la altura del hotel de Jack, el vehículo ralentizó su paso hasta detenerse delante de un semáforo y aprovechó para mirar. Ni ella podía tener tan mala suerte. En ese preciso instante, su jefe estaba saliendo del suntuoso edificio con su querida y babeante secretaria colgada del brazo. Mada la miró con una mueca de fastidio y le susurró al oído.

—Con alguien tenía que aplacar el dolor de huevos.

Beth no esperaba semejante salida y sonrió pesarosa. Ojalá y no lo hubiera lanzado a los brazos de la chica. Aunque, bien pensado, quizá fuera lo mejor.

—Padre abogado y madre maestra, cuida ese lenguaje, jovencita — murmuró en su oído —. Acabas de recordarme a tu prima.

—No te equivocas, es una de sus frases favoritas...

Sonrieron animadas y no volvieron a mencionar el tema. Era cierto eso de que las penas compartidas son menos penas porque ni ella se creía el temple con el que estaba llevando la traición de su jefe.

El autobús sufrió un fuerte empujón y, de pronto, se vieron rodeadas de un grupo de chicos. Beth les dejó espacio suficiente y volvió a respirar su propio oxígeno.

—Qué valor tienes —le dijo Mada con admiración—. Yo veo una báscula y huyo despavorida.

La miró con recelo y se temió lo peor. Reconoció el autobús y necesitó de todo su aplomo para darse la vuelta y descubrir dónde se había situado. Maldito Jack y maldita la secretaria babeante y babosa. Se había despistado y, después de eludirla durante meses, había caído en la maldita trampa.

Esa pared estaba decorada con la publicidad de una marca de leche local. Un dinosaurio, que en realidad era un medidor de centímetros, abarcaba desde el suelo hasta el techo. Y ella, en un espacio de unos doce metros de largo, se había situado justamente al lado del bichejo y de su regla numerada.

Parpadeó frenética y empezó a sumar de nuevo. Tenía que estar

equivocada. En un alarde de sensatez se había calzado las botas más bajas que tenía, y estaba más que segura de que su tacón medía diez centímetros. Ciento cuarenta y dos más diez sumaban ciento cincuenta y dos, y allí se podía ver ciento cincuenta y siete. Era imposible que hubiera crecido cinco centímetros. El dinosaurio -el de la leche-, lo que tenía en realidad era muy mala leche.

Cuando llegaron a casa buscó desesperada un metro; sabía que era inútil, al igual que los espejos (sólo tenía uno y porque venía con el baño), era un elemento del que había prescindido toda su vida.

No quería hacerse ilusiones, cinco centímetros eran muchos centímetros. Al día siguiente, cuando le quitaran los puntos, le pediría a la enfermera que la midiera. Tenía que salir de dudas.

Esa noche durmió mal. Un dinosaurio gigante la perseguía por una selva tropical y no conseguía escapar del bicho ni subiéndose a los árboles. Al despertarse gritando y con la sensación de que el animal había ganado, maldijo todos los *Jurassic Parks* que había visto.

La ducha no la ayudó demasiado. Seguía con los nervios destrozados, los cinco centímetros no la dejaban vivir. ¿A esas alturas de su vida, sería posible que hubiera crecido?

No desayunó, llamó a un taxi y quedó en manos del destino.

Abandonó el Centro de Salud conmocionada. Medía ciento cuarenta y siete centímetros. La última vez que la pesaron y midieron vivía en Manchester. Le hablaron de la necesidad de seguir algún tipo de tratamiento que hiciera crecer sus huesos pero no disponía de seguro médico. Así que trató de olvidar que quizá existiera una solución a su problema. Con el tiempo, dejó de pensar en ello; no creía en los milagros.

¡Madre mía!, no tenía ni idea de cuándo había sucedido ni de cómo, pero medía cinco centímetros más. Ahora, cuando dijera que medía uno cincuenta no tendría que preparar su pie para pegar alguna patada, prácticamente era su estatura real. Y con algunos de sus tacones... podría alcanzar un tamaño normal.

No acababa de creérselo.

Le habían recomendado que acudiera a su médico, determinadas pruebas en la muñeca podían decirle si aún le quedaba algo por crecer. Eso sí que sería ciencia ficción, pensó eufórica, incluso le caía mejor la secretaria.

Cambió de rumbo. Esa mañana había decidido que después de que le quitaran los puntos volvería al trabajo, pero ahora no se sentía con ánimo de ver a Jack con la babosa. Ese día no iba a permitir que nada enturbiara su dicha.

Con el justificante médico en el bolsillo, encaminó sus pasos hacia su sitio preferido del mundo. Ese lugar era pura magia, allí podría dar las gracias al universo entero por permitirle crecer de estatura porque de personalidad ya se habían encargado de hacerlo las circunstancias que le habían tocado vivir.

Al doblar una esquina se quedó a un centímetro del pecho de Jack. Chocar contra el torso de ese hombre empezaba a ser una costumbre.

—Te estaba buscando —dijo su jefe, casi con timidez—. ¿Sigues teniendo cinco dedos?

Beth extendió la mano y le mostró el pulgar. Ella misma reparaba en ese momento en el dedo. Con tanto pensar en su estatura se había olvidado de que había estado a punto de perderlo.

—Pues no ha quedado mal del todo —repuso perpleja—. Me han recomendado hacer unos ejercicios diarios.

Jack sintió unas ganas tremendas de abrazarla, la notaba distinta y afectada. Tenía que haberla acompañado, no podía imaginar el miedo que habría pasado. Por más carácter que tuviera, era una cría y estaba sola. Pero no podía descuidar su trabajo, estaba en una fase muy delicada. Abandonó la reunión en cuanto le fue posible. Ni siquiera se despidió de sus ayudantes, simplemente salió corriendo.

Acarició su mano con cuidado y la miró a los ojos.

—Está genial —expresó satisfecho—. Te invito a desayunar.

Beth dio un respingo, esas palabras le recordaron que no había comido, sin embargo tenía que llevar a cabo una misión de mayor importancia.

—Necesito agradecer que estoy viva y sana —era difícil de explicar—. Mi sitio especial me espera, tendremos que dejar ese desayuno para otro momento. Gracias de todas maneras, también por venir hasta aquí y preocuparte por mi mano.

Jack no perdía detalle de su expresión. Una especie de calma la envolvía. Era como si estuviera en contacto con algo que él desconocía, algo sanador y vivificante...que él necesitaba.

—Deja que te acompañe —dijo en un susurro.

Elisabeth meditó unos segundos. Después se encogió de hombros y suspiró. Últimamente estaba desvelando demasiadas intimidades.

—Está bien, compartiré mi sitio especial pero nada más, ni sentimientos ni pensamientos. —Le apuntó con el dedo—. Espero que aproveches esta experiencia y alcances la paz. Abre tu mente y expulsa todo lo malo de ella, conecta con lo que te rodea y déjate llevar. No necesitas hacer nada más.

Si se reía de sus palabras, lo mandaría a hacer gárgaras. Sin embargo, la cara de Jack se había transformado. Sus ojos habían perdido el brillo que los caracterizaba y de tanto apretar los dientes podía ver el tic de su mandíbula. Ese hombre necesitaba tanto aquello como ella. Cogió su mano y caminaron en silencio.

Dejaron Plaza Nueva y continuaron por la Cuesta de Gomérez. Los árboles centenarios los cobijaron bajo sus ramas. El aroma de la vegetación los rodeaba, el canto de los pájaros, los rayos del sol colándose entre las rendijas de las hojas...Nada importaba en ese momento, salvo la sensación de profundo bienestar que experimentaban.

Ascendieron sin hablar, cada uno absorto en su propio mundo interior. En un recoveco de la pronunciada cuesta, Beth se apartó y caminó unos metros bajo la espesura del bosque. Jack la seguía sin dudar, la hubiera acompañado al fin del mundo. En mitad de toda aquella vegetación, un viejo banco de madera se erguía con orgullo entre la maleza.

—Hemos llegado —musitó Beth con veneración.

Tomó asiento y miró al frente. Después cerró los ojos y respiró profundamente. Se sentía tan afortunada que no sabía cómo demostrar su agradecimiento. No bastaba con dar las gracias a ese vacío esperanzador. Abrió los ojos y aspiró hasta el último aroma de aquel edén. Se sentía en armonía consigo misma; menos enana, menos fea y menos sola.

Jack se sentó a su lado. En el momento en que miró a su alrededor comprendió que se trataba de un escondite místico para Elisabeth. La ciudad de Granada, con todo su abolengo y su belleza arquitectónica se extendía bajo sus pies. Un cielo azul y limpio abarcaba todo el horizonte. El canto de los pájaros mezclado con el de algún grillo era lo único que rompía el silencio. El aire era ligero y agradable. Las ramas de un árbol vetusto y ajado los acogían con mimo protegiéndolos de los rayos del sol.

—Eres un cabezota, necesito llegar a los entrenamientos una hora antes y vas a conseguir que no me convoquen para el partido —la voz de Anne resonó en su cabeza con la misma nitidez que si le hablara en ese momento —. Mi permiso de conducir es tan válido como el tuyo.

—No vas a conducir por el centro de la ciudad en hora punta —le contestó calmado —. Te prometo que llegaré a tiempo.

Sacudió la cabeza angustiado. No llegó, estaba demasiado ocupado para hacerlo.

Percibió la calidez de una mano sobre su brazo y volvió al presente. Ese sitio debía ser mágico de verdad porque aquellos recuerdos los tenía encerrados bajo siete llaves. Sintió la mirada de Elisabeth y sólo entonces notó la humedad de su cara. Fue extraño, pero no le importó llorar abrazado por aquella insólita mujer.

Beth permaneció callada, Jack tenía que cauterizar alguna herida abierta. Dejó que el hombre se calmara y lo sostuvo con su propio cuerpo. Sintió un beso caliente y húmedo en la frente y, sabiéndose a salvo de su mirada, sonrió con cariño. Recordó la frase de Lin Yutang que adornaba una de las paredes de su habitación: *En esta vida hay lágrimas, y lo que importa, después de todo, es ante qué lloramos.*

¿Qué hacía llorar a Jack?

Compartió su silencio. Quería que se sintiera acompañado, no invadir su intimidad. Se recostaron en el respaldo del banco y dejaron pasar el tiempo. Lo miraba de reojo de vez en cuando para comprobar que estaba bien. De repente, lo sintió suspirar con fuerza, su cara dejó de verse crispada y sus mejillas recuperaron el color. Estaba preparado para marcharse.

—¿Mejor? —le preguntó con ternura.

La contempló como si acabara de descubrir que no estaba solo. Sus ojos mostraban una tristeza aterradora. Beth sintió cierto malestar en la boca del estómago. Pocas veces había presenciado el dolor del alma en estado puro.

—Sí —contestó en un susurro apagado.

Después de asegurarse de que su *amigo* —había decidido englobarlo en esa imprecisa categoría— se encontraba bien, abandonaron el paraje y volvieron a la Cuesta. No continuaron hasta La Alhambra. Ninguno deseaba hacer el recorrido turístico. Retrocedieron sobre sus pasos y se despidieron en Plaza Nueva.

Como Beth se decía a menudo, mañana sería otro día.

Esa noche recibió un mensaje escueto de un teléfono desconocido.

Gracias.

¡Oh, mierda! Empezaba a apreciar a ese tío de verdad.

El despertador no había sonado. La pila —no alcalina— se tomó un respiro a las tres de la madrugada y el despiste de Mada no la ayudó demasiado. Para compensarlo, su compañera la acercó hasta la mismísima puerta de *W&W*.

—Lo siento de nuevo, pero creía que estabas levantada.

—Deja de pedir disculpas, el reloj me costó un euro —le guiñó un ojo —, y sólo pasan unos minutos de las ocho. Procura no hacer tarde tú, el tráfico

está infernal.

El horario de su amiga era mucho más cómodo, entraba a las nueve y salía a las dos de la tarde. Se despidió con un beso y entró corriendo. No quería que pareciera que se aprovechaba de su amistad con el jefe.

Su compañera trabajaba concentrada en el ordenador. Tenía que reconocer que la chica se ganaba el sueldo. Al verla llegar miró su reloj de pulsera, frunció el ceño y volvió a la pantalla. Dada la situación, no quiso interrumpirla con el relato de su poco sofisticado despertador vencido por una miserable pila.

—Buenos días. —Deseó sincera.

Sarah no se molestó en contestar. Beth quiso interpretar un ligero movimiento de hombros como saludo y se dio por satisfecha, la gente no era muy amable con ella.

Dado que sus ocupaciones actuales consistían en mirarse las uñas, se dedicó a espiar a la secretaria. El aburrimiento ya se sabe...

Iba enfundada en una especie de mono negro con chaqueta beige. Tacones caros y elegantísimos. Pelo moldeado, uñas rojas muy afiladas y maquillaje perfecto. Ninguna de sus dos *Bratz* habían lucido jamás tan perfectas.

Un momento, qué se había puesto ella.

Se echó una rápida ojeada y respiró más tranquila. Un vestido mini con grandes cuadros blancos y negros. Pantalones negros tupidos y taconazos del mismo color. Su cazadora de piel quedaba de lujo con aquel modelito. Menos mal, pensó abrumada. Esa mañana le había importado muy poco su atuendo.

En cuanto al maquillaje, iba mejor pintada que su adorable compañera de despacho, tanto que no parecía que hubiera necesitado todos los extras. Era consciente de la deuda infinita que asumía con su madre. Qué razón tenía cuando decía que le iba a hacer falta.

Bueno, con las uñas no podía competir. Se las mordía siempre que podía.

El pelo era otro cantar. Desde que Mada le descubriera el mundo de las mascarillas de papaya y queratina, su vida no había vuelto a ser la misma. Su melena era una delicia rizada y alborotada que brillaba sobre sus hombros.

Vale, no se había perfumado. El olor en aquella estancia era el que destilaba su compañera. Una fragancia refinada a la que jamás podría acceder porque jamás se gastaría su precio, eso seguro. Al menos, no se había olvidado del desodorante, se dijo oliéndose con disimulo.

En esos importantes menesteres estaba cuando Jack traspasó el umbral del despacho. No era justo. Creía que ese hombre no podía ser más atractivo y, una vez más se equivocaba, no lo había visto a primera hora, con el pelo húmedo y recién afeitado. Su colonia eclipsó durante unos segundos a la de la babeante mujer que tenía al lado. Era tan exquisita que debería cobrar sólo por dejarse oler, se dijo en un ataque de estupidez suprema. Sonrió para sí misma, aquellos dos podían competir en un concurso de aromas.

Lo oyó hablar alguna cosa con Sarah y aprovechó para dedicarle una última miradita. El traje que llevaba era beige oscuro, de corte impecable y ligeramente ostentoso que le recordó las palabras de Mada. Eso la salvó de seguir con el examen porque Jack estaba a su lado con la misma sonrisa engreída de siempre.

—Buenos días a ti también, Elisabeth —¿se refería a que también había saludado a Sarah o a que su repaso lo consideraba un saludo? Su cara mostraba demasiada satisfacción para ser lo primero.

—Buenos días, Jack. Se te ve muy elegante. —Sintió los ojos de la secretaria evaluando la situación y lo lamentó por ella, pero se negaba a que ese ególatra le ganara la partida.

Su jefe levantó una ceja divertido.

—Gracias, es agradable que lo aprecies. —Ahí tenía su respuesta—. Tenemos trabajo.

Sin añadir nada más, dejó sobre su mesa un libro descomunal. Beth lo hojeó con cuidado, el texto era más viejo que ella, el color lo delataba, y algunas de sus páginas se encontraban en un estado lamentable. *Energía*

fotovoltaica, eólica y termoeléctrica, leyó desconcertada en Inglés.

—Perdona, Jack —dijo siguiéndolo hasta su despacho—. ¿Qué debo hacer con el libro? —Sólo de pensar en traducir ese epítome de las energías renovables se le quitaban las ganas de continuar con aquel trabajo.

Su jefe apilaba un montón de documentos y los introducía en un maletín de piel marrón.

—Se trata de una obra bastante completa sobre los aspectos más importantes de cada sector. No quiero que te dejes ni una coma. —Sonrió como si estudiarse ese mamotreto fuera la cosa más apetecible del mundo —. Acompáñanos a la reunión, tienes que empezar en algún momento.

Beth sabía que llegaba tarde pero no le importó, se puso delante y le impidió el paso. Todo lo referente a su trabajo empezaba a producirle dolor de cabeza.

—No lo entiendo, ¿qué tiene esto que ver con ser tu asistente? —inquirió sin molestarse en ocultar su incertidumbre —. Habíamos quedado en que me ocuparía de que limpiaran tus trajes o en conseguirte entradas para un concierto. Hacerte la vida más fácil ¿recuerdas?

—Para eso no necesito un asistente, me basto yo solo —respondió con calma.

Beth no quiso contarle la conversación que mantuvo con Deborah Watson.

—¿Es necesaria la tortura? —preguntó mirando el libro de reojo.

La sonrisa de Jack fue involuntaria.

—Para serme de alguna utilidad debes conocer el negocio. He visto tu prueba, no tienes idea de nada —no se extendió al respecto, lo que le agradeció —. Debemos remediar eso. A partir de este momento, puedes llamarme Pigmalión.

La frase final la dijo con una expresión tan enigmática que Beth sintió que le flaqueaban las fuerzas. Se había hecho el firme propósito de

permanecer alejada de ese hombre... iba a ser difícil si se convertía en su proyecto docente.

No esperaba lo que vino a continuación, Jack se acercó tanto a su cuerpo que la hizo retroceder un paso. Algo le impidió la retirada y él aprovechó para aproximarse de nuevo. El olor de su colonia la tenía atontada. Lo miró sin saber muy bien qué hacer. Lo sensato era salir dignamente pero se quedó quieta mientras Jack le rozaba la mejilla y sentía la calidez de su aliento en la cara. Cerró los ojos, aquello era un suicidio.

—Buenos días, Elisabeth, tú sí que estás preciosa esta mañana —se lo dijo en el oído, tan pegado a ella que el susurro la estremeció entera.

Lo miró turbada, los ojos de Jack no sonreían, no se estaba burlando de ella. ¿Qué le estaba haciendo ese hombre?

—Nos esperan Jack.

La voz de la secretaria irrumpió en la estancia con fuerza.

Ninguno de los dos se movió.

—Gracias, Sarah —contestó Jack sin mostrar inflexión alguna en la voz—. Advierte que llegaré en unos minutos.

Bonita forma de decirle que abandonara la habitación, pensó Beth.

El rostro de la chica no se alteró lo más mínimo. Admiró su sangre fría. Acababa de conocer el significado del término *profesional*, esa mujer lo era.

No tardó mucho en escucharse el ruido de la puerta. Bueno, no era tan profesional, se dijo Beth con ironía. La secretaria había hecho crujir la pared al cerrarla.

El estruendo consiguió que se sintiera mal, si esos dos estaban liados ella no quería figurar en medio. Se sintió ridícula sólo por pensarlo, ¿cómo iba ella a interferir en ninguna relación que mantuviera esa Barbie humana? Necesitaría que el chico estuviera ciego y Jack tenía unos ojos preciosos y por lo que sabía, con el cien por cien de visión.

Estaba tan absorta rumiando sus dudas que no era consciente del

escrutinio a que estaba siendo sometida.

—Necesito un informe de cada reunión. —La miraba fijamente, Beth bajó los ojos al suelo y suspiró preocupada —. Aprovecha para estudiar el sector de que se trate. ¿Sucede algo, pequeña?

Peor que acabar con un diminutivo fue que lo acompañara de un besito en la frente. Odiaba que la tratara como a una niña, si midiera veinte centímetros más dudaba de que lo hiciera. Era curioso, toda la vida asiendo con fuerza las riendas de sus pensamientos y, hete aquí, que con ese hombre apenas podía permanecer callada.

—¿Sabes? Estoy un pelín saturada de besitos en la frente —finalmente, lo había dicho.

Jack enarcó una ceja y no disimuló su satisfacción.

—Siento que la señorita esté saciada de besitos castos e ingenuos, pero lo puedo remediar, con mucho gusto, créeme.

Su cara mostraba una diversión que ya quisieran algunos payasos del circo. Estaba actuando para ella, no se atrevería a nada más.

Sin embargo, lo vio avanzar hacia la puerta y cerrarla sin muchos miramientos. Esa pared iba a tener un mal fin.

—Un momento, no era eso...

No la dejó terminar. La cogió entre sus brazos y la elevó hasta tenerla a su altura, después la besó despacito, saboreando sus labios. Le iba a dar una pequeña y deliciosa lección... por el amor de Dios, ¿es que esa cría no sabía que los sujetadores se habían inventado para evitar que los pechos se balancearan?

Lo vio todo negro. Comenzó a morder su lengua y a chupar su cuello mientras sentía el movimiento de sus senos contra su pecho y dejó de ser un juego. El gemido de la muchacha no se hizo esperar. Jack aprovechó para introducirse en su boca con menos delicadeza y dejarse llevar como un loco.

Beth sintió que no pisaba terreno seguro. El deseo de Jack la confundía.

Sintió su mano sobre su trasero y dio un respingo. Le amasaba los glúteos con fuerza; la licra le estaba dificultando el tacto al que el hombre aspiraba. Volvió a sorprenderla, en un santiamén los tenía por mitad de las piernas y sus manos la acariciaban con más sutileza.

Se miraron a los ojos y Beth comprobó una vez más que los de Jack se habían oscurecido a pesar de que brillaban con fuerza. Ese hombre no le daba tregua. Le bajó la cremallera del vestido y un segundo después lo tenía enredado en los pies.

—¿Tienes algo en contra de los sujetadores?

Vaya, con las prisas esa mañana no se había puesto una camiseta interior. Su voz ronca y extremadamente sexual la sacudió. ¿Le iba a hacer el amor en su despacho?

Debía ser hereditario eso de acabar de la misma manera con los hombres que se cruzan en tu vida. Estaba siendo una fiel hija de su madre.

Sentía la mano de Jack acariciándole las nalgas y su boca en sus pechos. Debía estar perdiendo la razón porque no encontraba motivo alguno para detenerlo. Iba a suceder allí mismo y no le importaba.

Un sonido remoto y extraño empezó a zumbar en algún lugar de esa habitación. Beth trató de sobreponerse a la excitación que la embargaba. ¿Qué estaba haciendo? Hasta ahora jamás se había comportado como Lily, ni siquiera tomaba la píldora. Ese podía haber sido el comienzo de su madre. Después, embarazo y luego, puerta. Su querido Jack no dejaba de ser un hombre y todavía no le había dicho ni una palabra de sus sentimientos. Claro que ella tampoco.

El timbre del teléfono volvió a sonar con insistencia. Beth agradeció la interrupción. Llevaba sonando mucho tiempo, deberían cogerlo.

Jack suspiró malhumorado. Alarmada, se dio cuenta de que también tenía los pantalones en el suelo. Le gustó ver sus piernas y el bóxer blanco. Ese hombre se cuidaba. Tenía las piernas fibrosas y musculadas, al igual que el resto del cuerpo.

—Jack Noyce —gritó irritado.

Beth aprovechó para vestirse. Sentía la mirada del hombre y trataba de hacerlo con frialdad e indiferencia. Dejó a un lado los temblores que la sacudían y se acercó para que le subiera la cremallera. Se recogió el pelo y esperó con el corazón latiéndole con fuerza.

Elisabeth no se lo podía creer. Mientras le subía la cremallera le iba acariciando la piel que dejaba atrás. Se volvió para mirarlo y lo encontró completamente fascinado con lo que hacía. Terminó con un beso largo y sofocante en la nuca que volvió a incendiarla por dentro.

—Diez minutos, Sarah. He tenido que atender una llamada.

Elisabeth hubiera besado a esa chica. Acababa de salvarla de sí misma.

Se dirigió a la puerta como si la persiguieran. Sin embargo, no pudo eludir la mano de Jack que la detuvo con delicadeza.

—Ya no vivo en el hotel —explicó en su pelo. —Te invito a cenar esta noche. En esta ocasión, cocino yo.

Beth no se volvió, salió a toda prisa de aquel lugar y se dirigió a los servicios. Necesitaba eliminar el olor a sexo de su cuerpo.

Se limpió con toallitas de bebé y se cambió de ropa interior. Los agujeros de los pantis eran demasiado obvios y acudió a los de emergencia. Retocó su maquillaje y se arregló el cabello con cera líquida que Mada había insistido en que debía llevar siempre consigo.

Finalmente, y contra todos sus principios, se miró en el espejo. Parpadeó asombrada, esa no podía ser ella. La imagen del cristal era la de una chica bastante bonita. Una lágrima estropeó la perfección de sus mejillas, empezaba a parecerse a su madre más de lo que hubiera querido, maldita sea.

Después de titubear detrás de la puerta no le quedó más remedio que entrar. Cuatro años suspirando por presenciar una de esas reuniones y tenía que empezar de aquella manera.

Jack no había llegado, lo que le agradeció de todo corazón. Eso le permitió avanzar hasta la pequeña mesa que habían situado cerca de la pared

central. O lo que era lo mismo, cerca de su jefe. Los ojos de Sarah la seguían con insistencia y trató de ignorarla. Reconocer a Mónica entre varios ejecutivos le elevó la moral.

—¿Un café bien cargado? —le preguntó la camarera guiñándole un ojo.

El suspiro que se le escapó sorprendió a su amiga.

—¿Pasa algo? —cuchicheó en su oído—. El personal está bastante mosqueado por la tardanza del jefe.

Aprovechó para beber un buen trago de café y quemarse mientras lo hacía. Se topó con la mirada de Sam Mathews y le devolvió el gesto con la cabeza. Muy simpático el ejecutivo, reírse a carcajadas porque se hubiera achicharrado viva.

—No, que yo sepa—contestó más calmada.

La puerta se abrió y la sala quedó en silencio. Al igual que Sarah, ella también reparó en el pelo mojado de Jack. Al instante, los murmullos volvieron a producirse y Beth soltó el aire que había estado reteniendo, todo parecía normal.

La desafortunada secretaria de turno hizo su aparición y su amiga se despidió con un guiño. Ver a Mónica contoneándose delante de Jack la hizo sonreír. Esa chica no tenía arreglo, aún creyendo que no tenía posibilidades las explotaba por si acaso.

—Esa es tu mesa —le dijo Jack con naturalidad—. Al final de la sesión puedes preguntarme lo que no hayas entendido.

Tomó asiento consciente de que todas las personas de la sala la observaban. Bajó la cabeza y colocó sus cosas. Nadie podía hacerle daño porque nadie le importaba, se repitió mientras trataba de calmarse. Miró hacia la puerta y deseó tener valor para salir de allí. Podía simular una llamada y largarse sin hacer ruido. Desgraciadamente, hasta levantarse era impensable. Aquella posición central era una faena.

Debió ser evidente su estado de ánimo porque Jack dejó de revisar documentos para mirarla fijamente. La cara del hombre mostraba cierta

preocupación, le hizo un gesto y ella se encontró asintiendo emocionada. Se encontraba bien, o eso esperaba.

—Debéis perdonar mi tardanza pero algo urgente me ha entretenido — aclaró Jack sin dedicarle ni una miradita —. Os presento a mi nueva asistente, ella es Elisabeth Benedict. Creo hablar en nombre de todos si te deseo la bienvenida a la empresa.

Beth agradeció los gestos, aunque hubiera matado a Jack a pisotones. Después de unos segundos de saludos y de algún que otro chiflido —del rubio platino- continuaron con la reunión.

Jack tomó la palabra y ella dejó de sentir vergüenza. Ese hombre era fantástico.

—El informe que os hemos proporcionado es claro, el recorte de incentivos y, sobre todo, la inseguridad normativa, han afectado negativamente a la energía eólica y solar. Actualmente, nos encontramos con una drástica paralización de nuevas inversiones. Y es ahí donde quiero llegar. Necesitamos un plan de acción que revitalice el sector de nuevo. ¿Sam, algo que decir al respecto?

Sereno, frío y supervisando el desarrollo de la sesión, Beth estaba alucinada, nadie podía imaginar lo que había estado haciendo ese hombre un cuarto de hora antes. Él sí que era un *profesional*.

—Como siempre, buen resumen, jefe —repuso el abogado con desparpajo—. Disponemos de una normativa que lo mismo incentiva con ayudas económicas que las congela. Y no parece que vaya a cambiar. La crisis ha agudizado el problema, por lo que no creo que debamos contar con tales extras.

Beth estaba entusiasmada. Ojeó el informe y deseó haberlo repasado en lugar de hacerlo con la secretaria. Escuchó con atención las ideas del letrado y comprendió que el de los rayos uva no tenía ni un pelo de tonto. Cuando terminó de hablar, Jack inició un debate que la dejó con la boca abierta. No tenía ni idea de lo que discutían, ese hombre tenía razón, debía prepararse concienzudamente si deseaba conseguir sus objetivos. Comprender que en lugar de lagunas tenía océanos que cubrir no la ayudó demasiado. Lo único

bueno de todo ello es que ahora se enfrentaría al librito con más ganas.

Jack daba vueltas a su lado y en ese momento agarró el respaldo de su silla. Le sonrió y pasó la mano por su cabello, como lo hubiera hecho con una niña pequeña. Su actitud apenas si arrancó algún murmullo del público, pero a ella la dejó completamente trastornada. ¿Era necesario y delante de toda esa gente?

Había dejado de ver al ejecutivo, ahora tenía delante a un hombre que la miraba con ternura y que estaba tan embebido en sus pensamientos que no era muy consciente de dónde se encontraba.

—¿Levantamos la sesión? —La pregunta de Sam hizo que Jack se diera la vuelta en redondo.

—Sí, mañana a la misma hora, aunque intentaré llegar antes. —Su sonrisa fue acogida con muestras exageradas de simpatía por parte de los presentes.

El personal comenzó a salir de forma ordenada y Beth se dio permiso para respirar. Había estado contraída desde que pisó la sala, como si le fueran a preguntar en cualquier momento.

Su primera reunión, se dijo mientras cerraba la libreta de notas y guardaba el bolígrafo en el bolso. Observó a su jefe hablar con Sam, y no supo qué hacer. Esperar o no esperar, he ahí el dilema. Optó por permanecer de pie, lo demás vendría solo. Mala idea, tuvo que apartarse para dejar espacio a una mujer despampanante que se imponía a codazos. Esta vez, la opción estuvo clara; esperar, pero sentada.

—Jack, un pajarito nos ha contado que tienes nuevo nido —parloteó la rubia oxigenada con un tonillo que le recordó a Beth viejos tiempos—. Estoy deseando que me invites...

Aquella mujer no era inglesa, su acento competía con el de Jack. La contempló con curiosidad. Voluptuosa y atractiva, cerca de los cuarenta y muy segura de sí misma. Las tetas no se le movían —ni siquiera cuando se las incrustó a su jefe en el brazo— por lo que intuyó que eran de silicona. Los labios también reflejaban un engorde antinatural, aunque, para ser sincera consigo misma, se veía más que bien. Enfundada en un vestido ceñido, moño

bajo y tacones de aguja, era un once del uno al diez.

La sonrisa que Jack había mantenido todo el tiempo, se congeló al sentir los senos de la mujer rozarse contra él. Beth se dio cuenta del detalle precisamente porque le cambió el gesto en ese momento. Lo vio apartarse sin disimular que lo hacía por dos poderosos motivos y se enfrentó a ella sin mucha sutileza.

—Aún no está acabado —contestó caminando hacia la puerta—. Hasta mañana.

Sarah se colocó a su lado y ambos salieron de la habitación dejándola atrás. Había cosas que no cambiaban, pensó Beth sin afectarle lo más mínimo.

Sin embargo, a la sirena sí pareció importarle.

—¿Están juntos?

Elisabeth se detuvo y la miró desconcertada.

—¿Me pregunta a mí?

—Bueno, si no he oído mal, tú eres su asistente —El rostro de la mujer adquirió una expresión encantadora, sin duda sabía lo que se hacía. Lástima que su madre hubiera inventado ese juego—. Soy Alexa Gilliat, lo mío es la termoeléctrica. Bienvenida y encantada de conocerte.

La sonrisa de la ejecutiva podía servir para anunciar clínicas dentales, era preciosa y muy estudiada. Beth decidió hacerse la tonta, había nacido para ganar a ese juego.

—Mucho gusto, Alexa. Puede llamarme Beth —utilizó su misma alegría artificial—. Gracias por su amabilidad, es una suerte estar aquí.

—¿Querida, sabes si están juntos? —le repitió con dulzura, como si la creyera estúpida.

—¿Se refiere al señor Noyce y a la señorita Parker? —decidió ayudarla un poco.

—Claro que me refiero a ellos. ¿A quién si no? —El gesto impaciente de

la mujer casi la hizo reír.

—Bueno, no sé qué decir. No me ha dado la impresión de que tengan algo especial. ¿Debería prestar más atención? —preguntó como si no quisiera decepcionarla.

—No estaría mal que lo hicieras —su rostro satisfecho le reveló más que sus palabras—. Jack es muy rico, no me extrañaría que Sarah intentara aprovecharse.

Volvía a comprobar que eso de ser enana tenía sus ventajas. Hasta las brujas le confiaban sus temores.

—Estaré pendiente, sólo por si acaso —sonrió como una niña buena.

Alexa se despidió con un besito al aire que simulaba su mejilla. Se quedó pasmada, creía que algo así sólo se veía en las películas.

Esa mañana transcurrió con una lentitud digna de una novela de Stephen King. Se centró en la energía eólica y avanzó poco —nada, para ser más precisos—. Era preocupante, como su Pigmalión pretendiera ponerla a prueba iba a resultar desastroso. Decidió dejar de darle vueltas a lo mismo — básicamente, Jack Noyce- y salir a desayunar. Hablar con Mónica la ayudaba a olvidarse de todo.

—Bajo a la cafetería —informó a Sarah—. ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

La secretaria la analizó fríamente y le dedicó una sonrisa genuina. Beth parpadeó intranquila.

—Te acompaño —le respondió sin cambiar de expresión.

Vaya, ella sólo pretendía ser políticamente correcta...

Entraron en el ascensor envueltas en los vapores sofisticados que irradiaba la secretaria. Menos mal que viajaban solas, como aquello se fuera al diablo el perfume las dejaría sin oxígeno, eso seguro. Después, se dio cuenta —frustrada y molesta- de que no eran horas más que de estar trabajando,

por eso no iban acompañadas. Ella vivía una extraña relación contractual, es decir, no sabía a lo que se dedicaba, pero esa mujer sí tenía un trabajo que realizar.

La pregunta era obvia: ¿qué quería Sarah de ella?

—¿De qué hablabas con Alexa? Esa mujer se cree la dueña de la empresa —por su tono, cualquiera pensaría que la propietaria fuera ella.

Beth la observó con atención. Su gesto se había tensado y esperaba ansiosa la respuesta. Esa chica era tan predecible como un libro abierto.

—Ha tratado de ser amable conmigo. —Esperar que captara la indirecta era imposible así que no se esforzó demasiado —. Soy nueva aquí y todo eso —. Movi6 la mano con hastío, se lo pondría fácil. Ya no estaba para más juegos.

La secretaria se decidió pronto. Lo de subestimarla por su estatura era ya un hecho empírico.

—Intenta cazar a Jack desde hace mucho tiempo —manifestó Sarah con una preocupación que la sorprendió —. Pero no juega limpio, ya le hizo una faena a uno de sus compañeros con el resultado de divorcio y despido. Si te habla de Jack debes decírmelo inmediatamente.

Entraron en la cafetería. Saludó a los chicos con la mano y se dejó caer en una silla con desánimo, no estaba para aguantar a aquella mujer. Además, ya había movido ficha...si la dejara sola sería fantástico. Tenía que pensar en la invitación de Jack y lo que significaba. No saber qué hacer la estaba volviendo loca.

Roger se acercó sonriendo y le guiñó un ojo con picardía.

—Buenos días, señorita Benedict. ¿Lo mismo de siempre?

De estar sola habría saludado a ese chico de otra manera.

—Buenos días, señor Wilson —contestó risueña—. Un café bien cargado, por favor.

Miró a Sarah y la encontró nerviosa. ¿Todavía le quedaba algo por

añadir?

—Un refresco de cola, gracias.

El muchacho se alejó silbando y Beth no pudo evitar el suspiro. Echaba de menos ese trabajo y a sus amigos, para qué negarlo.

—¿Sabes? Me sorprendía tu contrato. —Con esas palabras captó toda su atención—. Pero hoy lo he comprendido todo. Cuando ha pasado la mano por tu pelo...así acariciaba a su hermana, tú se la recuerdas. He visto fotos de ellos y en todas mantiene ese gesto. Así, que no te hagas ilusiones.

Elisabeth la contempló aturdida. Demasiada información.

—¿Qué le sucede a su hermana? —preguntó con miedo.

La cara de Sarah iba a estallar de satisfacción.

—Falleció hace dos años, por lo que sé estaban muy unidos. La chica sufrió un accidente de tráfico. A mí me lo contó la secretaria de Mathews, como puedes imaginar no es un tema que se trate abiertamente. —Lo estaba comprobando—. La muchacha también tenía el pelo rizado y como tú, no era muy alta, ambas de la misma edad y desvalidas... Eso explica tu contrato, era demasiado absurdo para que se tratara de otra cosa. Dile a tu amigo que ya no me apetece el refresco, acabo de recordar que tengo que redactar un informe.

Se levantó dejándola temblando y con un montón de preguntas en el aire. Si alguna vez había dicho que Sam Mathews era misógino, debía retractarse. Allí había brujas auténticas, de las que guardaban la escoba en el armario. Contempló la espalda de la mujer y comprendió que estaba rodeada de peor gente que cuando vivía con su madre en el prostíbulo. Al menos, las prostitutas que había conocido tenían principios, equivocados, pero principios al fin y al cabo.

A las dos de la tarde, su jefe salió del despacho. Les deseó un buen día y no tuvo valor para seguirlo y acabar con su incertidumbre de una vez por todas.

Observó a Sarah de reojo, aquella arpía no daba punto sin hilo. Lo que había dicho de su contrato debía significar algo. Por otra parte, si estaba

previsto que el Consejero Delegado tuviera dos asistentes, no encontraba el problema que tenía la secretaria...

Y, luego estaba el tema de la hermana. Pensar en ello la entristecía profundamente. Admiraba el coraje de ese hombre para seguir adelante después de haber perdido a toda su familia. No le extrañaba que llorara con aquel dolor.

Un sentimiento nuevo y desconocido brotó de su interior, no quería que ese hombre sufriera. El descubrimiento la asustó.

Nadie podía hacerle daño porque nadie le importaba, se dijo al borde de las lágrimas.

5

—Sé quién puede ayudarnos —le dijo Mada después de escucharla con atención—. Don Tomás Armenteros de la Torre, especialista en Derecho Civil y Mercantil. Si salimos ahora lo pillaremos en casa. Mis padres quieren conocerte desde que me mudé, así matamos dos pájaros de un tiro.

Elisabeth la miró con desconfianza. Aparecer sin previo aviso y con un problema no era la mejor forma de darse a conocer.

Una hora después estaba sentada en una cocina de película con una familia de verdad. La casa era un chalet, grande y robusto, rodeado de un jardín infinito con piscina en forma de riñón.

Con unos padres encantadores y una casa espectacular, no le extrañaba que su amiga se hubiera pensado lo de la emancipación. A ella no la habrían sacado de allí ni con una amenaza de bomba.

Tomaban unos exquisitos cafés granizados cuando el señor Armenteros reapareció con unos folios en la mano. El hombre rondaría los sesenta, de pelo cano, alto y delgado. Su cara reflejaba buen carácter. A Beth le gustó nada más verlo, ya sabía de dónde había sacado Mada su sonrisa eterna.

—No hay ninguna duda—manifestó el abogado como si tratara de convencerse a sí mismo—. He solicitado a la Seguridad Social un Informe de tu Vida Laboral en España. Trabajas para *The Noyce Aerospace Company*, conocida mundialmente como la NAC. Es una empresa aeronáutica y de defensa. La segunda mayor fabricante de aviones comerciales y de equipos aeroespaciales del mundo. Su sede central se encuentra en Boston. Las principales fábricas están en Seattle y Chicago. Además de aviones para el comercio y el ejército, diseña y fabrica helicópteros, satélites y todo tipo de sistemas avanzados de comunicación e información. La NAC es uno de los mayores proveedores de la NASA. —Sonrió encantado—. Perdonad que me exalte, pero es increíble que trabajes para una empresa de esa envergadura. Su capital social triplica el PIB de España. Lo extraño es que sólo figuren dos

copropietarios, Jack Noyce y Samuel Mathews.

Beth tomó aire y comenzó a hiperventilar.

—¿Y qué tiene que ver la *W&W* con esa empresa? —indagó su hija en vista de que ella había perdido el don de la palabra.

—Según Internet, la NAC adquirió hace menos de un año a la inglesa. Al parecer, llevaban un tiempo tratando de penetrar en el mercado de las energías renovables. La Compañía del tal Noyce ha diseñado nuevos sistemas energéticos que parecen ser más eficientes y más baratos.

Elisabeth no acababa de salir del trance.

—Entonces, ¿podíamos decir que trabajo para Noyce? —Contuvo la respiración.

—Imagino que te refieres a Noyce, persona física —aclaró el señor Armenteros—. No exactamente. Tu contrato establece un vínculo contractual con la NAC, que es algo distinto al señor Noyce como individuo independiente. —Leyó en su cara que no acababa de entenderlo. —Te pondré un ejemplo, según este informe, hasta hace unas semanas, concretamente hasta el alta de tu accidente laboral, trabajabas para una pequeña empresa a nombre de Philip Brown. Pues, ahora trabajas para una de las mayores Compañías del planeta a nombre de Noyce y Mathews. Te paga la entidad, no los individuos.

Beth miró a Mada y después bebió un sorbo de café congelado. Su cabeza sufrió las consecuencias y durante unos segundos se quedó en blanco. Le vino bien, de todas formas, no estaba funcionando con demasiada lucidez.

—¿Y el sueldo? —preguntó alarmada de repente.

Tomás Armenteros la contempló sonriendo mientras cogía un trozo de pastel que su esposa acababa de dejar sobre la mesa.

—Para una empresa de esa magnitud, dos mil euros no alcanzan ni la consideración de calderilla.

Mada secundó a su padre y mordisqueó un trocito diminuto de bizcocho. Se notaba claramente que lo había cogido porque estaba pensando en otra

cosa. Beth se fijó en que la cara de su madre adquiría cierta relajación, parecía preocupada por su hija. O mejor dicho, por lo que comía su hija.

Sintió envidia. Su madre nunca la había mirado de aquella manera. Jamás había sentido una inquietud parecida por su persona. Siempre había sucedido al revés, era ella la que espiaba a Lily para saber contra qué tendría que lidiar ese día. Vio a la señora Cifuentes, solícita y sonriente, limpiar la mejilla de su hija y a esta propinarle un sonoro beso en mitad de la frente. La cara de felicidad de la mujer le removi6 algo por dentro. Así debía haber sido su relación con Leonora.

La madre de su amiga no era atractiva como la suya, y sin embargo, daba gusto mirarla. Morena, bajita y con algunos kilos de más, Alicia Cifuentes Serrano era la clara imagen de una mujer satisfecha de sí misma y de su familia.

Beth se sintió insignificante entre aquellas personas.

—Gracias, me ha quedado clara mi situación actual —Había entendido el contrato, eso era cierto. En todo lo demás, estaba completamente perdida.

Se oyó el soniquete de haber recibido un mensaje y, después de disculparse, salió a la terraza. Tener a su progenitora en prisión la mantenía en una alerta continua.

Jack Noyce: *Urbanización Sierra Nevada. Calle Sócrates, edificio dos, escalera A. Planta 7, 1-3. Te espero a las ocho. No te hagas de rogar, no es necesario. También puedes llegar ahora mismo si es lo que deseas...*

Madre mía, no se había olvidado. Ese tío, que era dueño de medio mundo, le acababa de mandar un mensaje, a *ella*. Sintió un profundo deseo de desaparecer y no hacerse visible hasta estar cerca de Manchester.

¿Y ahora qué?

Sentadas en una cafetería en plena Gran Vía de Colón, permanecían calladas mirando a través de los cristales el trasiego de personas que iban y venían por la acera.

—¿Qué vas a hacer? —la voz de Mada la hizo volverse hacia ella. Sonaba preocupada.

Beth repasó el borde de la taza con cuidado. Sus dedos temblaban ligeramente y ese sencillo gesto la ayudó a tranquilizarse.

—Desde que me soltó lo de la cena estoy que no vivo. —Suspiró cansada—. Imagínate ahora, que sé que es un magnate del aire... Todo esto es tan alucinante que no acabo de creérmelo. Deberías ayudarme, aquí la Sherlock eres tú.

Su amiga no sonrió. Su gesto pensativo la delataba.

—Está claro lo que espera que toméis de postre esta noche —arguyó segura. — De las tres posibilidades, el tío está en la segunda. Te quiere como amante mientras esté en España.

Beth la miró alucinada.

—Ni tú te crees eso —se le escapó—. Ese hombre no es de este mundo. Lo has visto, sabes que no estoy exagerando. Deberías conocer a las criaturas que suspiran por sus huesos. Todo esto es absurdo, debe de haber algo que se nos escapa. Algo relacionado con la hermana, quizá sea verdad que se la recuerde.

—Claro, y por eso quiere meterte la lengua hasta la tráquea, tú ya me entiendes...

Beth abrió los ojos y sonrió. La imagen mental la superó.

—Vale, ha perdido la cabeza por mí y está deseando hacerme suya. —expresó con sarcasmo—. Lo normal en un multimillonario joven y atractivo como él, tirarse a una enana de orígenes plebeyos como yo.

Mada la miró con picardía. Haber estado en las piernas de aquel tío no era precisamente un motivo para compadecerla. Enana o no, fue ella y no otra, la que estuvo sentada en su regazo.

—Míralo por el lado positivo, cuando tengas ochenta años podrás decirle a tus nietos que saliste con un ricachón americano constructor de aeronaves

espaciales. —Rió con ganas—. Creo que hasta yo lo contaré, aunque en mi caso sea mentira.

Abandonaron el local conscientes de que no había decidido nada.

A las siete en punto recibió un nuevo mensaje. Esta vez no pensó en su madre.

Jack Noyce: *Filetes a la brasa, cóctel de mariscos, lenguados con salsa meunière... Ni se te ocurra dejarme plantado con toda esta comida. Te espero.*

Pasó el móvil a su amiga que la miraba expectante y la sintió suspirar.

—Qué bueno es el cabrón —masculló entre dientes.

—Sí, demasiado para ser cierto —contestó ella con un hilillo de voz.

Se miraron mutuamente.

—Dúchate otra vez y depílate —chilló Mada—. Voy a por el secador. Vamos a dejar a ese tío con ganas de más.

A las ocho y cinco un taxi la llevó a la dirección que le había indicado. Se trataba de una urbanización de lujo en el centro de la ciudad. Por si le quedaban dudas del poder adquisitivo de su jefe, aquel sitio las despejó de golpe. Se quedó mirando al portero que le abrió la puerta sin que hubiera llamado y balbuceó su propio nombre con miedo. El caballero se dirigió a recepción y llamó por teléfono a Jack. Estaba tan nerviosa que no oyó lo que le decía.

Aquello era un error. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Espere unos minutos, por favor. —El histrionismo del conserje encajaba perfectamente con el entorno—. El señor Noyce no tardará en bajar.

La condujo hasta un sofá minimalista que estaba situado detrás de una columna. No le hizo falta mucho más, después de observar todo lo que la

rodeaba comprendió que aquel no era su sitio. El mármol brillante y pulido de los suelos, los tres niveles de la mesa que tenía delante, la lámpara sofisticada y moderna que ofrecía una cálida iluminación, la piel de su asiento, e incluso el centro de mesa, la sobresaltaron.

Se levantó temblando y se dirigió hacia la salida. Nadie podía hacerle daño porque nadie le importaba. Se aferró a su tabla de salvación y se irguió sobre sí misma cuando divisó el uniforme del portero.

—Ya estoy aquí, no he podido correr más —dijo una voz conocida detrás de ella—. Hola, Elisabeth. Te agradezco que hayas venido.

Beth continuó de espaldas. A través de los cristales tintados veía la calle y alcanzó el pomo sin pensarlo. Aquello era una locura. No tenía madera para ninguna de las tres posibilidades: amante ocasional, duradera y para siempre.

Vale, no se iba a engañar, la última ni siquiera era una posibilidad.

Tenía que salir de allí, y es lo que se disponía a hacer cuando la detuvo el abrazo de Jack. Acababa de estrecharla con todas sus fuerzas, cualquiera que los viera pensaría en una reconciliación de enamorados. Su oreja se topó con el ritmo acelerado del corazón del magnate y se quedó pasmada. Ese hombre estaba a punto de sufrir un infarto. No creía que hubiera corrido tanto. Lo oyó suspirar en su pelo y cerró los ojos, se sentía indefensa ante esa demostración de...afecto. ¡Dios mío! Aquel hombre podía hacerle daño porque aquel hombre le importaba y mucho.

—Llevo esperándote todo el día —susurró sólo para ella—. Quédate, por favor.

Sentía sus brazos aplastarle el pecho y su aliento caliente en la sien. La abrazaba pegado a su espalda sin importar nada más. Realmente, quería que se quedara. El despliegue de sentimientos la sobresaltó. A Jack no le afectaba ni la presencia del portero. Ella, sin embargo, no dejaba de observar el reflejo del hombre en el cristal. Imaginaba que se habría recluido en el cuarto de recepción porque había desaparecido de la vista.

—Vale, vale—exclamó bajito, dándose por vencida.

Jack aflojó el agarre y le permitió darse la vuelta. Cuando estuvieron

frente a frente la besó como un loco. Beth pensó que su aliento la quemaría. Le devolvió la caricia con la misma intensidad y trató de asimilar lo que estaba a punto de suceder. No se iba a mentir, estaba donde quería estar.

El ansia del hombre era tan grande que empezaba a dificultarle la respiración. Cuando pensó que se iba a desmayar, la agarró de la mano y tiró de ella.

—Este edificio es una locura de pasillos, fuentes y patios —explicó mirándola con la cara sofocada y los ojos muy brillantes—. He bajado para acompañarte. No quería que te perdieras. ¿Te quedas? —le preguntó de pronto con aire afligido.

Se sintió fascinada ante su expresión agónica. Lo vio aguantar la respiración, quería que se quedara de verdad. No tuvo ninguna duda, el futuro diría la última palabra, pero en ese momento la tenía ella y era un sí rotundo.

—Sí, Jack, me quedo —susurró completamente subyugada por su mirada incendiaria.

La alegría del hombre se hizo tan evidente que le pasó la mano por la cara en un gesto bastante peculiar y después la atrajo hacia su pecho. Beth agradeció que no la cogiera en brazos. Se habría cargado la magia del momento.

Prácticamente corriendo, la guió hasta el ascensor. En el rellano esperaban varias personas. Le pasó el brazo por los hombros y, a pesar de la diferencia de estatura, Beth no se dio por aludida. Ese hombre hacía que se sintiera atractiva, por dentro y por fuera.

Entraron en el cubículo y se situaron cerca de la puerta. La mano de Jack no dejaba de acariciar su nuca. De repente, el sonido de un teléfono los situó en otro ascensor distinto. Beth lo miró risueña.

—No coló, ¿verdad?

Jack soltó una carcajada.

—Soy ingeniero y de los buenos —se burló—. No, no te creí en ningún momento. Pero me maravilló tu poca vergüenza.

El timbre de la puerta los interrumpió. Salieron aún con la sonrisa en los labios. Beth bajó la vista al suelo, como se temía, había sido ella la que destapó el contubernio. Dejó de sonreír de forma gradual, el tintineo de las llaves amenazaba con nublarle la vista. No podía echarse a llorar, se dijo preocupada. Mejor fingía cualquier cosa y se marchaba a toda prisa, todavía estaba a tiempo.

Jack debía ser adivino porque se detuvo, tomó su cara y la besó profunda y apasionadamente. Acabó con un pequeño bocado en el labio inferior que la estremeció entera y, curiosamente, le dio la confianza que le faltaba.

—No te lo he dicho, pero estás preciosa —jadeó el hombre en sus labios.

Podía decirlo. Estrenaba vestido negro, estrechito y de corte muy moderno que había pagado ella y que la hacía parecer más alta. Lo acompañó de su única cazadora de piel negra y de unas medias que se adaptaban a sus piernas como un guante, no tenía ligero. Para dar un toque de color al conjunto había optado por un foulard de diminutas rayas moradas y tacones, también morados, de vértigo.

Y, en ese momento, su hombre metió la pata. La elevó por los aires y la cogió en brazos como si fuera una niña pequeña...

De eso nada, si quería evitar el dolor de riñones, lo harían bien. Le permitió abrir la puerta, pero en cuanto cerró con el pie, se llevó el vestido —demasiado corto y ceñido— a la cintura y comenzó a retorcerse en sus brazos.

—Ayúdame —le dijo al oído.

Una sonrisa extremadamente sensual iluminó la cara de Jack. El chico no había entendido el problemilla que le ocasionaba su tierno abrazo, y creía que quería lanzarse a su yugular. Suspiró resignada, como le dijo Mónica, quizá su estatura no fuera tan importante, después de todo.

Sin embargo, no contaba con que un segundo más tarde su cazadora acabara en el suelo. Ni que la cremallera de su vestido fuera funcional y no de adorno (había perdido pelo mientras se lo ponía). Y, sobre todo, con que su tanga se convirtiera en algo que hiciera maldecir al hombre.

—¡Madre mía! —rugió Jack con la cabeza entre sus pechos—. No llevas

sujetador y a esto no se le pueden llamar bragas. No aguanto más. Por favor, ¿podemos practicar sexo loco y desenfrenado?

¿Sin sujetador? Miró su escote, que ahora le llegaba al pubis, y descubrió sus pechos desnudos sin ninguna protección.

¡Oh, vaya! Había olvidado ponerse una maravilla negra que había comprado siguiendo las directrices de Mada.

La tenía apoyada contra la pared y le acariciaba las nalgas con una mezcla de frenesí y veneración. Tiró de un pezón con los dientes y Beth se retorció de placer. Ella deseaba acariciarlo, le pasó las manos por el pecho y desabrochó su camisa con inseguridad. No estaba para hablar en ese momento, si era listo se daría cuenta.

Jack comprendió que se trataba de carta blanca y ya no pudo razonar con lucidez. Le quitó el vestido por la cabeza y contempló su cuerpo con avidez. La exclamación de placer que se le escapó quedaría grabada en la memoria de Beth mientras le quedara un soplo de vida. Parecía más animal que humana y consiguió lo imposible. Tuvo la certeza de que le gustaba a aquel hombre. Daba igual su estatura, ese chico exaltado y algo fuera de sí, temblaba por *ella*.

Lo sentía como un loco saboreando sus pechos. Mordía uno con fuerza mientras pellizcaba el otro. De repente, Beth notó la tensión y presintió que se estaba librando una batalla en el interior del hombre. Jack le cogió la cabeza con ambas manos y la miró fijamente.

—Necesito que me contestes. ¿Deseas practicar sexo conmigo? —jadeó con voz entrecortada. Se notaba el esfuerzo que estaba haciendo por mantener el control.

Beth admiró su sangre fría. Ella se estaba deshaciendo entre sus brazos y no era capaz de articular un pensamiento inteligente. Sintió su cara pegada a la suya y sus manos quietas sobre sus senos... esperando.

—Deseo practicar sexo contigo —repitió sin dudar. Cuando dejara de sentirse...así, pensaría en el significado de todo aquello.

A partir de ese momento, Jack dejó de controlarse. La llevó en volandas

al salón y, sin darle tiempo de prepararse mentalmente, la sentó en su regazo y la penetró con fuerza. Beth gritó de dolor, sólo lo había hecho una vez y el chico no estaba muy bien dotado.

El desgarró la sacó de la ensoñación. ¡Oh, mierda! dolía y quemaba a partes iguales.

Jack mascullo una maldición. Sin salirse de su interior la abrazó con ternura.

—Deberías haberme dicho que eras virgen—resopló enfadado—. No te habría asaltado de esta manera.

Beth tuvo claro que si la creyera inmaculada no habría entrado en ella, ni de esa, ni de ninguna otra manera. Al final, había servido de algo su estupidez juvenil.

Enseguida, comprendió que aquello no iba por buen camino. El pene de Jack perdía tono y ella se sentía responsable y, sobre todo, avergonzada de ser una chiquilla sin experiencia.

Respiró hondo intentando tranquilizarse. Si sabía de algo en la vida era de sexo, aunque sólo del que se aprende de oídas. Había soportado años enteros de conversaciones al respecto, y no de las sutiles y delicadas.

Como el dolor había cedido hasta convertirse en un ligero escozor, no tuvo ningún reparo en apretar la vagina contra su verga. Ciertamente, aquello funcionaba. Los ojos de Jack se entrecerraron y echó la cabeza hacia atrás. Beth sabía que la miraba pero no se dio por aludida, era la primera vez que hacía algo así y no podía perder concentración. Sin saber muy bien cómo, consiguió encontrar la cadencia sin perder el equilibrio. El cuerpo de ese hombre era demasiado grande para ella pero lo estaba logrando sin dificultades. Subía y bajaba con fuerza porque sospechaba que era así como le gustaba y al mismo tiempo apretaba su vagina. Sus senos se balanceaban al mismo ritmo y, tal y como le habían explicado, ayudó al movimiento frotándolos contra el torso masculino. Supo que había triunfado cuando los ojos de Jack se abrieron y comenzó a morderse un labio con ahogo. Deseaba torturarlo, se sentía poderosa y empezó a comprender a todas aquellas chicas que se jactaban de los incautos y pobres diablos que eran los hombres.

Sin embargo, su dominio acabó pronto. Jack se levantó con ella como apéndice y la tumbó en la alfombra que tenían a los pies. Salió de su interior y a Beth no le quedó más reacción que la de gemir indignada. No sabía si perdonarle la risita de engreído. Sintió sus dedos ascendiendo lentamente entre sus piernas y las abrió de par en par. Debió gustarle el detalle porque la premió con un beso ardiente e impetuoso. Después de dejarla temblando, prosiguió con el itinerario aunque esta vez con menos parsimonia. Encontrarla húmeda lo hizo rugir de placer.

Le introdujo dos dedos en la vagina y tocó sus paredes, como cerciorándose de que no quedara membrana que horadar. Mantuvo un tercero sobre el clítoris, las caricias la estaban trastornando seriamente. No sabía que se pudiera disfrutar de semejante gloria. Su cuerpo se convulsionó entre oleadas de corrientes asombrosas y se le escapó una sonrisa emotiva que escondía lágrimas de felicidad. Su respuesta le dijo a Jack todo lo que necesitaba saber.

La penetró con cuidado. Era extraño que encajaran tan bien. El cuerpo de la muchacha se amoldó al suyo al instante. Era tan pequeña y tan sensual... Buscó en su cara algún indicio de malestar pero sólo encontró a una mujer preciosa y dispuesta.

El suspiro exultante de la muchacha le indicó que podía proseguir. No esperó demasiado, su cuerpo ansiaba adentrarse en el de ella. No sabía de dónde procedía esa fiereza, pero allí estaba, queriendo dejar claro que era suya. Sus embestidas eran cada vez más fuertes, y los jadeos de Beth también. El éxtasis de su compañera lo ayudó a mantener el ritmo y a sentirse profundamente masculino. La vio retorcerse bajo su cuerpo y jadeó de placer, sentir la zozobra de la mujer lo llevó más allá de lo tolerable. Acarició su intimidad tratando de acoplar los ritmos y se produjo el milagro. Ambos estallaron al unísono formando una melodía sensual de gritos y gemidos involuntarios.

Qué extraordinario, pensó Beth abrumada por lo que acababa de suceder. Nunca hubiera imaginado que el sexo fuera aquella magia compartida.

Abrió los ojos y sonrió al hombre que la observaba sin pestañear.

—¿Siempre es así? —ronroneó satisfecha.

—Conmigo sí —respondió muy serio.

Seguro que era un farol. Las amigas de su madre le habrían hablado de los fuegos artificiales si fueran habituales.

—Coincidimos—replicó en el mismo tono grave y circunspecto del hombre.

Sabía que, algún día, ese orgullo tonto le crearía problemas. La expresión de Jack se había transformado. Sintió que se apartaba de su lado y lo miró preocupada.

Se estaba quitando el preservativo. La angustia se apoderó de ella. Llevaba una caja de seis en el bolso y no se había acordado en ningún momento de que debía practicar sexo seguro. Si Jack no lo hubiera previsto, algo parecido a un pececillo podría estar gestándose en su barriga. Quedaba claro que no estaba preparada ni para relaciones ni para bebés.

Quizá, debería marcharse antes de acabar convertida en una pecera.

Trataba de incorporarse con dignidad —difícil, estando completamente desnuda—cuando ese cavernícola la cogió en brazos y la llevó a un aseo con una bañera tan grande como una piscina. Entraron por unas escaleras y tomó asiento con ella en sus piernas. Estaba tan atontada que no se quejó.

El agua hacía burbujas y se mantenía más caliente de lo esperado. Lo vio coger un bote de gel y echar un hilillo en una manopla blanca y pulcra. Después, la deslizó entre sus piernas y la limpió con delicadeza. Beth trató de coger la tela pero no se lo permitió. Así que tuvo que soportar que le frotara sus partes íntimas. Demasiado humillante para su gusto.

—Cuéntame por qué eres virgen si antes ya habías estado con un hombre. Esas fueron tus palabras, si no recuerdo mal —murmuró Jack en voz baja.

Elisabeth sabía que estaba molesto. Tampoco era para tanto, no estaban en el XVIII y no tendría que casarse con ella.

Se levantó y, con burbujas y todo, se situó frente a él. Había dejado la

retaguardia al descubierto pero recordó la última vez que se echó un vistazo y no estaba mal. Ocupó la plataforma que hacía las veces de asiento y resopló indignada con la piel tintada de rojo.

—¿No te basta con saber que creía haber sido desflorada hace unos años?
—preguntó agobiada.

Lo vio torcer el gesto y echarse agua por el pecho. Estaba mejor depilado que ella. Madre mía, ¿cómo había acabado desnuda en la bañera de ese hombre?

—Hemos traspasado ciertos límites —la miraba tan intensamente que empezó a reunir jabón a su alrededor—. Nunca había mantenido sexo con alguien de tu edad y nunca había desvirgado a una mujer. Ya ves, eres la primera en ambos casos, así que me da igual esperar hasta mañana... Aunque, empiezo a impacientarme.

Beth le puso cara de cachorro abandonado y le sonrió con timidez. Con lo pequeña que era, eso nunca le fallaba.

—Creo que estás exagerando —susurró cabizbaja.

—Y yo, que no tienes vergüenza, lo que compruebo una vez más —gruñó para evitar que se le escapara una sonrisa.

Prefería conservar su currículum vitae en secreto, no podía ser más breve y eso sí le daba vergüenza.

—De acuerdo, pero creo en el mercado libre y en la contraprestación como mecanismo de pago entre las personas —declaró dejándose de rodeos—. Yo te cuento algo que sólo me concierne a *mí* —matizó con fuerza—, y tú haces lo mismo conmigo.

La mueca burlona de su cara consiguió irritarla.

—¿Qué deseas saber de mi vida, Elisabeth? —su tono cauteloso la sorprendió.

Beth guardó silencio. No quería meter la pata y necesitaba hacer bien la pregunta. Le hubiera gustado que le hablara de su hermana, pero sabía que eso

le afectaría y no deseaba hacerle daño. Además, no eran tan íntimos... Sólo sexo, se dijo para sí, recordando las doscientas veces que él había utilizado la palabra.

—El padre de Mada es abogado y me ha confirmado que estoy contratada por la NAC. ¿Qué narices hago yo trabajando para esa multinacional, Jack?

Definitivamente, la sutileza no era lo suyo.

Debía haberle hecho otra pregunta porque la inquietud de su rostro desapareció y en su lugar apareció una calma sospechosa.

—La *W&W* no tiene previsto un sueldo para el asistente personal del Consejero. La NAC sí —declaró sin titubear—. Se trata de una formalidad legal. Da igual quién te contrate, las funciones y el sueldo no varían. ¿Algo más?

Pues, vistas así las cosas...Acababa de dejarla sin argumentos. No le podía decir que se había quedado pasmada al saber que era multimillonario o que no lograba entender lo que hacía con ella. Ese tío no sólo era demasiado guapo y demasiado rico, también era demasiado listo para ella.

—A los dieciséis años oí a mi madre hablar con una conocida. Se lamentaba de que su hija no pudiera salir con el capitán del equipo de fútbol. A ella, las circunstancias de la vida no se lo habían permitido y le hubiera gustado. Sin embargo, *su preciosa hija jamás iba a estar a esa altura*. La frase provocaba las risitas de su amiga —explicó sin darle mayor importancia—. Lo repitió en tantas ocasiones, que decidí comprobarlo por mí misma. Seleccioné al individuo más famoso de todo el Instituto y durante dos semanas me dediqué a conquistarlo. En honor a la verdad, me llevó menos tiempo; ese futbolista sólo tenía una neurona y además inconexa. El día que cumplí los diecisiete consideré que era el momento y lo hicimos. Fue una experiencia lamentable y corta que no me dejó huella alguna por lo que he constatado hace un rato. Bueno, algo sí consiguió, no me volví a acercar a ningún otro chico. El chaval me hizo la vida imposible: cartas de amor, peluches, rosas rojas... Soy irresistible, ya me conoces.

Finalizó con un guiño. Jack la contempló en silencio. No dudó de sus palabras, aquella cría era capaz de conquistar a quien se propusiera.

—Ven aquí —le dijo con la voz ronca—. Deseo asegurarme de que he hecho bien mi trabajo.

Beth dio un respingo, los ojos de Jack despedían fuego, su postura e incluso su expresión habían cambiado, ese hombre quería sexo acuático. Y ella que sólo pensaba en largarse de allí...

No lograba decidirse. La tardanza hizo que Jack se acercara lentamente y la abrazara con mimo. Le sorprendió tanta dulzura. Sintió cada palmo de su cuerpo fibroso y musculado fundirse contra el suyo y dejó de pensar en huidas.

Elevó los ojos hasta su cara y comprendió lo que esperaba de su compañera. Vio cómo tomaba asiento de nuevo y se acariciaba el pene con total naturalidad. No se dio por aludida, no encajaba en su esquema de *sólo sexo*, al menos por el momento. Él tampoco se lo pidió —sabía que era un tío listo—. Mientras se agasajaba a sí mismo no apartaba los ojos de su cuerpo y comenzó a sentirse angustiada. No podía creer que su pequeño cuerpo le resultara excitante. Dejó de sentirse la Venus de Botticelli y se hundió en el agua.

Jack gimió decepcionado. Sin apartar la vista de ella, se reclinó hacia atrás y cogió un preservativo. Lo rasgó y se lo puso con lentitud. Comprendió que se sintiera orgulloso de su pene, ahora que lo observaba sin tapujos, se veía grande y rígido, quizá demasiado para alguien que no llegaba al metro y medio.

— Te espero —le recordó mientras seguía acariciándose.

Beth estaba abochornada. Era más fácil cuando estaban pegados el uno al otro. ¿Sería capaz de levantarse de nuevo?

—¿No será demasiado líquido para una zona tan pequeña? —preguntó en serio. Aquello no se lo había escuchado a nadie. Las amigas de su madre debían ser de secano.

Jack sonrió con ternura entendiendo la situación. Se puso en pie, la cogió de las axilas y la elevó por los aires. Cuando la tuvo alrededor de su cintura con los pechos sobre su torso y las bocas aspirando el mismo aire, la besó con reverencia. Apartó los cabellos de su cara y juntó su frente a la de ella en un

gesto encantador y muy íntimo.

—Eres preciosa y me gusta tu cuerpo —susurró con la voz entrecortada —. Mira cómo me pones. Deja de pensar y siénteme.

Elisabeth parpadeó sorprendida, algo parecido le dijo ella cuando la acompañó a su sitio especial. Lo contempló con otros ojos, aquello no parecía ser sólo sexo.

¡Madre mía! tenía un problema.

—Sí —siseó con dificultad.

A partir de ese momento todo se precipitó. Jack se sentó con ella en brazos y la penetró con fuerza. En esta ocasión, Beth no sintió más que una ligera punzada. Armada de una autoestima desconocida, comenzó a apoderarse de la voluntad del hombre. Descubrió que podía agarrarse a la estructura del baño y eso le dio la fuerza que le faltaba. Sus movimientos comenzaron a afectar a Jack que recibía los vaivenes de sus pechos con pequeñas exclamaciones de placer. Apretó su vagina y continuó la tanda de enviones sin darle tiempo ni a respirar. Deseaba prolongar esa sensación. Podía hacerse adicta a ella. Ese hombre suspiraba por su cuerpo, en ese momento era importante para alguien.

Sin embargo, como en la vez anterior, Jack no renunció a su cuota de poder. La abrazó con cuidado y, sin dejar de penetrarla, la tendió en el fondo de la bañera. Beth soltó un alarido completamente tonto porque ya no quedaba agua. En algún momento, ese hombre había quitado el tapón o lo que obstruyera aquella balsa de placer.

—Me toca —gruñó sobre uno de sus pechos.

Beth no podía creer que semejantes embates no le hicieran daño. Se sentía a la deriva, como si se hubiera perdido a sí misma. Ese hombre estaba en su interior de mil formas distintas. Lágrimas de miedo descendieron por sus mejillas, no sabía lo que significaba aquella emoción descarnada y arrolladora que la estaba consumiendo, pero no deseaba experimentarla.

Sintió los ojos dorados de Jack pendientes de sus reacciones y esperó que confundiera las lágrimas con el agua de su cabello. Las acometidas eran tan

violentas que no sería absurdo. Le devolvió la mirada y anheló unas palabras de cariño. No necesitaba que le declarara su amor eterno, pero sí algo...

Ambicionaba demasiado.

El hombre no abrió la boca más que para jadear su nombre y se dio por satisfecha, la fuerza de la costumbre.

Dejó de pensar para perderse de nuevo en el fuego de la carne. Jack la hizo adoptar una postura más abierta a la invasión de sus dedos y chilló de placer. La acariciaba como si fueran amantes de toda la vida, su naturalidad la confundía y la maravillaba a partes iguales. La trataba como si le perteneciera, claro que nunca había estado con otro hombre —salvando aquella imbecilidad— y no sabía si aquello era lo normal.

Oleadas crecientes de placer se acumularon en su vagina y gritó de puro éxtasis.

—Aún no —gimió Jack en oído—. Sé que puedes hacerlo, retrásalo nena.

Beth no quería batir ningún record, era su segunda vez y estaba más que preparada para dejarse ir, pero la inflexión que descubrió en la voz de Jack la alertó de que era importante para él. Aquello no iba a ser fácil, su vagina se estremecía anunciando la llegada del tsunami. Echó un vistazo a Jack, su gesto crispado le dejó claro que él sí deseaba batir ese record.

Pensó en su madre. ¿Empezó de la misma manera que ella? Ahora la entendía mejor que nunca. ¿Era la búsqueda de ese sentimiento extraño que no podía definir lo que le había hecho estar con tantos hombres?

—Ahora, pequeña —gimió Jack con la voz desgarrada.

Elisabeth respiró profundamente y lo miró. En el fondo de aquellas pupilas creyó vislumbrar... amor. Esa creencia la llevó a desintegrarse y a fundirse con él sin ninguna reserva. Jack la contempló aturdido, se derramó dentro de ella gritando palabras ininteligibles, aquello no podía estar pasándole.

Beth experimentó las sacudidas con tal intensidad que se agarró a los

brazos del hombre en un intento de anclarse a algo seguro. El desvarío duró unos minutos, pero fueron los más trascendentes de toda su vida.

Jamás se había sentido más unida a una persona como en aquel momento. Cuando la contención desapareció, ambos habían estallado en una comunión perfecta. No sabía que aquello fuera posible.

Transcurrió mucho tiempo sin que se atrevieran a romper el silencio.

—No siempre es así —murmuró Jack mientras la abrazaba.

Estaban tumbados sobre una alfombra de lujo en tonos verdes y crudos que cubría casi la totalidad del baño.

—Ya me lo imaginaba —sonrió encantada.

Alzó la cara y recibió un beso tierno en los labios. Ahí estaban las palabras que necesitaba.

Jack la contempló mientras se dormía. La belleza de la muchacha lo enterneció, al recordar lo que había sentido su pulso se aceleró y un sudor frío lo hizo temblar de pies a cabeza. Se apartó con cuidado de no despertarla y abandonó la habitación.

Abrió los ojos atontada.

Estaba tumbada en el suelo del baño completamente desnuda... y sola. Tocó la alfombra y sonrió, con algo así quien necesitaba un colchón. Miró a su alrededor y no encontró su ropa por ningún sitio. Hizo memoria y la visualizó en la entrada de la casa, Jack no le dio mucho tiempo después de cerrar la puerta.

Se puso en pie con dificultad y se descubrió frente a un espejo gigantesco. Descartó su imagen inmediatamente, no estaba para crisis en ese momento. De un mueble empotrado sacó una toalla negra y se cubrió con ella. Tenía que encontrar a ese hombre y averiguar si lo que había sentido entraba en la categoría de espejismo o era algo más.

Salir de aquella habitación fue fácil, elegir el camino adecuado para

seguir adelante, no tanto. Siguió un pasillo, abrió algunas puertas y dio marcha atrás. Seleccionó otro más sinuoso y la llevó directamente a un salón. La luz cálida y la música de fondo le dijeron que había acertado. Menos mal, estaba muerta de hambre.

El sonido de unas voces que se acercaban, le borró la sonrisa.

¿Pero es que ese hombre no sabía lo que era el decoro? ¡Visitas, con ella desnuda en su baño!

Vio a Sam de refilón y se tiró al suelo. Lo único que pudo hacer fue situarse detrás de un mueble bajo, lleno de huecos con adornos y libros, que establecía una separación dentro de la misma pieza. Las sombras de la habitación y la toalla negra la ayudaron a tranquilizarse.

Por suerte, los hombres se habían sentado lejos de ella. Oía el ruidito de los hielos al chocar contra las paredes de los vasos. Lo más sensato sería afrontar la situación con naturalidad. Miró sus pies descalzos y sintió un amago de desmayo. No saldría desnuda y sin tacones. Además, iba a parecer que los estaba espiando. Las risas de los hombres la ayudaron a decidirse, se encogió sobre sí misma y dejó de respirar.

Al cabo de unos minutos se enfadó con Jack. ¿Es que no sabía que la tenía dormida en su baño? Cualquiera en su sano juicio despediría a ese pesado, bronceado y bien vestido, y la buscaría con la misma intensidad que antes estuvo dentro de ella, claro que eso fue dos polvos atrás. Ahora, el magnate estaba saciado y parecía tener menos prisa por verla. Bufó como un toro y se tapó la boca con la mano. Al final, metería la pata, era capaz de salir y tirarle el vaso a la cabeza.

Los hombres dejaron de hablar. Hasta ese momento, Beth no había prestado atención a lo que decían, su americano era demasiado rápido para entenderlo con nitidez. Sin embargo, el carraspeo del abogado la sobresaltó. Parecía prepararse para decir algo importante.

—¿Dos años sin estar con una mujer y dices que no es importante? —Lo vio levantarse y dirigirse hacia su vestido que estaba hecho una pelota sobre un sillón. Se lo mostró y escuchó su risita burlona.

Jack se llevó las manos al pelo, no lograba distinguir sus facciones pero comprendió que no quería seguir hablando.

—No lo es, me cae bien. Eso es todo —Sam demostraba tener valor porque el tono de Jack no podía ser más cortante.

—No sé, hermano...Hacía tiempo que no te veía tan feliz —manifestó el abogado con seguridad—. ¿Lo vas a intentar, al menos?

Beth contuvo el aliento, no deseaba perderse las palabras de Jack ante eso.

—Eres un romántico empedernido. —Suspiró su jefe mientras bebía —. Pero esto es sexo, sólo sexo. Y, por cierto, lamento que sea con alguien como ella, camarera, renacuaja y para acabar de empeorar las cosas, de padre desconocido y con la madre en un Centro Penitenciario. No es la mejor candidata para intentarlo.

Beth sintió que el mundo se abría bajo sus pies.

—A papá le cae bien, y no puedes decir lo mismo de todas tus parejas— soltó Sam que se había convertido en su inesperado paladín—. A mí también me gusta. Por si lo has olvidado, tienes tanto dinero que puedes estar con quien quieras.

Oía el cuchicheo de los hombres como si se encontraran muy lejos. El corazón le latía acelerado y un temblor convulsivo se había adueñado de todo su cuerpo. Jack sabía lo de su madre y, además, lamentaba estar con alguien como ella, a quien consideraba poco menos que escoria.

Se apoyó en el mueble, cerró los ojos y respiró con fuerza. Nadie podía hacerle daño, se repitió una y otra vez. Sin embargo, no encontró la manera de contener sus lágrimas. Si seguía allí tirada los hipidos amenazaban con descubrirla, por lo que protegida por la toalla se mezcló con las sombras de la habitación y salió al pasillo gateando.

Las lágrimas le impedían ver la dirección que debía tomar. Reconoció el dibujo de un desnudo y siguió con más seguridad. Entró en el baño a punto de explotar. Nada había cambiado, alguien había vuelto a conseguir que se sintiera muy poca cosa. Aunque, esta vez había sido distinto, había confiado en

otra persona. Nunca se había dado de aquella manera y...jamás hubiera esperado esa definición de su persona.

Sin embargo, no era el momento de venirse abajo. Su orgullo le impedía demostrarle que con aquellas palabras la había arrasado por completo, por dentro y por fuera. Se dio lástima a sí misma, sólo tres frases... no había necesitado más.

Enterró en algún lugar recóndito de su cabeza lo que acababa de suceder y entró en la ducha con una sonrisa impostada. Se restregó con fuerza y mantuvo la expresión de dicha. Nadie podía hacerle daño porque nadie le importaba y, ese individuo, menos que nadie.

¡Madre mía! No sabía si tendría valor para afrontar aquello.

Era difícil permanecer más tiempo bajo el agua cuando lo único que deseaba era salir corriendo. Se envolvió en su fiel aliada y suspiró de alivio al encontrar sus cosas sobre un asiento almohadillado. Jack debió de entrar sin hacer ruido, gracias a Dios había contenido las lágrimas.

Buscó el móvil como una desquiciada y miró la hora, aún no era media noche. Después, mandó un mensaje a Mada. Tenía que salir de allí como fuera, no soportaría ver a Jack después de conocer lo que pensaba de ella.

En cuestión de minutos estaba vestida, iba a ser verdad que su ropa interior era un pelín escasa. Se contempló en el espejo antes de salir, quería ver su cara. No debía olvidar jamás la facilidad con la que una enana marginal podía hacer el ridículo.

Tomó aire a trompicones y sonrió. Estaba muerta por dentro pero era la única que lo sabía. Su imagen no reflejaba nada. Enfiló el pasillo y se dirigió hacia la zona iluminada. Cuando entró en el salón estaba completamente recuperada.

Allí no quedaba ni rastro del letrado, aunque las copas aún permanecían sobre la mesa de cristal.

Jack también se había duchado. Olía a su maravillosa colonia de mega rico. Había sustituido sus pantalones de traje por unos vaqueros y su camisa blanca por una camiseta inmaculada con una pequeña marca de lujo bordada

en el pecho. Si lo hubiera calado bien la primera vez que se topó con él, no habría llegado a esa situación.

Contempló la mesa —exquisita y ostentosa— y sólo se le ocurrió pensar que su amiga se había equivocado. Ella no había sido el postre sino el primer plato. No estaba mal para ser caspa social, casi se le escapó una risa sarcástica, tenía que controlarse; Jack la miraba sin pestañear.

—¿Cenamos? —Su voz la estremeció, ahí estaba de nuevo la intensidad abrumadora. Ese hombre sabía disimular sus emociones. Si no lo hubiera escuchado de sus propios labios, creería que disfrutaba de su compañía.

Beth no pudo evitar arrugar el ceño. Había pensado mentirle, pero ahora que lo observaba mejor prefirió ser más directa. A fin de cuentas, ella sólo era *sexo* y ni siquiera del bueno.

¡Dios mío, qué humillante era ese pensamiento!

—Jack, debo agradecerte el recibimiento... pero no deseo llevar esto más allá —sonrió con desparpajo—. Me ha gustado y todo eso, pero no estoy preparada para ningún tipo de relación. Así que, si estás de acuerdo, podemos dejarlo en la categoría de algo menos que una decisión desafortunada —improvisó, recordando cómo había descrito el sexo con Sarah—. Y ahora me largo a casa, mañana tengo trabajo y si no me equivoco tú también. No te preocupes por la cena, para serte sincera comí algo antes de salir.

La expresión del hombre cambió, Beth creyó detectar cierta decepción. Hubiera querido gritar hasta perder la voz, pero continuó sonriendo. Adoraba a sus neuronas espejo, esas que le permitían aquellas florituras.

—No puedo obligarte, pero deberías cenar y después decidir si te marchas o si prefieres pasar aquí la noche, el piso tiene diez dormitorios —manifestó sin un ápice de vergüenza.

Beth mantuvo la sonrisa. Vaya, no podía negar que al igual que con Sarah, iba a ser capaz de seguir aguantándola con total estoicismo. Diez habitaciones, qué amable. Lo que no había dicho es que debía ser cualquiera menos la suya, aunque, bien pensado, a lo mejor deseaba volver a mezclarse con la clase baja.

Decidió ser más directa aún, no se merecía otra cosa. Incluso, deseó que fuera cierto.

—Gracias, de verdad, eres muy amable, pero esta noche han quedado mis amigos y Mada me acaba de enviar un mensaje —Su cara expresó cierto pesar, tampoco se podía pasar—. Sé que no te importa, por eso te lo digo, pero prefiero salir con ellos. Van a pasar a recogerme.

Jack perdió parte de su compostura. Aquello no se lo esperaba. Aunque, quizá fuera mejor así. Le aterraba la intimidad que había mantenido con aquella muchacha.

La acompañó hasta la puerta y soportó la despedida animada de la criatura. Por un instante, la odió. ¿Es que lo que acababan de compartir no había significado nada para ella?

Su amiga la esperaba en la acera de enfrente con el Ford aparcado en doble fila. Beth se acercó a ella con los ojos vidriosos y una mueca de hastío en la cara.

—Al parecer, el sino de las Benedict es equivocarnos a lo grande —susurró mientras se abrazaba a su amiga.

Mada la estrechó con cariño y le acarició el pelo. Herir a aquella criatura era tan fácil que por un momento temió por ella. No debía haberla animado a embarcarse en aquella aventura. En el fondo, las dos sabían que aquello no podía salir bien.

—¿Ha sido tan malo como para interponer una denuncia? —preguntó Mada con suavidad. Estaría con ella hasta el final.

Beth sonrió a carcajada limpia mientras entraba en el coche.

—Madre mía, Mada. Ha sido tan bueno como para proponerle matrimonio y después, tan malo como para solicitar un divorcio exprés.

Acto seguido, las carcajadas se transformaron en un llanto amargo que no la dejó seguir hablando.

Esa noche no durmió. A las cinco de la madrugada se preparó un baño de sales y estuvo en remojo toda una hora. Al salir de la bañera —tan pequeña que no le recordó a ninguna otra— reparó en que el ruido de tripas era de hambre. Esa noche no había cenado, ni antes ni después. Aún en alboroz, se preparó unos sándwiches mixtos y, a las siete en punto, estaba frente a su armario.

—Necesitas verte como nunca —murmuró Mada a su espalda.

Beth no se sobresaltó, había oído el crujir de las patatas que su compañera se estaba comiendo en el pasillo. Lamentaba profundamente haberla preocupado, y esa noche lo había hecho, se había zampado cuatro bolsas de snacks mientras la escuchaba y, por lo que parecía, continuaba inquieta porque no paraba de engullir aquellos aperitivos de los que parecía depender.

—Sí, pensaba lo mismo que tú, el problema serán las ojeras. —Sonrió, más que nada, para distender el ambiente y que su querida compañera dejara de comer—. Tendré que pasar por chapa y pintura. —Le guiñó un ojo y esperó hasta que la sonrisa le fue devuelta.

Dentro del diminuto mueble, los modelos regalados permanecían aplastados a la izquierda, se desharía de ellos en cuanto pudiera. Extendió sobre la cama los que había comprado unos días antes y suspiró satisfecha. No le gustó tocar sus ahorros, pero en ese momento le dio un beso a Mada por haberla convencido.

—Está diluviando —dijo su amiga mirando por la ventana—. Ese traje pantalón es increíble, busquemos algo sexy como suéter y que sufra cuando te vea.

Tenía razón, el conjunto era una preciosidad moderna y muy bien cortada que habían encontrado a precio de saldo porque sólo quedaba esa talla. El tono beige era muy elegante y el jersey de cuello vuelto que lo acompañaba también. De color crudo con una línea beige muy delgada que lo cruzaba de forma aleatoria. Le quedaba como un guante. Se olvidaron de lo sexy, ese traje no se merecía tal desprecio.

Buscó unas botas negras que guardaba para ocasiones especiales y se enfrentó a Mada.

—Estás espléndida. —Aplaudió pensativa—. No es el mejor día para hacerlo, pero voy a alisarte esa fabulosa melena. Tu ropa lo pide a gritos

No pararon ni para hablar, tenían trabajo por delante y no disponían de mucho tiempo. Cuando Mada le colocó el último mechón de pelo detrás de la oreja supo que la hora de la verdad había llegado; tenía que mirar su imagen completa y no por partes, como venía haciendo desde siempre. Tembló de miedo, sin embargo, su amiga esperaba impaciente y no quería llegar tarde al trabajo.

Se situó frente al espejo y abrió los ojos lentamente. El grito que le salió del alma provocó las lágrimas de su compañera. Estaba preciosa, lo demás sería engañarse. El pelo, planchado y con algunas puntas hacia fuera, se veía moderno y sofisticado. Su cuerpo, con aquellas prendas, no parecía pequeño sino delgado y estilizado. Hasta su cara brillaba, y no por el maquillaje que era mate.

¡No se lo podía creer! Aquella mujer que veía en el espejo era la hija que Leonora Benedict llevaba esperando toda la vida.

A las ocho menos diez, Mada detuvo el coche en la entrada. Se había empeñado en acompañarla, llovía a mares y no estaba dispuesta a que su trabajo desapareciera con el agua. Era evidente que tenía que obtener el permiso de conducir, no podía seguir viviendo en su burbuja.

—Hay algo que no entiendo —le dijo su compañera antes de que saliera del vehículo—. Si no le gustas realmente ¿Por qué se esfuerza tanto contigo? Te busca en casa cuando cree que estás herida, te da trabajo, te invita y te convence para que no te vayas...No tiene mucho sentido en un tío de su clase.

Beth también se lo había planteado.

—Creo que ha tenido algún problema en el pasado y alguien...como yo no le supone ninguna complicación —contestó sincera, eso fue lo que creyó intuir. —Ya sabes, camarera, enana... en fin, alguien insignificante que no le

hará perder la cabeza. Realmente, fue muy claro, sólo sexo.

—¡Hay que joderse! —exclamó su amiga con pesar.

Elisabeth se inclinó y le estampó un beso en la mejilla.

—No te preocupes, estoy bien. —Sonrió tratando de parecer despreocupada. Empezaba a arrepentirse de habérselo contado. Mada estaba afectada de verdad

Se adentró en el edificio con recelo. Miró el pasillo que llevaba al restaurante y estuvo a punto de pedir a Philip que volviera a contratarla. Después, pensó en el sexo con personas con quien lamentas practicarlo y tuvo claro que tenía que sacarle provecho. Si Jack la veía como a una cualquiera, ella misma decidiría su pago. Dos polvos, dos meses, cuatro mil euros, no estaba mal como indemnización. Después se despediría y volvería a ser una simple camarera. En febrero aprobaría esas asignaturas y el próximo año sería una ejecutiva de la *W&W*. Nunca más permitiría que la ningunearan. Se dio pena, tanto esfuerzo y tanto trabajo para acabar exactamente igual que Lily.

Maldita sea, ella no era su madre.

Entró en el despacho pisando fuerte. Dejó el abrigo de paño negro - comprado en un outlet a precio de risa- en el perchero y miró la mesa de Sarah. Su compañera de despacho, la perfecta, no había llegado aún y faltaban pocos minutos para las ocho. Inaudito.

Tomó asiento y leyó sorprendida el folio que descansaba sobre el padre de todos los libros. Era un extracto detallado de las cosas que tendría que hacer durante la semana. Un dolor profundo se instaló en su pecho...Así evitaba hablar con ella. Si tuviera más orgullo volvería al comedor, pensó abochornada.

Aunque, ¿qué creía que se iba a encontrar? ¿A su jefe esperándola con un ramo de rosas?

Tenía que superar esas palabras y seguir adelante. No podía permitirse el lujo de perder ese trabajo, había hecho tantos gastos que su cuenta había

mermado bastante. No tenía elección; reponía el dinero primero y recuperaba su orgullo después.

Ese último pensamiento tuvo la facultad de tranquilizar su conciencia. Al llegar a España fue víctima de un robo y durante varios días durmió en la calle y pasó hambre. Algo que no volvería a sucederle jamás. Sólo los ricos se podían permitir tener orgullo, se recordó convencida.

Estaba haciendo un esquema sobre los costes de un parque eólico cuando entró Sarah a toda prisa.

—Buenos días —le dijo la chica algo cortada.

—Hola, buenos días. Mal tiempo para ir a la peluquería ¿no crees?

El desconcierto de la secretaria se hizo evidente. Mirar su reloj y luego a ella sería lo esperado; saludarla y hablar del tiempo, no demasiado.

—Sí —titubeó, aún sorprendida—. ¿Sabes si me ha necesitado Jack? No he recibido ninguna llamada, pero con él nunca se sabe.

No le dio tiempo a contestar. La puerta del despacho se abrió y el señor Noyce salió en mangas de camisa.

Beth estuvo tentada de mirar hacia otro lado pero se obligó a hacerle frente. Hasta la noche anterior no tenía nada de lo que avergonzarse, ella no era su madre.

—Buenos días—dijo el hombre con la seguridad del que sabe que aquello era suyo.

Respondieron al unísono. Una más babeante que otra.

Sintió su mirada y el pulso se le aceleró. Si hubiera sido una chica con una familia normal no estaría allí. Imágenes que anhelaba olvidar se empeñaron en aparecer provocándole un rubor caliente y doloroso que amenazaba con extenderse por toda la piel de su cuerpo.

Sarah comenzó a parlotear y no fue capaz de comprender nada de lo que decía. Sus ojos se habían quedado trabados en los de Jack. El hombre la contemplaba como si quisiera abrazarla y despedirla al mismo tiempo. El

sonido de la impresora la sacó del aprieto. Parpadeó nerviosa, no podía permitirse estupideces como esa. Sólo sexo, renacuaja, camarera...y lo más humillante, ella no era una persona apta para intentar algo serio.

Volvió a su resumen. Respiró profundamente, era difícil concentrarse con el aroma de su jefe flotando en la habitación. Lo observó de reojo mientras comentaba con Sarah unos informes. Pantalón gris oscuro impecable y camisa blanca cosida a mano con un pequeño bordado en el pecho. Por primera vez, reparó en el reloj que asomaba por la manga de la camisa, no tenía ni idea, pero el artilugio le pareció apabullante. Era raro que lo acompañara de una pulserita negra de hilo. Los zapatos podrían acabar con el hambre de medio planeta y el cinturón con el del otro medio.

Lo miró con sus nuevos ojos y le pareció que cumplía el tópico del rico guapo y engreído ¿Cómo lo dejó entrar en su mundo, pequeño y cerrado; ella, que no dejaba colarse a nadie? ¿Por qué no advirtió los detalles?

Recordó cierta leyenda urbana referente a la sexualidad de su jefe y le hubiera gustado tirar a Roger por una ventana. Había sido fácil creer que era homosexual y que ella, simplemente, le caía bien. Empezaba a sospechar que no había aprendido nada de la vida. Los cuentos son para los niños a quienes sus padres arrojan por las noches, niños que no han conocido la realidad, cruda y descarnada, en que a veces se convierte la existencia.

Bajó la cabeza a su libro y no la levantó ni cuando oyó al señor Noyce abandonar la sala acompañado de su secretaria. Según el folio, para ella no había reunión esa mañana.

A las once no aguantaba más tiempo sentada. Su dinámica vida anterior estaba cambiando a marchas forzadas. Sentía los hombros cargados y las piernas a punto de dormirse. Se levantó y se acercó a la ventana, la lluvia hacía que los tejados brillaran. Grandes nubarrones negros se acercaban por el horizonte y el aire soplaba con fuerza moviendo las copas de los árboles que salpicaban las aceras. A lo lejos, el impacto de un trueno la sobrecogió. Le daban miedo las tormentas, tanto como para meterse en la cama y cubrirse con la almohada hasta que pasaban de largo.

—¡Guau! A riesgo de una demanda por acoso, permíteme decirte que hoy

estás preciosa.

La voz de Sam Mathews le hizo darse la vuelta, no lo había oído entrar. Recordó la defensa del letrado y le sonrió agradecida. Nunca sabría lo que sus palabras significaron para ella.

—Nada de demandas, puede regalarme los oídos siempre que quiera.

El abogado pareció sorprendido de su respuesta; no le extrañaba, si alguien podía acusarla de borde era ese hombre.

Jack eligió ese momento para entrar seguido siempre de su fiel secretaria. Miró al letrado y arrugó el ceño.

—Sam, acabamos de hablar. —La miraba a ella, como si tuviera algo que ver—. ¿Algo nuevo?

—Recordarte lo del sábado, conociéndote, seguro que lo has olvidado.

Beth comparó la actitud desenfadada de Mathews con la irritada de su jefe. El chico bronceado le dirigió una sonrisa mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos y a pesar del día y de su malestar, se la devolvió con igual simpatía. Le caía bien a ese hombre, qué narices.

Jack los miró alternativamente. Advirtió que ella se había quitado la chaqueta y deseó cubrirla con su cuerpo. Aquel suéter la moldeaba con demasiada fidelidad. Tragó saliva, tenía que hablar con Sam. Esa chica le pertenecía.

—No lo he olvidado, Sarah no puede acompañarme. Lo hará Elisabeth —respondió sin vacilar.

Sarah se acercó a su jefe a toda prisa.

—Cuando te lo dije no sabía que iba a coincidir con la gala —arguyó la secretaria nerviosa—. Yo iré contigo.

—No es necesario que cambies de planes —insistió Jack en un tono más áspero.

Beth no titubeó, ese sábado se lo debía a su madre. El anterior no pudo

verla por la cura de su mano. No podía dejarla plantada dos semanas seguidas, sabía lo que sus visitas significaban para ella.

—Lo siento Jack, pero este sábado tengo la mañana ocupada —*y por lo que descubrí anoche, tú sabes por qué.*

Los hombres se miraron, Sam le ofreció un gesto de consuelo que en otro momento la hubiera mosqueado. El de Jack fue como si cayera en ese momento. Era bueno saber que los tres estaban en la misma onda.

—Imagino que puedes posponerlo —contestó su jefe con indiferencia.

Lo contempló desde otra perspectiva, no se explicaba cómo había llegado a gustarle ese hombre.

—Antes de posponer nada —puntualizó Beth con una sonrisa fría y falsa en los labios—. Sería de agradecer que alguien me aclarara de qué se trata... porque no sé qué se espera de mí.

—También puedes acudir a una agencia. —Sonrió Mathews satisfecho—. Esas chicas son bastante profesionales.

Beth miró al letrado. Era el único que estaba disfrutando con todo aquello.

—No te preocupes Jack, yo te acompañaré. —repitió Sarah de nuevo elevando la voz.

Elisabeth estuvo a punto de sentir lástima por la mujer, se le había escapado una especie de alarido. Lo de llamar a una *profesional* había sido demasiado para ella. ¿Qué pensaría la muchacha si supiera que la noche anterior había estado con su jefe?

—No es necesario que suspendas tu viaje, Elisabeth me acompañará —sentenció Jack con la seguridad del que estampa su firma en la nómina de cada mes—. Llegaremos por la tarde. Asunto arreglado.

El abogado se marchó con una espléndida sonrisa en los labios. Cualquiera sabía qué le hacía tanta gracia.

Jack desapareció en su despacho y Beth se quedó esperando que alguien

le explicara de qué iba todo aquello. Nada cambiaba, seguía siendo invisible.

Sintió la mirada enfadada de la secretaria y sólo se le ocurrió contemplar la pantalla de su ordenador. Fue una suerte que lo hiciera porque descubrió un pequeño sobre parpadeante en la parte derecha. Mensajería interna, se dijo regocijada. Ya era hora de que alguien reparara en su existencia.

Pulsó el icono y...resopló.

Para: *Elisabeth Benedict.*

Asunto: *Necesito que vuelva mi asistente sonriente y cordial.*

Beth leyó la frase, ni siquiera le había escrito texto. A continuación, la borró sin pensarlo demasiado. Al hacerlo se dio cuenta de que el mensaje incluía un archivo adjunto. Mierda.

Recuperó los documentos y mandó a la papelera el deseo encriptado de Jack.

Se trataba de una invitación a una cena de gala en un hotel de cinco estrellas de Barcelona. El motivo, la entrega de Premios a la Innovación en el Sector de las Energías Renovables. Comenzaba a las ocho de la tarde y exigía etiqueta rigurosa.

Pensándolo fríamente, era para morir de risa. ¿La consideraba poco menos que una indigente, y quería que lo acompañara a un acontecimiento de aquella importancia? Ese tío no estaba bien de la cabeza.

Contestó sin dudar.

Para: *Jack Noyce.*

Asunto: *¿Entrega de premios en Barcelona acompañado por mí?*

Muy señor mío:

No creo ser la persona más idónea para acompañarlo a un evento de esa categoría. Le aconsejo que acuda a los servicios de una agencia,

una profesional le brindará la imagen perfecta.

Su asistente sonriente y cordial.

El timbre de un nuevo mensaje no se hizo esperar.

Para: *Elisabeth Benedict.*

Asunto: *Sigo queriendo que vuelva mi asistente sonriente y cordial*

Estimada Elisabeth:

No necesito a una profesional –sea lo que sea-. Tengo asistente, actualmente ni sonriente ni cordial, y en su contrato se recoge esa FUNCIÓN de forma expresa.

A propósito, un poco tarde para el tratamiento de usted, ¿no crees?

P.D.: *¿A santo de qué viene lo de la imagen?*

Jack Noyce, Consejero Delegado de W&W, sin imagen que proyectar.

Beth miró la puerta cerrada del despacho y por un segundo pensó en traspasarla y hablarle claro. Una reacción en forma de despido vino a mostrarle la cruda realidad. Si tenía esa pobre opinión de su persona, poco le importaría ponerla de patitas en la calle. Y lo peor de todo es que no podía esperar que Philip la contratara en aquellas condiciones.

Para: *Jack Noyce, Consejero Delegado de W&W, más preocupado por la imagen de lo que es capaz de reconocer.*

Asunto: *Repito, ¿entrega de premios en Barcelona acompañado por mí?*

Muy señor mío:

Revisaré el contrato concienzudamente. En caso de que acompañarlo constituya una de mis FUNCIONES, me veré obligada a satisfacer sus deseos, aunque insisto en que no me considero la persona más apropiada para hacerlo.

Su asistente menos sonriente y menos cordial.

Le dio a enviar y después se arrepintió. ¿Demasiado directa? No conseguía explicarse por qué no lo veía como a su jefe. ¿Quizá, porque desde un principio había sido un tío que estaba como un queso -con crocanti- y esa misma noche se había abierto de piernas para él? No iba a salir nada bueno de todo aquello, le dijo la voz de su conciencia, nada sonriente y nada cordial.

El soniquete del mensajito la inquietó.

Para: *Elisabeth Benedict, única preocupada por temas de imagen.*

Asunto: *Consejero Delegado de W&W y tu JEFE.*

Estimada Elisabeth:

Por fin has comprendido cuáles son tus FUNCIONES. Mis deseos querida, estás obligada a satisfacer mis deseos. Me gusta eso.

Jack Noyce, Consejero Delegado de W&W, jefe sonriente y cordial.

Beth lo vio todo negro. Hasta ahora no se creía ni la mitad de las cosas que se había estado diciendo. Cuando hablaba de indemnización o de sólo sexo, no estaba más que desahogándose, en el fondo sentía que había algo más. Sin embargo, la pantalla de su ordenador no mentía.

Necesitaba salir de allí. Miró la esfera de su reloj y puso su mejor sonrisa.

—Faltan pocos minutos para la hora, voy al baño —susurró con una voz que no parecía la suya—. Hasta mañana.

No esperó a ver la cara de la chica, abandonó la habitación y corrió por el pasillo hasta el ascensor. Mañana firmaría, todos la habían visto trabajando.

Pisó la calle con auténtica sensación de ahogo. Respirar, debía respirar, se recordó aturdida. La oscuridad del día la sorprendió y contempló el cielo, si no quería mojarse debía llamar a un taxi. Después, pensó en los cinco euros

y en que sólo se había concedido dos meses de trabajo asistencial y corrió hacia la parada del bus. Tenía que ahorrar todo lo que pudiera, se había gastado más de la mitad de sus ahorros en ropa, y en la matrícula de sus dos asignaturas.

Apenas había dado unos pasos cuando una lluvia fina y tenaz hizo su aparición. Rebuscó en el interior de su bolso y sacó su pequeño paraguas plegable.

—Entra, está lloviendo—ordenó Jack en tono sereno mientras le abría la puerta del vehículo.

No iba a subir a su magnífico Audi A7 con chofer incluido. Quería que la dejara en paz. Pero, ¿qué demonios le había hecho ella a ese hombre?

Se acercó a la puerta abierta y lo miró seriamente. Lamentaba que el conductor tuviera que presenciar aquello.

—Prefiero caminar y, ahora mismo, eres la última persona a quien deseo ver —sonrió haciéndose la tonta y se dio un ligero toque en la cabeza—. Vaya, se me olvidaba que aquí sólo importan *tus deseos* —dicho lo cual continuó andando como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Jack recibió sus palabras como un auténtico mazazo. Salió del coche y se puso a su lado. Era increíble que una renacuaja como ella pudiera andar tan deprisa, así que la cogió con facilidad y la puso a salvo de la lluvia en el interior de un portal que acababa de abrirse. La señora que salía les facilitó la entrada con una diligencia que daba miedo. La ropa, pensó frustrada, parecemos ministros.

Permaneció callada, lo último que quería era dar un espectáculo.

Jack la agarró de la mano y tiró de ella hasta situarla detrás de una pequeña columna a salvo de las miradas de cualquier curioso. La tenía en sus brazos y, simplemente, la estrechó con fuerza contra su cuerpo. Cerró los ojos y aspiró la ligera fragancia que exhalaba. La echaba de menos, su vitalidad, su alegría, su desparpajo... Esa mañana había sido una tortura.

—Siento el último mensaje, soy muy competitivo y me lo has puesto demasiado fácil. —Suspiró contra su boca—. También quiero satisfacer tus

deseos, todos tus deseos. Nena, ¿qué sucede?

Aprovechando la confusión de Beth la cogió por la nuca y la besó con ansiedad. Quería hacer desaparecer sus dudas, quería que lo necesitara como él a ella, quería tantas cosas y le daba tanto miedo...

Elisabeth movió la cabeza furiosa. Era difícil conservar su orgullo si la besaba de aquella manera.

—No quiero ser sólo sexo para alguien —le susurró con voz desafiante—. Jack, escúchame bien, no deseo ser tu amante ni la de nadie. Me gano la vida desde que tengo uso de razón. Soy pobre, fea, y demasiado baja. Además, llevo cargando con una madre problemática desde que me escapé de los servicios sociales a los doce años. No sé qué te ha llevado hasta mí, pero no es algo bueno. Busca una chica de tu clase y date una oportunidad para ser feliz. A mí, déjame en paz, no quiero ser la puesta a punto de nadie —lo había dicho, conociéndose había tardado demasiado—. Mañana a primera hora presentaré mi dimisión.

Bueno, si Philip no podía volver a contratarla ya encontraría algo. Nunca había trabajado fuera de la *W&W* pero siempre había una primera vez para todo. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa... menos convertirse en la sombra de su madre.

Jack la depositó en el suelo y la miró completamente perdido. No sabía lo que buscaba en ella, pero no estaba preparado para nada que no fuera sexo.

—Yo... no puedo ofrecerte algo distinto —reconoció sincero—. Me gustas, pero no voy a engañarte, una relación seria es algo que no entra en mis proyectos más inmediatos.

Elisabeth lo observó pasarse la mano por el pelo, parecía disgustado. Tuvo que reconocerle cierta honorabilidad, no le había dicho que era la esposa ideal pero tampoco la había humillado. No era un mal tipo, después de todo.

—Pues, todo aclarado —Beth reunió su maltrecho orgullo y trató de abrir la puerta. Quería desaparecer a toda prisa.

Sintió la mano de Jack sobre la suya y dejó que se la apartara con

delicadeza.

—Es hacia fuera —musitó él con aspecto cansado.

Beth lo espío por el rabillo del ojo y se sorprendió del cambio de su cara. Se veía triste, sus ojos se habían apagado, ya no parecía que tuviera el mundo a sus pies.

—No es necesario que presentes tu dimisión —dijo sosteniendo la puerta para que ella saliera primero. —El trabajo no era a cambio de sexo, nunca se me habría ocurrido ofenderte de esa manera. Para serte sincero, no me esperaba nada de esto.

—Gracias, Jack —musitó con voz entrecortada. —Necesito trabajar.

Elevó los ojos hasta él y lo pilló mirándola con gesto concentrado. Le dedicó una tímida sonrisa y abrió su paraguas de nuevo.

—Y yo, recuperar a la chica del ascensor, no me hagas esperar, por favor.

La sonrisa de Beth se hizo más amplia y le guiñó un ojo. Echó a caminar calle arriba en busca de esa parada. Sólo cuando oyó el sonido del vehículo alejarse de ella, se dio permiso para llorar. *Nadie puede hacerme daño porque no me importa nadie.* Si lo repetía lo suficiente estaba segura de que se haría realidad.

6

—Vaya, vaya, así que al final ha sucedido —exclamó su madre abrazándola fuertemente—. Cuéntamelo todo, imagino que será alguien muy especial si ha conseguido que tu aspecto cambie de esta manera.

Beth sonrió apenada. Hubiera sido bonito contarle que estaba enamorada de uno de los camareros, o de un compañero de clase o de...cualquiera, menos de un magnate del aire que no quería más que sexo con ella.

—Es más simple, soy la asistente del nuevo jefe de la *W&W*. —Suspiró sin darse cuenta—. Tengo que cuidar mi imagen.

La mención de la palabra la hizo sentirse incómoda, aunque podía haber sido peor y encontrarse en ese momento buscando nuevo empleo. Miró a Leonora y se sorprendió, la contemplaba como si supiera por lo que estaba pasando.

—Sabes que he cometido todos los errores y todas las locuras, y que nunca, nunca voy a juzgar lo que hagas. —le dijo de forma vehemente—. Creo que puedes confiar en mí, soy tu madre y te conozco, debajo de ese maquillaje hay mucho más de lo que cuentas.

Aquello fue demasiado.

—Quizá... me guste mi jefe —reconoció echándose a llorar. Mierda, ella no lloraba. ¿Qué demonios le pasaba últimamente?

Su madre debía estar alucinando, no creía haber derramado una lágrima en su presencia.

—Bueno, está claro que la cosa no marcha como debiera —musitó Leonora entristecida—. Los ricos no son iguales que los pobres, si te dijera lo contrario te mentiría. Sé que en el pasado no te he ahorrado ningún complejo, pero quería hacer de ti una mujer fuerte e independiente. Y eso es lo que eres, además de inteligente. Cariño, no puedes enamorarte de alguien tan... distinto a nosotras. —Debía reconocerle el mérito, la elección de las palabras

adecuadas nunca había sido su fuerte—. No te ha pasado con ningún profesor y ahora lo estamos pagando. El poder es lo que tiene, te atrae aunque el tipo tenga barriga y esté calvo.

Elisabeth lanzó una risotada nerviosa.

—Me temo que, en este caso, el tipo cumple todos los tópicos —explicó apesadumbrada—. Guapo, joven y rico. Sería más sencillo si tuviera barriguita y su cabeza pareciera una bola de billar.

Su madre no sonrió.

—Elisabeth, sé que nadie aprende en cabeza ajena, pero la cabeza que te habla sabe mucho de la vida —su tono abatido la puso en guardia. Leonora no la tenía acostumbrada a los consejos—. Olvida a ese hombre, cambia de trabajo si es preciso y sobre todo, no le entregues tu corazón, una vez que lo hagas, estarás perdida.

Vistas así las cosas, no se atrevió a contarle nada más. Sin querer, había dado la impresión de que estaba fascinada con su jefe, algo así como un enamoramiento platónico. No conocía a esa nueva Leonora, si supiera que Jack la había despojado de los últimos vestigios de su virtud, probablemente se preocuparía y eso era lo último que deseaba.

Salió a toda prisa del módulo de mujeres. El señor Noyce la recogería a las tres y no quería hacerlo esperar. Su maldito contrato era claro al respecto, entre sus funciones principales estaba la de acompañarlo a eventos de todo tipo. Claro que, menos de sexo, aquel documento aludía a tantas cosas y tan variadas...que le iba a resultar imposible negarse a hacer algo.

—¿Elisabeth Benedict?

Su nombre en boca de un funcionario de la prisión la conmocionó. ¿Qué había hecho Lily esta vez?

—Sí, soy yo. ¿Hay algún problema?

El hombre movió las manos y sonrió.

—Siento haberla alarmado. No sucede nada que sea malo —dijo el

caballero con cautela—. Soy Miguel Fonseca, el prometido de tu madre desde hace cuatro días. Leonora ha debido hablarte de mí y quería que me conocieras para que no te preocuparas innecesariamente.

Beth no sabía qué decir. Una semana sin visitarla y Lily se prometía con aquel individuo, y eso, después de decirle a ella que no cometiera ninguna locura...

—Ya veo —expresó el hombre con gesto contrariado—. No te ha dicho nada. Imaginaba que le iba a resultar difícil hacerlo. Lamento que te hayas enterado así, quería tranquilizarte y he conseguido todo lo contrario. — Parecía apesadumbrado—. Amo a tu madre desde el primer día que la vi. Conozco toda su historia; la buena, básicamente tú, y la mala, todo lo demás. —Vaya, por cómo lo dijo le dio la impresión de que su madre no le había ahorrado los detalles escabrosos—. Me ha costado varios años conseguir que me tomara en serio, el otro día aproveché un momento de debilidad y me dio el sí que llevo esperando tanto tiempo. —El hombre respiró nervioso—. Tengo un buen trabajo, propiedades y algo de dinero. Sé por lo que habéis pasado las dos, me sentiré muy honrado si me dejas ayudarte. Por lo pronto, quiero conocerte. Esta es mi dirección, espero que me visites para hablar con más tranquilidad y para que conozcas a mi familia.

No daba crédito a lo que escuchaba.

Beth cogió la tarjeta y lo miró con interés. Rondaría los sesenta, alto, delgado y elegante. No era atractivo, su nariz destacaba demasiado y casi no tenía labios, pero su aspecto general resultaba agradable, o mejor, respetable. Eso era, todo él rezumaba respetabilidad. Quizá fuera el traje magnífico que llevaba o las gafas que le conferían cierto refinamiento.

Definitivamente, no era el tipo de su madre —canallas jóvenes y atractivos—, pero quizá su cambio había sido más profundo de lo que ella pensaba. Aquel hombre se veía serio y responsable, justo lo que necesitaba una cabeza hueca como su progenitora.

Tenía que decir algo, el funcionario esperaba callado su dictamen.

—La semana que viene hablaré con mi madre —dijo con cautela—. Espero que esto salga bien, ha sufrido mucho y merece ser feliz.

Su discurso no iba a ganar ningún premio, pero el caballero se dio por satisfecho porque le estrechó la mano con fuerza y sonrió como si le hubiera concedido la mano de aquella irresponsable.

Subió aturdida al autobús. ¿Qué le quedaba todavía por ver?

No quiso darle más vueltas al compromiso de Leonora. Conociéndola, en otras dos semanas daría marcha atrás. Nunca había sido demasiado constante en sus afectos. Lo sentía por el señor Fonseca que parecía realmente interesado.

La parada del autobús se encontraba cerca de casa y en un santiamén estaba almorzando. Entre la gala y su madre iba a morir de una sobredosis de adrenalina. Recogió la cocina en cuestión de minutos y salió disparada a la ducha.

A las dos esperaba a Mada viendo el televisor. Había preparado una crema de verduras y rape a la plancha. Con la excusa del viaje, esperaba que colara. Su amiga comía demasiada carne y demasiadas patatas fritas.

Veinte minutos después, sintió la puerta y respiró más tranquila. Necesitaba hablar con alguien, aunque sólo fuera del tiempo. Empezaba a pensar que había estado demasiada sola.

Su compañera entró con la alegría de siempre, la abrazó con cuidado de no estropear su look completamente estudiado y, después, la inspeccionó con ojo crítico.

—Esta tarde debes volver a plancharte el pelo —le dijo mientras se sentaba a la mesa y hacía guiños al mirar la crema—. Con el vestido deberías llevar un recogido pero la melena lisa servirá igualmente.

Beth asintió. No sabía hacerse un recogido y tampoco le importaba demasiado, pero no quería herir sensibilidades.

—No te preocupes, soy una simple asistente. —Sonrió apurada—. No creo que se espere gran cosa de mí.

Sintió la mirada enfadada de Mada. Su compañera abrió la boca para

decir algo y después la cerró. Al cabo de unos bocados volvió a sonreír.

—He dejado en tu bolso un pequeño regalo que te vendrá muy bien, no dudes en ponértelo —le espetó con el tenedor en el aire—. No sé cómo puedes comerte esto, a mí me deja igual que cuando empecé —se refería a las verduras.

Beth la vio levantarse, dirigirse a una pequeña alacena y salir con una bolsa gigantesca de patatas fritas que no dudó en bañar en ketchup. Su compañera había encontrado el acompañamiento ideal al pescado.

Trató de que no se notara su opinión al respecto. Por nada del mundo pretendía herir sus sentimientos, pero empezaba a desesperarse con aquella forma de comer.

El sonido del interfono la salvó. Algún día iba a meter la pata y a decir lo que pensaba.

—Pase lo que pase, no vuelvas a acostarte con él —le susurró su amiga al oído como si estuvieran acompañadas.

Beth la contempló con sorna.

—Lleva dos días sin mirarme, para ese hombre ya no existo —murmuró igual de bajo—. Además, seguro que en ese sitio tiene dónde elegir. A fin de cuentas, con él sólo se trata de sexo. Y no podemos olvidar que yo no era su mejor opción.

En esa ocasión, Mada la abrazó sin importarle demasiado su arreglo.

—Da igual, tú asegúrate de mantener las piernas cerradas, lo demás no importa.

Su habilidad para decir las cosas era dolorosa.

—No te preocupes, con el vestido apenas puedo andar, abrir las piernas ni te cuento —trató de bromear, lo cierto es que estaba hecha polvo y que el viaje le gustaba muy poco.

Su compañera la despidió con un gesto de victoria que le recordó que la vida seguía... Desde hacía dos días había empezado a dudar.

Salió a la calle con el corazón a punto de un infarto. Sentía las manos frías y la frente sudorosa. No sabía lo que hacía embarcada en aquella locura, después de saber lo que Jack pensaba de ella no era fácil estar a su lado.

¿A su lado?

En aquel magnífico Mercedes negro no había nadie esperando, sólo el chófer y su propia estupidez. ¡Ja!

Se tranquilizó inmediatamente. Dos días sin reparar en ella, no era de suponer que la estuviera esperando con el corazón desbocado —como el de alguna tonta- y los brazos abiertos.

—Buenas tardes, señorita Benedict, mi nombre es Arthur Mason. Cuando esté preparada la llevaré al aeropuerto —le dijo el hombre con tanta formalidad que empezó a sentirse enferma de nuevo.

Beth asintió sin mucha convicción. Era el mismo hombre que conducía el Audi, hubiera preferido a otra persona que no le recordara el fatídico día.

—Gracias, es muy amable.

Tomó asiento en el interior del vehículo y miró por la ventana. El conductor pulsó un botón del cuadro de mandos y una música dulce y melosa empezó a sonar dejándola medio inconsciente. Repasó su vida entera. Su infancia, entrando y saliendo de los juzgados como consecuencia de las peticiones de su madre para recuperar su custodia. Su juventud, rodeada de gente que la despreciaba... Era curioso, ahora que había llegado a la edad adulta se encontraba con otras personas, pero con el mismo desprecio de siempre.

La escultura de la granada en su pequeño estanque fue lo primero que vio. Habían llegado, el Aeropuerto Federico García Lorca apareció ante ella recordándole una bienvenida anterior. ¡Qué diferencia entre ambas situaciones! Cuatro años atrás, había aterrizado en España presa de la desesperación más absoluta. Ese día, sin embargo, con sólo pensar en ver a Jack, su corazón se alteraba y miles de incómodas mariposas revoloteaban en su estómago. Incluso el cielo, que amenazaba tormenta, le pareció menos gris.

Atravesó los pasillos encerados siguiendo a Arthur. Se estremeció de pura frustración al darse cuenta de que buscaba a Jack en la cara de todos los ejecutivos que se cruzaban en su camino. Hasta ese momento, se había tenido en mejor concepto.

Bajó la cabeza al suelo y el recuerdo de sus palabras vino a martirizarla. ¿Qué más necesitaba para olvidarse de él?

Una rabia sorda y feroz se apoderó de ella. Nada, no necesitaba nada más.

Siempre cerca del chófer, salió del edificio por una puerta lateral. El hombre acomodó su maleta en la parte posterior de un vehículo de dos plazas y la ayudó a subir. Su cara debía expresar el desconcierto que sentía porque se vio obligado a aclararle la situación.

—El mozo la llevará hasta el jet privado de la Corporación. —Como si presintiera que era importante para ella, añadió—. El señor Noyce voló a primera hora. —Después, considerado cumplido su deber, le estrechó la mano—. Que tenga buen viaje, señorita Benedict.

—Gracias, señor Mason.

El hombre desapareció tras la puerta de cristal y ella se dirigió al avión, montada en aquel vehículo, sintiéndose más pequeña de lo que era en realidad.

No supo lo que fue de su maleta. Una atractiva azafata la esperaba a pie de escalera y se dejó acompañar al interior del aparato.

Estaba tan intimidada con lo que veía que no se sorprendió cuando se topó con Sam Mathews acompañado de una mujer. La reconoció inmediatamente, era la chica que saludó el primer día y que le resultó encantadora.

—Llegas a tiempo Elisabeth, ¿una copa? —Sin esperar a su contestación, Mathews le tendió un vaso y ella lo cogió para no parecer desconsiderada—. Creo que ya os conocéis, pero por si acaso, Elisabeth Benedict, ella es Vera Thompson, mi fantástica secretaria.

La mujer la saludó con un beso y volvió a sentarse frente a su jefe.

—Me alegra que nos acompañes, Elisabeth —sonrió la rubia espléndida y favorecida—. Estos viajes los pagan como horas extras. Imagínate, pagarnos el doble por disfrutar de un fin de semana increíble.

Beth tomó asiento junto a ella pero con el pasillo entre ambas. No sabía qué hacer con su copa, sólo veía una mesa y estaba flotando entre sus dos acompañantes. Sam comprendió el dilema y extrajo un tablero del panel de madera adosado bajo la ventanilla que tenía a su derecha.

—Gracias, señor Mathews —lo dijo en serio, le había ahorrado el bochorno de viajar sin mesa—. Encantada de verte, Vera —dijo intentando tranquilizarse. Ni se había planteado cómo le iban a pagar la dichosa excursión—. Tienes razón, lo de cobrar el doble suena bien.

El gesto coqueto de la secretaria la sorprendió. Por un instante se preguntó si ella miraba a Jack de forma parecida.

—Me has recordado a mi padre. —Sonrió el abogado con gesto despreocupado—. Llámame Sam, nada de señor Mathews.

—De acuerdo, Sam entonces. —Suspiró cortada. Debería estar en casa, haciendo la colada y estudiando, y no con aquellos snobs con los que no tenía nada en común. Hasta la secretaria le parecía a años luz de ella.

Los ojos del letrado la estudiaban con interés. Normalmente, cuando la miraban de aquella manera solía reaccionar con un buen pisotón pero en ese momento no iba a ser posible. Trató de olvidarse del hombre —al que caía bien— y optó por echar un vistazo a su alrededor. Vera no dejaba de hablar de cosas banales y le resultó fácil sentarse plácidamente en su asiento y dejarse llevar. Aunque tampoco podía pasarse, porque el sillón ergonómico y almohadillado de color beige era tan amplio y tan cómodo que amenazaba con quedarse dormida. Esa noche no había pegado ojo.

El suelo enmoquetado en un elegante estampado en color caramelo fue lo primero que vio al abrir los ojos. No sabía dónde se encontraba. Se había quedado frita. Para su consternación, lo último que recordaba era abrocharse el cinturón y mirar a través de la ventanilla.

Se lo desabrochó inmediatamente. Reparó en Sam, que estaba en mangas de camisa viendo algo en una pantalla con un pie articulado, y se sintió avergonzada. A su izquierda, su compañera se repasaba las uñas con una tranquilidad pasmosa. Dejó la vergüenza a un lado, no sabía qué era peor, si pintarse las uñas en pleno vuelo o quedarse dormida.

—¿Te gusta trabajar con Jack? —le soltó a bocajarro el abogado.

Seguía atontada, miró su mesa y descubrió una botella de agua y otra de zumo. Necesitaba tomar algo.

—Bueno, no es que lleve mucho tiempo trabajando con él —murmuró para sí misma bebiendo un trago de agua—. Además, no salgo del despacho, sólo he asistido a una reunión. —Lo miró con media sonrisa—. Imagino que no soy lo que uno se espera de una asistente, lo único que hago es estudiar un libro enorme. Se diría que me van a pagar por formarme...—La cara del hombre se contrajo en un gesto de entendimiento que la puso en guardia—. Para ser sincera, no comprendo nada—resopló resignada—. Me gustaría saber por qué se ha empeñado en que lo acompañe en este viaje, si diera el tipo lo entendería.

Sam la contempló con ternura.

—¿Vera, te importaría...?

—Ya sé, ya sé. Quieres hablar a solas con Elisabeth —le guiñó un ojo y se levantó sinuosa—. Voy a saludar al capitán.

A Beth no le gustaba inmiscuirse en vidas ajenas pero le quedó muy claro que aquellos dos eran algo más que jefe y secretaria. Qué cosas, hubiera jurado que aquel tío era homosexual. Lo había dudado de Jack, pero no de ese rubio bronceado al que caía bien.

¡Madre mía! No se podía haber equivocado más aunque se hubiera esforzado.

—Voy a contarte algo sobre Jack —El hombre vaciló un instante, después habló rápidamente, como si temiera arrepentirse—. Cuando tenía catorce años me arrastraba todos los días a una tienda de animales. Disimulaba un poco y siempre acababa delante de un cachorro de pastor alemán. Era el único de la

camada que no parecía fuerte ni sano, tenía los ojos de distinto color, el pelo revuelto y enratonado... te puedes hacer una idea. Como aquello duraba demasiado y, a esa edad yo tenía mejores cosas que hacer, se lo comenté a mi padre. Esa misma noche le dijo que podía comprar el animal. Jamás he visto tanta indiferencia como la que Jack le mostró. Él no deseaba un saco de pulgas enfermizo y medio tuerto. Se rió incluso de la idea. Mi padre me lanzó una mirada asesina y yo quedé como un completo idiota.

Beth atendía con los ojos muy abiertos. ¿La estaba comparando con un perro enfermo y medio tuerto? Tenía que tratarse de otra cosa.

—Lo siento Sam, pero no sé adónde quieres llegar. —Se sintió frustrada. Seguro que era importante, pero cualquiera sabía lo que significaba.

El letrado resopló.

—Tratándose de Jack no debes hacer mucho caso de sus palabras. Con él hay que atender a los hechos, sólo así podrás hacerte una idea aproximada de lo que piensa realmente —hablaba con total convencimiento—. Y, no te engañes, si estás aquí es porque Jack desea que lo estés.

—Demasiado complicado —susurró Beth más desorientada que cuando subió al avión.

¿Era posible que le gustara a Jack? ¿Por eso le había contado Sam lo del perro? Desechó la opinión del abogado sin darle muchas vueltas al asunto. Nadie en su sano juicio podía interesarse en ella y menos un hombre como Jack Noyce.

—¿Qué pasó al final con Lindo Pulgoso? —preguntó interesada.

—¡Oh! Jack siempre sabe lo que tiene que hacer para conseguir sus propósitos. Después de tenerme seis meses visitando la tienda, capté el mensaje y se lo regalé el día de su cumpleaños. —Sonrió con cariño—. Nunca me dio las gracias, pero no se separó del perro mientras vivió. Ese es Jack.

Vera llegó a toda prisa, les dedicó una sonrisa explosiva y alborotó el cabello del rubio que la miró embobado.

—Los cinturones, vamos a aterrizar —informó la secretaria coqueteando

claramente con el hombre.

Menuda historia, pensó Beth mientras tomaban tierra. Así, que Jack tenía un problema de comunicación, pues hacían buena pareja; ella no es que tuviera un problema, es que jamás había exteriorizado sus sentimientos.

Cuando contempló el hotel, dio gracias al cielo por haber hecho caso de Mada. Su amiga la había convencido para que viajara con un traje sastre en color negro. Pantalón ajustado, chaqueta de un solo botón y camiseta blanca de algodón trabado y espeso. Sus botas negras de mega tacón completaban el conjunto. Con el atuendo que ella había seleccionado no la habrían dejado pasar ni al vestíbulo.

El coloso, en forma de L, era una construcción moderna enclavada cerca del Puerto de Barcelona. Nunca había visto nada igual.

La limusina los dejó en la entrada. Un muchacho se hizo cargo de las maletas y un caballero con traje negro y placa identificativa, los acompañó a través del lobby hasta recepción.

La entrada no era tal, parecía un museo. Estaba tan asombrada con una piedra gigantesca de color negro que colgaba del techo, que cuando sintió la voz de su jefe empezó a temblar como una tonta.

—A pesar de lo que pueda parecer, es una escultura —le dijo al oído.

Beth se dio la vuelta y se quedó sin respiración. Bello como Apolo, con un traje gris y pelo brillante, Jack la contemplaba demasiado cerca. Más exactamente, sus labios estaban demasiado cerca.

El hall, vestíbulo o cómo demonios se llamara aquella entrada, se quedó en silencio, su respiración se entrecortó y temió que el corazón se le fuera a salir del pecho. No tenía valor para enfrentarse a la mirada anhelante de Jack, la inquietaba demasiado. Debió de reflejarlo de algún modo, porque la mano de su jefe comenzó a acariciarle el brazo. Si creía que el gesto la tranquilizaría, se equivocaba, el roce de sus dedos la estaba estremeciendo hasta la médula.

¡No podía estar pasándole aquello!

Beth comprendió que la iba a besar, su cabeza se acercaba lentamente y tuvo que obligarse a no salir corriendo. Su proximidad la estaba abrumando, el olor de su colonia ya formaba parte de su oxígeno y necesitó de toda su fuerza de voluntad para desviar la cabeza. Los labios de Jack encontraron su mejilla y, como si esa hubiera sido la idea original, la besó con la boca abierta. Sintió la caricia sinuosa de su lengua y no supo adónde mirar.

—Perdona, no sabía lo que hacía —farfulló claramente molesto.

Beth lo miró con los ojos muy abiertos incapaz de hablar. El recibimiento superaba con creces todas sus fantasías.

La interrupción de Mathews fue providencial.

—Hermano, no sabía que me echabas tanto de menos. —Sonrió el letrado, aparentemente, encantado de verlo—. Creo que es la primera vez que me recibes personalmente.

Jack le dio un codazo y saludó a Vera con un gesto.

—Estaba tomando un café con la competencia y os he visto llegar — Obvió a la pareja para mirarla con gesto tierno y tiró de su mano. —Déjame enseñarte este lugar, es magnífico.

Se sintió abrumada. A esas alturas, no podía cometer más errores... Aunque, el hotel parecía un museo, no veía nada malo en que hiciera de cicerone para ella, incluso podría disfrutarlo.

La secretaria la observó preocupada.

—A las seis, es decir, en quince minutos tenemos cita en la peluquería — le dijo casi a gritos, como si necesitara que se centrara en lo importante —. No puedes imaginar lo que me ha costado conseguir que nos hicieran un hueco. Podéis ver el hotel por la mañana, antes de salir.

Beth la contempló un segundo y sonrió. ¿Elegir entre una visita guiada por Jack y una sesión de peluquería? Esa mujer no estaba bien.

—Gracias, Vera —contestó sonrojada—. Me apetece conocer este sitio.

Jack siguió tirando de su brazo y Elisabeth se dejó arrastrar. La llevaba de la mano y avanzaban a toda prisa por un pasillo, bajaron unas escaleras y de pronto estaban en un jardín rodeado de cristaleras. No la dejó hablar, la apoyó en una columna decorativa y la besó con desesperación.

Beth sintió el empuje de su lengua y se asustó. Ese no era un beso de sólo sexo. Madre mía, ese hombre parecía estar loco por...ella.

—No digas nada, por favor, por favor... —susurró Jack en su boca—. Te necesito, esto es una agonía.

Lo contempló desde una nueva perspectiva. Maldito perro y maldito Sam.

No la dejaba respirar, sentía sus manos en sus pechos y sus jadeos retumbar en su cabeza.

—¡Joder! Eres preciosa. —Los ojos le brillaban atormentados—. Di que sí, por favor, por favor, no aguanto más, di que eres mía.

Con la última frase se rindió. No pensó en nada. Sólo eran ella y ese hombre atractivo y alterado que la hacía sentirse la mujer más bella del planeta.

—Sí. —Monosílabo solitario y, sin embargo, tan lleno de posibilidades...

Jack no le dio tiempo a cambiar de idea. Rasgó su cremallera y buscó la de ella alterado. Estaba en las caderas, cuando la encontró suspiró con fuerza. Los pantalones de Beth cayeron al suelo y la hizo salir de ellos. Entonces, la elevó hasta penetrarla con ímpetu. El momento de la unión fue extraño. Permaneció en su interior quieto y sin perderse ni un detalle de su cara. La sujetó bien por la nuca y le dio un beso caliente y sensual que la derritió por dentro. Después, comenzó a invadirla intentando controlar la situación. Daba miedo, cada embestida los acercaba más, y no se sentía sólo sexo. Jack se estaba dando por entero, sus gemidos y hasta sus gruñidos así se lo dijeron. Beth estaba asombrada del entendimiento al que había llegado con aquel hombre. Abrió los ojos, era estimulante contemplarlo tan excitado y, por más que su jefe quisiera evitarlo, descontrolado. Sí, su querido Jack había perdido el dominio de la situación. La sensación de poder le resultó embriagadora.

No iba a durar mucho, sentirlo completamente desbocado y entre sus piernas, en aquel rincón, rodeados de flores y sombras, le pareció tan erótico que comenzó a experimentar los prolegómenos de un orgasmo salvaje. En esa ocasión, no habría victoria común, se dijo debilitada por el deseo mientras su vagina comenzaba a palpar a un ritmo arrollador.

Antes de desintegrarse en esa intensidad imparable alcanzó a oír los gritos del hombre. El milagro se había vuelto a producir, después de todo.

Transcurrieron unos minutos sin que ninguno de los dos hiciera nada.

Jack la estrechaba fuertemente y no parecía tener prisa por soltarla. A Beth le palpitaba la espalda de las sacudidas contra la columna. Ansiaba salir de aquel lugar para pegarse contra la primera pared que encontrara. Doliéndole el resto del cuerpo quizá se olvidara de lo que acababa de suceder.

Resopló nerviosa. ¿Qué demonios había hecho? No había esperado ni a ponerse el vestido para abrirse de piernas. Mada estaría orgullosa.

Jack percibió su nerviosismo porque salió de su interior con cuidado, sin dejar de acariciarle el pelo. La observaba con tal intensidad que consiguió que apartara la vista.

—Lo siento, Elisabeth —su voz sonó grave y sosegada mientras la obligaba a sostenerle la mirada.

Beth hizo un esfuerzo para no gritar de impotencia y de...humillación.

—¿Qué diablos sientes? ¿Haber mantenido sexo conmigo?

La cara de su amante se transformó por la sorpresa. Beth comprendió que hablaban de cosas distintas. Un líquido caliente y espeso comenzó a descender lentamente entre sus piernas y supo a qué se refería Jack.

¡Mierda y más mierda! ¿Cómo podía pasarle algo así?

Le quitó de las manos el pañuelo con el que pretendía limpiarla y se adecentó ella misma. Seguidamente, colocó las copas del sujetador sobre sus pechos y se subió los pantalones. Buscó la chaqueta en el suelo y se la

abrochó intentando cubrir las arrugas de la camiseta. Sólo entonces elevó los ojos hasta él.

Jack aún permanecía igual que lo habían dejado. Sin apartar los ojos de la cara de Elisabeth, se subió el bóxer y después se abrochó el pantalón. Buscó su chaqueta en el suelo y se la puso. Le tendió la mano y, antes de que ella se la cogiera, la sorprendió con un beso cálido y tierno que le llegó al alma.

—No te preocupes, nunca huyo de mis responsabilidades —murmuró en su oído.

Ambos salieron del invernadero sin decir ni una palabra. Beth sentía su mano agarrándola con fuerza, pero no era eso lo que la dejó sin respiración; la imagen del pene la estaba torturando, Jack no había usado preservativo.

A partir de ese momento, empezó a verlo todo negro. Veintidós años, camarera, la madre en prisión, unos miles de euros en el banco, sola y... con un bebé. Vale, quería ser justa, sola no. Más bien, recibiendo ayuda de un multimillonario que no la consideraba opción válida para intentar algo serio con ella. Amén de otras opiniones insanas sobre su persona.

Dejó a Jack en el vestíbulo con la cara extrañamente relajada y entró en el ascensor con ansiedad. En ese momento no estaba para elucubraciones mentales. Cuando las puertas se lo permitieron corrió por el pasillo hasta llegar a su habitación. Abrió el armario de la entrada y, como suponía, allí se encontraban sus cosas. Buscó su móvil dentro del bolso y tecleó un WhatsApp a Mónica.

Beth: *¿Qué sabes de la píldora del día después?*

Mónica: *Soy una especialista. ¿Qué problema tienes?*

Beth: *Sexo sin protección.*

Mónica: *No te agobies. En realidad, son dos pastillas: la primera debes tomarla dentro de las setenta y dos horas siguientes al coito sin protección ¿Ha sido reciente el patinazo?*

Beth: *Muy reciente...*

Y tanto, todavía sentía las manos de Jack explorando su cuerpo.

Mónica: *Vale, no pasa nada. La segunda debes tomarla a las doce horas del primer comprimido. Acércate a una farmacia de guardia; cuanto antes, mejor.*

Beth: *Gracias, me dejas más tranquila.*

Mónica: *Y tú a mí MUERTA. Ten cuidado, cariño.*

Terminaron con unos emoticonos sorprendidos y Beth pudo, por fin, volver a sonreír. La vida seguía y, sin duda, esta vez la apreciaría más. Nunca se sabe lo que se tiene hasta que se pierde, se dijo temblando.

Ella embarazada... igual que su madre.

Necesitaba respirar. Salió al balcón, se tumbó en una hamaca y trató de calmarse. Las vistas al puerto la distrajeron durante mucho tiempo. Le hubiera gustado permanecer allí tirada varios días, pero tenía que volver a la realidad.

Miró el reloj y pegó un grito. Apenas tenía media hora para arreglarse. Se dio una ducha revitalizante, embadurnó su cabello con una mascarilla y lo envolvió en una toalla para poder maquillarse. Después, se enjuagó el pelo con cuidado de no estropear su obra de arte. Por último, espuma, secador con difusor y, voilà, pelo completamente rizado...Lo que, según Mada, no admitía su espectacular vestido de sirena que aún estaba en la maleta, doblado y, probablemente, lleno de arrugas. Fenomenal, cada vez hacía mejor las cosas.

No quiso ni mirarlo. Lo desplegó con cuidado y se lo enfundó. Se calzó sus sandalias llenas de cristal pulverizado y miró la hora. Aún tenía cinco minutos. Entró en el baño y trató de alisarse el pelo con la plancha, pero solo le dio tiempo de hacerlo con los mechones exteriores; el timbre de la entrada sonaba con insistencia. Antes de abrir, bajó la cabeza y se pasó los dedos para avivar los rizos.

Vera estaba en la puerta.

—Chica, estás increíble ¿Quién te ha arreglado el pelo? —preguntó como si en verdad creyera que estaba bien.

Beth no sabía si se estaba riendo de ella. Tenía que mirarse en algún sitio.

—Dame un minuto, no me he...perfumado. —Para una mujer como aquella sería un tema importante, además, no se le ocurrió otra cosa.

Corrió al baño, cuando se vio en el espejo apenas se reconoció. El vestido era una sofisticada tela de encaje en tono marfil con una pequeña combinación debajo. Ceñido, de manga larga, y con la falda de sirena hasta el suelo. ¡Mierda!, no se había puesto sujetador y no podía perder más tiempo. Tendría que pasar así.

Su cabello lucía un aspecto tan sofisticado que grabó en su memoria lo que había hecho para volver a repetirlo. Lo mejoró con unos toques de cera líquida para conseguir más brillo. Iba a dar por finalizada su sesión de belleza, cuando recordó la pobre excusa que le dio a Vera. Sonrió a su reflejo y abrió un botecito de prueba que Mada había afanado de la peluquería. Nunca había usado perfume pero aquel le gustó. Era ligero y agradable, con un leve toque floral.

Antes de salir, se echó otro vistazo. Nadie podría decir que estaba a punto de convertirse en una pecera.

—Ya estoy lista, me falta coger esta tontada de bolsito. —Lo agarró fuertemente y suspiró, aquella no era ella; cenas, perfumes, bolsos de noche...

Su compañera de viaje había aprovechado para subirse las medias y evitar que se viera el enganche por la raja de su vestido celeste, escotado y atrevido. Y ella con dudas por no llevar sujetador...Salvo el ligero, la secretaria no parecía llevar ropa interior de ningún tipo.

Antes de cerrar la puerta, recordó la sorpresa de Mada y corrió a su bolso. Dentro de un estuche de piel encontró una gargantilla con pulsera y pendientes a juego. Eran muy elegantes, parecían de oro blanco pero apartó ese pensamiento. Esperaba que como mucho fueran de plata y las piedras simples zirconitas. Se quitó su viejo reloj y Vera la ayudó con los cierres.

—¿Regalo del jefe? —preguntó la rubia con cara de suficiencia.

—No, me los ha prestado una amiga —murmuró tranquila.

La chica esbozó una risita que no le gustó.

—Pero, ¿estáis juntos, no?

A Beth le hubiera gustado saberlo, pero lo cierto es que no tenía ni idea. Lo único que tenía claro en aquel momento es que necesitaba tomarse la dichosa píldora para sentirse a salvo.

—No, no lo estamos —le dijo entrando en el ascensor.

—No voy a insistir, tampoco estoy en condiciones de hacerlo —le guiñó un ojo y sonrió—. Aunque, en mi caso, lo sabe todo el mundo. Siento comunicarte que en el tuyo es el comentario más reciente de la empresa.

Beth adquirió un tinte violáceo, el rojo se había quedado corto.

—No puede ser, pero si yo... nosotros no... —a ver cómo explicaba la situación de forma inteligible.

Vera sonrió con picardía.

—No te esfuerces, es difícil de creer. Eras camarera y, de repente, el jefe en persona te asciende a su asistente personal. Además, te contrata la NAC porque en la *W&W* no se contempla ese cargo. Hasta tu sueldo es un problema porque tienen que transformar los dólares en euros. No sé chica, si no estáis juntos, estás dejando escapar una oportunidad de oro. —Esa sí que era buena, le estaba dando un consejo y ¡menudo consejo!—. Ese hombre debe estar colado por ti para hacer todas esas cosas.

Lo de saber más de su vida que ella misma, la consternó. Claro, que podía deberse a su trabajo con Sam, a fin de cuentas, pertenecía al Departamento Legal de la empresa, pero el razonamiento no la ayudó demasiado. ¡Joder!, lo último que necesitaba era que se hablara de ella en la Corporación.

No se había percatado de que subían y no bajaban hasta que salieron a un rellano lleno de gente vestida de gala y admiró las vistas de los ventanales. El puerto se extendía a un lado y la Ciudad Condal al otro.

Pronto, se hizo evidente que mantenerse cerca de Vera requería de una

paciencia que aquella noche no tenía. La mujer saludaba a todo el que se acercaba. La efusividad de sus comentarios le recordó a los presentadores de los concursos de televisión, estridentes y seguros de sí mismos.

Trató de componer una sonrisa cuando los Mathews se acercaron. Jack había sido interceptado por un grupo de dandis. Beth rezó para que no lo dejaran ni respirar, eso le evitaría tener que lidiar con asunciones de responsabilidad no deseadas.

—Elisabeth, es un placer volver a verte —Samuel Mathews la saludó con dos besos y le retuvo las manos—. Me alegra que trabajes con Jack, este chico necesita que lo animen.

Pues, como lo animara más la pecera se iba a quedar pequeña. Sonrió de su propio sarcasmo y saludó al hombre con afecto. Sabía que caía bien a Mathews padre y a Mathews hijo, eso la reconfortó por dentro.

—Vera —dijo el hombre con cordialidad.

—Hola, señor Mathews. Se ve en forma. —La sonrisa de la chica fue absolutamente encantadora, distinta de los aspavientos anteriores.

Beth se apartó para dejar que se estrecharan las manos —no hubo beso como en su caso- y se encontró casi pegada al pecho de Jack. Su jefe la miró de arriba abajo y se centró en una parte de su fisonomía que quizá necesitara de una mayor sujeción.

—Deja de mirarme así —balbuceó en su oído simulando una sonrisa. La estaba poniendo histérica.

—Debería acompañarte a tu habitación y ponerte yo mismo un sujetador —farfulló él bajito—. Aunque, no creo que conozcas la existencia de esa prenda.

Beth se puso como un tomate y se alejó de su lado. Se situó junto al señor Mathews y trató de tranquilizarse. Estaba exagerando, se había mirado en uno de los espejos del salón y no era para tanto.

Al adentrarse en la sala se le escapó una exclamación. Una pecera descomunal ocupaba una de las paredes. La casualidad le hizo gracia, aquella

balsa de agua estaba atestada de peces de todos los tamaños y colores; sus pensamientos adquirirían forma, quién lo diría...

Tomaron asiento en una mesa cercana al micrófono que habían instalado delante de una pared de cristal. Barcelona hervía a lo lejos, llena de luces y de sombras nocturnas. A su derecha, cuatro pantallas mostraban distintos sistemas de energía alternativa. En ese instante, comprendió lo poco que conocía de todo aquel entramado de bienes y servicios. Ni siquiera sabía si la *W&W* había ganado algún premio, aunque las felicitaciones a Jack le dejaron entrever la respuesta. Salvo, que fueran por su puesto de Consejero... Cómo lamentaba su torpeza, hubiera sido más edificante hablar con Vera de la gala en lugar de responder a sus bienintencionadas preguntas.

Jack se había situado frente a ella, se removió en su asiento y volvió a levantarse para ocupar la silla contigua a la suya. Codo con codo, como diría Lily.

—Así estamos mejor —comentó sonriente.

Beth se sonrojó. El abogado miró a su padre y este le devolvió la mirada. Hasta la secretaria sonrió.

—¿Preparado para recoger el premio?—inquirió Vera dirigiéndose a Samuel Mathews.

El hombre asintió con flema.

—Ya que el galardonado se niega a hacerlo, me veo obligado a ello. —Fingió sentirse afligido. La sonrisa amplia, el brillo de sus ojos, e incluso, la actitud orgullosa lo delataban.

—A ti te encanta dar discursos y yo lo odio —contestó Jack dándose por aludido.

El movimiento de los peces en la pared atrajo la atención de Beth. Por un instante, se había olvidado de su problemilla. Tenía que buscar una farmacia esa misma noche. ¿Habría tomado su madre esas pastillas de haber existido veinte años antes? De haberlo hecho, ella no estaría allí sentada...

Su abstracción se vio interrumpida de forma brusca, Jack se levantaba

para saludar a una chica morena, altísima y con un cuerpo escultural. Mada la habría aprobado, esa belleza había tenido tiempo para recogerse el cabello y lucía un moño complicado y entretejido, salpicado de diminutos cristalitos que lo hacían brillar como un faro. Vestida de negro y con escote palabra de honor, aquella mujer era todo lo que ella nunca sería: sofisticada, elegante, triunfadora y sobre todo, estaba a la altura de su jefe en todos los sentidos, nunca mejor dicho.

Era imposible escuchar lo que decían. Jack parecía estar disfrutando mientras que la muchacha ensayaba toda una batería de monerías que, si ella no tuviera las tablas que tenía, habría juzgado natural. Sin embargo, su madre era una de las precursoras de aquellas técnicas de combate: sonrisas maravillosas, caídas de pestañas y pequeños e insinuantes movimientos de pecho que permitían mostrar sin parecer que lo hacían. Conocía la función, la había visto en demasiadas ocasiones.

Se sintió fatal, quizá no fuera bueno contemplar la puesta en escena desde tan cerca. La cara de Jack reflejaba una satisfacción demasiado dolorosa, y daba la casualidad de que ella era la tonta que se había abierto de piernas para él dos horas antes.

Se levantó sin hacer ruido y se excusó, necesitaba empolvase la nariz. Sus compañeros apenas disimularon el gesto de entendimiento. Era para morirse, ¿qué querían que dijera?, ¿qué iba al baño para quitarse de en medio? Bueno, lo de *empolvase la nariz* era lo que se decía en las películas, y no la hacía quedar como una imbécil. Si acaso, imbécil, pero ingeniosa.

Al levantarse, comprendió que era más fácil en el cine. ¿Dónde diablos estarían los servicios en aquel sitio? Su orgullo le impidió volver a ocupar su asiento, la mujer acariciaba el antebrazo de Jack y le sonreía de forma descarada. Se dirigió hacia la salida con la esperanza de no equivocarse demasiado. Cualquiera sabía dónde acabaría esa noche...

—Te acompaño. —La voz de Vera le hizo dar un traspié. Respiró más tranquila, no esperaba que la secretaria se le uniera. —Esa mujer es Christina Davenport. Su padre es un empresario de éxito de Nueva York. Ella es la responsable de la delegación de Nueva Jersey, se dedican a la publicidad. Yo estaría alerta, lleva mucho tiempo detrás de Jack.

De tener confianza con la secretaria, la habría mandado a la mierda. No había necesidad de regodearse en su desgracia. Sintió unas ganas enormes de salir corriendo en busca de la primera farmacia de guardia que encontrara. Sólo entonces podría pensar en temas menos espinosos, como por qué demonios había acabado en aquella gala rodeada de gente favorecida y con posibilidades reales de quedarse embarazada de un multimillonario que pensaba que no era lo suficientemente buena para él.

—Gracias, Vera —murmuró sin saber qué más decir. Realmente, le agradecía la compañía, no la información.

La chica sonrió de forma comprensiva y le hizo dar media vuelta.

—Es por el otro lado.

Elisabeth se dejó guiar hasta un rellano contiguo. Detrás de una pared acaracolada estaban los servicios. No los habría encontrado jamás.

Entró en uno de los cubículos y se sentó en la taza. La chica del salón sí cumplía los requisitos, Jack no hubiera dudado de intentarlo con alguien como ella. Lo tenía todo: belleza, profesión, dinero y lo más importante, procedía de una buena familia.

Se miró las manos y las sacudió enfadada, estaba temblando como una hoja. Respiró con fuerza, no era tan grave. Había mantenido relaciones sexuales con un hombre increíblemente atractivo y, salvo la torpeza de esa tarde —que pensaba solucionar en unas horas—, no había nada que recriminarse. Tenía veintidós años, era adulta, soltera y estaba más que emancipada. Podía enfrentarse a la situación; ella no era su madre, no había cometido ningún delito.

Salió sintiéndose mejor. Vera aún seguía dentro, por lo que la esperó apoyada en la pared. Miró a su alrededor y maldijo en silencio, había espejos hasta en el techo. La angustia la atenazó. Tenía que largarse de allí. Además, aquello empezaba a estar demasiado concurrido.

—Nos vemos fuera.

No esperó la respuesta. Aquel lugar bien podía ser su cámara de los horrores.

Agradeció al arquitecto la idea de poner un ventanal justo en frente. Se acercó repitiendo su mantra particular y dejó que el aire entrara y saliera libremente de sus pulmones. Tenía que ser fuerte esa noche, después, ya se encargaría ella de no repetir errores...aunque tuviera que despedirse y gastar todos sus ahorros.

—Mi fondo de inversión por sus pensamientos. —Una voz intensa y agradable le hizo darse la vuelta y mirar a su dueño sorprendida.

—Estoy sin blanca, no debería hablar con tanta ligereza —le contestó riéndose de un chiste que sólo ella conocía.

El hombre abandonó su privilegiada atalaya —un butacón de principios de siglo- y la contempló fascinado.

—Thomas Wells —le dijo estrechando su mano.

Beth lo saludó con naturalidad. El hombre estaba fuera de su órbita: moreno de ojos azules, rostro anguloso y pelo engominado hacia atrás. Su altura le ocasionó cierta tortícolis. Miró su traje y parpadeó asombrada, tres piezas en tono negro, camisa azul de cuello blanco y corbata azul. Como el tipo espiaba todas sus reacciones no miró sus zapatos, sería demasiado evidente agachar la cabeza, por lo que se estiró orgullosa.

—Elisabeth Benedict —La miraba con demasiado interés. En otro momento, se hubiera mosqueado pero en aquel no sentía ni frío ni calor. En todo caso, una profunda indiferencia hacia cualquier cosa que no fueran dos pastillas anticonceptivas.

—Hablo en serio, ¿qué puede hacer que una mujer joven y extremadamente atractiva mire el horizonte con esa expresión seria y concentrada? —preguntó el tipo con un acento que le recordó al de Jack.

¿Extremadamente atractiva?

Se le escapó una carcajada fresca y espontánea que lo hizo retroceder para admirarla.

—Perdona, no es necesario que pierdas tu fondo —se excusó ella sin dejar de reír—. Una definición tan acertada de mi persona se merece una

respuesta gratuita. Pensaba en empezar de cero —suspiró sin querer.

El hombre le hizo levantar la barbilla con su dedo índice.

—Interesante respuesta, Elisabeth —le susurró bajito.

La sonrisa de Vera inundó el pasillo. Aquella chica disfrutaba de la vida al máximo. Por un raro segundo, la envidió. Conversaba con un caballero maduro de pelo blanco y aceptó de buena gana que la guiara hasta el salón. Le dedicó un gesto a ella y continuó coqueteando con el centenario mientras se alejaban.

—Debo volver al salón —le dijo a Thomas con una pequeña mueca. —
Ha sido un placer.

—Te acompaño —le espetó el hombre sin dudarlo.

Le ofreció su brazo y ella se negó a cogerlo. Le informó de su decisión con un pequeño toque en el codo y afrontó la mirada interrogante del gigante con franqueza.

—No deseo que parezcamos las una y media —le cuchicheó muy cerca poniéndose de puntillas.

Thomas la repasó de arriba abajo y su mirada adquirió un brillo peligroso.

—No creo que seas media de nada —le dijo al oído—. En todo caso, la media naranja de algún afortunado, si le das la oportunidad.

Beth volvió a estallar en carcajadas. Aquel hombre era todo un donjuán. Daba gusto que le insuflaran algo de vida a su autoestima.

—Te estaba buscando. —El tono de su jefe no era muy halagüeño.

Beth lo miró asombrada. El carraspeo del Casanova que llevaba al lado la ayudó a centrarse.

—Jack, déjame presentarte a Thomas Wells —dijo cortada.

El gesto de Jack no varió. Estaba... ¿enfadado?

—Ya nos conocemos —masculló dirigiéndose al aludido.

Thomas estrechó su mano y sonrió con simpatía.

—Jack, es bueno saber que sigues en la brecha.

Elisabeth no entendió el significado de la frase pero la cara de su jefe sufrió un cambio. Se endureció y trató de disimular, fue instantáneo.

—Por lo que veo, tú sigues igual.

Agarró a Elisabeth del brazo y tiró de ella.

—Adiós —le dijo Beth a Thomas alucinando con la situación.

El tipo sonrió. Vaya, él sí que era extremadamente atractivo.

—*Hasta pronto*— contestó el hombre matizando la despedida.

Otro que no sabía cómo despedirse correctamente en español, pensó ella.

Jack esperaba nada sonriente a su lado. La dejó pasar primero y la escoltó hasta su silla. Lo miró de reojo y apartó la vista asustada, echaba fuego por los ojos. Pues que alguien le explicara lo que había hecho mal porque ella no tenía ni idea. Ese hombre que se esforzaba en no tocarla no podía estar celoso, ni siquiera creía que conociera el significado del término. Tenía que dejar de pensar en tonterías, ¿celoso de ella? Por Dios, la historia del perro le estaba haciendo mucho daño.

Una hora más tarde, el señor Noyce seguía sin dirigirle la palabra. La cena había comenzado y aquellos platos de nombres imposibles se habían convertido en su única distracción. Los hombres hablaban entre ellos y Vera los escuchaba interesada interviniendo de vez en cuando. Ella apenas conocía los temas que trataban. El empeño de su jefe por dejarla al margen de la conversación la entristeció. Pobre Jack, no sabía que no necesitaba hacer nada para conseguir que se sintiera fuera de lugar.

No era la única que se aburría, la señorita Davenport se paseó cerca de ellos contoneando las caderas. Cuando consiguió la atención de Jack le sonrió como si compartieran algo más que una buena amistad y abandonó la sala seguida de la mayoría de las miradas masculinas y femeninas. Aunque le dolió

reconocerlo, era una mujer muy hermosa.

—Te lo está poniendo fácil —apuntó Sam dirigiendo una mirada divertida a Jack.

—¿Quizá demasiado, no os parece? —la voz de Vera había sonado indignada. Incluso se permitió mover la cintura a modo de ejemplo.

—Christina es una gran muchacha, y una amiga de la familia —aclaró el señor Mathews cortando a la secretaria—. Sería la pareja ideal para cualquiera de mis hijos, aunque es evidente que le gusta Jack.

La secretaria asumió el golpe con deportividad. Elisabeth admiró su temple, como si la pulla no fuera con ella. La muchacha no contestó, se limitó a sonreír con dulzura.

La cara del abogado se distendió en una gran sonrisa. Sin duda, estaba acostumbrado a las recomendaciones de su padre.

—Gracias papá, pero me temo que tú lo has dicho—subrayó con voz burlona—. Es Jack el afortunado.

Beth observó a su compañero de mesa arrugar el ceño y relajarlo de inmediato.

—Y yo os agradezco el consejo pero, por ahora, no me voy acercar a la señorita Davenport. —Su jefe sonrió encantado, al parecer sólo estaba enfadado con ella—. Con ese tipo de mujeres hay que pensar en anillos y no es el momento.

A Elisabeth le hubiera gustado hacer gala de la mitad del temple de Vera. Notó que le faltaba el aire. Jack acababa de dejar claro el tipo de féminas con las que sí intentaría algo más serio. Ella no pertenecía a ese selecto club.

Sintió los ojos de Vera escudriñándola sin disimulo y comprendió que su máscara no estaba siendo tan eficaz como en otras ocasiones. Retiró las manos y se las pellizco debajo de la mesa. El dolor le recordó su filosofía vital y comenzó a respirar más tranquila. Tenía que buscar las dichosas pastillas y desaparecer de la vida de ese hombre. La estaba destrozando más que mirarse en un espejo.

Mientras terminaba una deliciosa tarta de whisky, comenzó la entrega de premios. Elisabeth dejó de mostrarse deseosa de que le dirigieran la palabra. Jack lo había logrado, nadie reparaba en ella, ni la secretaria. Por lo que se concentró en el horizonte oscuro y estrellado de la ciudad. Aplaudió cuando debía hacerlo y sonrió miméticamente por el mismo motivo.

No escuchó el premio que recogía el señor Mathews. Algo relativo a una turbina más eficaz en los motores de las aspas... Lo vio recoger el galardón emocionado y decir unas palabras de agradecimiento. Más aplausos y el discurso final a cargo de un señor gordito y con bigote al que le sobraban las últimas copas que había ingerido. Después de eso, la organizadora los animó a pasar a la sala contigua para disfrutar del resto de la velada.

A partir de ese momento, todo sucedió muy deprisa. Los tres hombres fueron rodeados de conocidos que querían contemplar la pequeña escultura – un molino de viento- y Vera conversaba con algunas mujeres. Para variar, nadie pensaba en ella. Como siempre.

Se encaminó hacia la salida con paso firme. Necesitaba comprar esas pastillas con tal intensidad que estaba a punto de desmayarse. A la mierda con todos.

—Creía que estabas con Jack pero lo he visto con Chris —el sonido de una voz conocida la hizo detenerse. Era fantástico volver a tener presencia física y que alguien se diera cuenta de su existencia. —Me gustaría conocerte, voy con unos amigos a un local cercano y sería fantástico que fueras mi pareja. No disponemos de mucho tiempo, mañana salgo para Los Ángeles.

Quería que fuera su *pareja*. Para ese hombre sería sexo del bueno. Le hubiera gustado desmadrarse –nunca mejor dicho- y olvidarse de Jack, pero ella no era así.

—Gracias Thomas, pero estoy saliendo con alguien. —Esperaba que se lo creyera, a fin de cuentas, parecía gustarle—. Y soy fiel como un cachorrito.

Miró a Jack de reojo y lo vio pegado a la señorita Davenport. Maldito perro.

Wells la contempló con evidente admiración y le sonrió. Estaba claro que

conocía el efecto que provocaba cuando lo hacía. Beth no salía de su asombro, le gustaba a aquel individuo. Increíble. Aunque sólo fuera sexo, la había elegido a *ella* cuando podía escoger a la chica que quisiera. Lo hubiera abrazado sólo por el bien que le estaba haciendo.

—Un hombre afortunado —susurró mirándola fijamente—. De cualquier forma, me alegra haberte conocido. Aquí tienes mi tarjeta, es la primera vez que se la doy a una mujer con la esperanza de que me llame.

Beth cogió la cartulina y le sonrió. El hombre le estampó dos besos y abandonó la habitación a su lado. Cogieron el ascensor y en el rellano de la entrada se separaron.

—Hasta siempre, Elisabeth —le dijo en español.

Beth comprendió que ese ejecutivo sí dominaba el idioma.

—Hasta siempre, Thomas —le contestó en la misma lengua.

No volvió a pensar en su admirador. Se dirigió a recepción y pidió un taxi. El propio hotel puso un vehículo a su disposición. Hubiera gritado de ansiedad, al fin iba a buscar una farmacia.

Tuvo suerte, el chófer se informó por radio del establecimiento más cercano a su posición y, en menos de una hora, adquirió las pastillas a través de una ventana protegida con un entramado metálico. Cuando volvió al Mercedes, le dedicó al caballero una sonrisa espectacular.

—Gracias, no sabe cuánto se lo agradezco —le dijo con la voz quebrada.

—Estamos para ayudar, señorita —contestó el conductor complacido con sus palabras.

No sabía hasta qué punto la estaba ayudando, se dijo Beth al borde de las lágrimas.

El trayecto de vuelta le resultó extraño. Pasada la conmoción inicial de conseguir el medicamento, la cuestión esencial era si tendría valor para tomarse las pastillas. Su madre, alocada e inmadura, no había dudado en

seguir adelante con su embarazo...Suspiró cansada, lo decidiría más tarde.

Llegó a su habitación con la sensación de que ese día había sido eterno. Abrió con serenidad y entró.

Un pie le impidió cerrar la puerta.

—Necesito hablar contigo.

Era Jack. Se tranquilizó de inmediato, había visto demasiadas películas. Los psicópatas no lucían zapatos de miles de euros.

—Tú dirás —respondió sin ganas. Necesitaba descansar, estaba agotada de tanto problema.

Lo miró sin dar crédito a lo que veía. En mangas de camisa, con el pelo alborotado, los ojos inyectados en sangre y con un moratón del tamaño de Manhattan en la mejilla izquierda. Beth no entendía nada, la miraba como si fuera responsable de algo.

—¿Thomas Wells? ¿Cómo has podido...después de estar conmigo? —Su voz sonaba tan calmada que la inquietó.

—No sé a qué te refieres —le dijo imitando su tono—. Sólo he hablado con él en dos ocasiones. Prácticamente, no lo conozco

Jack la miró de arriba abajo y cogió su bolso. Lo abrió con brusquedad y sacó algo que debía ser importante porque su gesto cambió radicalmente.

—Pues yo creo que sí —situó la tarjeta de Wells delante de sus narices y la obligó a leer la frase que el hombre había escrito: *No voy a olvidarte fácilmente, llámame.*

—¿Y? —Beth no se alteró, lo observó respirar con dificultad. ¿A qué conclusión había llegado ese memo?

—Es increíble lo estúpido que soy. ¿Querías asegurarte un embarazo? —gritó pasándose la mano por el pelo. Al darse cuenta del exabrupto, bajó la voz y se calmó inesperadamente. Sus ojos reflejaban tal odio que Beth se estremeció—No sé lo que hago con alguien como tú.

Lo vio introducir la tarjeta en su bolso, después pareció pensarlo mejor. La sacó de nuevo y, con un brío desconocido, la convirtió en trocitos inverosímiles. No iba a ser posible que los armara como un puzle, eso estaba claro. Acto seguido, le dio la espalda.

Una rabia ciega y sorda se adueñó de Beth. Cerró la puerta de golpe y se situó delante impidiéndole salir. Antes de marcharse la iba a escuchar.

—No sé qué tiene que ver ese hombre con nosotros ni me importa —matizó sin perder los nervios—. Después de la ceremonia, he buscado una farmacia de guardia para comprar pastillas anticonceptivas y evitar hacerte padre. Sola, Jack, sin más compañía que la del chófer del hotel.

No había notado que agarraba fuertemente su bolso. Lo abrió y desde el aire tiró su contenido al suelo. Cogió la bolsa y extrajo la cajita. Situó las pastillas delante de su cara y depositó el ticket de compra entre sus dedos. Además de la dirección de la farmacia, el día y la hora figuraban en el papel.

Jack no dijo nada, la contempló en silencio.

—¿*Alguien como yo*, Jack? —le espetó abriendo la puerta—. Por mucho que lo intentes, jamás conseguirás estar a mi altura y, ahora, sal de mi vida.

Fue capaz de reconocer el estado de confusión que alteraba las facciones de su jefe. Y, también, la decisión que tomó en ese mismo instante. La iba a dejar marchar sin luchar, era cierto que no le importaba lo suficiente. Había sido su orgullo el único afectado al pensar que había estado con otro hombre. Que así fuera.

Se hizo a un lado y le dejó paso.

—Adiós, Jack —le dijo segura.

No recibió respuesta. Contempló su espalda mientras se alejaba por el pasillo. Seguía sin saber despedirse y eso que había utilizado el inglés.

Se dejó caer en la cama, cerró los ojos y respiró. No iba a llorar, en ese momento sus sentimientos no importaban demasiado. Tenía que decidir si tomaba las pastillas o no.

No supo el tiempo que había transcurrido. Oyó unos tacones acercarse por el pasillo y se puso en marcha. Abandonó la dichosa cajita sobre una silla y entró en el baño, después de una ducha se sentiría mejor. Volvería a casa, nunca le había gustado imponer su presencia a nadie y allí no pintaba nada. Ahora que lo pensaba mejor, hacía tiempo que no pintaba nada en la *W&W*.

Comenzó a sentirse avergonzada, un rubor caliente y molesto la estremeció hasta los huesos. De tener más orgullo, no habría vuelto a la Compañía después de escuchar los comentarios de Jack. En el fondo, había esperado un milagro y eso la hacía parecer tan patética que tuvo que sentarse para tomar fuerzas.

Ella esperando un milagro...Se rió de sí misma, como si no supiera nada de la vida.

Se desvistió con cuidado, el vestido era delicado y no quería rasgarlo. Una pequeña mancha en la combinación interior llamó su atención. De haber estado ahí cuando se la puso, se habría dado cuenta. Miró sus braguitas con ansiedad y constató sus sospechas. Por motivos que desconocía, su suerte mejoraba. La menstruación se le había adelantado más de diez días. Ya no iba a necesitar las pastillas.

Los milagros existían, pensó mientras las lágrimas barrían ya todas sus defensas.

Como en una nube, dejó su móvil en recepción. Lo introdujo en un sobre con el membrete del hotel y escribió el nombre del destinatario con pena, no volvería a verlo jamás. Él abandonaría España en unos meses y ella seguiría con su vida. Las aguas se encauzarían de nuevo, una charca no debe mezclarse con un océano. No es natural.

A las seis de una madrugada fría y estrellada tomó el vuelo a Granada con la sensación de que aquellos meses le habían servido para aprender una gran lección: si no quería acabar como su madre no debería comportarse como ella.

7

Miró hacia la pared del fondo, a la mesa junto al ventanal que daba a la calle, y suspiró. Un mes aguantando aquello era demasiado. Jack entraba en la cafetería a las ocho y cinco de la mañana y salía a las nueve en punto.

Maldita sea, ¿es que ese hombre no tenía reuniones a las que asistir? Si no recordaba mal, todas las mañanas a primera hora debía presidir una. Por cierto, bien provista de alimentos.

Al día siguiente de conseguir su nuevo empleo, Jack entró en el local como si lo tuviera por costumbre y así seguía. Se tomaba un café con leche acompañado de tostadas y cuando terminaba abría su ordenador y se ponía a trabajar.

Se sentía estúpidamente feliz y estúpidamente confundida.

Acordó con su nuevo compañero que lo atendería él. No sabía qué excusa utilizar pero no le hizo falta, el muchacho no preguntó. Gracias a Dios, la juventud no siempre estaba reñida con el entendimiento.

Fernando era extraordinariamente simpático y extrovertido, del tipo que dejaba a Mada sin respiración. Veinticinco años, uno ochenta, pelo castaño y ojos marrones; hasta ahí lo normal, pero eran su complexión atlética y su sonrisa las que te hacían mirarlo embobada. Entendía por qué lo habían contratado a él, lo que no entendía era por qué la habían contratado a ella. *La Tahona*, era una elegante cafetería-restaurant, que sugería cierta clase social. Trataba de ir siempre muy bien arreglada para no desentonar pero no terminaba de creerse que trabajara de cara al público en un lugar con aquellas pretensiones.

Lo que llevaba peor eran las semanas que le tocaba el turno de tarde, llegaba a casa de madrugada. Sin embargo, sus ahorros lo agradecían; esos días los pagaban mejor porque tenían que limpiar concienzudamente al terminar.

Después de despedirse de la *World & Wind* temió engrosar las listas del paro. Durante dos semanas no encontró nada que le permitiera seguir sufragando sus gastos y los de su madre. En la Corporación se portaron muy bien con ella. Deborah Watson ni mencionó su contrato (que expiraba cuando Jack abandonara España). La mujer hizo que le cumplimentaran la documentación como si la relación contractual hubiera llegado a su fin y así poder acceder al subsidio por desempleo. El padre de su compañera, el señor Armenteros de la Torre, no acababa de entenderlo, pero ella tampoco quiso explicárselo.

Philip la visitó en casa para proponerle volver a la cocina, se lo agradeció pero se negó categóricamente. La mirada apenada y comprensiva del hombre le dijo que los rumores habían llegado a la primera planta. No obstante, era agradable saber que aquel tipo serio y circunspecto siempre tendría un trabajo para ella.

—Encárgate tú de la mesa de la derecha, yo atenderé a tu enamorado.

Beth dio un respingo.

—Nada de bromas, Fernando —le susurró muy bajito—. No quiero que te oiga llamarlo así —ni se atrevió a repetir el apelativo.

Al mirar a su ex jefe se topó con sus ojos y se estremeció. La historia del perro seguía bullendo en su cabeza. Según Mathews, en el caso del chucho fueron seis meses de visitas diarias. En su caso, ¿qué hacía Jack perdiendo el tiempo cada mañana? No entendía nada, pero lo último que necesitaba era darle vueltas a la idea de que pudiera interesar a ese hombre de alguna manera. Tenía que pasar página, no rumiar teorías absurdas en las que se comparaba con un perro.

Mada encontraba la situación de lo más simple; debía enfrentarse a él de una vez por todas y acabar con aquel suplicio, pero le faltaba valor. La minúscula vocecilla en que se había convertido su conciencia le decía que aprovechara al máximo el sinsentido porque en cualquier momento aquel tipo atractivo y contradictorio desaparecería de su vida. De hecho, desde que se despertaba a las seis de la mañana hasta las ocho y cinco no volvía a respirar con tranquilidad.

—El tío no deja de mirarte. —Le sonrió su compañero—. No sé cómo quieres que lo llame. Además, no falla un día. Lo tienes loco por tus huesos, te lo digo yo...

La risa fácil del camarero la hizo esbozar una pequeña mueca. Y pensar que una de las cosas que le gustaron del local fue lo lejos que se encontraba de su antigua empresa.

Siguió trabajando sin perder de vista al hombre que la contemplaba abiertamente. En cuatro semanas no había hecho ademán alguno de acercarse a ella. ¿Qué esperaba que sucediera? ¿Qué perdiera los estribos y se enfrentara a él?... Madre mía, ¿sería capaz de aguantar otros cinco meses así? Esperaba que la referencia temporal al hablar del cachorro no fuera más que una exageración por parte de Sam. El sentido común le decía que tenía que olvidarlo y la zozobra que experimentaba cada mañana no ayudaba demasiado.

Ahora sabía exactamente lo que debió sentir aquel pobre animal: ¿se quedará conmigo o preferirá a una caniche con pedigrí? Buena pregunta, por cierto.

A las nueve en punto lo vio recoger sus cosas y marcharse lentamente, como si le costara trabajo. Un Mercedes plateado lo esperaba fuera. Algún día no muy lejano esa sería la última imagen que tendría de él, pensó deprimida.

Era extraño pero, transcurrida la primera hora, su vida volvía a la normalidad. Se había enganchado a su pequeña ración de sufrimiento diario, con ella no era feliz pero sin ella tampoco.

Vio a Mada entrar en el restaurante y sonrió. Desde que había cambiado de trabajo su compañera pasaba a recogerla. La casualidad había querido que la peluquería y el local estuvieran a cinco minutos. Empezaba a sentir por aquella muchacha verdadero cariño, era la primera persona que se interesaba por ella sin pedirle nada a cambio.

Mientras esperaba a que terminara su turno, Magdalena Armenteros acostumbraba a tomar un tentempié y a espiar a Fernando. Esa chica no iba a cambiar nunca. Enrojecida hasta las cejas lo admiraba en silencio mientras

engullía sus patatas chips. Beth comenzó a pensar que se protegía de la vida observando desde fuera, eso sí, siempre pertrechada de sus bolsas crujientes.

—Hemos quedado esta noche con los chicos —le dijo su compañera dándole un beso en la mejilla.

Beth la abrazó. Necesitaba darse un respiro, le vendría bien una salida nocturna.

—Perfecto, estoy harta de la monotonía —murmuró mientras volvía a la barra—. Te mando a Fernando.

Mada resopló pero asintió encantada. Sacó una minúscula bolsita de caramelos masticables y comenzó a mordisquearlos sin prestarles mucha atención. Los nervios la hacían consumir aquellas trampas culinarias que siempre tenía en las manos. Elisabeth limpió con brío el grifo de cerveza pensando en cómo acabar con los usos y costumbres de su querida amiga.

—Anima esa cara, en cuarenta minutos terminamos.

Se volvió hacia el muchacho y lo miró agradecida. No estaba muy acostumbrada a que repararan en su presencia.

—Tienes razón, además parezco más alta cuando sonrío. —Después de una broma como esa se vio obligada a hacerla realidad. Una expresión dulce y sincera transformó su cara y la iluminó por completo.

No supo cómo ocurrió pero el muchacho, en un arranque de osadía, le dio un pequeño beso en la mejilla. El gesto fue tan bello que lo miró sorprendida.

—Coca para Mada y unas almendras —susurró cortada.

Volvió a la limpieza del expositor y apartó la vista del hombre, no quería preguntarse lo que significaba la intensidad de su mirada.

—Vale, pero tengo que llevar unas cervezas a la mesa dos —le dijo el camarero señalando la bandeja con las bebidas—. Dame un segundo.

El aire se había enrarecido y la proximidad del muchacho la incomodaba.

—¿Beth?

—¿Sí?

—¿Estás evitando mirarme?

Lo miró y negó con la cabeza.

—No digas tonterías. Yo llevo las bebidas, tú encárgate de Mada. — Necesitaba alejarse y lo hizo sin dudarlo.

¿Qué acababa de suceder?

Trató de no pensar en nada y se dirigió a la mesa cercana al ventanal de la entrada.

El sonido de su lengua materna la tranquilizó. Los clientes de Fernando eran ingleses. Se había acostumbrado al español y se sorprendió gratamente.

¡Oh, Mierda!

Debía estar atontada para no darse cuenta de quién había entrado en el local.

Sam, dos tipos más y...Jack esperaban las cervezas charlando animadamente. Vaciló, ya estaba delante de ellos, no podía darse la vuelta. Respiró hondo y dejó los posavasos. Sam le guiñó un ojo y ella consiguió esbozar una sonrisa que, al menos, fue sincera. Si el abogado supiera por qué sonreía no estaría tan contento, le hubiera gustado tirarle la cerveza a la cabeza. ¿Qué necesidad tenía de conocer la maldita historia del perro?

—Buenas tardes, señores —saludó con su inglés más refinado—. Espero que todo sea de su agrado.

Su ex jefe le estaba dedicando un buen repaso mientras se removía nervioso en su asiento. De buena gana, habría vuelto a la barra pero no era propio de ella.

—Hola, Elisabeth —contestó Sam satisfecho—. Hacía tiempo que no te saludaba, aunque sé por Jack que te va bien.

Beth se sorprendió, y miró al ingeniero. La cara de Jack parecía turbada. En ese momento contemplaba al letrado como si quisiera agarrarlo del cuello

y estrangularlo. Apartó la mirada y se refrescó la memoria. Aquel hombre pensaba que no valía nada. Comenzó a sentirse más pequeña, tanto que estaba al borde del desmayo; su cuerpo temblaba y un sudor frío le recorría la espina dorsal. Aquello no tenía sentido, Si la despreciaba por qué no la dejaba en paz...

Hizo lo imposible por mantener la compostura. Jack permanecía callado, o mejor, tensamente callado. Veía sus nudillos blancos, su gesto ansioso, su mirada agresiva y comprendió el esfuerzo que estaba haciendo. Lo que no entendía era qué le costaba tanto trabajo, podía haber escogido el restaurante de Philip.

Terminó de servir las bebidas sin tirar ninguna al suelo y se alejó con la sensación de que le atravesaban la espalda. Esperaba que la flojedad de las piernas la atribuyeran a los tacones y no a que apenas podía andar bajo el peso de aquella mirada. Se habría sacado la camisa por fuera pero eso hubiera sido admitir que le afectaba su presencia. Los pantalones eran demasiado ceñidos y la camisa también, hasta ahora no se había dado cuenta.

Se escabulló dentro de la cocina, su compañero tendría que apañarse solo.

—¿Puedes llevar estos platos a la dos? —La cocinera le sonrió con simpatía y no pudo negarse. Confesar que se estaba escondiendo de unos ojos verdes que le impedían respirar con normalidad no la dejaría en buen lugar.

Atravesó el pasillo y salió decidida. Ella no había hecho nada salvo... mejor lo dejaba así.

—Yo me encargo, tu enamorado nos ha burlado a los dos —le dijo Fernando con una sonrisa socarrona—. No lo he reconocido de espaldas.

Ella tampoco. Dejó escapar un suspiro y le pasó la bandeja. Aquel chico se tenía ganado un trozo de cielo.

—Gracias, te debo una.

El muchacho asintió y enarcó una ceja.

—Algún día, deberías contarme de qué va esta movida —le susurró al

oído.

Beth sonrió de puro alivio. No iba a presionarla.

—De mi intimidad sólo hablo en mi lengua materna —enfaticó burlona—. Cuando la aprendas te pondré al corriente.

Era lo mismo que decirle que antes muerta. Fernando no tenía ni idea de otro idioma que no fuera el español. En la escuela debía haber sido un manta, *yes* y *no* constituían todos sus conocimientos acerca del inglés.

Su compañero movió la cabeza comprendiendo la negativa y se marchó con un plato de calamares y otro de langostinos que habían pedido en la mesa de su ex jefe.

Volvió a la barra. Miró a Mada que no perdía detalle de Jack y estuvo a punto de darle un buen coscorrón, el refresco continuaba entero. Su amiga estaba tan absorta en sus pesquisas que ni la miraba, la concentración no le daba para más. El reloj marcó las tres y volvió a respirar. Manuela no tardaría en llegar y podría salir huyendo.

No dejaba de mirar hacia la puerta. Atendió a un nuevo cliente y casi gruñó cuando vio llegar a su relevo.

—Antes de irnos... ¿le pregunto a ese capullo qué más quiere de ti? —La voz de su amiga la sobresaltó.

Beth abrió los ojos como platos.

—Te lo agradezco, pero prefiero que no lo hagas. —Comenzó a preocuparse. Esa loca estaba dispuesta a hacer lo que decía.

—Vale, vale, no te pongas nerviosa, pero sigo pensando que alguien debería ponerlo en su sitio.

—Mejor dejamos las cosas como están —manifestó con el corazón acelerado—. Estoy segura de que en poco tiempo se cansará de todo esto y desaparecerá. No puede ser de otra manera. —Bajó el tono de voz, era duro decirlo en voz alta. En realidad, no esperaba batir el record de los seis meses.

Su amiga la abrazó y ella se esforzó en no llorar.

—¿Estás bien?

Ni siquiera disimuló una sonrisa. No estaba bien, estaba peor. Negó con la cabeza y corrió al almacén en busca de su abrigo. Tenía que salir de allí.

El sonido de unos pasos la hizo girarse. Sam Mathews estaba apoyado en la pared y la miraba con expectación.

—No sé lo que sucedió en Barcelona ni necesito saberlo —musitó el abogado moviendo la cabeza—. Pero Jack está mal, ha vuelto a transformarse en lo que era hace dos años, cuando perdimos a Anne. —El suspiro del hombre la inquietó—. Tienes que hablar con él, no soporto verlo así.

Beth arrugó el ceño. Con la historia del perro tenía más que suficiente.

—No creo que tenga nada que ver conmigo —contestó sincera—. No sé lo que hacía Jack con *alguien como yo* —Le hubiera gustado evitarlo pero enrojeció al decirlo. La frase resonaba con fuerza en su cabeza. Jamás se había sentido más humillada.

El letrado se acercó y trató de cogerle la mano. El gesto la pilló desprevenida y tuvo que soportar que le apretara los dedos con fuerza.

—Te aseguro que había recuperado la ilusión —lo dijo con vehemencia—. Antes de ti su vida era un infierno.

Lo creyó. La intensidad al hablar, la forma de mirarla y de destrozar su mano... no mentían. Sin embargo, no era justo, ¿qué quería ese hombre de ella?

—De acuerdo Sam, dado que parece que tú lo haces conmigo, voy a confiar en ti. —Cogió aire y respiró hondo—. No era mi intención, pero os oí hablar en el piso de Jack. Te puedo refrescar la memoria, me llamaba renacuaja, que no era la mejor opción para intentarlo e incluso se refirió a mi madre, que como sabes... disfruta de unas vacaciones pagadas en Albolote.

La expresión del hombre no cambió.

—Así, que no estaba equivocado. —Elevó una ceja y la miró a los ojos—. Creí ver una sombra y supuse que eras tú. —Sonrió con ternura—.

Elisabeth, no prestaste atención cuando te hablé de Jack; sólo los hechos querida, sólo ellos te dirán lo que realmente siente. Hace unos minutos quería propinarle un puñetazo al muchacho que nos ha llevado los platos. ¿Te dice eso algo? Para un hombre que no se ha pegado jamás con nadie, que en un mes noquee a uno de tus admiradores y que ahora quiera repetir con otro, no está nada mal. Los hechos, Elisabeth, con mi hermano sólo los hechos. No lo olvides.

Beth comenzó a temblar sin control.

—Gracias, Sam —murmuró con voz entrecortada—. Pero no alcanzo a comprender lo que esperas de mí.

Lo miró con desaliento. Había tan poco que ella pudiera hacer.

—Te estoy diciendo que analices el comportamiento de Jack, que mires en tu interior y, si lo amas, que luches por él. Mi hermano no puede hacerlo, desde que perdió a su familia es incapaz de reconocer que necesita a alguien y yo no puedo meterte en una caja y regalarte en su cumpleaños. Esta vez no.

Maldita sea, no podía hablar y una lágrima eligió ese momento para deslizarse por su mejilla. Últimamente no parecía ella misma.

Sam la observó con preocupación.

—No deseo engañarte. Hago esto por Jack no por ti. Mi hermano parecía haber encontrado la paz que necesitaba y no puedo permanecer de brazos cruzados. Los dos sois unos idiotas, no hay más que ver cómo sufrís por separado. —suspiró ruidosamente—. Ha decidido adelantar su vuelta a casa, en unos días abandona España. Creo que espera que hagas algo, por eso acude a ti todos los días. Elisabeth, aunque te cueste creerlo, es su forma de pedirte ayuda.

Ya no había manera de impedir que las lágrimas destrozaran su maquillaje. Se apoyó en la pared y cerró los ojos. Odió al abogado con todas sus fuerzas, no sabía lo que le estaba haciendo, ella era tan incapaz como Jack de enfrentarse a sus sentimientos. De hecho, hasta ese momento, los llevaba bastante bien; eso sí, amordazados y reprimidos en el lugar más alejado de su corazón.

Sintió un beso en la frente y se negó a abrir los ojos hasta que escuchó el sonido de unos pasos alejándose por el pasillo. Acababa de destrozarle la vida; cómo luchar por un hombre como Jack cuando apenas soportaba su propia imagen en un espejo.

Se secó las lágrimas de un manotazo y respiró con fuerza. *Nadie podía hacerle daño porque nadie le importaba.* Y nadie era nadie.

Salió por la puerta de atrás y esperó a Mada junto al Focus. Le mandó un mensaje con su pequeño teléfono móvil —adquirido según la legalidad vigente— y aguardó impaciente a que su amiga apareciera y no se le hubiera ocurrido abrir una nueva bolsa de algo crujiente o dulce o de ambas cosas a la vez. Ansiaba cobijarse bajo las mantas de su cama, no volvería a sacar la cabeza hasta que dejara de pensar en amores imposibles y en luchas perdidas. Ella no se convertiría en una mendiga de afectos como Lily, siempre a la espera de que se produjera el milagro y sufriendo mientras tanto.

Sonrió de alivio cuando vio a su amiga. Se montó en el coche y se dejó aturdir por su cháchara intrascendente. Ambas sabían que lo necesitaba. Los cortes de pelo, las uñas postizas y los extensiones ocuparon su mente en la siguiente media hora. Bendita chica.

—Si no lo digo reviento —dijo Mada mientras se paraba en un semáforo—. Creo que le gustas. —La miró y movió la cabeza—. Lo digo en serio, cuando has desaparecido se ha puesto nervioso, incluso se ha acercado a la barra y ha preguntado por ti. No sé, Beth, en algún punto nos hemos equivocado.

Elisabeth contempló a su compañera con espanto. En su futuro más inmediato no estaba el hacer frente a sus carencias personales, ni siquiera se lo podía plantear sin que un miedo profundo la invadiera. Ella estaba preparada para perder, tal y como le había sucedido siempre. Era algo a lo que se había acostumbrado, sin sorpresas ni sobresaltos. No estaba capacitada para exigirse nada más.

Miró por la ventanilla y suspiró.

—Mido metro y medio. No conozco a mi padre y mi madre está en prisión. Me ganó la vida desde que cumplí los doce años haciendo todo tipo de cosas: he limpiado, he cuidado niños, incluso he llegado a pedir limosna... —confesó sin elevar la voz—. Todo lo que tengo se puede meter en una maleta, a veces pienso que si desapareciera nadie se molestaría en buscarme porque nadie repara en mí. ¿Me puedes decir cómo encaja un hombre como Jack Noyce en mi vida? Mada, él lo tiene todo, y yo, ya ves...

Su amiga puso el coche en marcha. Aceleró y paró bruscamente forzando que el vehículo de atrás frenara y pitara con hostilidad.

—¿Todo? No seas ingenua, no lo tendrá todo cuando no deja de buscarte.

Continuaron el trayecto en silencio. A Beth le hubiera gustado tener un interruptor en el pecho, lo habría apagado. Llevaba toda la vida huyendo de todo lo que podía hacerle daño y ahora no encontraba la manera de evitar aquel dolor que la consumía por dentro como si se tratara de una llama incandescente que no dejaba nada a su paso. Era cierto que no dejaba de buscarla...

—Las he encontrado en internet—dijo Mada mostrándole un folio.

Beth la esperaba en el salón y empezaba a impacientarse. Mientras ella aguardaba, su amiga se dedicaba a perder el tiempo buscando frasecitas por la red. Leyó alguna y la miró interrogante.

—No estamos analizando correctamente la situación. —Suspiró su amiga—. Aquí hay algo más que no vemos. He decidido investigar y darle un voto de confianza al abogado.

Elisabeth no sabía si reír o llorar. La investigación consistía en un montón de frases sueltas, a lo sumo, pensamientos bien hilvanados. Era todo un tanto grotesco pero le sirvió de excusa para abrazarla. Necesitaba sentir que no estaba sola.

—Gracias, Mada —susurró abrumada—. Prometo examinarlas a fondo y sacarles provecho.

Se había matriculado en una autoescuela para obtener el permiso de conducir, tenía que estudiar para febrero y no podía dejar de trabajar. A decir verdad, no veía necesidad alguna de perder más tiempo pero consideró una obligación echarles un vistazo. Su compañera brillaba como una bombilla y no sería ella quien la apagara.

—He subrayado las mejores —le dijo Mada convencida de la importancia de su hallazgo.

Efectivamente, dos párrafos estaban embadurnados de fluorescente amarillo. La miró a los ojos y no pudo evitar sonreír. Ella ganaba.

—Veamos la primera: *No creas en quien dice quererte, sino en quien lucha por tenerte* —leyó con voz almibarada.

Mierda. Tragó saliva y dejó de sonreír.

—¿Qué te parece? —le preguntó su compañera satisfecha—. Te va como anillo al dedo.

Beth bajó la vista al folio y pensó en la frase.

—No sé, Mada, no quiero agarrarme a un clavo ardiendo —murmuró titubeante—. ¿Debo creer que, por acudir a La Tahona, Jack está luchando por lo nuestro? Es una buena persona, podría sentirse avergonzado por pensar mal de mí, o incluso puede que se sienta responsable de mi despido voluntario. Cualquiera sabe.

Se miraron con la concentración del que está pensando en un buen argumento. Mada no encontró nada que la ayudara en su línea de pensamiento.

—Me temo que, en ese caso, nos queda la segunda reflexión —le dijo mientras se alejaba por el pasillo hacia la puerta — Y, que conste que no era la que más me gustaba.

Beth oyó el sonido de la puerta y leyó por curiosidad: *Si no luchas por lo que amas, entonces no llores por lo que pierdas.*

Salió detrás de su amiga con la sensación de que podría abofetear al responsable de la cita. ¿Y qué sucede cuando no se está preparado más que

para perder? porque esa era ella. Que alguien le explicara lo que debía hacer, por favor...

Habían quedado en el nuevo local de moda. Una discoteca de dos plantas con las paredes pintadas de grafitis urbanos en tonos negros, rojos y grises. Mónica les salió a su encuentro con un contoneo de caderas que les indicó que ya le había echado el ojo a algún afortunado.

—Llegáis tarde —las amonestó sonriente—. Hemos conocido a un grupo de universitarios de lo más simpáticos y vamos a entrar todos juntos.

Beth se dejó abrazar y miró hacia Roger. Su expresión bobalicona, rodeado de jovencitas con cara de ángel, la hizo sonreír.

—¡Menuda casualidad! Tu jefe se acerca, si quieres nos vamos a otro sitio. —Estaba tan absorta mirando a su amigo que se sobresaltó con la exclamación que le soltó Mada al oído.

Sabía que no sobresalía, sus tacones no daban para tanto y miró sin cortarse. Perdió el hilo de sus pensamientos. Jack vestía unos vaqueros desgastados y caídos en las caderas, camisa blanca y cazadora de cuero negro. Madre mía, con el pelo algo mojado y sin afeitarse, sus pómulos parecían más cuadrados y la pequeña hendidura de su barbilla se notaba a kilómetros. El interés femenino que generó a su paso la volvió a la realidad. Incluso recibió algunos chiflidos que lo hicieron sonreír. Había perdido la razón si creía que podía gustarle a ese adonis. Toda su vitalidad anterior se vino abajo.

Trató de aislarse en su mundo particular pero le resultó imposible. Detrás de Jack apareció Sarah con una sonrisa triunfal en la cara. Probablemente, porque había conseguido desbancar a Alexa que acompañaba a Sam y a otro hombre desconocido para Beth.

Observó cómo el grupo se saltaba la cola y entraba sin problemas en la discoteca. Sólo entonces se situó delante.

—Esto es tan grande que no creo que volvamos a verlo —reconoció con pesar—. Nos quedamos, estos chicos parecen buena gente.

Al cabo de una hora consiguieron entrar en el recinto. El interior estaba oscuro y las luces estroboscópicas le dañaron los ojos. Cuando consiguió acomodar su visión quedó fascinada por el lugar. Le gustó su estructura funcional. Una serie de pistas separadas por niveles escalonados ocupaban todo el espacio. Las barras se sucedían con la sinuosidad de un tren y la gente se distribuía a su alrededor. Dejaron los abrigos en el guardarropa y ocuparon una pequeña esquina cerca de las pistas.

Freddie y Roger intentaban ligar con las universitarias, Mónica estaba bailando con un chico musculoso y ella... Vale, ella buscaba, con la destreza de un periscopio, a Jack. Sólo quería asegurarse de que Sarah no volvía a tener otra oportunidad. La cara de la chica le había parecido demasiado complacida consigo misma y eso la tenía preocupada.

Descubrió a Mada comiéndose a un muchacho con la mirada. A su manera, era demasiado atrevida, algún día tendría problemas. Esa noche iba vestida con un mono negro que disimulaba sus kilos y le marcaba el pecho de forma descarada, que era lo que miraba el chico sin avergonzarse lo más mínimo.

Beth resopló con fuerza, tiró de su compañera y la apartó de la mirada lujuriosa del hombre.

—Vayamos a la barra —gritó en su oído.

Mada vaciló y Beth comprendió que sobraba.

—Ten cuidado, aplícate el consejo que me diste sobre mantener las piernas cerradas. —Le dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo—. Vuelvo enseguida con las bebidas.

Antes de subir las escaleras miró hacia atrás. Su compañera sonreía al chico con cara de lela. Se acercó a la barra suspirando, no sabía si desear que Mada triunfara esa noche o no, le daba miedo su vulnerabilidad.

Pidió un refresco para ella y un whisky con soda para su amiga. Tomó asiento en un taburete que acababa de quedarse libre y esperó observando a los camareros. Todos eran jóvenes y atractivos. Los chicos estaban muy musculados y las chicas muy escotadas. Favorecidos, pensó Beth, justo lo que

no era ella. En ese lugar no iba a encontrar trabajo.

Sintió la vibración del bolso y buscó su móvil.

Mada: *¡He ligado! Nos vemos en casa. Vuelve con los chicos, ni se te ocurra hacerlo sola.*

Se estiró sobre el taburete y trató de localizar a la descocada. Siempre igual, le faltaba medio metro para ver por encima de todas aquellas cabezas.

Beth: *Ok. Cuidado con las piernas y con los desconocidos...*

Mada: *Llevo un aerosol de pimienta regalo del señor Armenteros. No te preocupes, soy cinturón marrón y peso cerca de cien kilos, no hay quién pueda conmigo. Jajaja.*

Elisabeth no lo encontró gracioso. Aprovechó que la pared del fondo se había quedado desierta y arrastró sus dos bebidas con ella. Aquella iba a ser una noche larga y aburrida.

—¡Eh! preciosa. ¿Estás sola?

La pregunta la pilló desprevenida. Buscaba en su móvil algo que estudiar. Era un poco cutre pero mucho mejor que mirar a los camareros.

Beth se volvió hacia el muchacho y su aspecto la sorprendió. Miró a su alrededor y no descubrió amigos sonrientes ni embriagados que esperaran el resultado de alguna estúpida apuesta.

—No, mi chico no tardará en llegar. —Sonrió de su propia respuesta. Esperaba que la creyera y, si no lo hacía, tampoco importaba demasiado.

El tipo, un rubio alto y fornido de casi dos metros, le devolvió la sonrisa.

—Lástima, estaré cerca por si cambias de parecer o ...de novio.

Le resultó agradable sentir el cosquilleo de las palabras en su oído. Por un momento, le hubiera gustado que su pequeña mentira fuera verdad y que Jack —única imagen mental que había acudido en su ayuda— se le acercara, con esa mirada que derretía hasta las piedras, y le diera un beso en los labios hasta hacerla caer del taburete.

El favorecido se alejó unos metros y cuando comprobó que lo miraba se pavoneó mostrándole el material que había descartado. Beth no salía de su asombro, ese chico se había interesado en ella, era real. Claro, que tampoco la había visto de pie...

Se olvidó del macho alfa y se centró en sus apuntes. Llevarlos en el teléfono era una gran idea. Esa Navidad la habían contratado en La Tahona y no había estudiado más que unos temas. Pasó las páginas y comenzó a sentirse agobiada. Decir que iba retrasada era ser optimista. Observó a la gente divertirse y se vio a sí misma. ¿Qué hacía en aquel lugar?

Descendió del taburete con torpeza, cualquiera diría que estaba bebida. Un momento, miró los vasos y bufó como un toro, se había bebido el whisky de Mada sin pestañear siquiera. En las películas la gente tosía, hacía guiños, se atragantaba... Los genes eran una trampa mortal, acababa de descubrir que le gustaba el brebaje escocés. Su primera copa y se la había tomado sin sentir.

Aturdida por el descubrimiento se dirigió al guardarropa. Deseaba salir de allí, un poco de aire fresco no le vendría nada mal.

La chica del ropero había desaparecido. No se amedrentó y saltó detrás de la barra; ella misma buscaría su abrigo. El móvil eligió ese momento para vibrar con fuerza dentro de su bolso. Beth dio un respingo seguido de un traspié y pronto se hizo evidente que no iba a ser capaz de localizarlo si continuaba en posición vertical. Tomó asiento contra la pared y respiró para calmarse. Cuando consiguió descifrar el mensaje había transcurrido una eternidad.

Roger: *¿Dónde estás? Búscanos en la segunda planta, pista central.*

Beth: *kldmnd lljjdpñ*

Mejor dejaba la contestación para más tarde, se dijo incapaz de acertar en las teclas correctas. Estaba peor de lo que pensaba.

Se acomodó en el suelo con la ayuda de los abrigos que se habían deslizado de las perchas y durante unos minutos se sintió flotar en un limbo etéreo e ingravido. Aquello debía ser muy parecido al paraíso porque jamás se había sentido mejor en toda su vida.

Unas voces perturbaron su fiesta privada. Gruñó de enfado, nunca más volvería a beber, deberían dejar que experimentara aquella delicia sin interrupciones.

—¿Estás segura de que no es el padre? —la voz chillona de la mujer le atravesó la cabeza de lado a lado.

—No juegues conmigo, ambas sabemos cómo es Jack. ¿Dejar embarazada a una mujer por descuido? No me hagas reír.

De no encontrarse tan atontada, hubiera jurado que esa voz pertenecía a Sarah Parker.

—Lo sé, lo sé... pero le puede pasar a cualquiera, encontrarse en un pequeño aprieto, no disponer de preservativos, la chica pudo decirle que tomaba la píldora... Al fin y al cabo, es humano.

Beth no sabía qué pensar. Se movió con dificultad hacia su derecha y vislumbró la figura curvilínea de Alexa Gilliat. Borrachuza y todo, no se había equivocado, Sarah y Alexa hablaban sin bajar el tono, lo que les agradecía, por cierto.

—Todas sabemos que Jack no mantiene relaciones sin protección —puntualizó Sarah con un deje amargo—. Da igual que tomes la píldora o no, desde que aquella novia francesa intentó endosarle su embarazo ha cuidado escrupulosamente ese aspecto. ¿Contigo fue distinto?

Elisabeth dejó de respirar, le pareció muy atrevida la pregunta final. Se imaginó la cara de la ejecutiva pensando la respuesta.

—No, conmigo no fue distinto —expresó la mujer con cierta ironía—. Y me temo que contigo tampoco. Esperemos que no haya cambiado de política con Christina.

La voz de las mujeres se fue alejando gradualmente. Sabía lo que había oído, no era producto de su imaginación. Lo retendría en su memoria y reflexionaría sobre ello cuando la cabeza no le pesara tanto. Ahora, necesitaba coger su abrigo y salir de allí.

Se levantó con dificultad, echó un vistazo entre las prendas y al girarse

sonrió como una tonta. No se creía la facilidad con que se había topado con su chaqueta negra. Se la puso y con una seguridad que no tenía abandonó la discoteca.

Recibió el frío de la noche con menos placer del esperado. La sensación de mareo aumentó con el cambio de temperatura y supo que iba a vomitar. Hasta ahí había llegado su sensación de euforia. Qué poco duraba lo bueno, se repitió como una tonta mientras buscaba un sitio decente para aliviar su malestar.

—¿Elisabeth?

Aquello no podía estar pasándole. Ella con ganas de vomitar y Jack a su lado. ¿Es que ese hombre nunca se quedaba en el interior de los locales?

—Si no quieres que te salpique, deberías alejarte.

¿Había dicho eso? No volvería a ingerir alcohol en toda su vida.

—No te preocupes, me dejo salpicar —le dijo con media sonrisa.

El cariño que detectó en sus palabras la desestabilizó. Lo miró con los ojos muy abiertos antes de estrellarse contra el suelo. Unos brazos la sujetaron con firmeza y se dejó ir sin posibilidad de marcha atrás. Maldito whisky escocés.

Lo primero que se le pasó por la cabeza es que no fue tan terrible como cabía esperar. Los genes es lo que tienen.

Se incorporó y con expresión abochornada cogió la botella que le ofreció su salvador. Se enjuagó la boca y después bebió con ansia. Pues sí que era un tipo precavido, se dijo recordando la conversación de las dos mujeres, ir provisto del líquido elemento no era una cuestión baladí.

—Si tomas demasiada, empezarás de nuevo —le dijo quitándole el agua y cogiéndola en brazos como a un bebé—. Sigues siendo un peligro, no puedo dejarte sola.

Beth se acurrucó en sus brazos y cerró los ojos. Volvía a estar en la gloria.

—Es la primera vez que bebo —susurró bajito—. Y, claro que puedes dejarme sola, es lo que has hecho desde que me conoces.

Jack se paró en seco y la miró. Sus palabras lo sacudieron. Tenía razón, aunque solo a medias, por más que lo intentaba no conseguía apartarse de su lado. Era tan pequeña y tan preciosa y la echaba tanto de menos...

Un cosquilleo en la nariz la sobresaltó, trató de apartar la molestia pero no funcionó. La incomodidad se convirtió en fastidio y abrió los ojos de golpe. Lo último que esperaba era encontrarse abrazada a un torso masculino. El grito le salió solo.

Jack se removió con cuidado de no aplastarla y la miró fijamente.

—Buenos días —dijo dándole un beso en la sien—. ¿Cómo te encuentras?

Beth salió a toda prisa de la cama, aquello no estaba nada bien. Lamentablemente, no había previsto su desnudez, cogió un cojín que estaba tirado en el suelo y se lo puso a modo de parapeto; algo era algo, ese hombre no le había dejado ni las bragas.

—Hemos... Buenos días, nosotros hemos...—resopló sofocada—. Quiero decir...nosotros...

Jack se estiró en la cama. Aquella renacuaja era el ser más sensual que había tenido el placer de admirar en toda su vida. El trozo de tela apenas tapaba sus senos y el nerviosismo hacía que por momentos vislumbrara su monte de Venus. El tirón de su entrepierna le recordó que estaba vivo y que deseaba a aquella mujer con locura. Se apoyó en el cabecero de la cama sintiendo su masculinidad hinchada y dolorida y la contempló satisfecho.

—Puedo ayudarte, si no me equivoco quieres saber si hemos mantenido relaciones sexuales satisfactorias y plenas—preguntó mirándola con los ojos entornados.

Beth asintió mientras buscaba algo con lo que cubrirse, a ser posible más grande que aquella ridícula almohadilla

—Desgraciadamente, anoche no estabas en las mejores condiciones— murmuró Jack con la voz rota por el deseo —. Y yo no suelo aprovecharme de mujeres bebidas. No, Elisabeth, anoche no hicimos nada, salvo dormir.

Si no le doliera tanto la cabeza hubiera gritado de satisfacción. Gracias a Dios, mantenía la poca dignidad que le quedaba, no había practicado sexo con aquel hombre.

La camisa de Jack se encontraba a los pies de la cama. Se agachó sin revelar demasiado y trató de ponérsela, lo que no era nada fácil con un cojín encima. La dificultad hizo exclamar a Jack en varias ocasiones. En vista de la situación, se impuso no mirarlo pero aquello no funcionaba, cuando no mostraba un pecho mostraba los dos. Al final se rindió, estaba haciendo el ridículo y los suspiros del hombre le dejaban muy claro que era peor imaginar que ver. Así, que dejó caer su defensa y se puso la camisa con naturalidad.

Cuando recuperó el recato y le echó un vistazo de forma disimulada, comprendió que no era tan natural para él como para ella. Una gran erección se elevaba bajo la sábana y su cara se había crispado hasta parecer la de un sátiro. Se sorprendió, que su cuerpo hubiera originado aquella exaltación no era lo que hubiera esperado de una chica de segunda.

—Pues en ese caso, no comprendo por qué estoy completamente desnuda ni por qué hemos dormido juntos —murmuró apartando los ojos del contorno proyectado entre las sábanas.

No quería mirar su cuerpo, aunque cualquiera diría que el hombre disfrutaba con ello. Se acariciaba el torso con lentitud y, salvo el pene, todo lo demás estaba a la vista. Sus piernas largas y musculosas atrajeron su atención. Suspiró sofocada y dio una vuelta alrededor de la cama buscando su ropa. Tenía que salir de allí cuanto antes, no iba a regalar más sexo ni de primera ni de segunda.

—¡Oh, eso! —Sonrió Jack como si fuera una cuestión menor—. Tu vestido quedó hecho un asco después de la vomitona. —No recordaba nada al respecto—. Además, parece desconocer que existe una sofisticada prenda llamada sujetador y...bueno, me apetecía sentirte junto a mí.

Beth se paró frente a él y lo miró fijamente. La mezcla de timidez y deseo

que descubrió en su cara la desorientó.

—Estupendo, me quitas el vestido y ya puestos, también las bragas — gritó indignada—. Y para hacerlo más interesante decides unirte a la fiesta. ¿Cuántos dormitorios tiene esta casa? ¿Recuerdo bien si digo diez?

Jack vislumbraba su silueta a través de la camisa y guardó silencio. Con tantos aspavientos, sus senos, llenos y turgentes, se movían a un ritmo que lo estaban volviendo loco. Sabía que Elisabeth esperaba una respuesta pero era difícil justificarse cuando lo único que ocupaba su mente era el deseo de adentrarse en ella hasta dejarla sin habla.

—Unos cuantos —dijo sin perderla de vista—. Si quieres saber la verdad, fuiste tú la que me impidió ocupar otra cama.

Beth escudriñó su cara y por alguna extraña razón supo que no mentía, lo que era todavía peor. Detectó su vestido colgado del pomo de la puerta y corrió hacia él. Se lo pondría como estuviera, lo único que importaba era salir de allí.

En el instante en que tocó la prenda, una mano la detuvo.

—Elisabeth, no puedes dejarme, te espero desde anoche —susurró Jack mientras la atraía hacia él y la elevaba a su altura—. En realidad, llevo esperándote toda la vida.

Beth se quedó muy quieta entre sus brazos. La última frase la había dicho más para él que para ella y estaba impresionada. Por un segundo se sintió desfallecer, sería tan fácil rendirse. Ese hombre desaparecería en unos días y no volvería a verlo nunca más.

¡Oh, Dios mío!

Nunca más era demasiado. No volver a ver su cara, su sonrisa, su mirada encendida cuando la observaba. Sintió que la angustia le dificultaba el paso del aire. Ese hombre absolutamente devastador iba a desaparecer de su vida para siempre.

El roce de su pene en su vientre la situó en el contexto correcto. Jack estaba desnudo, sentía su cuerpo adaptarse a cada uno de los recovecos

musculados del hombre y suspiró atontada. Harían el amor hasta alcanzar esas cotas inimaginables y después, él abandonaría España. Se vio a sí misma esperando su vuelta, paseando todos los fines de semana cerca de su casa y, sobre todo, manteniendo la esperanza de que no la hubiera olvidado. No le gustó esa mujer, le recordó demasiado a otra que conocía demasiado bien.

—Lo siento, Jack —declaró mirándolo de cerca—. No deseo prolongar lo que sea esto. Tú no estás preparado y yo tampoco.

No quería dejarla en el suelo, la mantenía fuertemente estrechada y Beth comenzó a sentirse agobiada. Le puso las manos en los hombros y lo contempló apenada.

—Vamos, Jack —musitó nerviosa—. No significo nada para ti, deja que me marche. —Iba a llorar—. Voy mal de tiempo, es sábado y debo visitar a mi madre.

El cerco de los brazos del hombre se hizo más fuerte. Enterró su cabeza entre sus pechos y lo sintió respirar con dificultad.

—Vuelvo a Estados Unidos en unos días. —Maldita sea, sus ojos la iban a quemar—. Eres mi única amiga, no puedo separarme aún de ti.

¿Amiga? Iba a gritar de impotencia.

Y es lo que estaba a punto de hacer cuando las palabras de Sam la asaltaron con virulencia. *Sólo los hechos, sólo los hechos*, se dijo confundida. No quería que se fuera, sentía sus brazos convertidos en auténticas cadenas alrededor de su cuerpo. ¿La necesitaba o sólo era sexo?

—Si quieres podemos comer juntos, pero ahora me tengo que marchar, mi querida madre me espera —suspiró, no tenía nada de lo que avergonzarse, ella no era Lily.

Debía ser masoca porque espió su gesto a la espera de detectar el rechazo. Se sintió algo decepcionada, ese hombre no reveló más que alivio. Lo vio respirar más tranquilo, incluso sonrió cuando la depositó en el suelo y le estiró la camisa para cubrir su pubis.

—Te acompaño —musitó sobre su cabello.

Escuchó sus palabras con estupefacción, no sabía lo que decía.

—Jack, mi madre está cumpliendo condena en la cárcel de Albolote —A excepción de la vez que se lo contó a Mada, nunca lo había dicho en voz alta—. Créeme, no quieres acompañarme. Te llamaré cuando acabe.

Jack le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Te acompaño —repitió con intensidad. Después le dio un pequeño beso en la nariz que la dejó temblando.

Sólo los hechos, se recordó Beth a punto del desmayo.

8

—Pareces distraída.

La voz de Leonora la sacó de la ensoñación. Jack la esperaba en la entrada de la prisión, claro que estaba distraída.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —A fin de cuentas, si de algo sabía su progenitora era de hombres.

Sintió sus ojos azules sobre ella, nunca los había visto más despejados e inquietos.

—Cariño, me muero por ejercer de madre. Puedes hacerme millones de preguntas. —Sonrió abatida—. Me duele reconocer que te debo muchas respuestas.

Beth la contempló, una vez más, sin dar crédito. Realmente, aquella bella mujer que le hablaba con preocupación era su madre, su alocada e intensa Lily.

—¿Qué puede hacer que un hombre quiera estar con una mujer? —Al darse cuenta de lo obvia que era la respuesta movió la cabeza con pesar—. Me refiero cuando ya ha mantenido sexo con ella y, sobre todo, cuando podría estar con otras mujeres mucho más atractivas.

Leonora arrugó el ceño. Elisabeth sintió que la traspasaba con la mirada y se obligó a poner cara de póker; había dado demasiadas pistas.

—Veamos si lo he entendido —dijo su madre sin perderse ni uno solo de sus gestos—. Has mantenido relaciones sexuales con un hombre que desea permanecer a tu lado y te preguntas por qué sigue contigo pudiendo estar con otras mujeres a las que consideras más bellas que tú.

Lo dicho, demasiadas pistas.

—Algo así —susurró en voz baja sintiéndose muy pequeñita. Aunque el resumen no había sonado tan mal.

—Mírame —Beth hizo un esfuerzo y elevó la mirada. Los ojos de Leonora brillaban emocionados. Sintió un fuerte cosquilleo en el corazón y le sonrió agradecida—. Algunos también se enamoran, lo he comprendido demasiado tarde. Sin embargo, lo que más me ha costado asimilar es que todos nos merecemos que nos pasen cosas buenas. Tú eres mi cosa buena Elisabeth, sin ti no lo hubiera logrado. —El suspiro de su madre la sorprendió, hablaba con una gravedad nueva y desconocida—. Cariño, espero que no te hayas convertido en una muchacha desconfiada por mi culpa. Cuando te miro veo a una auténtica mujer que sabe apreciar el valor de las cosas y eso hace que me sienta la madre más orgullosa de la tierra. Bien sabe Dios, que cada día me pregunto cómo has podido criarte tú sola y hacerlo tan bien. Elisabeth, tu bondad es indiscutible y sale a borbotones de ti. Pero eso no es todo, últimamente has engordado y desde que te cuidas te has convertido en una belleza, de acuerdo que eres una belleza bajita pero quién quiere sobresalir dos metros...

Abrazó a su madre con fuerza y lloraron juntas. El pasado no existía, lo había sustituido la esperanza de que las cosas empezaran a mejorar.

Curioso, eso de empezar llorando y acabar sonriendo.

—¿Debo deducir de tus palabras que estás enamorada? —preguntó Elisabeth perpleja. Aunque le caía bien el funcionario, era demasiado tarde para creer en los cuentos de hadas.

Leonora se limpió las lágrimas y la miró con los ojos entornados.

—Cada mañana me levanto con la seguridad de que lo veré y eso hace que no me afecten los muros de esta prisión —la que hablaba era su madre pero parecía otra—. Estoy más que enamorada de Miguel, ese hombre ha conseguido que crea en mí misma y eso es algo que ya no esperaba. Lo admiro, lo amo y lo respeto; es mucho más que amor, mucho más...

Beth la miró asombrada. El alivio y la vergüenza que sentía con cada encierro de Lily habían sido sustituidos por una necesidad imperiosa de dar las gracias por su última condena. En esa ocasión, sí estaba vislumbrando la función de reinserción que se suponía debía cumplir toda pena privativa de libertad. Lily había desaparecido para convertirse en Leonora, y Leonora

siempre había sido su madre.

Salió al exterior sintiéndose satisfecha. No se iba a quedar con el tipo impresionante que la esperaba al otro lado de la valla, pero su madre saldría en unos meses con algo más que humo en la cabeza y ella terminaría su carrera y buscaría un buen empleo. No estaba nada mal para dos desarraigadas.

Sintió la mirada de Jack y alzó la cabeza. Llevaba doce centímetros de tacón, empezaría a usar zapatos más bajos, le dolía la espalda y estaba harta de hacer el idiota. Había dejado pasar su cita con el especialista en Endocrinología, volvería a solicitarla y haría frente al resultado de las pruebas. Además, ayudaría a su querida y apreciada Mada. No iba a consentir que siguiera comiendo sin parar, se había acabado el mirar hacia otro lado. Tenía una vida por la que luchar.

Jack debió notar su ebullición interior porque la contempló preocupado.

—¿Cómo estás?

Beth sonrió. Le había cogido las manos y la miraba como si llegara de otro planeta, se vio obligada a contestar.

—Estoy bien, siempre es un placer ver a mi madre. —No mentía, era la mujer más bella del mundo y ese hombre no necesitaba saber que, sólo recientemente, daba gusto hablar con ella.

Jack la abrazó con fuerza. Después de escudriñarla con intensidad, abrió las puertas del Mercedes y puso el vehículo en marcha.

—Me alegra que no te afecte, debe ser duro tener que visitarla en una prisión.

Elisabeth permaneció callada, no iba a compartir con él sus orígenes inciertos. No, conociendo su opinión sobre ella. Sin embargo, al cabo de unos minutos, se hizo evidente que el hombre aguardaba una respuesta, incluso el ruido del motor se oía más apagado. Iba a tener que decir alguna cosa.

—En dos meses habrá cumplido su condena —explicó con sinceridad—. Y está más que preparada para empezar de cero. Le irá bien. Yo no sé lo que haré, probablemente vuelva a Manchester.

El frenazo del coche la lanzó contra la luna delantera. De no llevar el cinturón, en ese momento se estaría quitando cristales de la frente.

—¡Dios mío, Jack! deberías conducir con cuidado. En la autoescuela me han enseñado que no se puede frenar de esa manera.

La agitación del hombre hizo que Beth lo observara con curiosidad.

—¿Manchester, Reino Unido? —gritó mientras paraba el vehículo en el arcén—. ¿Una autoescuela?

Elisabeth miró su rostro desencajado y se sintió perdida. ¿Qué podía importarle a él que volviera a casa? Lo de la autoescuela lo entendía todavía menos.

—Jack, vine a España por mi madre —informó nerviosa—. Ella parece haber encontrado aquí la estabilidad que necesitaba. Sin embargo, como bien sabes, yo no tengo el trabajo del siglo, soy una simple y orgullosa camarera. No hay nada que me retenga en este maravilloso país y Manchester es una tierra llena de posibilidades en el ámbito empresarial.

Jack agarraba el volante con fuerza. Beth comprendió el esfuerzo que estaba haciendo cuando vio sus nudillos blancos.

—Sí, no puedo negar que es uno de los mejores lugares del mundo para montar un negocio, pero prefiero que trabajes conmigo —susurró sin dejar de mirarla—. Acaba tus estudios y considérate contratada por mi empresa. Puedes elegir el puesto que desees.

Su exjefe la contemplaba con gesto ansioso y el desconcierto de Elisabeth aumentaba por momentos, no comprendía por qué se sentía responsable de ella.

—Gracias, Jack —contestó muy seria—. Lo pensaré.

Era mejor dejarlo así. No aceptaría volver a trabajar con él; necesitaba olvidarlo, no anclarlo a su vida.

—Bien. En cuanto a la autoescuela, no puede instruirte cualquier inepto —puntualizó con la cara desencajada—. Arthur lo hará.

Elisabeth estaba a punto de perder el control. ¿Desde cuándo le había otorgado algún poder para decidir sobre su vida con aquella facilidad?

—Esto...Jack, creo que te estás extralimitando. —Bastante, pensó alucinada—. No me va a enseñar a conducir tu chófer, ya tengo un profesor que lo hace de maravilla.

Le sostuvo la mirada. Aquello no tenía sentido.

—Conducir... es peligroso —su voz sonó angustiada—. No puedo permitir que sufras un accidente.

Beth intuyó que no hablaba de ella. Ese hombre no había superado la muerte de su hermana. Las palabras de Sarah la aguijonearon, ¿podía ser verdad que se la recordara?

Se desabrochó el cinturón y lo abrazó. Jack la incrustó en su pecho con tal fuerza que durante unos segundos le impidió respirar. Cuando aflojó el agarre lo miró con cariño, percibía su tormento y quería ayudarlo.

—Conduzco a la velocidad de una tortuga. —Sonrió bajito—. No debes preocuparte por mí, para cuando esté en condiciones de correr como una liebre seré toda una experta.

Jack había cerrado los ojos. Su pecho subía y bajaba a gran velocidad. Beth comprendió que estaba muy lejos de allí. Quizá, junto a su hermana, reviviendo sus últimos momentos. Tenía que consolarlo, poco importaba que la considerara de segunda, su gesto reflejaba una agonía tan dolorosa que rompió una de sus reglas.

—¿Qué sucedió Jack? —Aguantó la respiración, se sentía muy violenta. Nunca se había inmiscuido en la intimidad de otra persona y no sabía qué podía esperar.

Lo vio removerse inquieto en el asiento y abrir los ojos de golpe. El brillo de sus pupilas consiguió el milagro de que se vieran doradas. Enseguida, las lágrimas anegaron sus ojos y se deslizaron con lentitud por sus mejillas.

Beth se sintió fatal. Se acomodó en su regazo y lo abrazó con ternura. No

estaba tan mal eso de ser pequeña. Sabía que su contacto le estaba haciendo bien porque comenzó a notar su repentina calma.

—Mi hermana jugaba en el equipo de baloncesto de la universidad —la tranquilidad con la que hablaba contrastaba con la rigidez de su cuerpo—. Por mi culpa había llegado tarde a varios entrenamientos y, un buen día, decidió... no esperar más. —Se le quebró la voz y la abrazó con fuerza —. Se me olvidó, se me olvidó el maldito entrenamiento. Elisabeth, mientras yo estaba retozando con mi nueva conquista, mi hermana pequeña... chocaba con otro vehículo en la autopista. Ni siquiera llamó a Arthur, estaba enfadada conmigo y quería demostrármelo.

No añadió nada más, no podía. Había vuelto a reclinarsse en el asiento y mantenía los ojos cerrados. Beth no sabía qué hacer. La había dejado fuera de juego; jamás hubiera esperado que compartiera con ella semejante intimidad.

Ahora lo comprendía mejor, se sentía responsable de la muerte de su hermana, no era tan simple como no haber superado su pérdida. Al mirar su rostro contraído por el sufrimiento, Beth supo que no podía seguir mintiéndose, amaba a ese hombre. Había sucedido sin darse cuenta y sin estar preparada, pero maldita sea, había sucedido. Era consciente de que en unos días desaparecería de su vida, y eso lo hacía aún más cruel.

Jack se limpió los ojos con los dedos en un gesto que le recordó al de un niño pequeño y se sintió desolada. La necesidad de ayudarlo sustituyó cualquier otro pensamiento coherente.

—Imagino que debe ser difícil convivir con algo así. —La voz de la muchacha lo sobresaltó, clavó en ella sus pupilas verdes y esperó, acaso, un milagro—. Durante mucho tiempo, me sentí responsable de que mi madre acabara siendo una prostituta. Si no se hubiera quedado embarazada, mi abuelo -un estricto hombre de negocios con una honra que preservar- no la habría echado de casa y su vida no se habría convertido en una desafortunada colección de errores. —En la mirada de Jack no se apreciaba más que respeto, lo que agradeció porque no era fácil hablar de aquello—. Siempre me he sentido culpable por haber nacido. Por eso, no dudé en dejarlo todo para acompañarla—confesó emocionada—. Fíjate, he dicho desafortunada colección de errores, de mi madre Jack, no míos. Tu hermana se equivocó al

no esperarte y conducir ese día o, quizá, sólo fuera un maldito accidente. No importa lo que estuvieras haciendo; visitando niños enfermos o practicando sexo con tu novia, los accidentes no se pueden evitar, por eso son tan lamentables. Si no la haces responsable a ella, pregúntate por qué lo eres tú. Fue un accidente Jack, debes asumirlo y perdonaros a los dos.

Los siguientes minutos fueron extraños. El tiempo pareció detenerse, un repentino silencio los rodeó, ni siquiera se escuchaba el ruido de los coches circulando por la autovía. Beth se quedó muy quieta, vigilaba a Jack. Lo primero que notó es que su respiración se suavizaba, incluso sus rasgos se veían más relajados. Se atrevió a acariciar su cara y suspiró aliviada, no sabía lo que acababa de suceder, pero ya había pasado.

—¿Por qué has tardado tanto en aparecer en mi vida? —murmuró Jack con la voz ronca.

Elisabeth sintió pánico, su mirada le decía tantas cosas y tan disparatadas que debía de estar interpretando mal el mensaje.

—Señor Noyce, tengo veintidós años —susurró, sin apartar los ojos de su rostro—. He aparecido justo a tiempo.

Jack asintió. Su expresión pensativa la inquietó. Aprovechó el lapsus para volver a su asiento y ajustarse el cinturón. Seguían parados y su acompañante no parecía muy dispuesto a ponerse en marcha. Echó un vistazo a su alrededor y se sintió nerviosa, si continuaba mirándola de esa manera prefería volver andando.

—Lamento lo que sucedió en Barcelona —le oyó decir con cautela.

Elisabeth lo miró confundida.

—Sí, yo también —contestó sin pensarlo demasiado—. Imagino que eso demuestra que algunos caminos no deben cruzarse.

Su sonrisa la pilló desprevenida. Estaba tan pasmada que no hizo nada cuando Jack le desabrochó el cinturón de seguridad y la atrajo hacia él. Enredó las manos en su pelo y la besó con desesperación. Beth trató de impedirlo, no podía sufrir más y aquel juego era demasiado peligroso. Lo sintió suspirar como si hubiera encontrado lo que buscaba y se rindió. A la

mierda con todo. Le devolvió la caricia sin dejarse nada dentro. Al fin y al cabo, sólo hacía unos minutos que había descubierto que lo amaba, aquello no podía estar mal.

—No, sólo demuestra que soy un grandísimo tonto —musitó Jack sobre sus labios.

Dicho lo cual, le mordió el labio inferior y se lo acarició con el dedo índice. Entonces, la contempló con una intensidad que le dio miedo. Jack pareció comprender que se estaba pasando, porque le dedicó una sonrisa destinada a tranquilizarla. Alborotó su cabello y la dejó en su asiento.

—Me gustan tus rizos —declaró risueño.

Beth no sabía qué pensar. En aquel momento le bastaba con dejar de temblar. Se colocó el cinturón por enésima vez y se concentró en el paisaje que iba apareciendo por la ventanilla del coche. Lo amaba, aunque hubiera preferido permanecer en la ignorancia.

Una valla publicitaria con la imagen de un ascensor le recordó cómo se conocieron. Desde entonces, habían sucedido muchas cosas, pero en todas ellas había sentido la atracción de ese hombre por ella. *Los hechos*, se dijo pensativa. Pues, los hechos estaban muy claros: Jack no dejaba de buscarla. El suspiro que se le escapó sonó a lamento. Su acompañante bajó el volumen de la música y le habló mientras miraba por el espejo retrovisor.

—Dime que eso no lo he causado yo —sonaba preocupado.

Desnudar su alma era imposible, así que echó mano del siguiente incidente que la tenía destrozada.

—Anoche cogí la cazadora de otra persona —declaró descompuesta—. Es mucho más fea y mucho más vieja que la mía. —Volvió a suspirar—. No creo que lo entiendas pero llevaba mucho tiempo sin comprarme nada y esa chaqueta consiguió que tocara mis ahorros. Te aseguro que eso es mucho tratándose de mí.

Jack apartó la mirada y frunció el ceño.

—Vuelve a trabajar conmigo —soltó de pronto—. Sé mi asistente de

nuevo. Te prometo que esta vez lo haremos mejor.

Beth se agarró con fuerza a la puerta y respiró despacio. En el mundo de Sam Mathews, aquella proposición debía significar algo. En el suyo, ni en sus sueños más descabellados cabía esperar que ese hombre sintiera algo por ella.

—Jack, te vas en unos días y ya lo hemos intentado una vez. No creo que debamos repetir —apenas pudo articular las palabras, sería tan fácil decir que sí.

Esperó en vano su respuesta. Lo vio subir el sonido de la música en el volante y eludir sus palabras deliberadamente.

El resto del viaje lo utilizó para realizar un estudio a fondo de los arañazos que presentaba su nueva cazadora: treinta y siete líneas delgadas y blanquecinas de tela sin piel. Maldita sea, eso de beber le había costado ciento cincuenta euros.

—Me niego a acompañarte con la misma ropa —lo dijo seriamente. Había limpiado el vestido con una toalla pero no podía olvidar la causa de las manchas. Además, no se había duchado y, para ser sincera consigo misma, necesitaba pisar su casa y reflexionar sobre su descubrimiento. Una hora, no pedía más, después almorzaría con él y le diría *au revoir* para siempre—. También necesito una ducha, es lo que hago después de visitar una prisión, y no me preguntes por qué.

Llevaba más de diez minutos pidiendo algo de tiempo y sólo la mención de la cárcel lo consiguió. Tendría su hora, lo supo por su expresión. La había entendido.

—De acuerdo, te acompaño a tu casa—repuso tan tranquilo—. Necesito mirar unos contratos.

Beth exhaló el aire con fuerza. *Los hechos, los hechos...* pues los hechos la estaban agobiando. Ese tío no quería alejarse de ella. Claro, que saber por qué era la clave de todo. ¿Porque la consideraba una *amiga*? Venga ya, ni ella podía creer semejante tontería.

Jack, Jack, me estás volviendo loca...

—También te puedes quedar en el bar de la esquina que hay cerca de casa —estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de conseguir algo de intimidad—. Tiene grandes ventanales y unas magníficas vistas a la plazuela. Es perfecto para esperarme, yo tardaré muy poco.

Se habían bajado del vehículo y estaban en la entrada de uno de los restaurantes más exclusivos de la Gran Vía.

Jack se acercó a ella despacio, sólo se detuvo cuando sus cuerpos estuvieron pegados. Su cara se mostraba turbada. Era increíble pero parecía un muchacho tímido y reservado.

—¿Puedo acompañarte, por favor? No deseo quedarme solo.

No sabía ni por qué se esforzaba. Comprendió que había perdido al mirarle la cara. Un gesto parecido debía poner el cachorro que Sam le regaló.

—Claro, Jack. —Suspiró sintiéndose perdida.

Lo vio sonreír con alegría y el corazón le latió acelerado. No iba a pensar en ninguna teoría extraña, no le haría ningún bien.

Estaban muy cerca del Campo del Príncipe. Sin embargo, encontrar aparcamiento no iba a ser fácil; los fines de semana, aquella zona se llenaba de turistas y locales en busca de diversión. Después de dar varias vueltas y comprender lo imposible de la misión, tuvieron que alejarse para encontrar un sitio donde estacionar el Mercedes.

—Mi primer coche será diminuto, aparco de pena —reconoció Beth después de comprobar la pericia de su acompañante al acomodar el vehículo en un espacio muy reducido.

Jack le echó el brazo por los hombros y la atrajo hacia su costado. Era difícil andar de aquella manera pero al hombre no parecía afectarle y a ella le daba igual, en unos días desaparecería de su vida, aunque la aplastara no se quejaría.

—Trabaja para mí y no necesitarás aparcamiento —susurró besándola en el

pelo —. Tendrás chófer, y cuando te quejes te proporcionaré un vehículo que aparque solo. Problema resuelto.

Lo contempló desde abajo y no pudo evitar devolverle la sonrisa. Daba gusto mirarlo, se veía feliz. Sus ojos verdes brillaban con intensidad y su boca se distendía en una bella mueca. Desde esa perspectiva, la cicatriz de su barbilla se apreciaba mejor. Los hoyuelos eran otra historia, la tenían tan atontada que estuvo a punto de llorar ante tanta hermosura. ¿Qué había hecho ella para merecerse algo así?

Jack debió notar su arrobo porque se paró y la miró mosqueado.

—¿Qué?

Elisabeth no supo qué contestar. No esperaba que la pillara in fraganti.

—Me pareces demasiado guapo y eso me afecta —musitó abatida—. No sé lo que haces conmigo.

Jack la repasó en silencio. Su piel limpia y exquisita, sus grandes ojos azulados o grisáceos, no lo tenía claro. Su nariz pequeña y elegante. Su boca, madre mía, su boca grande y sensual de labios carnosos. Los dientes muy blancos y algo separados que le daban aspecto de duendecillo, y su cabello, rizado y abundante de un color imposible.

Continuó con el resto del cuerpo. Era casi escultural, no podía medir más porque entonces sería perfecta. Le dio pánico imaginarla más alta y más segura de sí. Por Dios, no la quería de otra manera, así ya le imponía demasiado. No sabía cuándo había sucedido pero se había transformado en una belleza. Era distinta, de una manera única y especial. Y, era suya.

—Pues ya somos dos —suspiró conmocionado. Se agachó y depositó un besito tierno en sus labios.

La ligereza de la caricia la puso muy nerviosa. Eso o que lo había creído, no lo tenía muy claro. ¿Sería posible que la encontrara atractiva?

Su compañera no estaba en casa. Le había dejado un mensaje en el móvil que saltó en cuanto lo enchufó a la corriente.

Mada: *Sigo con mi chico. Creo que le gusto, cruza los dedos. Nos vemos el domingo. Soy felizzzzzzzz.*

Beth sonrió mientras se desnudaba para entrar en la ducha. Esa chica valía su peso en oro, ya era hora de que alguien se diera cuenta.

Se enjabonó con brío y terminó en pocos minutos. Jack la esperaba en la cocina acompañado de una cerveza y de una bolsa de patatas chips de su amiga. Tenía tantas que no creía que la echara en falta.

Era cierto que debía revisar unos contratos y también lo era que se trataba de un tipo precavido que llevaba consigo un ordenador tan sofisticado que, probablemente, costara más que todo el apartamento. Lo dejó sentado a la mesa, disfrutando de la luz que entraba a raudales por la ventana. La atmósfera de la cocina era tan cálida y tan agradable que Beth se volvió varias veces antes de abandonar la estancia, parecía irreal.

Qué ponerse era un problema. Recordó lo que había oído decir a su madre en multitud de ocasiones: *Cuando quieras impresionar sin destacar, traje negro y camisa a estrenar.*

Cogió los pantalones que utilizaba en *La Tahona*, una camisa blanca sencilla y una chaqueta negra de sus días de asistente. Se miró en el espejo y lanzó una maldición, siempre olvidaba ponerse el sujetador. Menos mal que no había salido de la habitación. Los pezones, grandes y rosados, se notaban con total claridad a través de la tela liviana de la prenda.

Buscó un artefacto con aros y finalmente, lo encontró. No tenía muchos, así que se conformaría con aquella pieza selecta y única en color blanco que había adquirido en sus días boyantes. Se lo puso satisfecha consigo misma por haber comprado algo así y pronto se hizo evidente que le quedaba pequeño. Apenas tapaba lo que tenía que tapar, pero tendría que valer. El efecto era push up, pero prefirió no pensar en ello. En unas horas, ese hombre le diría adiós y su mundo volvería a apagarse, por ahora sólo necesitaba disimular sus pechos.

La chaqueta cubrió efectos indeseados y se sintió más segura. Los zapatos eran otra cuestión. Aunque pensaba cumplir a rajatabla su nueva decisión de desplazarse elevada en menos centímetros, ese no era el mejor día para dejar

de hacerlo. Escogió unos zapatos de salón preciosos y muy altos y se dijo que esa tarde debía lucir perfecta.

El pelo lo solucionó con cera líquida. Los rizos se definieron y el brillo apareció como por arte de magia. El maletín de su madre consiguió el milagro final. Cuando se miró en el espejo se encontró con una chica bajita y llena de curvas, pero elegante y muy presentable, que era lo que buscaba.

Jack estaba absorto en su portátil. No había tocado ni la cerveza ni las patatas. Ese hombre era un adicto al trabajo. Carraspeó dudando si debía interrumpirlo, pero era tarde y tenía hambre.

—Vaya, estás increíble —Sonrió su exjefe tocándose el pelo. Le gustó su aspecto, lo leyó en sus ojos.

—Gracias, es lo que pretendía —le dijo con soltura.

Jack la envolvió en una extraña mirada que no supo descifrar y decidió dejar de analizarlo. Desde que el abogado le contara la historia del perro era lo único que hacía. Ese día iba a disfrutar de su compañía. Sólo disponía de unas horas a su lado, así que, qué más daba lo que significaran sus palabras o sus expresiones. Solo unas horas, se recordó inmisericorde, y aquel contradictorio hombre desaparecería de su vida.

Salieron en silencio a la plaza. Los dos parecían preocupados. Ella sabía lo que rumiaba su cabeza, pero cualquiera sabía lo que ocupaba los pensamientos de Jack. Lo único cierto es que se veía cansado y preocupado.

De repente, cierta incomodidad se había adueñado de la situación. Lo miró de reojo y sonrió. *Carpe Diem, aprovecharía el momento*, no iban a ser en la Roma clásica más listos que en pleno siglo veintiuno. Nada de pensar en los próximos días, ahora estaba a su lado y lo disfrutaría al máximo.

—Comamos en una de estas tascas —propuso Beth de forma espontánea—. No me apetece un ambiente demasiado formal.

Y, sobre todo, no perderían más tiempo buscando sitio y nuevo aparcamiento.

—Por supuesto, tú mandas —respondió Jack muy serio.

Beth empezaba a preocuparse, demasiada gravedad en su semblante. Enlazó su mano y lo arrastró a su restaurante favorito. De vez en cuando, Mada y ella cenaban allí. El local simulaba el interior de una cueva, la comida era fantástica y por las noches representaban espectáculos de flamenco. Tipismo en estado puro.

Los recibieron paredes encaladas llenas de macetas. En el interior, la temática estaba clara, acababan de entrar en una guarida de bandoleros. Ocuparon una mesa engalanada con un mantel de cuadros. La sensación de intimidad fue abrumadora, la iluminación del local era muy cálida y las mesas estaban separadas por pequeños tabiques decorados con hierros forjados de color negro.

Una camarera vestida de bandolera les facilitó la carta y le guiñó un ojo a Jack. Elisabeth estuvo a punto de estallar en carcajadas ante la sorpresa de su acompañante.

—No creo que quiera ligar contigo —comentó divertida—. Tienen por costumbre hacerlo, además es la esposa del dueño, no se atrevería.

Señaló con la cabeza a un tipo grande y musculoso que vestía de la misma forma que el resto de los camareros: Pañuelo negro en la cabeza, pantalón gris oscuro con los bajos remetidos en las botas, camisa blanca con grandes chorreras y chaleco sin mangas. Un fajín negro lucía en torno a la cintura. Remataba el conjunto una chaqueta gris con adornos en los bolsillos y un foulard de rayas en los hombros.

—Esta gente se lo toma en serio —dijo Jack admirando el arma que el hombre llevaba incorporada a su atuendo.

Su acompañante no acababa de cerrar la boca, todo a su alrededor lo tenía maravillado. Beth estaba segura de que recordaría aquella comida toda su vida. No podía haber elegido un sitio mejor.

—Muy en serio, la comida también es de la época —Sonrió al ver su expresión aterrorizada—. Dios mío, Jack, no sabía que fueras tan snob.

—Elisabeth, simulan ser bandoleros, imagino que cualquier cosa puede llegar a ser comestible —resopló indignado.

Bueno, al menos había perdido el gesto enigmático que lo acompañaba desde que habían salido de su casa.

—Déjame pedir unas migas para los dos, por favor... no te vas a arrepentir —Eran la especialidad de la casa y a lo que debía su fama el local. Quería ver su cara cuando sirvieran el plato.

Jack la contempló dubitativo.

—Si fuera mal pensado, diría que lo tenías preparado —susurró inclinándose sobre la mesa—. De acuerdo, pero me reservo el derecho de veto.

Elisabeth levantó las manos a modo de rendición.

—Me declaro inocente —expresó risueña—. Confía en mí y disfruta de la comida, te va a encantar.

Elisabeth no perdía detalle, se lo estaba pasando en grande. Amaba a ese hombre y pese a todo, él la había escogido para compartir sus últimos días en España. ¿Qué más podía pedir?

Sirvieron la comida en una sartén que situaron en el centro de la mesa y la rodearon con pequeños cuencos repletos de distintos tipos de carnes. Una fuente cuadrada contenía verduras y, por último, sirvieron un tinto de la casa, de sabor afrutado y algo fuerte que hizo bizquear a Beth.

—No puedo con el vino —confesó haciendo un esfuerzo por mantener un gesto elegante—. Aunque, al final va a ser verdad que soy un peligro. Anoche descubrí que me gusta el whisky.

Su sonrisa le iluminó la cara. Jack dejó de examinar el plato central para centrarse en ella. Se la llevaría con él, como asistenta, como cocinera o como cualquier cosa que se le ocurriera... No podía imaginar su vida sin ella.

—Sí, me lo dijiste unas cuantas veces antes de dormirte —le indicó mientras observaba cómo repartía aquella comida en los platos—. ¿Puedo saber qué estamos comiendo realmente?

Elisabeth lo miró con malicia.

—Pan, Jack, esta comida no es más que pan duro que han reblandecido con agua y que han frito después. ¿Qué te parece? A mí me gusta.

La cara del hombre se distendió cuando comprendió que la materia prima no era peligrosa. Beth lo vio llenar la cuchara e introducirla en su boca con cuidado.

—No está mal, pero la próxima vez elijo yo —dijo más tranquilo.

—Señor Noyce, antes dije que era un esnob pero me he quedado corta, su respuesta alcanza la categoría de remilgado.

La cara de Jack se había transformado.

—¿Remilgado, yo? —preguntó sonriendo—. Por Dios, Elisabeth, a quién se le puede ocurrir comer pan duro mojado y frito.

Beth simuló pensar, elevó una ceja y lo miró muy seria.

—¿A unos pobres bandoleros, quizás?

Ambos se miraron y se echaron a reír.

El resto de la velada transcurrió entre cuchicheos y sonrisas traviesas. Beth se había propuesto pasárselo bien y lo estaba consiguiendo. Como decía a menudo, mañana sería otro día, pero por lo pronto, ese lo iba a disfrutar a conciencia.

A Jack debió gustarle el restaurante más de lo que reconocía porque se despidió en Español y les dejó una propina de cien euros. Teniendo en cuenta que la comida había costado cincuenta... En fin, ser rico debía ser estupendo. Ella se sentía enferma cada vez que recordaba su cazadora; le había costado ciento cincuenta euros, por el amor de Dios.

—No me lo puedo creer, está diluviando —exclamó Beth contrariada.

Durante un breve segundo el pánico se adueñó de ella. Vio un relámpago a lo lejos y trató de calmarse, respiró hondo y cerró los ojos.

Jack la observó preocupado, no sabía qué hacer así que la abrazó y la

besó muy lentamente en los labios.

—Deberías tomar el café con más azúcar, sabes un pelín amarga — susurró sobre sus labios.

Beth lo miró con los párpados entornados.

—Tú boca sabe a gloria. ¿Te había dicho que me gusta el whisky? — Sonrió olvidándose de la tormenta.

Jack la volvió a besar, esta vez con menos altruismo. Introdujo las manos en su espalda y se la acarició. Notó el cierre del sujetador y gimió al imaginar sus pechos desnudos. Continuó repasando sus nalgas y retrocedió asustado, estaba a punto de correrse. ¿Qué diablos le pasaba con aquella criatura?

—Te deseo, creo que nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. —La voz de Jack sonaba rara. Sus ojos parecían negros y su cara se había crispado.

Beth no dudó de sus palabras. Miró a su alrededor, una densa niebla bajaba de las montañas, la plazuela se había vuelto oscura y la fuerza del viento y de la lluvia era sobrecogedora.

¿Por qué no? Ella también lo deseaba, casi con tanta ferocidad como la de aquella naturaleza salvaje.

—¿Llevas preservativos? —La conversación de las dos mujeres apareció en su cabeza con total nitidez.

Jack elevó su mirada del suelo y la contempló extasiado.

—No, pero me da igual —murmuró acercándose a ella nervioso—. Tengo edad, cabeza y dinero más que suficientes para tener hijos. Puedo asumir el riesgo.

Elisabeth se quedó muda. El problema es que ella no cumplía ninguna de las tres condiciones, quizá solo cabeza y no era suficiente, al menos en su situación actual. Recordó lo mal que lo pasó en Barcelona y supo que no quería repetir la experiencia, aunque en esa ocasión no tendría que buscar las pastillas, estaban durmiendo el sueño de los justos en un cajón de su armario.

—Tardo unos minutos, no desaparezcas —le dijo con seguridad

volviendo al interior del restaurante.

Jack comprendió lo que iba a hacer.

—Elisabeth. —Se acercó a toda prisa y le habló al oído—. Una caja grande, por favor.

Beth sonrió como una tonta y se alejó en dirección a los servicios de mujeres. No iba a pensar en teorías extrañas ni a comparar opiniones. Ninguna de las dos mujeres le parecía muy objetiva al hablar de Jack.

El miedo a que la máquina no funcionara o estuviera vacía le dificultó la operación y se equivocó de botón; ¡por favor!, no deseaba sabores del bosque. Canceló la compra y empezó de nuevo. Ahora sí, extrajo dos paquetitos de tres profilácticos, esperaba que con seis tuvieran bastante.

Se reunió con Jack en la entrada de la cueva y ambos corrieron como locos en dirección a su casa. Beth no sintió ni la lluvia ni el viento ni recordaba haber subido las escaleras. Cuando cerró la puerta ya estaba medio desnuda, Jack le había quitado la chaqueta y rasgado los botones de su camisa. Su gemido la excitó, la mirada del hombre le quemaba el pecho. El sujetador no había aguantado la carrera y los pezones asomaban entre las copas. Lo miró algo avergonzada pero al descubrirlo completamente fuera de sí, se recuperó enseguida. Le gustaba sentir ese poder inmenso que le proporcionaba su influencia sobre él. Lo besó con ímpetu mientras le quitaba la camisa y le desabrochaba el pantalón. No fue consciente de que el suyo estaba en el suelo hasta que Jack rozó su pene contra su clítoris.

—El preservativo, Jack —suspiró apurada.

Jack levantó la cabeza de sus pechos y negó con fuerza.

—Deseo tener un hijo contigo —después de decirlo esperó sin moverse, mirándola fijamente.

Elisabeth intentó separarse con delicadeza. ¿Un hijo conociendo lo que pensaba de su persona? ¿Un hijo, después de decirle que no quería nada serio con ella? Aquello no podía ser cierto.

Además, ya sería la segunda vez que jugaban con fuego. ¿Qué pretendía

ese hombre? ¿Tener un hijo de una desgraciada para que no pudiera reclamarlo? Le dio tanto miedo la situación que no podía pensar con claridad. Usaba preservativo con todas sus conquistas menos con ella (no era del todo exacto, al principio de su relación sí lo había usado), sabía que la consideraba poco menos que una indigente, y sin embargo, no la dejaba ni a sol ni a sombra. Empezaba a verlo claro, ese tío quería un hijo pero no a la madre que lo acompaña, así que la había escogido a ella, una don nadie de la que podía prescindir con facilidad.

—No voy a tener un hijo con alguien que no me ama —susurró Beth con firmeza—. ¿Tú me amas, Jack?

Lo contempló directamente. Estaba tan herida que deseaba aullar de dolor.

—No sé lo que siento por ti—murmuró su ex jefe con la mirada perdida en el vacío—. Esa es la verdad.

Elisabeth no necesitó más.

—Pues, yo sí lo sé, lo descubrí esta misma mañana —soltó de golpe—. Te amo, como no creí que se pudiera amar a una persona. —Rió ante la cara de espanto de Jack—. ¡Oh! Pero no te preocupes, sé cuál es mi sitio y también sé que no me consideras digna de ti. Escuché cómo se lo decías a Sam en tu casa. Así, que ya sabes por qué no voy a ser la madre de alguno de tus hijos y por qué busqué las pastillas anticonceptivas en Barcelona y los preservativos hace un rato. No deseo de ti más que lo que no me puedes dar... Qué mal ha sonado, pobre dignidad la mía. —La voz no le salía del cuerpo, mejor se callaba.

Sintió la mirada compasiva de Jack y, curiosamente, sirvió para reforzarla en su decisión. No deseaba que alguna frase de internet le recordara el día de mañana lo estúpida que fue al no decirle lo que sentía.

Vale, estaba harta de engañarse, no era eso lo que pensaba. Entre las historias de perros, hermanas y mujeres babeantes había llegado a creer que la amaba. Esa era la única y triste verdad.

Ahora, viéndolo delante de ella con la cara desencajada y los pantalones

aún en el suelo, se sintió ridícula. Había confundido sexo con amor, y lo demás no eran más que sueños trasnochados de una pobre desgraciada.

Se había arriesgado y había perdido. Podía lidiar con algo así. Total, había nacido para perder.

Necesitaba aligerar la tensión del ambiente. Con lo fácil que hubiera sido hacer el amor de aquella manera que la hacía sentir tan especial y después haberse despedido como dos buenos amigos...

—No te preocupes Jack, sé que no me amas y, a estas alturas, no espero que lo hagas —Sonrió abrochándose los pocos botones de la camisa que se habían salvado—. Te deseo todo lo mejor, ni siquiera te guardo rencor por creer que no te merezco. —Estaba algo sorprendida, ese hombre se veía más perdido que ella—. Te voy a contar un secreto, yo también lo creo.

Como Jack no hacía nada, salvo mirarla pensativo, se vio obligada a ayudarlo con la ropa. Le subió los pantalones y abrochó su camisa. Después le pasó las manos por el pelo.

—Vete a casa, Jack, y toma una ducha caliente. Nos hemos puesto chorreando con la lluvia.

Lo miró con cariño, después de todo, amaba a ese hombre.

—Yo... necesito reflexionar —la voz del ingeniero no parecía suya.

—Claro, Jack —susurró al borde de las lágrimas.

Abrió la puerta, cogió su sombrilla del paragüero y se la ofreció. Ya estaba bastante mojado y el coche no estaba cerca.

—Adiós, Jack —musitó esbozando una triste sonrisa.

—Hasta pronto, Elisabeth —contestó él en un español correcto y claro.

Cerró la puerta con cuidado. No veía lo que hacía, las lágrimas habían acudido en tropel y los hipidos se empeñaron en acompañarlas. Se dejó caer contra la madera, todavía no sabía despedirse, qué más quisiera ella que verlo de nuevo.

Decidió seguir su propio consejo. Aunque, primero lloró con la fuerza y el desgarró del que le han roto el corazón por primera vez. Cuando no le quedó nada por lo que seguir lamentándose se levantó del suelo y entró al baño. Estaba muerta de frío, el agua caliente haría que se sintiera mejor.

No dejaba de decirse que volvería, lo sentía muy adentro. Antes de perderse debajo del agua se dio cuenta de que había demasiadas puertas cerradas, si llamaban no oiría el timbre. Abrió la hoja al máximo, ya podía darse una ducha revitalizante.

No se arrepentía de haber hablado. Un poco humillante quizás, pero nada que no pudiera superar. Coincidió con la frasecita toca narices, era preferible luchar por lo que se quiere. Aunque, mucho se temía, las lágrimas eran inevitables, se luchara o no.

Se puso un pijama de franela rosa, unos calcetines con suela y se dirigió a la cocina. Necesitaba un vaso de leche caliente, seguía helada por dentro.

No encendió el televisor. Abrazada a sus rodillas, dejó que el tiempo pasara lentamente mientras miraba por la ventana. Debía haber madurado en esa hora porque ni los truenos ni los relámpagos la intimidaron. En esa ocasión, no había necesitado esconderse entre las mantas de su cama a la espera de que se apaciguara el tiempo. Comprendió que, después de aquello, había ya muy pocas cosas que le dieran miedo.

Jack no corrió demasiado, dejó que el agua aclarara sus ideas. Antes de arrancar el motor contempló el paraguas que había dejado junto al asiento del copiloto. Era una aberración en tonos morados y verdes. El dibujo era el resultado de que le hubieran lanzado dos latas de esos colores por encima. Sonrió angustiado, estaba muy en la línea de aquella chiquilla, fuerte y sin ambages.

Se miró las manos y las sacudió con violencia, estaba temblando. No era el mejor momento para pillar un resfriado, tenía asuntos urgentes que atender en Seattle y no podía retrasar más veces su salida del país, ya lo había hecho

en dos ocasiones y en ambas por la misma persona.

Los temblores aumentaban, se dio media vuelta y cogió una bolsa que descansaba detrás de su asiento. La abrió y sacó una camisa blanca perfectamente doblada. Al dejar la chaqueta, su cartera se deslizó con suavidad encima de la sombrilla mojada. Numerosas tarjetas y varios paquetitos plastificados se desperdigaron por el suelo del coche.

Jack sabía que guardaba preservativos en su cartera, siempre los llevaba. Una costumbre de la época anterior al accidente de Anne, cuando su vida sexual era activa. No como ahora, que su conciencia solo le permitía hacer el amor con aquella renacuaja que lo tenía hecho un lío.

Sin embargo, no estaba en condiciones de analizar lo que significaba querer un hijo de Elisabeth. Actuó igual en Barcelona, y en aquella ocasión fue aún peor porque lo hizo de forma consciente y deliberada. Cuando eyaculó dentro de ella deseaba con tanto anhelo dejarla embarazada que no había logrado olvidar la sensación que le produjo tan maravillosa posibilidad. Lo único que lamentaba era no sentirse culpable, quería aquella mujer en su vida.

Le dio pánico su último pensamiento. Él no podía amar a nadie, el amor era doloroso y no estaba dispuesto a morir más veces.

Arrancó el coche y aceleró para evitar cualquier pensamiento irracional que pudiera cruzarse por su cabeza. No iría en su busca y no la amaba. El martes tomaría ese avión y no volvería a verla en toda su vida.

El vehículo se desplazaba a trompicones, conducía con dificultad. Si estaba seco y completamente convencido de lo que hacía ¿por qué no dejaba de temblar?

La noche dio paso al día.

Beth se encontraba en el mismo sitio y en la misma posición. Bajó una pierna al suelo y gimió de dolor, esta vez físico. Intentó levantarse pero no pudo, trató de flexionar las piernas y esperó a que la sangre circulara de nuevo por sus venas.

En ese momento, oyó la puerta y los pasos de Mada. Sería maravilloso que Jack la acompañara. Se agitó el pelo por si acaso y esperó.

Mada entró sola en la habitación con la cara llena de grandes manchas negras. Se acercó a ella sonriendo y Beth pudo apreciar con claridad los surcos de las lágrimas en sus mejillas. Su amiga había estado llorando y no poco.

—No me puedo levantar, se me han dormido las piernas —informó a toda prisa—. Cuéntame lo que te ha pasado.

Esperaba que su compañera no se fuera por las ramas y se interesara por sus extremidades inferiores, la conocía bien. Sin embargo, en esa ocasión, no hubo salidas intempestivas, Mada se abrazó a sus piernas y lloró sobre sus rodillas. Beth sintió su dolor y la dejó desahogarse mientras le acariciaba el pelo.

Al cabo de mucho tiempo, su amiga se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la pequeña isla y la miró con pena.

—He madrugado para salir a comprar churros —carraspeó buscando un tono menos lastimoso—. Cuando me ponía la chaqueta, he oído una conversación entre el chico con el que he estado este fin de semana y su compañero de piso. En realidad, no quieres saberlo, es mejor que ni te lo cuente. No estoy tan mal como parece, en unos días lo habré superado.

Se levantó de un salto y abrió una de las puertas de los muebles que pegaban al suelo. Beth miró con curiosidad, ahí solo estaba la plancha.

Pues, no exactamente, la plancha y cientos de bolsas de snacks de todo tipo y colorido. Su amiga abrió una sobre su boca y se la zampó de una sola vez. Beth se levantó cojeando y la abrazó.

—Te quiero Mada, te quiero mucho, y ahora cuéntame lo que ha sucedido —había llorado tanto que ya no le quedaban lágrimas, pero su corazón sí podía sufrir más, se le había acelerado y latía erráticamente.

Su compañera volvió a caer presa de las lágrimas, pero continuaba sonriendo. Beth sintió un dolor cada vez más profundo y desagradable. Esa muchacha estaba sufriendo enormemente.

—El chico con el que comparte piso le ha preguntado qué tal y...—El sollozo fue desgarrador. Beth no hizo nada, le acarició el cabello y se sentó junto a ella en el suelo — y...le he oído decir algo mientras se reía como un desgraciado: *Me gustan las tetas gordas, no las gordas con tetas.*

Beth cerró los ojos y lloró con ella. Era increíble pero aún le quedaba líquido en el cuerpo. Ese malnacido la había hecho buena, había acabado con su amiga. Menos mal que no lo conocía porque no sabía de lo que era capaz.

—He estado a punto de cometer un homicidio —declaró Mada deshecha—. Total, de algo debe servirme que mi padre sea abogado ¿no crees?

Beth se limpió los ojos con el puño de su chaqueta y le ofreció a su amiga la otra manga para que hiciera lo mismo.

—Calla, tonta —Sonrió al descubrirla con los mocos en mitad de la cara. Apartó su mano y simuló estar espantada—. Tu padre no es penalista. Como no quieras que te redacte un buen contrato de alquiler del nuevo pisito *intramuros.*

Se levantó, esta vez con más problemas, y cogió un paquete de servilletas de papel. Lo puso delante de su compañera y volvió a sentarse a su lado.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Mada sonándose la nariz—. Pareces una mala imitación de *Rambo.*

Elisabeth sonrió, realmente, no sentía las piernas.

—Te lo voy a contar de forma resumida. —Suspiró mirándola atentamente—. Pasé la noche con Jack, por la mañana me llevó a visitar a mi madre. Esperó en esta cocina a que me cambiara de ropa y comimos en el *Bandolero* de la plaza. Después, me soltó que no le molestaría tener un hijo conmigo y, por si eso fuera poco, le confesé que lo amo. Menuda estupidez ¿verdad? Imagino que para no ser menos que él. Al oírme hablar de amor se descompuso, perdió la capacidad del habla y se largó a toda prisa, cosa que yo le facilité, por supuesto. He ahí la explicación de por qué estoy a punto de perder las piernas. Vale, también porque me he pasado toda la noche con ellas flexionadas y encajadas contra la mesa...

Lo bueno de contar las cosas como si le ocurrieran a otro era que siempre

se consigue una sonrisa del espectador. No obstante, Mada no se rió. Se levantó, esta vez para pertrecharse de más bolsas y cogió una lata de cerveza y otra de cola de la nevera. Abrieron las bolsas y las latas en el suelo y bebieron y comieron como solo dos descerebradas podían hacer.

De repente, se hizo el silencio en la cocina. El sonido del frigorífico las sobresaltó y se miraron perplejas. Vaya ruido más extraño, al aparato le quedaban dos telediarios. Como decía el refrán, las desgracias nunca llegan solas.

—Empezaba a creer que ese tío sentía algo por ti —musitó Mada desconcertada.

Beth movió la cabeza haciendo el mismo caso del gruñido del frigorífico que su amiga.

—Y yo que solo quería un hijo de alguien insignificante —susurró dolida—. No conozco a nadie más insignificante que yo. Eso lo explica todo, quería tenerme cerca hasta obtener su premio.

Mada no parecía muy convencida. Su gesto la delataba.

—¿No estás montándote una película tú sola? Con el dinero que tiene no necesita aprovecharse de nadie.

—Puede ser, pero es la única posibilidad que lo explica todo —dijo Beth convencida.

Su compañera masticaba con fuerza y los crujidos retumbaban en la cocina.

—No estoy de acuerdo, si hacemos caso del abogado, tener un hijo contigo supondría que permanecieras en su vida para siempre. Esa sí que es la forma de no dejarte ir.

Beth la contempló en silencio. No dijo nada, era difícil creer que ese hombre buscara una excusa para mantenerla a su lado. No a *alguien como ella*.

Apartó el pensamiento de su cabeza, no podía más, a todas sus penas

anteriores debía sumar un extraordinario dolor de estómago. Y, justo en ese momento, lo tuvo claro, era ahora o nunca. Y debía ser ahora porque no se perdonaría jamás alejarse de su querida amiga sin haberlo intentado.

—A partir de este momento, voy a centrarme en aprobar mis dos asignaturas, en olvidar a Jack, en asumir que soy muy bajita y usar zapatos normales y en buscar empleo en Manchester. En unos meses me voy de España —susurró quitando una bolsa de patatas de las manos de Mada—. Y en cuanto a ti, vamos a ayudarte a recuperar la forma física, comer decentemente y desintoxicarte de esta comida basura. Vas a adelgazar y a hacer deporte, cuando te sientas más fuerte podrás enfrentarte a estas bolsas canallas y yo podré marcharme. Nunca más permitiremos que nos hagan daño. —La miró esperanzada—. Magdalena Armenteros Cifuentes, ¿estás de acuerdo en los términos de nuestro contrato?

Mada vaciló al mirar el suelo lleno de bolsas abiertas. Se rascó la cabeza y suspiró.

—De acuerdo, no creo que sepas dónde te metes, pero estoy de acuerdo. Aunque, debo advertirte que ya lo he intentado antes y fracasé.

Beth supo que había ganado. No había nada mejor en la vida que luchar por un objetivo, te puede ir bien o mal, pero estás vivo.

—Lo lograremos, somos dos luchadoras. Si unimos nuestras fuerzas no podemos fallar.

Tres meses más tarde...

—Ya podía haber elegido tu madre otro modelito—susurró Mada mientras avanzaban por el pasillo central de la iglesia.

Beth iba a su lado y sonreía a todo el que la miraba como si no sufriera los mismos problemas que su amiga. Los vestidos eran preciosos pero demasiado estrechos en las piernas y apenas podían andar.

Lo único que se le ocurrió fue guiñarle un ojo y sonreírle abiertamente.

Su amiga había adelgazado más de quince kilos y se veía tan bella que daba gusto contemplarla, aún con esa cara mosqueada. Beth miró hacia la familia Armenteros y comprendió las lágrimas de la señora Cifuentes, su hija había empezado a hacer frente a sus problemas sin zamparse para ello docenas de bolsas crujientes.

No había sido fácil.

En dos ocasiones Mada hizo las maletas. En una de ellas volvió con sus padres y durante una semana dejó de hablarle. Tenía derecho a comer lo que le diera la gana, como si quería inyectarse colesterol en vena. Y tenía razón, le contestaba Beth, pero no en su casa. Por la noche, registraba sus escondrijos y tiraba las bolsas. Hasta que un buen día dejó de encontrarlas y comenzó a sentirse mejor consigo misma; el papel de espía y controladora no iba con ella.

El deporte fue aún peor. Todo lo que no fuera coger el coche suponía una pelea. Beth buscó en internet y encontró una tabla de tiempos. Se trataba de caminar y correr hasta encontrar un equilibrio. Fue un desastre, su compañera no llevaba demasiado bien que la grasa de sus posaderas rebotara... Sin embargo, había conseguido caminar una hora sin quedarse sin aire, eso sería suficiente.

Se situaron al lado de la novia y como siempre, no pudo evitar sorprenderse. La belleza de su madre se veía incrementada por la felicidad que derrochaba por todos los poros de su piel. Muy bien maquillada, y con un moño alto y elegante parecía una reina. Esa educación de la que se jactaba

haber recibido hasta la mayoría de edad estaba dando sus frutos, su saber estar no dejaba de asombrarla. Por primera vez en toda su vida, se sentía orgullosa de su progenitora.

Vio a Mada subirse un poquito la tela de las piernas y le dio un codazo. Tenía que sufrir como ella, qué se creía.

El culpable de todo era el vestido de la novia, un modelo confeccionado especialmente para ella. En tono crudo, ceñido y cubierto con seda bordada, era excepcional y muy caro. Miguel Fonseca Hernández había resultado ser un rico hacendado, poseía tantas olivas que solo en subvenciones recibía cientos de millones. Quién iba a decirle que los cuentos de hadas existían en la realidad.

Su madre y Miguel vivían en un chalet en pleno Albaicín, no muy lejos de su casa. Hubiera estado bien de haberse quedado en España.

Sonrió a Leonora que le tendía la mano y se la apretó con fuerza. Confiaba en ella, en esa ocasión no metería la pata. En dos meses, no la había visto ingerir ni una sola copa de alcohol, ya no fumaba y, asombrosamente, practicaba yoga. Apenas podía creer que aquella mujer fuera su madre.

No recordaba la última vez que había entrado en una iglesia, pero miró al retablo y dio gracias por su nueva vida.

El sacerdote esperó que los novios recitaran sus promesas. Comenzó su madre que siempre había sido una oradora formidable. Como era de esperar los dejó boquiabiertos y Miguel se vio sobrepasado por las circunstancias. El hombre suspiró preocupado. Beth advirtió que Leonora le cogía la mano y trataba de ahuyentar sus miedos con una sonrisa tierna y comprensiva. Dios mío, era verdad que su madre lo amaba. Una repentina emoción se apoderó de ella, parpadeó para esquivar las lágrimas y miró hacia los invitados.

No podía ser...en medio de la sala, junto al pasillo, Jack Noyce estaba sentado con un traje imponente en tono oscuro. A su lado, Samuel Mathews y su hijo estaban igual de bien vestidos, como si estuvieran invitados a la boda. Imposible.

Sintió la mirada de Jack y no supo reaccionar. Tres bancos detrás de los

hombres, sus amigos sonreían atontados, sobre todo Mónica que levantó el pulgar en señal de victoria. Beth sonrió, aunque de estar en otro contexto habría llorado de impotencia. Lo tenía todo preparado, las maletas hechas y el billete de avión comprado. En tres días, abandonaría el país y volvería a casa.

¿Por qué se tenía que complicar su vida ahora? Le había costado tanto esfuerzo disimular sus sentimientos y continuar como si no pasara nada...

Miró a Leonora que la espiaba por el rabillo del ojo y tuvo una idea bastante aproximada de quién era la responsable de que aquellos tres estuvieran allí. Lo que no llegaba a explicarse era lo que pretendía Jack, ¿insistir para que trabajara con él?

Su madre prefería que se quedara en España y la creía capaz de cualquier cosa para conseguirlo, incluso contactar con Jack para... vale, no sabía qué le podía haber dicho para que se presentara con toda su familia.

La ceremonia había terminado, los novios desaparecieron para firmar y ella se quedó mirando a Jack que trataba de acercarse zigzagueando entre los invitados.

—¿Me permites que te acompañe? —le preguntó Tomás Morales, un guapo muchacho amigo de la familia del novio.

Beth ya había notado con anterioridad que le gustaba a ese chico. Incluso Miguel le había hablado de él. Sus tierras lindaban con las de los Fonseca, era un candidato perfecto. Sin embargo, y a pesar del atractivo del muchacho, Beth no veía en él más que una posible amistad. Por más que se dijera que era una tonta de remate, ella seguía en modo espera.

—Gracias Tomás, pero acabo de ver a un amigo y deseo saludarlo —le dijo con simpatía.

No pretendía ofenderlo, pero si tardaba más en hablar con Jack se moriría de ansiedad. Su corazón iba a estallar, le palpitaban las sienas y estaba sudando aquel modelito ceñido y satinado que su madre había escogido para ellas.

Sintió la mano de Mada en su brazo y su beso en la mejilla.

—No seas muy dura con él, aunque yo haría que se arrastrara un poco antes de decirle que sí.

Se volvió hacia ella a pesar de la estrechez del vestido y la miró aturdida.

—No digas tonterías —le respondió agitando la cabeza divertida—. No conoces a Tomás, es un buen amigo de la familia. Esta chica preciosa es mi mejor amiga, Tomás Morales, ella es Magdalena Armenteros.

Dejó a su amiga en buenas manos y se situó junto a una maceta enorme y muy esbelta. Cuando comprendió que era más alta que ella, se apartó; con su nueva política de tacones perdería frente a la planta.

No podía permanecer quieta. Miró a todos lados y no consiguió localizar a Jack por lo que dedujo que lo vería en el banquete. Los novios habían escogido el Hotel Alhambra Palace para celebrar el enlace. Titubeó un instante, quería hablar con Jack pero no soportaba más tensión.

—Beth, debes firmar, te esperan en la sacristía —le dijo Mada mientras tonteaba claramente con Tomás. Esa chica no sabía resistirse a un hombre guapo.

Entró en la habitación sonriendo, su amiga no cambiaba. Abrazó a su madre y besó a Miguel, después firmó con algo de temblor. Se dio media vuelta para hablar con Leonora y se encontró frente a Jack.

—Hola, Elisabeth.

La ansiedad de la mirada del hombre le hizo pensar en la tercera posibilidad que siempre había descartado por inverosímil. Tembló de pies a cabeza, seguro que se equivocaba. Aquel ser impresionante y atractivo no podía estar enamorado de ella.

—Hola, Jack... no sabía que estabas invitado —reconoció dirigiéndose a su madre.

Leonora miró hacia otro lado y salió de la estancia acompañada de su flamante esposo. Ya le daría ella invitaciones por sorpresa.

—Me temo que me he invitado yo solo —dijo Jack comiéndosela con los ojos.

Beth comenzó a inquietarse, no era así como esperaba que le ofreciera un nuevo empleo. De repente, notó que los habían dejado solos y la intimidad del lugar fue excesiva.

—Estupendo, pues muy bien. —Sonrió sin saber qué hacer ni qué decir—. Saluda a los Mathews de mi parte. Si te parece, nos vemos más tarde en el Hotel.

Jack decidió dejarse de tonterías, la espera le había resultado insoportable y aquella criatura parecía dispuesta a marcharse sin más.

—Elisabeth, no he podido olvidar tus palabras —espetó en voz muy alta.

Beth se quedó parada en mitad de la habitación. Le daba la espalda y no se atrevía a darse la vuelta. Ella tampoco las había olvidado, aunque lo había intentado con todas sus fuerzas.

—¿Sigues sintiendo lo mismo?

Beth abrió los ojos como platos... su ex jefe no se quería arriesgar. Ella lo había hecho, no se merecía menos.

Se volvió con cara de póker y permaneció callada.

—¿No me vas a ayudar, verdad? —preguntó Jack con tono inseguro.

Elisabeth movió la cabeza de lado a lado. Ni un poco.

—Muy bien, pues allá voy. —Suspiró mirándola con una sonrisa—. Creo que me enamoré de ti el día del ascensor. —Beth abrió la boca y la cerró, aquello era demasiado—. Desde ese momento, no me has dado un minuto de descanso. Has entrado en mi vida y destrozado hasta el último de sus cimientos. Llevaba dos años sin estar con una mujer y apareces tú y me rindo en cuestión de días. Me daba miedo lo que sentía por ti, por eso le dije a Sam lo que me hubiera gustado sentir de verdad. Lo que era lo más lógico, no lo que yo sentía. Lo lamento mucho, Elisabeth, pero así soy yo, complicado y enrevesado, tal y como me describe Sammy —Sonrió nervioso—. No quería

amarte porque no puedo sufrir más, pero he descubierto que no verte es aún peor; ahora no vivo. Recordar alguna de las cosas que te hacen ser tú se ha convertido en mi ocupación favorita. Como el día que compartiste conmigo tu sitio especial, o cuando me mentiste descaradamente en el ascensor o me invitaste a comer los platos que habías cocinado. Hay tantos momentos y tan especiales... Te amo Elisabeth, sé que aprobaste tus dos asignaturas y que hay un contrato esperándote en Manchester, pero deseo proponerte uno mejor.

Beth contuvo el aliento, lamentablemente, estaba llorando. Cuando lo sintió junto a ella y de rodillas, se dejó caer a su lado.

—No te ayudo, es solo que no me gusta verme tan pequeña —susurró con timidez.

Jack se la hubiera comido en ese momento, a besos eso sí.

—Elisabeth Benedict, sé que nunca voy a estar a tu altura pero haré lo posible por alcanzarte de vez en cuando. Y dicho lo obvio —susurró muy serio—. Cásate conmigo, sé que no será fácil pero aprenderé a respetar tu espacio. Prometo no meterte en una caja y llevarte conmigo para que no te suceda nada, prometo amarte y cuidarte y darte muchos hijos, si me dejas, claro. ¿Qué me dices, pequeña? También puede interesarte un puesto de asistente que aún no ha sido cubierto, aunque confío que prefieras el de esposa.

Jack sacó una cajita de terciopelo negro, la abrió con cuidado y miró el anillo que guardaba en su interior.

—Era de mi madre —susurró conmovido—. Ella hubiera querido que lo tuvieras.

Beth tragó saliva. Extendió la mano con miedo y sintió el peso de la joya en su dedo. Era una pieza extraordinaria labrada en oro blanco y adornada con pequeños diamantes que aparecían diseminados por todo el anillo. Parecía muy antigua.

—¿Estás seguro, Jack? —preguntó aterrada—. No vas a emparentar con ninguna familia de rancio abolengo.

El hombre la miró sonriendo y le acarició la mejilla con auténtica alegría.

Al fin una respuesta.

—Aunque tu madre es preciosa, yo solo deseo casarme contigo. Nada ni nadie va a separarnos de nuevo. Te amo, Elisabeth. Lo demás no importa.

Beth recordó las palabras de Mada. Quizá debiera hacerlo sufrir un poco más... A la mierda con todo, lo amaba.

—¿Cuánto mides, Jack? —preguntó de repente.

El hombre la miró con los párpados entornados. Qué tramaba aquella renacuaja era todo un misterio, pero fuera lo que fuera, lo sobresaltó.

—¿Uno ochenta y seis? —respondió al borde de la locura.

—Mierda, Jack, ¿mides casi dos metros? —replicó alucinada—. Y por qué me lo preguntas a mí, ¿no sabes lo que mides? Dios mío, dos metros...

Jack le cogió la barbilla y le puso un dedo sobre los labios.

—¿Cuál es el problema? —inquirió con ternura.

Beth contempló su expresión y se armó de valor. Ese hombre la amaba, no había más que ver cómo la miraba. Era verdad, no lo estaba soñando.

—Mido... casi uno cincuenta —lo había dicho—. Recientemente, me han comunicado que jamás sobrepasaré los ciento cincuenta y cinco centímetros. —Suspiró resignada—. Pero estos centímetros te aman, te he amado desde el día en que me tomaste en tus brazos para abrir aquella trampilla del ascensor. Y te he amado después, incluso cuando te oí hablar con Sam...

Jack no aguantaba más, era suya. La besó con todo el amor que sentía y cuando finalmente se apartó, Beth cayó rendida en su pecho.

—Oye, ¿cuántos hijos quieres tener? Pareces un poco obsesionado con la idea —susurró bajito.

Jack tomó asiento en el suelo con ella en su regazo y sonrió mientras le acariciaba el cuello con la nariz.

—Pues no lo he pensado. Antes de conocerte no iba a tenerlos —contestó sincero. — Tú has hecho que me parezca insignificante el sufrimiento

comparado con el milagro de la vida.

Beth se apartó y lo miró extrañada.

—Eso que has dicho es bonito —declaró afectada—. Llegué a creer que lo único que querías de mí era que te diera un hijo, para poder quedártelo y todo eso...

Mejor se callaba, iba a estropear el momento si decía lo que realmente había sospechado.

—¿Quedármelo? Dios mío, Beth, yo solo quería un hijo tuyo para que permanecieras a mi lado...

Se alejó de sus brazos y lo escudriñó a conciencia. No mentía, sus ojos dorados se lo confirmaron.

—Sí que eres enrevesado —suspiró pensativa—. ¿Tienes algo que ver con el hijo que espera Christina Davenport?

La carcajada de Jack respondió la pregunta. Era limpia y clara como la luz del día. Ese hombre no ocultaba nada.

—No, por Dios —murmuró negando con la cabeza—. ¿Cómo te has enterado? Se trataba de uno de los secretos mejores guardados de este siglo. —Su sonrisa la tenía embobada—. El padre de la criatura es un abogado de New Jersey. Se casaron el mes pasado.

Comenzó a besarla con más apasionamiento del permitido en una iglesia. Beth se retiró suspirando, no quería pensar en sus fuentes.

—Ahora que caigo, ¿qué significa que te has invitado solo a la boda? ¿No lo ha hecho mi madre?

Jack carraspeó nervioso.

—No, me ha costado convencerla. De hecho, he traído conmigo todos los documentos que necesito para casarme en España. Sólo después de verlos por skype consintió en mandarnos una invitación.

Beth no salía de su asombro, eso sí que era celo materno. Llegaba tarde

pero qué bien lo hacía.

Un golpe en la puerta los interrumpió.

—¿Estáis visibles? —La voz de Sam los trajo de vuelta a la realidad.

Jack sonrió aunque no se movió del suelo. Mantenía a Beth estrechada entre sus brazos y le besaba el cuello con pasión.

—Muy visibles —dijo Beth a toda prisa.

—¿Alguna noticia que comunicar? —inquirió el abogado en tono tranquilo. —No quiero ponerlos nerviosos pero hay un montón de gente esperando para asistir a un banquete.

Jack soltó una carcajada.

—Esta renacuaja se va a convertir en la señora Noyce a la menor oportunidad que me dé.

La voz de Elisabeth no se hizo esperar.

—¿Renacuaja? ¿Te parece serio llamar así a tu prometida? ¿Me has oído a mí llamarte gigante, señor dos metros?

Sam suspiró mientras cerraba la puerta. Aquellos dos estaban hechos el uno para el otro, no había más que ver lo bien que se llevaban.

FIN